

Los "JET" de Plaza & Janda

Alberto
Vázquez-Tigueroa

¡PANAMÁ,
PANAMÁ!

PLAZA & JANDA

P & J

ESTADOS UNIDOS

Annotation

Todo comienza en la Isla de las Galápagos donde Artistófanes Panatas, un magnate de los negocios y genio de la electrónica, planea el maquiavélico plan de atentar contra una de las vías de comercio más importantes del mundo: el Canal de Panamá. Con ello pretende obtener una gran fortuna a cambio de evitar su destrucción y las consecuencias que ello conllevaría en la economía internacional. En ese mismo momento y en ese mismo lugar hará partícipe de sus intenciones a su amigo Gino Montalde, actor de moda, con el fin de que le ayude a ejecutar su plan.

- [Alberto Vázquez-Figueroa](#)



Alberto Vázquez- Figueroa

¡Panamá, Panamá!

Un alcatraz de plumaje pardo, blanco pecho y azules patas, trazó un semicírculo sobre las quietas aguas del estrecho que separaba las dos islas, fijó su aguda vista en un punto, allá abajo, a unos seis metros de profundidad, y se precipitó con la precisión de un saltador olímpico, sumergiéndose sin apenas agitar la superficie de un mar que rielaba bajo el sol de media tarde.

Buceó ágilmente impulsándose con el rápido agitarse de sus patas, y logró sorprender al incauto pez que se había aventurado lejos del seguro refugio de sus rocas, sus corales y sus algas, y que se estremeció en vanos esfuerzos por librarse del fuerte pico que le sujetaba por el dorso y que lo arrastraba hacia arriba, hacia el aire, fuera de su elemento, a más de veinte metros sobre el mar.

Pero los rabihorcados permanecían al acecho, y en cuanto sus atentos ojos advirtieron que el alcatraz lograba éxito en su inmersión, se abalanzaron en grupo sobre él, atacándole al unísono con ayuda de sus curvados picos afilados como tijeras de cirujano.

Golpearon al ave pescadora en el cuello, el pecho y las patas hasta que chilló de dolor y rabia, lo que hizo que el pez cayera libremente al vacío, agitándose cada vez con más brío a medida que se aproximaba a la salvadora superficie del mar.

Pero sus esperanzas fueron truncadas por el habilísimo quiebro de uno de los rabihorcados, que se revolvió en el aire, se precipitó hacia abajo a velocidad suicida, y rozó el agua en el momento de apoderarse nuevamente de la presa, engullirla de un golpe y remontarse al cielo con un vuelo elegante, alegre y triunfal: el vuelo del rabihorcado ladrón, incapaz de

sumergirse y pescar como tantas otras aves marinas, pero hábil como ninguna a la hora de sobrevivir con la rapiña, la amenaza y el esfuerzo ajeno.

Decepcionado, el alcatraz de plumaje pardo, blanco pecho y azules patas volvió a posarse, graznando de disgusto, no lejos de la alta roca a cuya sombra el hombre contemplaba sus evoluciones y sus desgracias, sorprendido o divertido tal vez, por el hecho de que, en más de una hora que llevaba observándolo, el pobre animal no hubiera logrado calmar su hambre, perdiendo su esfuerzo "a manos" de sus desaprensivos depredadores.

"¿Cómo es posible —se preguntó, perplejo—, que tras cientos de años de

soportar, generación tras generación, idéntica injusticia, estos estúpidos pajarracos aún no hayan aprendido a defenderse, o por lo menos, a tragarse los peces bajo el agua para impedir que se los roben al salir..." Quizá la respuesta pudiera encontrarse en que el alcatraz de patas azules de Galápagos no tenía en realidad otra cosa que hacer en todo el día, que tomar el sol sobre las rocas, aparearse en época de celo, y zambullirse en el agua en busca de alimento. Y eran tan increíblemente abundantes los peces en aquellas costas privilegiadas, que de no existir los rabihorcados, le bastarían cinco minutos para calmar su hambre, lo que les dejaría el resto del día para aburrirse

soberanamente contemplando cómo rompían las olas contra los acantilados, cómo cantaba el viento, cómo subía y volvía a bajar el sol en el horizonte.

Amontonadas como racimos de uva madura sobre un peñasco, las iguanas marinas, negras y repelentes, que habían permanecido inmóviles durante horas sin tan siquiera un parpadeo de sus inexpresivos ojos, comenzaron de improviso a agitarse, pisoteándose y arañándose en injustificada prisa para lanzarse al mar, sin que nada ameritase tal urgencia por acudir a pastar a los campos de algas que se distinguían a cuatro o cinco metros de profundidad, como si un ser invisible hubiera hecho sonar una inaudible campana, avisando

la hora del almuerzo. Quien no acudiera al instante se quedaría sin su ración, pese a que los inmensos campos de oscuras algas permanecerían sin duda allí durante horas, durante años, durante siglos.

"¿Por qué? —se preguntó de nuevo —.

¿Por qué estas iguanas negras pastan en los campos de algas, bajo el mar, y sus hermanas de colores vivos que duermen en la peña vecina prefieren los cactus y los matojos de tierra adentro...?" "¿Por qué los alcatraces de patas azules pescan aquí, en aguas poco profundas, junto a la costa, y pese a los ataques de los rabihorcados, mientras los alcatraces de patas rojas se cansan

volando millas y millas mar afuera para buscar su comida en aguas oscuras y profundas...?

"¿Por qué estas focas se bañan en aguas tibias y se tumban durante horas a tostarse sobre rocas calientes, cuando todas las focas del mundo prefieren el agua helada, los cielos grises y los témpanos de hielo...?" Podía entender que Darwin hubiese necesitado llegar hasta allí, hasta aquel perdido montón de rocas del Pacífico, para que saltara en su mente la chispa genial que habría de llevarle al desarrollo de su teoría de la evolución de las especies.

Él mismo, profano como se consideraba de la Naturaleza, había descubierto o se había sorprendido por

más cosas en los tres días que llevaba observando el archipiélago, que durante toda su vida anterior.

Contempló una vez más el mar, los peñascos que de él emergían aquí y allá, como garbanzos en una sopa demasiado aguada, y la mole verde oscura, brumosa en las cumbres, de la isla de Santa Cruz, que dominaba el horizonte de Este a Oeste, por el Sur, al otro lado del quieto canal en que nadaban las focas, pastaban las negras iguanas y libraban su eterna disputa rabihorcados y alcatraces.

Le constaba que se encontraba sentado sobre la mismísima raya que dividía en dos el mundo, y que por alguna de aquellas islas cruzaba la línea equinoccial, de modo que no le hubiera

sorprendido verla dibujada en el mar, con el gran trazo punteado de rojo oscuro con que la recordaba en sus años de estudiante, destacando sobre los mapas de las paredes de la clase, o el globo terráqueo de la mesa del maestro.

"Galápagos...": archipiélago prácticamente deshabitado, que se alza a unos mil kilómetros de distancia de la costa de América del Sur, en el Pacífico. Su clima es suave pese a encontrarse a caballo sobre el ecuador, gracias a los vientos alisios, y a la benéfica influencia de la corriente fría de Humboldt..." Eso, más o menos, era lo que había estudiado en los libros de texto de su infancia, y le maravillaba que aquel archipiélago lejano hubiese

ejercido entonces un atractivo tan especial sobre él; atractivo que tenía algo de mágico o misterioso.

Le vino a la memoria una frase solitaria escrita por Napoleón en uno de sus cuadernos de estudiante...: "Santa Elena, pequeña isla..." Nada habría sabido nunca, probablemente, el joven Bonaparte de aquella desolada y lejana roca del Atlántico... Nada, pero allí había quedado la frase en el cuaderno, esperándole en la Historia: "Santa Elena, pequeña isla..." El alcatraz de plumaje pardo, pecho blanco y azules patas, debió cansarse de contemplar el mar, porque alzó nuevamente el vuelo, trazó un círculo, fijó la vista en un punto bajo la transparente superficie del agua,

y se dispuso a reiniciar el juego que conformaba su existencia, siempre bajo la atenta vigilancia de los rabihorcados que se mantenían inmóviles contra el viento, a cuarenta metros de altura sobre él.

El hombre elevó el rostro hacia un punto en el Este, casi en el horizonte, consultó la hora, aguzó el oído, y decidió levantarse de la roca a cuya sombra permaneciera todo el tiempo.

Marchó luego despacio a través del islote desierto, en el que constituía única presencia humana, avanzando por entre edificios de techos que en otro tiempo fueron rojos, verjas que protegían jardines privados, aceras adoquinadas y asfaltadas calles...

Viviendas, hangares, oficinas, talleres, mercados y fortificaciones..., una ciudad dormía al sol y al viento, sin que se moviera nada más que el hombre que avanzaba bajo el sol, y los secos matojos que el viento arrastraba de una esquina a la siguiente, arrojándolos contra las vallas destruidas, los vehículos abandonados y las fachadas de las casas deshabitadas.

Era como un decorado de cine concluido el rodaje; como paisaje futurista tras una catástrofe atómica; como los viejos relatos de ciudades abandonadas sin razón aparente. Pero era cierto, con el mismo aire de cosa muerta; con el mismo silencio enervante cuando el viento callaba; con idéntico

aullido largo, quejumbroso e impresionante cuando ese viento volvía.

Las iguanas pardas trepaban por las fachadas más altas; las tórtolas anidaban en los quicios de las ventanas que perdieron tiempo atrás sus cristales, y lo que debió ser tranquilo y acogedor comedor en que disfrutar por las noches del frescor del alisio, se había convertido en punto de reunión de una bandada de piqueros, que se amontonaban allí, a la sombra, los unos sobre los otros cuando tanto espacio sobraba en todas partes.

El hombre continuó sin prisas su camino, observando cada detalle de la ciudad fantasma que albergó en otro tiempo bulliciosos habitantes que dieron

vida a sus calles, y mantenida en pie, probablemente, porque ni una sola gota de agua había caído sobre aquellos tejados, aquellos muros y aquellas aceras, desde el día mismo en que sus habitantes se marcharon.

La batiente de una ventana golpeó rítmicamente contra una pared de madera, obtuvo del eco del caserón vacío un retumbar sordo y profundo que se esparció por la vecindad y dio, por un instante, sensación de vida al paisaje muerto. Pero de nuevo paró el viento, y la hoja de madera permaneció temblando, como indecisa, colgada sobre el abismo.

"Piedra a piedra todo se vendrá abajo, desaparecerá tragado por el

tiempo, y nadie sabrá en el futuro que en este islote perdido en el Océano existió una ciudad llena de vida, que no llegó a contar, probablemente, más que cinco años de existencia..." Un suave rumor creció y creció en lo alto. Abandonó sus pensamientos y alzó los grises ojos y el tostado e irregular rostro hacia el pequeño avión plateado y negro que se agrandaba por segundos. Volaba a no más de mil metros de altura, para sobrepasarlo y trazar después un ancho círculo hacia el Sur, adentrándose en las altas tierras de la vecina isla de Santa Cruz. Regresó luego, con un lamento de motores que parecían llorar por tener que abandonar los azules cielos del Pacífico y posarse en la cuarteada pista

de oscuro asfalto que atravesaba la isla de Este a Oeste.

Lanzó una última ojeada al aparato, y se introdujo en el mayor de los edificios que flanqueaban la pista, y sobre cuya puerta campeaba un gran letrero descolorido y casi ilegible ya por el paso del tiempo: "World End".

Agradeció la suave penumbra de la estancia, sacudió el polvo y las telarañas de los escasos taburetes que aún se mantenían en pie frente al largo mostrador reseco, y de una pequeña nevera que contrastaba por lo nueva y limpia, sacó dos vasos, whisky, hielo y agua. Después, encendió despacio un largo habano y fumó con delectación, aguardando a que el "Mistère" bimotor,

plateado y negro, se detuviera, chillando ante su puerta.

Descendió un único pasajero: un hombre muy alto y aún joven que parecía querer esconderse tras unas enormes gafas oscuras, y que observó unos instantes, con aire de disgusto, el desolado e inquietante paisaje de isla abandonada. Un corto silbido que debió resultarle familiar llamó su atención hacia la puerta, bajo el gran letrero, y se encaminó a ella con aire de cansancio.

Ya dentro de la amplia estancia que debió ser en otro tiempo bar o quizá club privado, se despojó de sus lentes y trató de acomodar su vista a la penumbra. Descubrió al hombre que le esperaba y buscó asiento sobre otro

taburete que se balanceó peligrosamente, amenazando con venirse abajo.

Se observaron con simpatía, aunque el recién llegado mostraba fatiga y desconcierto.

—Gracias por venir... —dijo el primero.

—He tenido que volar cinco mil kilómetros, Ari... —fue la respuesta—. Espero que la razón del telegrama sea importante...

Aristófanés Panatas lanzó al aire una columna de humo de su enorme habano y señaló hacia la puerta:

—¿Te has fijado en el nombre que le pusieron los yanquis a esta base, Gino...?: "World End", "Fin del

Mundo"... y tenían razón... No existe lugar más aislado, perdido o abandonado de la mano de Dios... Tanto, que el día que acabó la guerra se largaron corriendo, olvidando cuanto habían construido en cinco años: una ciudad para veinte mil habitantes, y el enclave estratégico más costoso del Pacífico...

—Si lo que se te ha ocurrido es que aprovechemos estas ruinas para montar un complejo turístico, te rompo la cabeza...

El griego sonrió burlón, se inclinó a riesgo de acabar con la integridad física de su destartado asiento, y golpeó con afecto la rodilla de su decepcionado amigo:

—No soy tan estúpido como para eso... —señaló—. Si te he hecho venir hasta el mismísimo "Fin del Mundo" es porque tengo un motivo importante, Gino... Quizás el más importante de todos los motivos...

Gino Montalde había realizado realmente un largo viaje de cinco mil kilómetros para acudir a una perentoria llamada, y se sentía fatigado y tenso. No tenía ganas de hablar, de pensar, y mucho menos de romperse la cabeza con adivinanzas que no iban a llevarle a parte alguna. Sabía de antemano que las ocurrencias de Aristófanes Panatas resultaban siempre absolutamente impredecibles.

Se limitó a suspirar profundamente,

e intentar armarse de paciencia:

—Por favor, Ari... —suplicó—.

No me fastidies poniéndote pesado... Di de una vez por qué me has hecho venir...

—¡Ven...!

Le tomó del brazo, y salieron juntos a la luz brillante de la ciudad abandonada, por cuyas calles pasearon sin prisas, por entre lo que fueron jardines cultivados en los que crecieron flores regadas con agua potable robada al mar por medio de costosísimos ingenios, y bajo postes que se mantenían en pie desde treinta años antes; desde que transportaban de un lado a otro una electricidad obtenida a precios exorbitantes.

—¿Te imaginas cuánto esfuerzo y

cuánto dinero se derrochó en esta ciudad, que fue creada para morir de la noche a la mañana? ¿Tienes una idea de los miles de millones que se invirtieron para nada?

—Ni la más remota... Tampoco me importa, Ari... Te lo juro.

—Lo imagino... Ni tú ni nadie lo sabe, y ni a ti ni a nadie le importa ya... —con un amplio ademán del brazo señaló el bosque de postes; los altos edificios de techos rojos que se perdían en la distancia; los muros semiderruidos, y los camiones abandonados en la calzada—. ¿Pero sabes por qué se hizo...? —no obtuvo respuesta, y se diría que estaba seguro de que no iba a obtenerla, porque

continuó—: ¿Sabes por qué los Estados Unidos invirtieron fortunas en fortificar la isla de Seymour para abandonarlo todo a los pocos días de acabada la guerra...?

—Supongo que está claro... —replicó Gino, desganadamente—. Sin guerra, una base militar como ésta, tan alejada no servía ya de nada...

—Exacto... —admitió el griego, sonriendo y apuntando con el dedo hacia lo alto como si estuviera a punto de iniciar un largo discurso de profundo contenido moral o psicológico—.

La base de Seymour perdió su importancia vital desde el momento mismo en que se conjuró el peligro que aterrorizaba a los norteamericanos desde cinco años antes...: La posibilidad

de que un ataque suicida de los "kamikazes" japoneses aniquilase el punto neurálgico más importante y vulnerable de toda su estructura económica, política y militar... —hizo una larga pausa melodramática, destinada a avivar el interés con que el otro le escuchaba, y concluyó enfáticamente—: ¡Panamá!

—¿Panamá...?

—Panamá... —repitió convencido y seguro de sí mismo como probablemente no había estado de cosa alguna antes—.

El Canal de Panamá era entonces, y sigue siendo, la única puerta de entrada y salida entre los dos océanos; entre las dos costas de los Estados Unidos: casi

entre dos mundos... Sin el Canal, durante la guerra no hubiera resultado posible la rápida movilización de las flotas, de los contingentes de tropas, de las naves cargadas de armas, de materias primas, de municiones y petróleo imprescindible para el mantenimiento de un Ejército... —le apretó con fuerza el brazo, casi con violencia, y su voz cobró otro acento, como de éxtasis o entusiasmo al querer inculcarle a su interlocutor la pasión de sus propias ideas y sentimientos—. Sin el Canal de Panamá, los americanos no hubieran podido detener tan rápidamente el avance japonés, y tal vez el resultado de la guerra hubiera sido distinto... —hizo una pausa y trató de serenarse—. Pero ya no importa —añadió—. Es el

pasado... Lo que importa ahora es que el Canal continúa siendo el punto clave de una gran parte de la economía y la estrategia mundial... La única puerta entre esos dos mundos y esos dos océanos... Una puerta por la que cada día pasan docenas de barcos cargados de toda clase de mercancías y materias primas de las que dependen naciones, y que sigue siendo..., ¡grábate eso en la cabeza, Gino...!, sigue siendo tan vulnerable o más que en tiempos de los "kamikazes" japoneses...

Gino Montalde había escuchado su perorata con auténtico interés, embebido y casi arrastrado por sus palabras, pero incapaz en absoluto de adivinar adónde quería ir a parar con tan larga

disertación sobre el Canal de Panamá, en el que jamás se había detenido a pensar.

Sin razón alguna, abandonó la acera y se adentró en un jardín que en otro tiempo debió lucir hermosos parterres de rosas y ahora tan sólo daba vida a arbustos espinosos. Tomó asiento en el porche de una alta casa y sobre los peldaños crujientes de una escalera, contra cuya despintada barandilla se recostó pensativo.

Observó a Aristófanes que le había seguido, y que también tomaba asiento a su lado. Le miró a los ojos, profundamente asustado tal vez por sus propias ideas, o por lo que pudieran ser las ideas del otro. Conocía bien a

Aristófanes Panatas. Conocía su desatada imaginación, su brillante inteligencia, y, sobre todo, la incontrolable audacia con que había logrado amasar una increíble fortuna en menos de seis años.

—¿Qué te propones...? —inquirió al fin—. ¿Quieres que hagamos una película sobre un ataque al Canal de Panamá...? La idea es buena... —aceptó—. Cara y difícil de realizar, pero buena...

Aristófanes Panatas agitó la cabeza repetidas veces, negando, pero sin dejar de sonreír burlón, porque sabía que su amigo sabía que no era eso lo que quería proponerle:

—No es eso, Gino, no digas

tonterías... —señaló sin el más leve temblor de voz—. Tú me conoces, y sabes que por una película no te haría venir hasta aquí... —guardó silencio un instante, y por último dejó caer las palabras con firmeza—: Lo que quiero es "atacar" realmente el Canal... Organizar un atentado que pueda hacerlo volar...

—¡No te creo...!

—¡Sí me crees...! Ya lo creo que me crees... ¡Quiero que tú y yo juntos, organicemos ese atentado, y cuando tengamos el mundo agarrado por el cuello con la amenaza de estrangular su cuerno de la abundancia, solicitemos un rescate que haga palidecer de envidia a todos esos estúpidos terroristas que se

la pasan arriesgando el pellejo por secuestrar un avión...!

—¡Estás loco, Ari...! —exclamó—.

Mucho más loco de lo que yo pensaba...

—¡Está bien...! ¡Lo admito...!

Estoy loco —aceptó—. Estoy loco, porque pretendo demostrar que a los veintiocho años puedo poner el mundo patas arriba y hacerlo bailar al son que toque... —Tomó al otro del brazo y le obligó a que le mirase de frente, despojándole para ello de los oscuros lentes, con los que jugueteó distraídamente—. ¡Intenta pensar como loco tú también, Gino, te lo ruego...!

¡Inténtalo sólo unos instantes...!

Imagina que lo hemos logrado, y

tenemos una carga explosiva en el punto más delicado y estratégico del Canal... ¿Qué pasaría...?

—Lo primero que nos pegarían un tiro... —afirmó absolutamente convencido—. Lo segundo, que no creo que exista carga explosiva capaz de dañar ese Canal... Ni siquiera una bomba atómica...

—¡Estás equivocado, Gino...! —replicó rápidamente—. Eso es lo que yo creía. Pero el otro día atravesé el Canal para venir aquí. Está construido a base de esclusas, Gino... Se va subiendo escalón tras escalón hasta llegar a un lago inmenso que está en lo alto, en las montañas... El mecanismo es muy frágil... ¡Increíblemente frágil...!

Le observó, ligeramente ladeada la cabeza, incrédulo y a la vez fascinado. Le quitó las gafas con las que continuaba jugando, y se las colocó.

Trataba de hacer tiempo, pensar, y asimilar cuanto acababa de escuchar, y que superaba en audacia y fantasía cuanto había escuchado hasta ese momento, incluyendo sus años de amistad con Aristófanes Panatas.

—¿Te das cuenta...? —protestó al fin—. Estás hablando de destruir una obra única en el mundo, y arruinar a miles de personas... —en verdad que no lograba entender nada—. ¿Para qué, Ari...? ¿Qué esperas conseguir con esto? He ganado más dinero del que puedo gastar con el resto de mi vida, y tú tienes

más que yo...

—Pero tú sabes cómo lo he ganado... Publicando las revistas pornográficas más escandalosas del mundo... —hizo una pausa que empleó en tratar de encender nuevamente su habano, pero el viento se lo impidió, y abandonó el intento, pero no el cigarro, que quedó colgando de sus dedos—. Le proporciono a tarados sexuales, material con que masturbarse a solas por las noches, o en los retretes de los cines... —sonrió con cierta amargura—.

Y tú has conseguido tu dinero siendo "El Hombre Más Bello del Mundo", y haciendo películas de segunda clase con las que proporcionar a las reprimidas una imagen erótica con

la que masturbarse también...

El otro inició un ademán de protesta, pero lo cortó avanzando la mano, y añadiendo rápidamente:

—¡No! No quieras engañarme...

Estamos solos en esta isla perdida en el confín del mundo, y podemos ser sinceros el uno con el otro... ¡Nos hemos encaramado sobre una gigantesca montaña de masturbaciones, Gino...!

¿Es que no lo sabías...?

—No. No lo sabía, ni se me había ocurrido verlo desde ese punto... —replicó—. Tampoco creo que sea culpa nuestra... Somos lo que la gente ha querido que seamos, y gracias a eso tenemos dinero, yates, aviones y mujeres... De otro modo, yo continuaría

cepillando armarios en una fábrica, y tú te morirías de asco con un sueldo de ayudante de cátedra en París...

—Pero valemos más que eso, Gino... Y tú lo sabes...

—¿Lo sé...? —se asombró—. ¿Quién ha dicho que lo sepa? Si intentamos ser sinceros, te diré que no tengo la menor idea de por qué estoy aquí, ni por qué tengo ese avión, y la gente me considera "El Hombre Más Bello del Mundo"... —hizo una pausa y su voz denotaba una profunda amargura cuando añadió—: Yo sé que eras un genio en la Universidad, pero a mí, todo lo que me enseñaron fue a fabricar muebles baratos en un reformatorio... —sonrió con tristeza—. No pretendas

convencerme de que valgo más de lo que soy, porque no puedo creérmelo...

Aristófanes Panatas fue a responder, pero advirtió de improviso que una iguana de cuello rojizo había acudido a comerse el pedazo de habano que pendía de sus dedos, y reparó entonces que las había por todas partes: en las barandas, en el porche y los tejados, yendo y viniendo del jardín al salón principal; entrando y saliendo de la casa por las puertas, huecos y ventanas; dueñas absolutas del lugar; tan dueñas que se atrevían a acudir a comerse los cigarrillos de los intrusos.

—Se diría que no tienen miedo a nada... —se sorprendió Gino.

—Ningún animal de las islas lo

tiene, porque jamás se enfrentaron con enemigos naturales... —aclaró el griego—. Tan sólo el hombre les hizo daño en un tiempo, pero las nuevas generaciones lo han olvidado... —permitió que la iguana atrevida concluyera de tragarse los restos del habano, y le acarició con el dedo la espinosa cresta, lo que hizo que el animal mostrara una lengua rojiza, ancha y poderosa, tratando de lamer de los dedos los últimos restos de sabor a tabaco—. ¡Observa su confianza...! —Luego señaló con un gesto el resto de las iguanas que se aproximaban o dormitaban en los repechos—. En el Canal reina una calma semejante, porque atrás han quedado las guerras. La Mundial, la de Corea, la del

Vietnam... Nadie espera un ataque ahora, durante el único período de paz de que han disfrutado los Estados Unidos desde hace cuarenta años...

—¿Y ése es el momento en que se te ocurre fregarles la vida...? ¿Por qué...? ¿Cuál es la verdadera razón, Ari...?

Aristófanes Panatas se recostó en la carcomida barandilla, que gimió tristemente cediendo bajo su peso, a punto de saltar en pedazos. Meditó unos instantes, buscando una respuesta válida que sirviera a su amigo y pudiera convencerle, pero tras mucho darle vueltas a la cabeza, no la encontró:

—No creo que exista razón personal... —admitió—. Los

norteamericanos no me simpatizan, desde luego, pero tú tienes más motivos que yo para aborrecerles... Si quiero preparar ese sabotaje al Canal es, sobre todo, por lo que se puede obtener...

—¿Y es...?

—Quinientos millones de dólares...

Lo había dicho con tanta naturalidad, con un convencimiento tan absoluto de la cifra, que Gino sintió cómo un escalofrío le subía por la espalda.

Por primera vez tuvo la absoluta certeza de que su amigo hablaba en serio.

—¡Quinientos millones de dólares...! —repitió, asombrado, soltando un leve silbido—. ¿Y qué

piensas hacer con ellos...?

Aristófanes Panatas parecía extrañamente serio, y esta vez ni siquiera sus ojos sonreían.

—Aún no lo he pensado... —replicó suavemente—. Y no me preocupa...

Primero hay que conseguirlos y luego buscaremos en qué emplearlos...

—Pero, ¿los necesitas...?

—No, en absoluto... Tengo más del que puedo gastarme... ¡Olvídate de él! —suplicó—. Lo que importa es saber si estás dispuesto a ayudarme, y si somos capaces de poner en marcha este asunto —hizo una pausa—. No es fácil, y lo sé. Por eso no he querido intentarlo solo. Necesito tu ayuda y tu consejo... Quiero

que estudiemos un plan, meditemos los pros y los contras, y decidamos, fríamente, si somos o no capaces de llegar hasta el fondo...

Gino Montalde, "El Hombre Más Bello del Mundo", según la última encuesta de la revista "Estrellas", propiedad de su amigo Aristófanes Panatas, no supo qué decir, y optó por ponerse en pie y continuar su marcha a través de las calles de lo que fuera antaño poderosísima Base Aérea de Seymour, en el Archipiélago de las Galápagos, en Ecuador.

Necesitaba tiempo para meditar, y el griego pareció comprenderlo, porque se limitó a ponerse en pie y seguirle, marchando así, uno tras otro, hasta el

borde mismo del acantilado, no lejos del punto en que el alcatraz de plumaje pardo, blanco pecho y azules patas, continuaba intentando calmar su apetito pese a la oposición de los rabihorcados.

Durante unos minutos se dedicaron a arrojar piedras al mar, en dirección al sol, que comenzaba a descender en el horizonte, más allá de la punta sudoeste de la isla.

—¿Cuáles son tus ideas políticas, Ari...? —inquirió Gino de improviso—. Nunca hemos hablado de ello...

¿Eres comunista...?

—¡No seas estúpido...! —replicó molesto—. ¿Dónde has visto a un comunista millonario editando revistas pornográficas...? Si lo fuera, no

necesitaría recurrir a un actor de cine capitalista... Iría al Partido y diría: "Se me ha ocurrido volar el Canal de Panamá..., ¿me ayudan o me fusilan?" —sonrió con cierta ironía, como si se estuviera burlando de sí mismo—. Lo malo es que no tengo ideas políticas, Gino... No tengo a quién ofrecerle mi descubrimiento... ¡Es lo más triste y lo más cómico de este asunto...! No tengo motivos económicos, ni políticos... ¡El último tipo al que se le tenía que haber ocurrido una idea semejante, pero se me ocurrió...!

—Tal vez se le haya ocurrido a otros, pero ninguno fue tan loco como para intentarlo...

—Tal vez, no lo niego... —admitió

—. Pero si no lo intentaron, no tiene mérito... ¡Yo soy distinto...! —añadió convencido—. Yo voy a llegar tan lejos como pueda, y sólo te pido que me ayudes...

—¿Por qué precisamente yo...?

—Porque eres la única persona en este mundo que creo que está en mis mismas circunstancias... —señaló—.

Somos iguales, Gino. Te conozco hace años, y me consta que no te importa el dinero, no crees en política, y serías incapaz de traicionarme...

—Pero no lo sabes todo sobre mí, Ari... No sabes, por ejemplo, cuáles fueron mis principios, ni qué relaciones tengo con la mafia de mi país... ¿Quién me impediría planearlo con ellos...?

—Tú mismo... —dijo Ari—. Sé que tienes contactos con la mafia...

Existe un contrato que te ata a ellos y sus negocios, pero te desagradan, porque no son de tu estilo... Te repugnan pero no puedes evitar que te utilicen... Ahora podemos utilizarlos a ellos... Necesitamos sus contactos, Gino. Que nos proporcionen los hombres, el material, los explosivos...

Tomaron asientos muy juntos sobre una roca y contemplaron en silencio el mar y una manada de focas que se bañaban en una caleta próxima.

—No puedo ir y decir: "Oye, Paolo, búscame una tonelada de dinamita, que vamos a volar el Canal de Panamá..." Acabarían conmigo...

—Ése es nuestro trabajo, Gino..., ¡y el gran desafío...! Tenemos que imaginar un plan tan perfecto que nadie, jamás, pueda suponernos mezclados en él... Somos jóvenes, ricos, felices y despreocupados... ¿Por qué habríamos de hacerlo...?

—¡Es una idea loca...!

—En esa misma locura se basa su seguridad... Nadie sospechará de nosotros, Gino... ¡Nadie...!

Gino Montalde meditó su respuesta.

La meditó todo el tiempo que el disco del sol tardó en esconderse tras la línea del horizonte, y permaneció con los ojos fijos en él, como hipnotizado por su reflejo rojizo sobre un cielo de un

azul muy pálido.

Se daba cuenta de que aquélla era, probablemente, la decisión más importante que tomaría en su vida, pues sabía mucho más de los bajos fondos y la Policía que su amigo Aristófanes Panatas.

Le asustaba la aventura; le asustaba pensar que podía perder cuanto había conseguido partiendo de la nada, pero resultaba, sin embargo, tan atrayente la idea; había tantas cosas en su vida pasada que parecían empujarle a ella, que acabó por volverse y preguntar sin inflexión alguna en la voz:

—¿Cómo es Panamá...?

Le despertó el griterío de la chiquillería.

Estaba acostumbrado a él y al escándalo que cada mañana turbaba su sueño tras toda una noche de trabajo, pero, ese día, no podía saber por qué, se presentaba más intenso que nunca.

Se calzó los pantalones y se asomó al ancho balcón que corría a todo lo largo de la casa, por sus cuatro fachadas. Otros vecinos, todos gentes de color como él, se asomaban igualmente, algunos incluso en ropa interior. Abajo, en la calle, una nube de mocosos aullaba en torno a un turista rubio que tomaba fotos, exigiéndole unas monedas e incluso colocándose ante la cámara sin permitirle captar cómodamente una vista del desvencijado edificio.

El negro Jackson jamás podría

entender la afición de los turistas a fotografiar sucias casas de vecindad como la suya, ni mugrientos barrios como el de Santa Ana, y se preguntaba qué interés podría tener todo eso para alguien que allá, en su tierra, probablemente habitaba en un lugar tan limpio, tranquilo y elegante como podría serlo el mismo Balboa, en la zona americana.

Aunque, mirándolo bien, el tipo no tenía aspecto de yanqui, y quizá cargaba con demasiadas cámaras para tratarse de un simple turista. Se diría que le interesaban el lugar y la gente, aunque por más que buscase a su alrededor, el negro Jackson no logró distinguir más que las escenas de siempre, mil veces

repetidas. Los viejos caserones de madera, de larguísimas balaustradas sostenidas por postes despintados y quebradizos, se alternaban con desconchados edificios de hormigón, más modernos, pero más calurosos también, y de unos a otros colgaban largas ristras de ropas tendidas a secar al sol rabioso de una mañana de julio, de luz tan violenta, que llegaba a herir incluso los ojos oscuros y habituados desde antiguo, del negro Jackson.

Y junto a las ropas de colores, en cada ventana, y sobre las largas galerías que ceñían las casas contiguas, descoloridas y ruinosas también, la gente se entremezclaba, cosiendo, planchando, riendo, cantando o

llamándose de lado a lado de las calles, de una casa a la siguiente, en su afán por contar la borrachera del marido, o las incidencias de la novela que diera la televisión la noche anterior.

A menudo, ni de una ventana a la siguiente lograban entenderse pese a gritar a voz en cuello, porque el escándalo y la barahúnda de la música lo impedía. En cada vivienda aullaba una radio y se diría que se habían puesto de acuerdo para elegir emisoras diferentes, y así sonaban los mambos, las cumbias y los merengues, entremezclándose de ventana a ventana, de muro a muro, de calle a calle, y de barrio a barrio, pues de Curundú a la Paitilla, del Chorrillo a Betania, y de

Perejil a Monte Oscuro, Panamá-City era como una gigantesca jaula de grillos y cigarras, una retumbante caja de ruidos, un increíble manicomio.

Ventanas y puertas se abrían en busca de la corriente de aire que aliviase del denso calor pegajoso, y miles de cocinas de miles de hogares lanzaban libremente a la calle olores que venían a unirse a los olores de cientos de puestos de frituras ambulantes, y esa mezcla de olores, amasados por la densa humedad de un clima tropical y asfixiante, parecía cocinar a la ciudad dentro de un caldo propio, bullicioso y picante; insoportable para quien no hubiera nacido en él y no hubiera visto pasar en

él, cocinándose a su vez, cuarenta y tantos años de monótona existencia.

El turista se había ido tras repartir un puñado de monedas entre la chiquillería que regresó —morena y desnuda— a sus descampados, sus carreras y sus pelotas, o a empujarse ahora ante el carrito de helados del cojo de la esquina, que raspaba unas virutas de hielo salpicado de extracto de menta a cambio de los centavos que habían obtenido del turista.

Lanzó una última ojeada a la calle y al panadero que había establecido en la acera, bajo su balcón, su enorme cesta de mercancía aún humeante, y el aroma a pan caliente le dio hambre.

Se adentró en la penumbra

pegajosa del minúsculo apartamento, se dirigió a la cochambrosa cocina y buscó algo que desayunar, pero Paloma no había aparecido en los últimos días, y no encontró nada de comer.

—Cada día viene menos por casa —masculló para sus adentros—. Y soy un estúpido al no querer admitir que anda metida de lleno en el negocio...

Se calzó las sandalias, agarró la menos sucia de las camisas desparramadas por los rincones y bajó a la calle, donde le compró, al primer salchichero que pasó, un "perro caliente" que masticó despacio con su dentadura carcomida y temblorosa.

Luego se entretuvo en observar a los que jugaban a las damas en las

aceras o en los quicios de las puertas. También él cuando no tenía ganas de trabajar o el trasto se averiaba, se pasaba las horas allí, jugándose el dinero e interrumpiendo el paso de los peatones. Alguien —probablemente un "gringo"— le aseguró una vez que si los panameños perdieran menos tiempo jugando a las damas y bailando el merengue, tendrían a estas alturas un país verdaderamente próspero, con una capital tan limpia, cuidada y aburrida como la mismísima Balboa.

Se compró una naranja, la peló con los dedos, arrojó al suelo las cáscaras, junto a otros miles de cáscaras iguales, y se alejó despacio hacia la gran avenida Central, porque allí, en Ciudad Panamá,

todo estaba cerca, y todo se confundía y se mezclaba.

Como ocurría con las "favelas" de Río de Janeiro, los "ranchitos" de Caracas, las "villalatas" de Buenos Aires, o los "llega-y-pon" de La Habana, apenas doscientos metros separaban a menudo las "casas-brujas" panameñas de los modernos edificios de los Bancos internacionales, la mansión de un ex ministro, o los abarrotados comercios donde indios y chinos proporcionaban a los tripulantes de los barcos que hacían una corta escala en el puerto a la espera de cruzar el Canal, todas las marcas de máquinas fotográficas, televisores, relojes, bebidas o cigarrillos que pudieran

existir a lo largo y lo ancho del redondo mundo.

Deambuló despacio por la larga Avenida Central, casi hasta la esquina de la "3 de Noviembre", por aceras invadidas por centenares de vendedores de lotería que montaban sus tingladillos junto a los altos sillones de los limpiabotas o los mostradores de chamarileros que ofrecían las más absurdas mercancías a los más absurdos precios.

Se fue deteniendo delante de uno, otro y otro más de los expendedores de lotería, estudiando con tranquilidad los números que ofrecían sobre un tablero o una pequeña mesa que colocaban sobre sus rodillas, pues para el negro Jackson,

como para la mayoría de sus compatriotas, elegir el número a que iba a jugar ese día, no era una labor cualquiera, sino un cálculo que debía realizarse con la mente serena, teniendo en cuenta infinidad de factores para no desperdiciar estúpidamente un dinero que tanto esfuerzo había costado ganar.

Diez minutos después, con tres "balboas" del 551 en el bolsillo y un ramillete de flores en la mano, se encaminó al descampado en que dejaba cada amanecer su viejo taxi —un "Pontiac" que se caía a pedazos— y tras cuatro o cinco infructuosas tentativas, consiguió ponerlo en marcha, alejándose despacio entre las calles atestadas, sin prestar atención a los transeúntes que

reclamaban sus servicios, pues aquél era día 21, y todos los días 21, desde hacía trece largos años, el negro Jackson jamás iniciaba su trabajo sin haber realizado antes una visita de rigor...

Subió por la avenida Ancón, buscó la "4 de julio", llamada desde entonces avenida de los Mártires y fue a detenerse con un chirriar de frenos frente a la alta verja metálica que separaba la bulliciosa, escandalosa y maloliente Panamá-City, de la tranquila, silenciosa y perfumada Balboa, capital de la Zona Norteamericana del Canal.

Allí, en aquel punto exacto, los soldados norteamericanos habían disparado a sangre fría contra una masa de estudiantes panameños, provocando

veintitrés muertos y más de trescientos heridos. Y allí, en aquel punto exacto, su pequeño Washington, que aún no había cumplido los diecisiete años, recibió una pesada bala en pleno rostro y cayó de espaldas desde lo alto de la verja, adonde había subido sin más armas que una bandera panameña esgrimida en la punta de un palo.

Depositó su ramillete sobre el trozo de cemento que un día se tiñó con la sangre de su hijo aunque ya un millón de lluvias la habían lavado, e inclinó la cabeza en muda oración, advirtiéndolo cómo el corazón se le encogía en el pecho y un nudo le apretaba la garganta.

Se esforzó por no imaginar una vez más lo que sería en aquellos momentos

su pequeño Washington, tan listo y claro de piel como su madre; tan buen estudiante, apasionado y fuerte, con el que hubiera compartido las horas al volante, trayendo a casa dos jornales con los que renovar el auto, mudarse a un sitio más decente, e impedir que Paloma tuviera que ponerse a trabajar en aquel cafetín del puerto, con lo cual, nada de lo que sucedió después hubiese sucedido.

—Tres días hace ya que tu hermana no duerme en casa —se lamentó—. Tres días y tres noches que no la veo, y cada vez usa ropas más caras...

Alzó el rostro hacia el otro lado de la verja, hacia el punto en que dos soldados yanquis de oscuro uniforme y

rapada cabeza le observaban sin aparentar verle, displicentemente apoyados en sus pesadas automáticas.

Cualquiera de ellos; cualquiera de los miles de profesionales de la guerra y la muerte con que los yanquis protegían su adorado Canal, podía ser el que disparó la bala que acabó en un instante con la vida del joven Washington, y con la alegría de su padre, el negro Jackson.

Amanecía sobre los acantilados de oscura lava, que tomaban a la primera luz de la mañana, tonalidades rojas, como de arcilla endurecida por milenios, más acusados sus matices casi escarlatas por la profundidad del azul del mar que, a aquellas horas, parecía impregnado por el negro de la pasada

noche.

Ahora, de añil intenso, el agua comenzaba a diluirse hacia tonos más claros, más acordes con la palidez de un cielo tamizado por un velo de blancos cúmulos que llegaban del Norte, deslizándose lentamente hacia las altas cumbres de Santa Cruz.

Se diría que las nubes buscaban descanso en el regazo de las montañas, fatigadas por un viaje de miles de kilómetros a lo ancho del más extenso de los océanos, y Aristófanes Panatas las observó cuando cruzaron sobre su cabeza y se adentraron en tierra para fundirse allí con la gran masa gaseosa, húmeda, gris y amenazante que ocultaba las cimas.

Eran esas nubes y esas montañas las que hacían de Santa Cruz una isla fértil y habitable, a diferencia de la mayoría de sus hermanas del archipiélago que veían pasar esas nubes año tras año sin que ni una sola vez descargaran su ansiado contenido.

La misma Seymour, a no más de veinte kilómetros al Norte, no sería nunca más que una árida roca, llana y pelada, ejemplo de todas aquellas islas bajas y desoladas, que habían quedado para refugio de iguanas, lagartos y gigantescas tortugas. Eran tierras calcinadas, tan idénticas a las que surgieron del fondo de los mares por el impulso de los volcanes, que se creería que ni los siglos ni los milenios habían

pasado por ellas, y cada hostil y cortante pedazo de lava acababa de enfriarse la noche antes.

Le atraía el paisaje con su agreste violencia de obra hecha con ira, inacabada, como oro fundido y arrojado sobre las aguas sin limar una arista, sin suavizar un trazo. Rocas nuevas, nacidas de una cruel noche de amor librada a golpes entre el mar y el fuego, paridas del más profundo de los abismos, pero más que paridas arrojadas, escupidas, vomitadas, para quedar allí para siempre como muestra de lo que podían ser las furias del infierno.

Y en el tranquilo amanecer silencioso, trepado en la cofa del más alto de los tres mástiles del yate,

Aristófanes Panatas tuvo la impresión de que por primera vez descubría la verdad sobre el nacimiento de las Galápagos, la creación del mundo, o los misterios del alma humana. Y es que aquella mañana, tras toda una noche de insomnio, Aristófanes Panatas experimentaba la sensación de haberse convertido en otro hombre.

Ya no era el avispado muchacho que un día decidió hacerle la competencia al legendario y poderosísimo "Play-Boy" a base de ofrecer el mismo material pero mucho más osado; rondando la pornografía.

No era, tampoco, el hombre que había centuplicado en seis años la pequeña fortuna que le dejara una tía

solterona, gazmoña y beata, ni era, por último, el "Don Juan" que podía presumir de que todas las bellezas que habían aparecido en las portadas de sus revistas habían pasado, pronto o tarde, por su cama.

Todas, excepto Isabelle Barrington, naturalmente.

Aquella mañana, Aristófanes Panatas se sentía invadido por aquella especie de "personalidad marginada" que había leído que se apoderaba de los conspiradores y terroristas, que, de tanto vivir en el secreto, en el anonimato, y el constante peligro, llegaban a crearse un mundo íntimo.

Era ése un mundo exclusivo, al que tan sólo podían pertenecer los de su

misma condición, y en el que acababan por considerar al resto de los seres humanos, los auténticamente marginados, distintos, extraños, indignos...

A partir de la noche anterior, el griego advertía cómo crecía en su interior esa nueva forma de sentir, que ya tan sólo podría ser comprendida por el único partícipe de su proyecto, al que tendría que unirse más y más, a medida que ese proyecto creciese y se hiciera realidad.

Sentado allí, en la cofa a la que había querido subir impulsado por una fuerza hasta entonces extraña en él, experimentaba una felicidad indescriptible que no había conocido ni

siquiera en sus momentos de mayor esplendor profesional. Era una felicidad que no sabía a qué atribuir, y que podía deberse a la emoción de lanzarse a una empresa demasiado arriesgada, o al hecho de que aquel gigantesco secreto le convertía en un ser superior, un ser que perseguía, por primera vez, una meta digna de sí mismo.

Porque, en el fondo, al confesarse asqueado por haber construido su fortuna sobre una gigantesca montaña de masturbaciones, Aristófanes Panatas no se limitaba a airear un argumento que le pareció oportuno. En su fuero interno, experimentaba algo muy parecido a una íntima decepción, pues desde muy niño, desde que tomó conciencia de que no le

costaba esfuerzo ser siempre el primero en todo, se creyó llamado a realizar muy altas empresas en la vida.

Más tarde, en la Universidad, siguió idénticos caminos de triunfo, y pocos hubieran imaginado, conociendo su trayectoria, que aquel joven genio de las Matemáticas y la Física, abandonaría su recién estrenada carrera, para dedicar su tiempo y su esfuerzo a sacar adelante una sucia revista que había fundado, casi como pasatiempo, un par de años antes.

—Cometes un error —había señalado Henry Carme, acostumbrado a la idea de que Ari se convertiría en su ayudante tras haber sido su alumno durante años—. Tú no has nacido para editor... Has nacido para investigador,

para físico...

—Siempre estaré a tiempo de volver...

—No... —Su negativa era absoluta, nacida del convencimiento—. Al ritmo que lleva la investigación en nuestro tiempo, unos años de alejamiento significan una eternidad... Cada día nacen nuevas teorías, se crean computadoras más avanzadas, se revolucionan conceptos que creíamos eternos e inamovibles...

Bebían lentamente el pastís de la mañana, en el viejo café de la Rue Saint-Michel, bajo la gran librería "Gibert": "La más importante librería y papelería al detalle de París", a menos de trescientos metros de la Sorbona, y

cincuenta de la redacción de "Estrellas", situada en un semisótano de la Rue Racine.

—Dos años es lo que necesito para que la revista marche por sí sola —replicó, señalando con un gesto hacia la oficina que acababan de abandonar—.

Después podré dedicarme a lo que quiera. No creo que en ese tiempo me quede definitivamente atrás... —concluyó—. Y si me quedo, volveré a empezar...

—No lo harás... Se pierde el hábito del estudio; se olvidan cosas esenciales, y lo que ahora parece formar parte de ti mismo dejará de tener sentido en cuanto no lo practiques.

Convéncete, Ari... ¡Si no lo haces

ahora, nunca lo harás...!

Sabía lo que decía Henry Carme...

Lo sabía, y el tiempo le había dado la razón...

Trepado en lo más alto de los mástiles del "Estrella Negra", una goleta de tres palos y fina estampa, contemplando el amanecer sobre el Archipiélago de las Galápagos, en pleno océano Pacífico, Aristófanes Panatas dedicó un cariñoso y nostálgico recuerdo a su joven profesor, y se preguntó qué rumbo habría seguido su vida, si aquella mañana le hubiera hecho caso, abandonándolo todo para dedicarse a la investigación de nuevas técnicas sobre computadoras electrónicas.

—Tal vez dentro de veinte años me hubieran dado el Nobel —comentó para sus adentros—. Pero no me hubiera tirado ni a la centésima parte de mujeres...

A doce metros bajo él, un hombre surgió del sollado de proa, bostezó ruidosamente y orinó en el mar entretenién­dose en trazar un artístico arco de pis sobre la barandilla de cubierta.

Reconoció al cocinero, aunque era la primera vez que lo veía así, en vertical absoluta, sin más prominencias destacadas que su gruesa narizota y el pene con el que jugueteaba, y se percató de que no se lavaba las manos antes de meterse desganadamente en la cocina, a

preparar los desayunos.

Volvió luego otra vez la quietud al mar, a la isla y al barco; quietud que rompió un pequeño lobo marino que vino a husmear la cadena del ancla; una bandada de peces voladores que cruzó el Canal del Este a Oeste, dejando Seymour a estribor y Santa Cruz a la izquierda, y por último, un denso aroma a café recién hecho y a huevos revueltos con tocino que dieron vida al yate.

Primeramente apareció la tripulación, desperezándose y saludándose con monosílabos, para detenerse a observar el estado del mar y el cielo, la forma de las olas, o la dirección e intensidad del viento, con esa mirada, escrutadora pero casi

mecánica, con que los marinos buscan conocer, desde temprano, la suerte que les deparará el día, ya que ese día dependerá en gran parte de los elementos.

Luego surgió Annabelle, desnuda de cintura para arriba, indiferente a las furtivas ojeadas de los marineros, admirados una vez más de la perfección de su cuerpo increíble, y se lanzó al agua con un ágil salto, nadando y zambulléndose en uno de los espectáculos más hermosos que Aristófanes viera en mucho tiempo.

—Tengo que pedirle a Rudolf que haga una serie de fotos desde aquí —se dijo, pero no tuvo tiempo de continuar sus reflexiones, pues Annabelle, a la

salida de una de sus inmersiones, miró hacia lo alto y descubrió su presencia.

—¡Eh! —gritó—. ¿Qué haces ahí arriba encaramado como un mono...?

Fue entonces cuando la tripulación se percató de que, por primera vez desde que lo conocían, su patrón estaba en pie a las siete de la mañana, y subido, además, a la punta de un mástil.

Se sintió en ridículo, pero más ridícula se le antojó la idea de bajar porque le hubieran descubierto.

—¡Se está bien aquí! —replicó en el mismo tono de voz, casi a gritos—.

¡La vista es preciosa...!

—Pues ahora subo... —rió divertida la muchacha—. Si estás tú, debe ser buen negocio...

No lo hizo, limitándose a continuar nadando, pero sus voces y sus risas sirvieron para despertar a los que aún dormían, que afloraron a cubierta, listos unos a tirarse al agua, y reclamando el desayuno los restantes.

Aristófanés había logrado reunir a bordo del "Estrella Negra" a cuatro de las más cotizadas modelos mundiales: la brasileña Annabelle; la japonesa Etuko; la etíope Zoé, y la inglesa Patricia, con las que pensaba llevar a cabo uno de aquellos extraños reportajes que habían dado fama a su revista.

Retratadas por el fotógrafo más caro del mundo: el grandioso e histérico "Rudolf-Rudolf", mostraría cómo la mujer había evolucionado, partiendo de

un origen común, hacia distintas formas de belleza, y diferentes tonos de piel, ojos o cabellos.

..."Las tortugas de cada una de las Islas Galápagos han ido adaptando sus hábitos, e incluso el tamaño, forma y diseño de sus caparazones, a las peculiares características de su *"hábitat"*. Con el paso de los siglos, han ido diferenciándose entre sí más y más, pese a que, con frecuencia, tan sólo un estrecho brazo de mar las separaba, y provienen de un origen común..." Esa frase, leída por casualidad en uno de los reportajes "serios" que cada mes compartían, con docena de muchachas desnudas, las páginas de sus publicaciones, le había sugerido la idea

de adaptar a cada isla y cada paisaje, la anatomía de la chica que mejor le cuadrara.

De ese modo, dentro de una supuesta lógica, la oriental Etuko se habría desarrollado con el paso de los siglos en el suave y encantador ambiente de la más alejada de las islas, Floreana, mientras la violenta y desgarrada belleza de Zoé, nacería de los oscuros basaltos y la lava enfurecida de Seymour, y la rubia Patricia emergería de las nieblas eternas y las altas cumbres frías de San Cristóbal.

Aquellos paisajes únicos y diversos del Archipiélago, con su flora y su fauna peculiar y concreta, configurarían el marco en el que Rudolf

apresaría la desnuda belleza erótica de las cuatro modelos, en un reportaje que significaría un fastuoso derroche de dinero y fantasía.

Eran ésas las cosas que diferenciaban a Aristófanes Panatas del resto de los editores de semipornografía, y aunque a muchos sus ideas se les antojasen ridículas, esas ideas, y su sentido del negocio y la economía, le enriquecieron en poco tiempo.

El "Estrella Negra" había zarpado de Niza con cinco chicas que realizaron una magnífica serie de fotografías en el Archipiélago Canario, en pleno Atlántico. Continuó luego viaje, únicamente con la tripulación y Rudolf,

hacia el Caribe, donde en las Islas Vírgenes se contrató a dos nativas que posaron ante las playas increíblemente blancas y las cabañas típicas de su propia gente; y más adelante, se llevó a cabo una nueva sesión con modelos distintas en Panamá, su Canal, sus selvas, y las ruinas de sus ciudades arrasadas por los piratas.

Y allí estaban ahora a sus pies las cuatro: Zoé, Annabelle, y Etuko nadando en el mar en calma, y Patricia devorando su desayuno, pues se podría asegurar que aquella esbelta muchachita de perfecta figura, inmensos ojos verdes y aire cándido, tan sólo había venido a este mundo para comer de la mañana a la noche.

Cinco minutos después subía Gino, enfundado en un apretado traje de baño negro, y su aparición provocó un revuelo y un cloqueo femenino, pues no andaban desencaminadas las que le eligieron el "Hombre Más Bello del Mundo", aunque en esa nominación pesara mucho, desde luego, que fuera "Estrellas" la revista organizadora de la encuesta.

Delon, Mastroianni, Redford, Testi y algún otro, habían andado cerca a la hora de recibir votos de admiradoras, pero la secretaria de Aristófanes Panatas se las había ingeniado para inclinar la indecisa balanza hacia Gino Montalde.

Cuando éste descubrió al griego

sentado en la cofa, trepó ágilmente las escalas; agilidad que le venía dada de interpretar películas de piratas, y tomó asiento a su lado, con las piernas colgando al vacío.

—¿Qué haces aquí...? —quiso saber.

—Contemplando el mar y tratando de hallar un plan...

—¡Ya...! Te obsesiona esa locura, ¿no es cierto...? —comentó—. Anoche pensé en ello..., la cifra... ¡quinientos millones...! ¡Me parece excesiva...!

El otro le observó con sorpresa, como si le costara trabajo admitir lo que había oído.

—¿Excesiva...? —protestó—. ¡Podríamos pedir cinco veces más, y

aún saldría barato...!

—¡Es absurdo...!

—Piensa... —rogó—. Cada barco que cruza el Canal de Panamá paga, en concepto de peaje, de seis a siete mil dólares... Sin embargo, dar la vuelta al Cabo de Hornos les costaría unos cincuenta mil dólares más, entre combustible y gastos generales... —Se advertía que tenía bien estudiado el tema—. El Canal le ahorra por tanto a los navieros de todo el mundo, más de cuatro millones de dólares diarios —añadió—. Eso, sin tener en cuenta la pérdida de tiempo y el deterioro en las cargas de productos perecederos...

—No se me había ocurrido...

—Porque nunca te había

preocupado el tema... —le tranquilizó—. A mí tampoco... Pero ahora imagina que un atentado inutiliza el Canal durante un período mínimo de seis meses...

Eso les costaría a las empresas de navegación unos setecientos millones de dólares. Suma los cincuenta millones no percibidos por la Compañía del Canal en concepto de peajes y las reparaciones... —hizo una pausa y sonrió con picardía, como si estuviera contando una historieta tremendamente divertida e intrascendente-...Añade las fábricas que se quedarían momentáneamente sin materias primas; los mercados a los que no llegarían los productos; las ciudades y los países a

los que faltaría inmediatamente petróleo... ¡Un auténtico desastre! —afirmó—. Quinientos millones de dólares no son más que un pequeño impuesto por dormir tranquilos...

Gino le observó con admiración, balanceándose ambos a doce metros sobre la cubierta de la goleta, y a catorce sobre la superficie del mar en el que nadaban media docena de focas y tres mujeres semidesnudas. Agitó la cabeza:

—¡Me asustas, Ari...! —admitió—.

Me asustas y me asombras... Es una historia tan fantástica que parece un sueño... ¡Pretendes quitarles a los navieros, los comerciantes y los industriales de todo el mundo,

quinientos millones de dólares...!

¡Es cosa de locos! ¡De verdaderos locos!

—¿Conoces otra locura más divertida...? —quiso saber su amigo.

—Ninguna... —admitió—. Pero... ¿y el riesgo? Creo que resultaría imposible llevarlo a cabo sin que nos descubrieran... ¡Sería un milagro...!

Aristófanes Panatas sonrió y se puso en pie sobre la diminuta plataforma de la cofa. Calculó la altura y el balanceo de la nave.

—¡No puede haber milagros, Gino...! —dijo—. Nosotros tendremos que hacerlos...

Surcó el aire y se zambulló en el mar, sin demasiado estilo, a menos de

dos metros de Zoé, que dio un respingo asustada y lanzó un corto chillido.

A los pocos instantes asomó a la superficie y gritó:

—¡Vamos...! ¡Tírate...!

Gino dudó unos instantes, pero advirtió las miradas de las muchachas y de la tripulación fijas en él, y se sintió obligado a erguirse a su vez en la plataforma.

Su magnífica figura de metro noventa, anchas espaldas y caderas escurridas, destacaba como una estatua de dios griego provocando la admiración de las mujeres y la callada envidia de los hombres. Aspiró profundo, se irguió sobre las puntas de los pies y se lanzó al aire trazando una

perfecta pirueta que remató con una entrada impecable.

Las muchachas palmotearon fascinadas, y cinco minutos después se arremolinaban a su alrededor en el comedor de popa, intentando seducirle con sus torsos desnudos mientras daban cuenta del desayuno. Aristófanes Panatas cortó el devaneo y la coquetería palmoteando impaciente y reclamando la atención del diminuto y nervioso fotógrafo que limpiaba sus cámaras ajeno a todo:

—¡¡Vamos!! —exclamó—. ¡A trabajar...! ¡Rudolf! Llévatelas a las islas y no volváis hasta la hora de cenar...

Ya a solas, con la mayoría de la

tripulación también en tierra "ayudando" al grupo expedicionario, ordenó retirar cuanto cubría la mesa, despidió al camarero, y desplegó una serie de mapas, gráficos y diagramas:

—Observa esto —pidió—. Es un corte transversal del Canal, en el que se pueden ver las esclusas, el lago y sus perfiles —el dibujo era funcional y perfecto, detallado al máximo, incluso con siluetas de buques de distinto tonelaje y forma en cada una de las partes esenciales del recorrido—.

Los barcos suben por las esclusas —continuó Ari— desde el nivel del mar, hasta los veintiocho metros de lago Gatún, que es éste...

—¿El agua que alimenta las

esclusas viene del lago?

—Empiezas a entenderlo... —Hizo una pausa convencido de asombrar a su interlocutor—. ¿Sabes cuánto gasta, por término medio, cada barco que atraviesa el Canal...? —No aguardó respuesta, seguro de que el otro no podía tener ni la menor idea—. ¡cincuenta millones de litros de agua dulce...! —concluyó enfáticamente.

—¿Cuánto...? —Si había intentado sorprender a Gino, lo había conseguido.

—Doscientos cincuenta millones de litros de agua dulce —repitió, seguro de sí mismo—. Lo que consume una ciudad de cuatrocientos mil habitantes, en un día... Multiplica por los barcos que pasan, e imagina la pérdida de ese

lago...

—No hay lago en el mundo que soporte un gasto semejante... Se secaría en un mes...

—No. No se seca... —Aristófanes buscó entre el montón de mapas y papeles su paquete de cigarrillos y encendió uno, permaneciendo luego con la cerilla apagada en la mano, sin saber a ciencia cierta dónde depositarla, porque en realidad no estaba atento a ella, sino a lo que decía—. No se seca —repitió—, porque se encuentra en una de las zonas más pluviosas del mundo. Durante más de medio año llueve todos los días sobre Panamá...

Durante unos instantes permanecieron en silencio, observando

dibujos, mapas y diagramas, y escuchando el lamento de la estructura del barco cuando se balanceaba suavemente. Gino estudiaba el perfil de las esclusas y del lago, como si le costara trabajo admitir que pudiese existir tanta agua dulce en el mundo como para desperdiciarla de aquel modo, arrojándola al mar una y otra vez.

Luego se volvió a Aristófanes. Le conocía e imaginaba que le reservaba una nueva sorpresa. Por eso no necesitó hablar; su pregunta se reflejó en sus ojos.

—En diciembre paran las lluvias —admitió el otro, como si le hubieran descubierto en falta—. En ese momento, el nivel del lago debe estar a tope para

que pueda soportar el consumo de la estación seca...

Se interrumpió de nuevo, y Gino comprendió que ese silencio era una especie de invitación a que concluyera el hilo de su razonamiento. Meditó unos instantes y afirmó con un gesto:

—Entiendo —dijo—. Si, cuando han terminado las lluvias, se vacía el lago, las esclusas quedarían sin agua y no subirían los barcos.

El griego fue refrendando una a una sus palabras, a medida que una sonrisa cada vez más ancha se dibujaba en su inteligente rostro. Al fin guiñó un ojo:

—¿Te das cuenta? —inquirió—. El lago está pensado para que hasta la última gota de agua pueda

aprovecharse... —con un lápiz cruzó una raya oblicua que quería significar la aniquilación o la desaparición de las esclusas—. Si en un momento determinado, las distintas compuertas quedaran abiertas al mismo tiempo, toda el agua de ese lago iría a parar al mar...

Gino Montalde se puso en pie y recorrió despacio la estancia, yendo a detenerse frente a un ojo de buey por el que contempló el mar y la desierta isla de Seymour que se alzaba frente a él.

Paseó la vista por los edificios semiderruidos, las calles solitarias y los camiones herrumbrosos y abandonados. Cuando se volvió, su rostro aparecía extrañamente serio:

—¡Es algo diabólico, Ari...! —

señaló—. ¡Terrorífico...! —Colocó su dedo índice sobre un punto del mapa—. Al final de estas compuertas por las que el agua se precipitaría sin obstáculo, se alza una ciudad... ¿Qué ocurriría si los miles de millones de toneladas de agua de ese lago se desbordasen? —inquirió.

—Arrasarían el Canal y cuanto encontraran a su paso...

—¿Y aun así quieres intentarlo? —se asombró.

—¡Sólo intentarlo, Gino...! —replicó con tranquilidad—. Sólo intentarlo. Ni tú ni yo permitiríamos que eso ocurriese. Pagarán lo que pedimos, aprenderían la lección, tomarían medidas para que un problema semejante no volviera a plantearse, y en

el fondo, les habríamos hecho un gran favor... —aplastó el cigarrillo en un cenicero que había encontrado en un rincón—. Nosotros no pretendemos hacer daño... —concluyó—. Pero otros podrían tener cualquier día la misma idea, y quizá no se detuvieran...

Gino Montalde le miró largamente, y por último, muy despacio, inquirió:

—¿Y nosotros, Ari...? ¿Podremos detenernos...?

Hacia la derecha todo era azul, y a su izquierda, la confusa silueta de Aristófanes, como tragada por una suave noche, iba desapareciendo a medida que se sumergía en persecución de alguna pieza que permanecía demasiado lejos de su vista.

Al frente, la mole de un alto farallón se elevaba abrupto, sirviendo de barrera a largas olas que rompían mansamente.

Nadó despacio, y a medida que el velo azul de las aguas fue siendo menos espeso, pudo distinguir con claridad la maravilla que tenía ante sí.

Era como el juego de colores de mil pintores que se hubieran vuelto locos, manchando aquí y allá con ocre, rojos, verdes, amarillos y violetas, formando un cuadro deslumbrante en aquella increíble pared atravesada por infinidad de túneles que filtraban la luz o se escondían en penumbras, y donde el rojo quería a toda costa dominar a los restantes colores.

Abundaban las madreporas, que hacían del conjunto un gran jardín, y de entre ellas sobresalían las meandrinas, que recordaban el cerebro de un hombre; los alcionarios, como espigadas hojas lobuladas, y las inclinadas láminas amarillentas de los corales de fuego que quemaban al tocarlos.

Encontró también innumerables estrellas de mar, algunas apenas del tamaño de un botón, y otras en forma de seta, todas con un color peculiar o un dibujo que las diferenciaban entre sí, pero que hacía, no obstante, que formaran un conjunto armónico.

Y a su alrededor, una explosión de vida, con esponjas de incontables especies y colores; mariposas de mar

que se agitaban como relámpagos; "peces-rana", escorpenas, erizos y "peces-arco iris" con toda la gama de tonalidades en su dorso. Lirios de mar verdes o anaranjados, "peces-barbero" y docenas de otras especies que jamás había visto antes y que no se sentía capaz de clasificar.

Le llamó la atención una exuberante flor que descansaba sobre un coral, se aproximó, y advirtió que no era tal flor, aunque por su forma y colorido mereciera serlo, porque le miró con unos enormes y fríos ojos descoloridos. Aproximó la mano pero no se asustó, y por unos instantes sintió deseos de agarrarla, pero le habían prevenido contra los habitantes de los corales.

Abundaban las especies que a nada temían porque se sabían protegidas por su veneno. Aquella flor era un "pez de fuego" que con la sinancia y la escorpena pertenecían al grupo de los peces de roca ponzoñosos.

Unos metros más allá un minúsculo cangrejo se arriesgó asomando la cabeza fuera de su agujero. Miró a todos lados, dio unos pasos, y de las sombras de una roca nació un mero pintado que se abalanzó de inmediato sobre él y lo devoró sin darle tiempo a reaccionar.

Inició el ademán de ir en su busca, pero cambió de idea. Allí, en aquellas aguas tan ricas, quizá las más apropiadas del mundo para la práctica de la pesca submarina, meros

semejantes encontraría muchos, y estaba seguro de tropezarse con otro en el farallón siguiente, o quizá bajo la oscura roca vertical cuya silueta se adivinaba tras el cabrilleo fantasmagórico de los rayos de sol que atravesaban oblicuamente al agua.

Era además aquél un día en el que no se sentía identificado con la emoción de la pesca, y su mente se encontraba lejos de los corales y los peces; lejos de los arrecifes y su belleza; concentrada en la arriesgada aventura que Aristófanes Panatas le propusiera.

El griego había demostrado conocerle a fondo al considerar que no le importaba el dinero pese a que, a diferencia de Aristófanes, que jamás

conociera el hambre o la pobreza, Gino Garuffo —ahora ya Gino Montalde— había sufrido una infancia difícil en los terribles tiempos del Nápoles de posguerra.

Gino supo lo que era un estómago vacío, lo que significaba convivir con borrachos y putas en los más sucios y tétricos callejones del puerto y llorar a menudo, silenciosamente, con el amargo llanto que sólo puede comprender quien, a los siete años, ha dormido, abandonado en el quicio de un portal, viendo caer la lluvia y sintiendo el frío en el cuerpo y el alma.

Era quizá la evocación de aquellos años lo que le impedía negarse desde un principio a respaldar la loca aventura de

Aristófanes. Más que el frío, el abandono o el hambre, Gino recordaba, como si el apodo resonase aún en sus oídos, que durante mucho, mucho tiempo, en las callejuelas y los barrios bajos de Nápoles se le conoció siempre por Gino "el Yanqui", el hijo de Dora, "la Puta".

Yanqui de uniforme había sido, al parecer, su padre, de quien heredara la gigantesca estatura y los ojos, mientras su madre, puta de oficio iniciada con el hambre de la guerra, le aportó la tez aceitunada, el cabello muy negro y la gracia y el desgarró de los gestos.

Gino "el Yanqui" fue durante años, y su niñez estuvo marcada por un constante rencor hacia los "marines" que

hacían cola a la puerta de los burdeles y discutían en las esquinas con las compañeras de su madre.

—Pero tu padre era distinto... —le confesó ella, el único día en que se dignó hablar del tema—. Era el sargento más alto y más guapo que haya existido, y nunca quise ni querré a nadie como a él... Y me pidió que nos casáramos... ¡Te juro que me lo pidió... pero no lo dejaron! —sonrió con tristeza—. En América no cabía tanta puta como se llevaron los soldados después de la guerra, y si se casaba conmigo lo echaban del Ejército...

—¿Prefirió el Ejército a nosotros...?

Le acarició el negro cabello en uno

de los pocos gestos maternos que tuvo en muchos años.

—Tú aún no habías nacido — señaló—.

No te conocía...

Tal vez, por uno de esos extraños caprichos del destino, su padre se hubiera convertido, después de tantos años, en oficial a cargo de las Fuerzas de Defensa del Canal de Panamá, lo más escogido de aquel Ejército que había decidido que su madre y él no eran dignos de uno de sus sargentos.

Una enorme corvina surgió de entre las rocas, le observó interesada, y buscó luego refugio en una ancha cueva de doble salida, a poco menos de diez metros de profundidad.

Por unos instantes Gino desechó sus pensamientos, y toda su atención se centró en la pieza, cuya ancha cola oscura podía distinguir agitándose en cadencia, ajena al peligro que le acechaba...

Respiró profundo y despacio, se cercioró de que el arma estaba a punto, suelto el seguro, y sin nudos la liña, y con un leve quiebro de cintura y un golpe de riñones se hundió en vertical, buscando mantenerse fuera del campo visual de su víctima.

Se sumergió hasta un fondo arenoso a unos doce metros a espaldas de la gran roca, y nadó hacia ella en silencio, procurando no producir ondas con bruscos movimientos. El arma iba

delante, con la punta del arpón hacia la entrada de la cueva, y el dedo curvado sobre el gatillo, sintiendo la presión del muelle que comenzaba a ceder.

Asomó tras la roca, de cara a la corvina, y disparó en el instante mismo de divisarla, alcanzándola en el lomo en el momento en que emprendía la huida.

Herido de muerte, el pez se debatió enloquecido en el interior de la cavidad, levantando nubes de tierra que oscurecieron el agua, golpeando el arpón contra las paredes, y enredando la liña que se enredó a su vez en los salientes de las piedras y en la rígida barra de acero.

Ascendió despacio en busca de aire fresco, sin soltar el fusil y dejando

escapar con la mano izquierda la larga liña. Ya en la superficie, tomó aire y flotó boca abajo, atento a cuanto sucedía en la cueva. Sabía por la práctica de muchas horas de pesca, que la herida era mortal, y el arpón se había introducido bien, hasta la palometa de seguridad. No existía peligro de que el animal se liberase en una convulsión y fuera a ocultarse y morir en cualquier agujero inaccesible.

Era tan sólo cuestión de tiempo, y no merecía la pena descender a entablar una batalla ganada de antemano, por lo que se dejó mecer por el suave oleaje, esperando paciente, asaltado de nuevo por pensamientos que le obsesionaban desde la tarde anterior.

Aunque, en realidad, le asaltaban desde siempre, o al menos, desde que comenzó a tener uso de razón, y a los trece años una "amiga" de su madre se lo llevó a la cama.

Al mes, Gino presentía que su destino era volver locas a las mujeres, aprendiendo de las maestras más expertas de Italia, el segundo oficio más antiguo del mundo; oficio que no se hubiera inventado de no existir de antemano el de sus profesoras.

Ya no fue nunca más un niño hambriento. Fue en todo caso un niño maltratado por viejos chulos que se negaban a admitir que un mocoso les perjudicase en el negocio por más que midiera cerca del metro ochenta y

siguiera creciendo.

Pero no en vano Gino se había criado en calles y barrios donde todo se aprende si se quiere sobrevivir, en especial cuando la chiquillería se ha pasado años insultándote con el infamante apodo de "el Yanqui".

Julia, Paola, Roxana, Marcia... hasta cuatro mujeres trabajaron para él al mismo tiempo, mientras dejaba pasar las horas jugándose el dinero con otros "protectores" en las salas de billar.

Fue al final de una difícil carambola, cuando un diminuto siciliano comentó sonriente mientras le daba tiza al taco y preparaba la siguiente jugada:

—Podríamos llegar a un acuerdo, Gino... Me cedes a la Roxana y yo te

cedo a tu madre, que cada día rinde menos...

Lo alzó en vilo y, pataleando lo defenestró a través de la ancha vidriera al patio trasero, tres metros más abajo.

El animal estaba muerto, el agua se aclaraba, y descendió despacio hasta la entrada de la cueva. Desenredó el arpón, tiró de la liña, e introduciendo el pulgar y el índice en cada uno de los ojos de la gran corvina, ascendió a respirar y comenzó a nadar sin prisas, hacia la orilla.

Dejó la pieza sobre la oscura arena de una playa diminuta, y se tumbó a su lado, cara al cielo, a disfrutar del sol y de la soledad de aquel remoto rincón del Universo.

Una de las grandes satisfacciones de su vida era ese detenerse a veces, en los apartados lugares a que le llevaban sus películas o sus viajes, y rememorar su infancia, su hambre de niño, sus difíciles comienzos y los años de reformatorio.

Se preguntaba cómo había logrado llegar, del Nápoles de los más sucios barrios, a las playas, las selvas, las montañas y los desiertos de un mundo del que, por muchísimo tiempo, no sospechó siquiera la existencia.

Podría haber seguido siendo chulo barato durante años, olvidado el incidente del billar y el tiempo que pasó por su culpa entre cuatro muros, pero Gino Garuffo fue, quizás, el único caso

que recordaban en aquel reformatorio, de un muchacho que no hubiera salido de sus celdas convertido en delincuente común.

Cambió Nápoles por una ebanistería cercana al lago de Como y fue allí donde conoció a Lucía.

Era dulce y tierna, Lucía: quizá la mujer que más le amó nunca, y que se las arreglaba para meterle a cenar en la cocina, permitiéndole pasar luego las noches en su habitación luchando por acallar los gritos de placer y los jadeos que amenazaban con alborotar toda la casa.

El sol estaba alto y comenzó a sentir su escozor en el rostro. La corvina se resecaba y las moscas acudían a

posarse en los bordes de la circular herida que dejara el arpón.

Calculó que era hora de regresar al barco, donde la estarían esperando ya para el almuerzo, y donde Aristófanes se mostraba impaciente por abandonar las islas y volar a Panamá, a estudiar de cerca aquel canal que comenzaba a obsesionarle.

—Dejaremos el yate aquí —había decidido—. Ésta es una buena base de operaciones, que nos da, además, una disculpa para ir y volver a Panamá...

Nadie sospechará.

Le divertía advertir cuán poco tiempo necesitó el griego para comportarse como un auténtico conjurado, y se diría que aquel jugar a

terroristas había pasado a convertirse en la razón de su vida.

Pero... ¿cómo podían conspirar con la cabeza clara, dos personas que habían pasado la noche emborrachándose y haciendo el amor en grupo con cuatro de las mujeres más bellas del mundo...?

Había tenido que lanzarse al agua, a buscar la relajante tranquilidad de la pesca submarina, en un intento de poner en orden sus ideas y descansar su cuerpo tras una frenética orgía, en la que no podía recordar si había hecho el amor con una negra, una amarilla, una pelirroja, o todas a la vez.

No se trataba de una cuestión moral, o de que tuviese algo en contra de lo que Aristófanes se divertía en

llamar "Terapia de grupo". Pero, pensándolo bien, semejante actitud ante la vida no concordaba con la que debían adoptar dos aprendices de terroristas.

Se imaginaba a los rusos de la "Naródnaia Volia" confabulando en una oscura y helada buhardilla de San Petersburgo, hambrientos, insatisfechos y enfebrecidos por la pasión de la lucha; ajenos a todo lo que significara sexo o placer, consagrados en cuerpo y alma a la tarea de hacer saltar por los aires al Zar o a cualquiera de sus generales.

Se imaginaba también a los feroces y fanáticos "fedallins" palestinos amontonados en una pestilente "jaima" del desierto, jurando con sangre "no tocar mujer ni probar alimento" hasta

haber llevado a cabo la misión encomendada, fuera ésta secuestrar un avión o asesinar a un embajador.

Pero lo que no podía imaginarse, y así se lo dijo a Aristófanes, era que nadie en este mundo planeara atentar contra la obra cumbre de la ingeniería humana en los entreactos de hacerle el amor a cuatro señoritas, embriagarse con el mejor champagne francés, o disfrutar de las solitarias playas del Pacífico.

—No. Naturalmente que no puedo imaginarlo... —fue la respuesta—. Y de igual modo, tampoco podrá imaginárselo la CIA, ni las Fuerzas de Seguridad del Canal, ni ninguna Policía de este mundo... Ésa es nuestra mejor arma.

Sólo existen dos formas de atrapar a la gente... por el móvil o por la delación.

—Olvidas los errores —le recordó y los imprevistos...

Nadie podía prever que Donna Lilianna sintiera hambre aquella noche, bajara a la cocina, oyera ruido al cruzar frente a la habitación de Lucía y se decidiera a entreabrir la puerta, atisbando por la rendija para descubrir a la pareja que hacía el amor con la furia y el entusiasmo de los veinte años.

Había conocido íntimamente a muchos hombres Donna Lilianna. Había tratado, incluso demasiado de cerca, a cuantos galanes jóvenes trabajaron en las películas que su esposo coproducía a veces, pero ni en el cine, ni en la

realidad, le impresionó nunca nadie tanto como aquel mozarrón moreno y de ojos claros que poseía, violenta y dulcemente, a su doncella.

Espió en silencio largo rato, excitada, pero más que excitada, atraída por la salvaje belleza de la escena, como si asistiera a una de las frecuentes proyecciones privadas de los amigos de Claudio, y lamentó no tener una cámara con la que captar tan hermoso momento.

Cuando regresó a la cama, su esposo dormía, y se masturbó en silencio. En eso, y en otras muchas cosas, Donna Lilianna fue una precursora en la vida de Gino, porque durante el desayuno comentó:

—Lucía tiene un novio que podría

dar millones en el cine...

—¿Quién lo ha dicho...?

—Yo lo digo... Haz una película con él, y las mujeres se pegarán por verle...

Claudio Grissi no era tonto y le constaba que si de algo entendía su mujer, era de hombres. A la semana, Gino Garuffo —a partir de ese momento Gino Montalde— hizo una prueba en los estudios de "Cineccitá" y firmó contrato en exclusiva con el agente de Grissi, sin sospechar que a partir de ese momento quedaba ligado a grupos mafiosos de por vida.

A la fiesta que Donna Lilianna dio meses más tarde para celebrar el éxito de su primera película, Gino acudió

acompañado por su "partenaire", que ya se había convertido en su amante. Esa noche los Grissi perdieron una doncella que les había servido fielmente durante años.

Gino quiso corregir el error de su falta de tacto, pero Lucía había desaparecido y podría creerse que se la había tragado la tierra. Años después aún recordaba a la Lucía de sus primeros tiempos y se preguntaba qué habría sido de ella. Tal vez estaría casada, y seguramente los domingos acudiría al cine de su barrio a ver cómo su Gino le hacía el amor a la última estrella de moda, incapaz de admitir que él "El Hombre Más Bello del Mundo", le había pertenecido por completo.

El día había resultado pésimo en todos los aspectos. Caluroso como pocos, y pesado sin un cliente decente y con el viejo "carro" recalentándose y amenazando con fundir el motor de una vez por todas.

Al atardecer, el negro Jackson se agenció algo de comer, enfiló la carretera transistmica, y ya en los arrabales, se adentró por el complicado dédalo de callejuelas que dejaban entre sí las "casas-brujas", tenderetes de madera, cartón y latas alzados de la noche a la mañana por gente miserable que convivían allí, al borde mismo de la selva con ratas, mosquitos, cucarachas y serpientes.

Incluso a él, acostumbrado a la

miseria y hediondez de su barrio, aquel rancherío a espaldas de Monte Oscuro, le deprimía, y en cada una de sus visitas se esforzaba por convencer al viejo para que mudara al destartalado caserón de Santa Ana.

—Aquí soy un "chombo" más entre los "chombos" —era la eterna respuesta—. No quiero mezclarme con panameños que me odian...

Para el viejo Cat, setenta años en Panamá no significaban nada en sus relaciones con los "hispanos" o panameños... A los dieciséis le habían traído de su Jamaica natal o construir un canal en el que los obreros perecían a millares comidos por los mosquitos, las bestias y las fiebres, y ya desde entonces

se sintió forastero, transportado a un país de lengua extraña por unos norteamericanos que a su vez hablaban un inglés que casi ni él mismo entendía.

Para los "gringos", fue siempre poco más que un animal de carga, bueno tan sólo para empujar vagonetas por unos centavos, y para los panameños fue uno entre cientos de miles de extranjeros que invadieron su tierra en oleadas creyéndose superiores por el simple hecho de chamullar un idioma parecido al de los "yanquis".

Ni unos ni otros le quisieron; tampoco él se esforzó por que le quisieran, y jamás, en aquellos setenta años, intentó aprender una sola palabra de español.

—El Canal es una cosa y Panamá otra —decía siempre—. Y a mí me trajeron al Canal, no a Panamá.

El negro Jackson recordaba a menudo esas palabras, y cómo su padre despreciaba a los que se mezclaban con los latinos, negándose en redondo a bajar a su ciudad.

—En la "Zona" lo tenemos todo —repetía a menudo—. Casa, escuela, diversiones... ¿Por qué hemos de ir a Panamá...?

Durante siete años había trabajado en la construcción del Canal, sobreviviendo a dos derrumbes y a la explosión de un barreno, lo que le valió su apodo de "Cat, el siete-vidas", y más tarde, concluida la Gran Obra, continuó

en la "Zona", como uno de los encargados de cortar césped, aquel césped cuidado y casi reluciente que constituía una especie de barrera psicológica entre panameños y "zoneítas".

Césped, palmeras pintadas de blanco, y blancos edificios de rojos techos, distanciaban más la zona americana del Canal que las mismísimas rejas metálicas de separación, y durante más de treinta años, el viejo Cat disfrutó cortando ese césped y ensanchándolo a base de ganarle espacio al monte bravo. Pretendía demostrar, de ese modo, a los "hispanos" que debían mantenerse apartados de "su" zona, y de un Canal que ellos, los "chombos", habían construido para los "gringos".

Pero un día, el "Chombo" se hizo viejo y los "gringos" olvidaron que había construido su Canal y cuidado su césped. Le entregaron un dólar por cada uno de los cuarenta años que trabajó para ellos, y le ordenaron que abandonara su casa, el césped y la zona del Canal.

Durante aquellos días, Jackson, que acababa de cumplir veinte años, temió que su padre se tirase al agua desde la cumbre del "Corte de Culebra" que tanto tiempo atrás estuvo a punto de tragárselo por tres veces.

Intentó hablar con las autoridades y hacerles comprender lo que aquella expulsión de la "Zona" significaba, pero para los norteamericanos, el que su

padre les hubiese dedicado su vida no tenía, al parecer, mérito alguno, ya que habían pagado por ello, semana tras semana.

—¡Pero es que no es panameño...!

—protestó—. ¡Lo trajeron de Jamaica...!

—¡Pues que vuelva a Jamaica...!

—Hace cuarenta años que salió de allí... No le queda familia, ni amigos... Tampoco conseguirá trabajo...

—Entonces, que se quede en Panamá...

—No habla español...

—Que lo aprenda...

Pero el viejo testarudo continuó negándose a aceptar otra lengua u otras costumbres. Alzó su "casa-bruja" de cartón y latas en una quebrada de Monte

Oscuro, y allí se escondió a aguardar la muerte en un suelo extraño, a unos kilómetros del Canal que ayudó a cavar con sus manos, y el césped que hizo crecer con su sudor.

Lo encontró donde siempre lo encontraba, sentado a la puerta, perdida la mirada en las colinas por las que el Canal se abría paso trepando hacia el Gatún para descender luego al Caribe.

—Eran buenos tiempos —comentó a guisa de saludo, como si su hijo supiera a qué se estaba refiriendo—.

Muy buenos tiempos...

Jackson sabía a lo que se refería.

Cuanto más envejecía, más se obsesionaba con los recuerdos de la época dorada de su vida, cuando

desembarcó en Colón con dos mil jamaicanos y trinitarios y emprendieron, cantando, el difícil camino hacia el "gran tajo de la muerte"; el gigantesco "Corte de Culebra" que hendía en dos las colinas Gold y Contractor.

Se habían marchado ya los franceses e incluso los irlandeses, diezmados por la malaria y la disentería, y eran ahora chinos y negros los que tomaban el relevo en la tarea de abrir las tierras y unir los mares.

Sabían de antemano que más de la mitad nunca regresarían y que sus tumbas irían a aumentar el número de las que adornaban las orillas del Canal como guirnaldas sin nombre, fecha o inscripción. Pero eso no parecía

importarles, porque las promesas de dólares, ron, juego y mujeres resonaban aún en los oídos de aquella oscura masa de campesinos y pescadores isleños que nunca oyeron hablar antes de nada parecido.

"Trabajaréis duro pero regresaréis ricos", repetían una y otra vez los "reclutadores"... "En Panamá hay de todo", "Panamá es hoy el corazón con el que late el mundo"...

—Sí que lo era... —musitó el viejo muy despacio—...sí que lo era hijos —sus ojos permanecían fijos en las colinas que comenzaban a desaparecer tras la cortina de la noche—. Desde la cumbre de "Golden Hill" mirabas hacia el "Corte" y allá abajo era como un

hormiguero de hombres y máquinas, excavando la tierra y arrastrando vagones... Podrían llegar al otro lado del mundo si quisieran... —hizo una pausa y observó a Jackson, como si reparara en él por primera vez, y hubiera estado hablando para sí-...Y por la noche, centenares de hogueras ardían ante las tiendas de campaña... y la gente cantaba... y bebía, y bailaba... y cada cual tenía su zona: chinos, japoneses, jamaicanos, trinitarios, irlandeses, colombianos, franceses, españoles, brasileños, mexicanos... Y más allá los "gringos" siempre aparte, siempre dando órdenes, prohibiendo esto y aquello, pero pagando en dólares, y trayendo comida, ron y mujeres...

Guardó silencio hundido en sus recuerdos y, a decir verdad, Jackson no le escuchaba, cansado de que el viejo Cat hubiera detenido el reloj de su vida el día que el "S. S. Ancon" cruzó de océano a océano en agosto de 1914. Fue una fecha maldita aquélla.

Gloriosa y maldita, porque se coronaba ese día la más grandiosa Obra de Ingeniería que hubiese llevado a cabo jamás el Hombre, pero esa coronación significaba que miles de obreros perdían su trabajo y tendrían que regresar a sus lejanos lugares de origen, o tratar de integrarse a una nueva patria, extraña y casi inexistente.

¿Volver a Jamaica o convertirse en panameño?

Ya en 1914 se le planteó la duda al viejo Cat, y ya entonces se negó a optar por una de las soluciones. Él no deseaba ni una cosa ni otra: deseaba ser norteamericano, "zoneíta", de los que vivían en las márgenes del Canal, creando allí una nación injertada en otra nación. Él quería continuar ganando dólares aunque fuera a base de trabajar muy duro y exponer la vida. Él no era un "chombo" de los que soñaban con regresar al hambre tranquila de sus playas del Caribe, ni un criollo jaranero de Panamá o Colón. Él amaba el Canal, y su trabajo en el Canal, y soñaba con el retumbar de los barrenos y las canciones de las noches de campamento.

—Eran buenos tiempos aquéllos...

—murmuró una vez más—. Muy buenos tiempos...

—Pronto abrirán un Canal nuevo... —señaló su hijo—. El tuyo se está quedando viejo...

Le miró con dureza:

—Nadie puede abrir un canal nuevo... —sentenció—. Aquellos hombres ya no existen... A los de ahora, les asusta trabajar.

—Emplearán energía atómica...

—¿Qué...?

—Energía atómica... Como la dinamita, pero mil veces más potente...

—Las rocas del "Corte" se reían de la dinamita... Sólo los hombres de mis tiempos podían abrir un canal...

Venían de todas partes, chinos,

irlandeses, colombianos...

—Lo sé, padre... Me lo has contado. Pero ahora te digo que quieren abrir un canal nuevo.

—No lo verán mis ojos.

El negro estudió la decrepita delgadez del anciano; sus mejillas hundidas, su espalda arqueada y sus manos engarfiadas e inútiles ya, y aceptó con un cansado gesto:

—No, no lo verán tus ojos... —admitió.

—Ni los tuyos... Ni los de Washington...

—Washington murió, padre... ¿Es que lo has olvidado...? Lo mataron los norteamericanos...

—¿Murió...? ¿Por qué?

—Lo mataron los "gringos"...

—¿Por qué...? ¡Ah, sí...! Quería apoderarse del Canal... —agitó la cabeza convencido—. El Canal es de los norteamericanos... Ellos lo construyeron...

—No quería apoderarse del Canal, padre... tan sólo quería plantar allí una bandera panameña...

El viejo giró muy despacio la cabeza, como un camaleón al que le costara un esfuerzo enorme cambiar de posición, y fijó sus pupilas ya casi transparentes en su hijo, que había tomado asiento sobre un cajón de madera. Rumiaba sus pensamientos, tratando de aceptar las razones por las que su nieto podía haberse sentido

panameño hasta el extremo de dejarse matar por una simple bandera.

—No supiste criarle... —sentenció al fin—. Él no era panameño...

Washington era mi nieto, y era "chombo"...

Habían discutido un millón de veces el tema sin ponerse de acuerdo. Desde que Jackson tuvo uso de razón y comprendió lo que ocurría con su padre y los restantes "chombos" del Canal, admitió que, hasta cierto punto, los panameños no carecían de razón al calificar despectivamente a los descendientes de jamaicanos y trinitarios que no quisieron adaptarse a su nueva patria, permaneciendo al margen como eternos apátridas, odiados

por unos y despreciados por otros.

El viejo Cat sentía incluso orgullo de casta, por más que supiera que esa casta le había proporcionado toda clase de humillaciones y sufrimientos.

El simple hecho de hablar inglés le obligaba a sentirse diferente y superior. En los buenos años, durante la construcción, los peones de habla inglesa se entendían con los capataces norteamericanos que se desesperaban, sin embargo, con la incomprensión de su idioma por parte de los "hispanos".

—Era mi hijo, y yo soy panameño... —comentó al fin el negro—. Me hice panameño al ver cómo los "gringos" te trataban después de cuarenta años de trabajar para ellos...

No nos querían, padre... Sólo éramos buenos para deslomarnos, o para acostarse con nuestras mujeres.

—¿Se acuesta Paloma con ellos...?

—Sí. Creo que sí...

—Pues ya ves que de nada te ha valido hacerte panameño... Un hijo muerto, y la otra, puta...

Una oleada de ira caliente le subió a la cara, y de buena gana hubiera golpeado al testarudo viejo. Aquellos años de miseria y olvido en los que, con frecuencia, ni siquiera su exigua pensión le pagaban, no sirvieron de nada. No se convencía.

Cuando aún no había cumplido veinte años, alguien muy persuasivo, le convenció de que vivir o morir por el

Canal era lo más importante que podía ocurrirle a un ser humano, y nadie le haría cambiar.

—Era como un milagro ver las aguas cubriendo aquella zanja inmensa en cuyo fondo estábamos nosotros antes... —murmuró—. Más tarde, cuando esa agua se extendió de orilla a orilla, vinieron los barcos subiendo las esclusas. Enormes y majestuosos, cubiertos de luces y guirnaldas, y llevando a bordo los más elegantes caballeros y las más hermosas damas que se hayan visto... —su tono de voz se hizo más ronco, más falso, al repetir una frase mil veces escuchada, absurda y manida para todos, excepto para él—: "Las tierras que Dios había unido,

nosotros las separamos... Los océanos que Dios había separado, nosotros los unimos..."

—Sí. Y os considerasteis dioses por ello... —admitió—. Ya ves a dónde os condujo esa soberbia... Montañas de cadáveres, y la miseria para los que sobrevivieron...

—No puedes entenderlo... No me echaron los que construyeron el Canal... Me echaron los nuevos; los que no podían saber lo que fue aquello...

—Pero, ¿qué es lo que hay que saber, padre...? —se desesperó el negro Jackson una vez más—. Era un trabajo... ¡Nada más que un trabajo...!

Le fulminó con una larguísima mirada:

—¡Tú no estabas allí...!

Ya todo fue inútil, y resultó imposible sacarle una sola palabra ni en torno al Canal, ni a nada. Se hundió en una especie de profundo sopor en el que de tanto en tanto le asaltaban espasmos, secuela de aquel derrumbe en el "Corte", cuando permaneció enterrado en vida casi dos días y dos noches.

Cuando el viejo soñaba, su hijo no podría asegurar si se encontraba bajo tierra o en la cumbre de "Golden Hill".

Pero en uno de los dos lugares estaba, pues, para él, no existía ya otro mundo, ni aun en sueños...

El "Mistére" plateado y negro dejó atrás el Archipiélago de las Perlas, y Aristófanes Panatas señaló un punto

diminuto que se alzaba, solitario, en el mar:

—Isla Contadora... —comentó—.

Allí fondeaban sus naves los piratas, y contaban y repartían el botín después de cada abordaje...

Luego, la línea de la costa se fue haciendo cada vez más nítida, quedó a la izquierda Taboga con sus hermosas playas doradas, sus techos de colores y sus infinitas flores, y distinguieron, como naciendo de la calina de la mañana, los altos edificios de Punta Paitilla, más tarde los barcos que hacían cola a la entrada del puerto, y por último el gigantesco armazón de hierro del Puente de las Américas dominando el Canal, cuyas primeras esclusas,

Miraflores, se perfilaban en la distancia, cerrando la vía de agua que se adentraba en el Istmo.

—¿Sobrevolamos el Canal...? —
inquirió Gino.

Aristófares, que no apartaba la vista de las esclusas denegó con firmeza:

—No comencemos a levantar sospechas... ¡Aterriza!

Asintió en silencio, penetró en la cabina y tomó asiento junto al piloto que le cedió los mandos:

—Tenemos pista... —fue todo cuanto dijo.

A Gino le gustaba aquel momento; le había gustado desde el día en que un torero español, con el que rodaba una

película, le invitó a pilotar su avioneta.

Le pareció que aquel pequeño aparato cobraba de improvviso una nueva vida entre sus manos, y el temor que siempre sintiera a volar desapareció de pronto.

Se prometió que algún día poseería su propio avión, aunque no podía imaginar entonces que su éxito le permitiría comprar, no un simple monomotor, sino incluso un "Mistère" de dos reactores; el más sofisticado y práctico de los aparatos privados.

Comprobó que el cuadro de mandos aparecía en orden, y lanzó una última ojeada a la ciudad desparramada a la orilla del Pacífico. Una flotilla de pesqueros fondeaba frente a la avenida

que bordeaba el mar, y grandes navíos se adentraban en tierra a través de una hendidura azul que podría tomarse por una cuchillada sobre la piel rabiosamente verde del Istmo.

Minutos después, el aparato había detenido sus motores al final de la parte de aterrizaje frente al terminal del aeropuerto de Tocumén, y al abrirse la portezuela penetró una onda de calor pegajoso y húmedo que les acompañó al interior del edificio, y no cesó hasta que el aire acondicionado del enorme y lujoso "Ford L.T.D." que les esperaba, funcionó a toda potencia.

—¿Siempre hace el mismo calor aquí? —quiso saber Gino en lo que más parecía un lamento que una pregunta y

Aristófanes apenas respondió con un corto monosílabo, atento como estaba a cada detalle del aeropuerto, la carretera, las casas, los campos, los caminos vecinales y las alcabalas de policía.

Al atravesar el Canal, Aristófanes tuvo la impresión de que la vía de agua era demasiado vulnerable a causa de su propia complejidad, y ahora necesitaban cerciorarse de que esa aparente fragilidad de su mecanismo no se encontraba compensada por fuertes medidas de seguridad.

A media mañana, tras una breve ducha refrescante y un abundante desayuno en la cafetería del "Hotel Continental", se proveyeron del más completo mapa de la región, despidieron

al chófer, y tomaron juntos la carretera que conducía al puerto de Colón, al otro lado del Istmo, sobre la costa Atlántica.

Desde el primer momento Aristófanes descartó la posibilidad de llevar a cabo el atentado en la costa Sur, en las proximidades de Panamá capital. El gran lago de Gatún se alzaba justamente sobre la otra orilla, a más de cincuenta kilómetros de distancia, y las diferentes esclusas que salvaban su desnivel se hallaban demasiado distanciadas entre sí.

—No existe forma humana de atacar simultáneamente las esclusas de Miraflores y Pedro Miguel —indicó mostrando un plano del Canal...— y abriendo una sola esclusa, no

adelantaríamos nada...

En poco más de una hora recorrieron los ochenta kilómetros de la atestada carretera transistmica, que unía los océanos, siguiendo una ruta paralela al Canal, y a la que llevó a Vasco Núñez de Balboa a descubrir en 1513 el mar del Sur.

Fue más tarde ruta de los Conquistadores del Perú, que pasaron por allí en busca de la gloria, y por allí regresaron en forma de largas recuas de mulas cargadas de oro y piedras preciosas, convirtiendo la región en la que más riquezas viera ir y venir en la historia de la Humanidad.

Llegaron luego los piratas al tufo de esas riquezas, y la avalancha de los

buscadores de oro de California, antes de que naciera, por último, la fiebre canalera, cuyo precedente más inmediato había sido el tristemente famoso "Tren de Panamá".

La construcción de aquel tren había costado tantos miles de muertos, que se contaba que los "coolies" chinos, desesperados por las penalidades que sufrían, se enterraban en la playa, a la espera de que la marea subiese y los ahogase.

Era aquél un corto viaje en el que recorrían la geografía de la Historia, trepando y bajando colinas antaño selváticas que engulleron a miles de hombres, junto a pueblos asentados sobre lo que fuera otrora caseríos de

indios bravos, cazadores de blancos.

La historia de Panamá, tan agitada y reciente, no era en realidad más que la historia de la distancia más corta entre dos océanos, bien fuera a pie, en mula, en tren, coche, o barco, y se podría asegurar que el resto del país no existía, ni había existido nunca.

Y es que, en realidad, Panamá, como nación, era un invento de los norteamericanos, que solucionaron las disputas sobre el futuro Canal que atravesaría la más alejada de las provincias colombianas, por el canallesco, pero eficaz procedimiento de desgajar esa provincia e independizarla con ayuda de sus barcos de guerra y sus "marines".

Panamá, como país, nació de especulaciones politicoeconómicas, hija más de la estrategia y la conveniencia, que del espíritu o los deseos de sus habitantes. Éstos, los antiguos colombianos del departamento panameño, casi no se enteraron de que se habían convertido en nación independiente.

Tuvo que ser un francés sin escrúpulos, que ni siquiera hablaba una palabra de español, Philippe Bunau-Varilla, el que firmara por parte de la recién nacida nación el denigrante tratado que concedía, a los norteamericanos, derechos por toda la eternidad sobre su más importante pedazo de tierra.

"Panamá es el fruto de la más baja y rastrera traición de la Historia...", aseguraban los colombianos furiosos e impotentes frente a los cañones del coloso del Norte, y en verdad que tenían razón. Panamá fue durante años Babel del mundo, corredor eterno y filtro en el que se detenían todas las suciedades y miserias que se precipitaban por el angosto cuello de botella de su Canal.

Nación sin historia de nación, sin raíces, sin casi habitantes, ya que la mayoría le llegaron de fuera en continuas avalanchas, nunca logró encontrar su propia identidad, y se diría que tampoco la buscaba. Los que vivían en ella parecían más preocupados por cuanto pudiera comprarse o venderse,

que por cualquier idea o sentimiento.

—¿Qué sería de Panamá, si no existiera el Canal...? —inquirió Gino, de pronto, como saliendo de una profunda abstracción.

—Moriría... —replicó el griego con naturalidad—. Éste sería el primer país que se hundiría si el Canal dejase de funcionar... Después vendría el Japón y luego toda la costa oeste de Sudamérica.

—No creo que nadie pudiera mantener el Canal inactivo más allá de unos meses... Con los medios modernos, las máquinas no tardarían en repararlo...

—Probablemente... —aceptó Aristófanes sin apartar la vista de la carretera, donde un enorme autobús de

colorines avanzaba en vaivén, amenazando con provocar una colisión múltiple—. Pero si nuestra aventura tiene éxito y demostramos que el Canal puede ser atacado, las medidas de seguridad tendrán que reforzarse, cada barco será registrado metro a metro, y eso provocará retrasos y embotellamientos... Ese tipo de Canal resulta anticuado e inútil... Tendrán que construir otro...

—¿Dónde...?

—No lo sé... Pero lejos del actual. En alguna parte leí una vez que tan sólo sería factible un "Canal al Mismo Nivel", por medio de explosiones atómicas...

—No se puede explotar bombas

atómicas en medio de un país, junto a ciudades, y por donde pasan cientos de barcos cada mes... Contaminarían el mundo...

—Ése es el gran problema... —

Aristófanes conducía sin prisas, atento a las absurdas maniobras del destartalado autobús que continuaba su amenazante marcha de borracho—. No se puede emplear la energía atómica cerca de Panamá y Colón... Tendrán que hacerlo hacia el Sur, por el río Atrato.

Gino buscó dos cigarrillos, los encendió y alcanzó uno a su amigo, que lo aceptó agradecido. El auto se llenó de humo y durante casi un kilómetro, fumaron en silencio, hasta que el griego pudo acelerar en una recta y dejar

definitivamente atrás al incordiante autobús.

Se volvieron a verle la cara al conductor, que agitó el brazo en un grosero gesto.

—De buena gana me bajaba a romperle la cara...

Cuando lo perdieron definitivamente de vista en la siguiente curva, Gino pareció recuperar el hilo de sus pensamientos:

—¿Te imaginas una ciudad como Panamá abandonada...? ¿Una especie de Seymour gigante...?

El otro abrió una rendija en su ventanilla y lanzó fuera la colilla de su cigarrillo a medio consumir, siguiendo una costumbre que le resultaba

imposible abandonar. Le habían convencido de que dejarlos a la mitad era la única forma de no enfermar de cáncer, y seguía el consejo al pie de la letra.

—Tardará en ocurrir... —señaló—.

Este Canal se ha quedado pequeño, y no tiene arreglo, pero no lo cerrarán ni hoy ni mañana... —subió rápidamente la ventanilla—. ¡Fuera hace un calor de horno...! —se lamentó.

Colón y sus primeras casas aparecieron en la distancia, más allá del cruce que llevaba a las esclusas de Gatún.

—¿Subimos a verlas o comemos antes...? —inquirió Aristófanes.

—Tengo hambre... Si ese Canal ha

estado ahí sesenta años, puede esperarnos un par de horas más...

Enfilaron la avenida Bolívar hacia el mar, en una ciudad que no era más que la repetición en miniatura de la capital, aunque mucho más sucia, destartalada, caliente y bulliciosa.

Probablemente la más fea y desagradable ciudad que cualquiera de los dos conociera nunca.

Giraron y giraron por callejuelas inmundas, ante edificios de madera que parecían a punto de desmoronarse de tan podridos y remendados, deteniéndose cada metro ante grupos de gente que charlaban en medio de la calzada, niños que jugaban a la pelota, borrachos que golpeaban las ventanillas gritando frases

ininteligibles, y desaseados policías que disfrutaban deteniéndoles en un cruce de calles por más que resultara evidente que ningún otro vehículo tenía intención de atravesarse en su camino.

—¡Peste de lugar...!

—¡Imagina lo que será ahí fuera, sin aire acondicionado!

—¿Encontraremos dónde comer decentemente...?

Lo encontraron en el único lugar que parecía ajeno al horror del resto de la ciudad; el viejo "Hotel Washington", que alzaba su mole parda y pesada en el más alejado extremo de la pequeña península que se adentraba, como un apéndice, en la gran bahía de Limón.

El hotel, de altos techos y

recargada arquitectura, conservaba el aire del tiempo en que fue construido para dar albergue a las personalidades que acudieron al magno acontecimiento de la inauguración del Canal en 1914. Un comedor en penumbras, de altos techos y gruesos muros que aislaban de la temperatura exterior, les acogió solitario y en silencio, atendido por media docena de camareros negros que parecieron agradecer la llegada de dos forasteros que mitigaran su sempiterno aburrimiento y les proporcionase la oportunidad de una propina.

Aguardaron la comida sin despegar los labios, contagiados por la quietud del lugar, donde los susurros de los negros en el más apartado rincón

parecía resonar en la enorme estancia.

Tan sólo tras la primera cerveza helada Aristófanes decidió romper su mutismo.

—Observa este hotel y esta ciudad... —señaló—. Cualquiera día se caerá a pedazos, y nadie parece preocuparse por ello... Es como si presintieran que no puede durar, como ocurrió con "Nombre-de-Dios" o Portobello. Las ciudades del Istmo fueron siempre enclaves de paso, y duraron lo que duró el tránsito por ese lugar... Éste nunca será un país... —concluyó—. Sólo un atajo.

—Se diría que no te gusta...

—En efecto; no me gusta... —aceptó—. Se entregó a los yanquis a los

quince días de nacer, y continúa entregándose a todos día tras día.

Ese Canal es como un coño gigantesco abierto siempre a quien le pague...

—Eres injusto... —protestó Gino—.

Es un país pequeño, pobre, y selvático... Tiene que vivir de lo que posee...

—Lo sé —admitió el griego—. Y también sé que la mayoría de sus habitantes descienden de braceros analfabetos que vinieron a construir el Canal... No es culpa suya si no han tenido tiempo de madurar, pero da la impresión de que tampoco lo intentan... No se esfuerzan.

—Quizá no les dejen... —el camarero había vuelto con los primeros platos y Gino se interrumpió hasta que se alejó de nuevo. Probó su cóctel de camarones cubierto de una leve salsa rosada, y asintió satisfecho. Luego continuó—: Panamá está controlado por los americanos, y conociéndolos, imagino que no permitirán que a orillas del Canal se desarrolle un pueblo inteligente y capacitado... Reclamarían lo que es suyo...

Aristófanés, ocupado en paladear un magnífico cebiche de corvina preparado al auténtico estilo peruano, alzó el pequeño tenedor en un gesto poco delicado pero muy expresivo.

—Los "gringos" aseguran que si

abandonaran la Zona, el Canal dejaría de funcionar a los tres meses...

—No creo que resulte tan difícil manejar ese Canal... No es una planta atómica... Se trata de abrir y cerrar compuertas, y cualquiera puede hacerlo...

—No es tanto un problema técnico, como una cuestión moral —señaló el griego tras beber un largo trago de una cerveza que comenzaba a recalentarse—. Serían los políticos y los administrativos los que arruinarían el Canal... Subirían los precios, cobrarían sobornos por dejar pasar delante el último llegado, y querrían convertir el Canal en un arma de presión... Lo que están haciendo los árabes con el

petróleo. Sería como entregar las llaves de la más preciosa de las puertas del mundo, a alguien en quien no se puede confiar... —hizo una pausa y añadió como a pesar suyo—: Los norteamericanos pueden tener muchos defectos, pero hay cosas que debemos reconocerlos... Nunca han abusado de su fuerza en el Canal, y permiten que todo el mundo lo use según su orden de llegada...

—Ningún latino haría eso...

—Imagina el Canal en manos de mi gente... o de tus italianos de la mafia... o de cualquier dictadorzuelo español o latinoamericano...

Continuaron comiendo en silencio, hundidos en sus pensamientos, y no fue

sino hasta la hora del café, cuando se recostaron en sus asientos a saborear dos magníficos habanos de los que Aristófanes llevaba siempre consigo, cuando Gino Montalde se decidió a lanzar la pregunta que le rondaba en la cabeza desde días antes; desde que mantuvieron la primera conversación en la isla.

Estudió atentamente el rostro de su amigo, y luego, muy despacio, inquirió:

—¿Qué tiene que ver con todo esto Isabelle Barrington...?

"Antonio Arriaga, alias "Huascar", nació en Cochabamba, Bolivia, en noviembre de 1942. Tiene ahora, por tanto, treinta y cinco años. Es de mediana estatura, moreno, fuerte y de

ojos ligeramente achinados. La última foto que existe de él, data de cuando tenía quince años.

"Muy joven ingresó en las guerrillas izquierdistas de su país. Formó parte posteriormente del famoso grupo del "Che" Guevara, al que conoció bien y siguió hasta su muerte. Se consideraba a sí mismo uno de sus discípulos más fieles. Acosado por los "Rangers" huyó a Colombia. En Europa planeó y ejecutó varios atentados contra los que habían intervenido directa o indirectamente en la muerte del "Che". En 1968 o 1969 pasó a Argelia, recibió entrenamiento de lucha terrorista y sabotaje, y entró en contacto con grupos palestinos.

"Actuando para ellos realizó nuevos atentados contra personalidades y propiedades israelíes, así como secuestros o intentos de secuestro de aviones. Los Servicios Internacionales de Seguridad consideran que de un modo u otro, estuvo implicado en la matanza de Munich durante las Olimpiadas de 1972. "Al verano siguiente, durante un crucero por el Mediterráneo, conoció a una atractiva muchacha venezolana de dieciséis años, Blanca Lizarragoitia. Al parecer se enamoró perdidamente de ella, hasta el punto de desembarcar juntos en Atenas aunque su objetivo era hacer volar el barco cuando tocara el puerto de Haifa.

"La Organización palestina para la

que trabajaba en esos momentos se sintió traicionada, pero "Huascar" había decidido olvidar su actividad de terrorista, y trasladarse a Caracas en pos de Blanca.

"Para Blanca Lizarragoitia, hija de un acaudalado arquitecto de origen español ligado a la alta aristocracia caraqueña, Antonio Arriaga no era, ni sería nunca, más que un animador y cantante de las fiestas de a bordo.

"Más tarde declararía a la Policía que jamás pudo imaginar que él y su grupo constituyeran una banda terrorista. _"Eran muy simpáticos... —confesaría a la Prensa-...No tocaban como los "Beatles", pero muy simpáticos..."_ Admitió también que "Huascar" no había

sido, ni el primer, ni el último hombre de su vida.

"Convencido de que Blanca no abrigaba la más remota intención de casarse con él, y había reiniciado sus relaciones con un conocido publicista y *"play-boy"* local, "Huascar" decidió regresar a París con su antigua amante "Amalia", de la que se ignoran filiación y nacionalidad. Organizó la temida banda *"Inca-Ananka"* y su primer trabajo, para el IRA, sería asesinar al cónsul de Inglaterra en Marsella. Fracasaron, pero en *"compensación"* asesinaron a cuatro soldados ingleses en Belfast y huyeron a Holanda.

"De regreso a París, ciudad por la que parece sentir una especial

predilección, y donde se sospecha que se encuentra actualmente, "Huascar" comenzó a colaborar con el IRA, la ETA, Septiembre Negro, Frelimo y todas las organizaciones de parecidas características que solicitaron sus servicios.

"Ganó prestigio por su gran eficacia, y su grupo creció en número, infiltrándose en los más diversos sectores y convirtiéndose en una auténtica fuerza terrorista de primer orden.

"Sus precios aumentaron y, al parecer, su ideología comenzó a deteriorarse, lo que impulsó a uno de sus lugartenientes, un palestino cuya verdadera identidad no pudo aclararse,

a denunciarlo a la Policía. Inexplicablemente, "Huascar" logró escapar, asesinando al palestino y a un comisario de Policía e hiriendo a dos de sus agentes. Su pista se pierde en La Haya.

"En octubre de 1974 "Huascar" reapareció con su grupo, vendido ahora al mejor postor. Asesinó a dos miembros de la ETA en Biarritz, y atentó contra el poeta y ex embajador chileno en Roma, Jonathan Leiva.

Más tarde se cree que aceptó de un grupo de banqueros suizos una suma exorbitante por iniciar las hostilidades entre musulmanes izquierdistas y cristianos derechistas del Líbano.

Exacerbando los ánimos y

despertando viejas rivalidades, buscaba provocar la guerra civil entre los dos bandos y conseguir de ese modo que Beirut se convirtiera en una capital inhabitable de la que huyeran los inversionistas.

Los Bancos libaneses se estaban convirtiendo en una peligrosa amenaza y una dura competencia para la Banca suiza, tradicional depositaria del dinero ilegal del mundo.

"Según fuentes bien informadas, la cifra pagada a Antonio Arriaga, alias "Huascar", y su organización terrorista *"Inca-Ananka"*, fue enjugada por la Banca suiza con los beneficios obtenidos por los capitales llegados del Líbano durante los tres primeros meses

de la contienda. La guerra civil pronto cumplirá dos años, ha provocado miles de víctimas, y ha dejado prácticamente convertida en ruinas la antaño hermosísima ciudad de Beirut"...

—¿Es usted Jean Lafont...?

—Sí.

—¿Y escribió esto...?

—Sí.

—Yo soy "Huascar"...

—Lo imaginé desde que se sentó...

Ese pelo rojo le queda horrible...

—Es una peluca... Si hace el menor gesto, la muchacha que está ahí detrás lo deja frito...

—Entiendo...?"Amalia"?

—"Amalia" murió... Se equivoca en muchas cosas usted... Ese artículo por

ejemplo... ¿Cree que puede ir por el mundo denigrando a la gente...?

Quien lo lea creerá que soy un monstruo martirizando a la gente.

—¿Qué he dicho que no sea cierto...?

—El principio está bien... Es a partir de Blanca que empieza a mentir...

—Yo no miento... En todo caso, estaré mal informado... ¿No es cierto que se enamoró de ella?

—Sí, desde luego... Y ella de mí.

Pero no fue por eso por lo que desembarcamos en Atenas... Sabía que iban a traicionarme y acabarían con nosotros antes de llegar a Chipre...

—Casualidad que ella también desembarcase...

—No fue casualidad... Yo se lo pedí...

—Entiendo... ¿Qué más hay de incierto?

—Lo de Caracas... Blanca nunca me abandonó.

—¿Acabó cansándose de ella?

—No. Comprendí que le perjudicaba. Y mi misión era otra... Me esperaban en Europa...

—¿Para acabar con dos miembros de la ETA que habían sido amigos suyos...?

—Dos traidores...

—¿Y Jonathan Leiva, el poeta?

¿También era un traidor?

—Lo de Leiva fue un error... Estaba cansado de ver cómo los

esbirros de Pinochet asesinaban y martirizaban a los presos de Chile sin que nadie protestase... La opinión mundial no reaccionaba... Imaginé que matando a Leiva acabarían por decir: ¡Basta...! —agitó la cabeza, pesimista —.

La bomba falló, lo dejó paralítico, y nadie dijo ni pío... Al mundo ya no le interesa ni siquiera un poeta tan genial como él... ¿Ha leído "Cárcel de carne"...?

—Sí, desde luego... Le alegrará haberle proporcionado esa cárcel, ser la razón de ese libro, y de que la Barrington nunca vuelva a bailar...

—Eso no tiene gracia... Mi intención era buena, pero,

desgraciadamente, lo único que conseguí fue librar de otro enemigo a Pinochet... No siempre se acierta...

—¿Y lo del Líbano...? ¿Pagaron tanto los suizos?

—Usted no entiende... Yo estaba harto de los palestinos... Los palestinos se han pasado la vida traicionándome. La última vez, aquí, a menos de cinco calles, estuvieron a punto de acabar conmigo... y ni siquiera lo intentaron ellos... ¡Trajeron a la Policía...! ¿Se da cuenta...?

¡Mezclar a la Policía en esto...!

—¿Y por vengarse de los palestinos inició la guerra del Líbano?

—Yo no inicié la guerra del Líbano... No me juzgue tan importante...

Ese país hace tiempo que está condenado... Intervine porque en el Líbano se refugian la mayoría de los palestinos y residen sus principales Organizaciones... Me limité a echar leña al fuego, y devolverles la pelota, eso es todo...

—Pero cobró una fortuna...

—¿Por qué no? Mi gente no vive del aire. Si me pagan por hacer algo que haría gratis, no voy a despreciar el dinero...

—¿Entonces, fueron los suizos...?

Agitó el dedo como quien riñe a un niño.

—No, amigo mío... En eso también se equivoca... No voy a confesarle quién me pagó por ese trabajo... Se dice el

pecado pero no el pecador. Me lo enseñaron los curas cuando niño... — Hizo una corta pausa y se dispuso a levantarse—. ¡Por cierto! Se olvidó mencionar que a mi padre lo mató la Policía durante una huelga minera... y yo era el mayor de ocho hermanos...

—¿Quiere que escriba todo eso en mi próximo artículo?

Sonrió, y su sonrisa era realmente simpática.

—Sí, por favor...

Hizo un leve gesto a la muchacha que se encontraba sentada a espaldas de Lafont, y se encaminó a la puerta.

Un pequeño auto amarillo surgió de la esquina y se detuvo en la acera. Antonio Arriaga, alias "Huascar",

penetró en la parte trasera y mantuvo la puerta abierta. Lafont advirtió cómo la muchacha se ponía en pie, y cruzaba a su lado, encaminándose a la salida.

Era pequeña, delgada, muy joven, y con aire de colegiala. Vestía unos pantalones tejanos demasiado cortos, y se cubría con un poncho color vino tinto.

Al llegar a la puerta se volvió y observó unos instantes a Lafont que le dedicó un saludo con la cabeza.

Luego, del poncho nacieron cuatro disparos de un arma muy pesada. El periodista cayó hacia atrás, bañado en sangre, derribando el velador, las sillas y los platos.

El pequeño auto amarillo se alejó hacia la plaza Odeón.

—¿Por qué Isabelle...?

—Porque te conozco y la conozco a ella —replicó con naturalidad...—.

¿La ayudas a mantener a los niños...?

—Hago lo que puedo, pero no acepta limosnas...

—¿Cuánto le pagaste por las fotos?

—Diez veces más de lo que cobra la mejor modelo...

—También fue el mejor reportaje que publicaste nunca... "La Barrington baila desnuda"...

—No fue mérito mío... Ella vino a ofrecerse...

—¿Tanto necesitaba el dinero?

—La fortuna de Leiva se quedó en

Chile... Los militares confiscaron sus propiedades, y, con lo que comen esos niños, no debía quedarle mucho...

Gino consultó el mapa y señaló a la derecha en el cruce de carreteras:

—Creo que por ahí se sube a Gatún —dijo—. ¿Por qué sigue con él...? No es más que una ruina... Más le valdría morirse que sufrir de ese modo y mantener esclavizados a los que le rodean...

—¿Leíste su último libro: "Cárcel de carne"...?

—Nunca supe leer poesía...

—Pues aprende... Cuando alguien es capaz de dictar, aunque sea balbuceando, unos versos como éstos, merece seguir viviendo... Y ella es la

única que puede entenderle.

Enfilaron una carretera larga y recta, bordeada de altos árboles; selva que los norteamericanos no habían querido tocar allí en su Zona del Canal, pues habían convertido el Área en base de entrenamiento de la CIA y del Ejército.

De tanto en tanto, un helicóptero aparecía a lo lejos, y de él se desprendían dos paracaidistas que descendían lentamente sobre el verde manto de espesura.

—Más de uno se romperá el cuello al caer —comentó Gino—. Puede que sea, en verdad, un gran poeta, pero...

¿Qué hace una mujer como ella, con un hombre que no puede ni mover

una mano...? ¿Crees que aún le funciona algo...?

—No lo he pensado, ni me importa...

La respuesta fue tan rápida, tan seca y dura, que incluso el mismo Aristófanes se sorprendió. Gino agitó la cabeza con gesto pesaroso:

—Di más bien que no quieres pensarlo... ¿Te imaginas al pobre tipo teniéndola siempre a su lado; viéndola desnuda; sabiendo que la ha tenido para él solo tanto tiempo, y sin poder hacer nada...? —reflexionó un instante—. Quizá se dedique a besuquearla...

—¡Por favor, Gino...! —explotó, y se diría que el auto dio un bandazo en la carretera, pues otro que venía de frente

se apartó bruscamente y lanzó un bocinazo—. ¿Es que no puedes respetar nada...? No es Annabelle, ni Zoé, ni esas "actrices" con las que trabajas y que siempre acabas tirándote en los camerinos... Es Isabelle Barrington, la mejor bailarina de su tiempo... Y él es Jonathan Leiva, aspirante al Nobel de Literatura...

—Sí... —admitió—. Entiendo...

Son la mujer que te gusta, y el hombre al que no te atreves a ponerle los cuernos... —Buscó de nuevo dos cigarrillos, los encendió y le ofreció uno. Fumaron unos instantes en silencio, con la vista fija en la carretera, y luego, muy despacio, añadió—: Y en lugar de acostarte con ella, me traes a intentar

ponerle bombas al Canal de Panamá, para convencerte de que mereces que se fije en ti... —le miró con ironía—. Dime... ¿Qué parte de esos quinientos millones de dólares irán a parar al orfanato de Jonathan Leiva e Isabelle Barrington...?

—Vete a la mierda...

—Eso es lo que debería hacer, en lugar de venir aquí, a jugar a los terroristas... ¡No te pases...! ese letrado dice que la entrada a las esclusas del lago Gatún es por la izquierda...

El griego frenó, dio marcha atrás hasta el punto en que tenían que desviarse y detuvo el auto volviéndose a mirar a su amigo:

—Aún estás a tiempo —dijo—.

Podemos volver y largarnos de Panamá para siempre... ¡No te obligo a nada...!

—¡Oye...! Calma... —rogó—. Por ver cómo funciona esta porquería de Canal, y cómo suben y bajan los barcos, no nos comprometemos... De momento, no somos más que un simple par de turistas...

Cinco minutos después se detenían ante la alta verja metálica, en cuyo centro se abría una gran puerta que daba acceso al mirador de las esclusas del lago Gatún.

Un adormilado portero sudoroso y aburrido les saludó, sin reparar en su aspecto ni en sus máquinas fotográficas, entrecerró los ojos, repantigándose en su asiento, en cuanto comenzaron a

ascender por la empinada escalera que conducía al mirador.

Se encontraron en él media docena de turistas centroamericanos con tres chiquillos que saltaban sobre los bancos o se inclinaban sobre la barandilla, amenazando a cada instante con caerse al grueso muro de cemento que bordeaba la esclusa.

Buscaron acomodo en el rincón más apartado, y observaron cómo, a unos quinientos metros aguas abajo, se aproximaba un gigantesco carguero a través del ancho Canal.

En conjunto, los tres escalones o esclusas, desde el borde del lago, a veintiocho metros de altura, sobre el nivel del mar, hasta su parte más baja,

por donde entraba el buque, medirían poco más de un kilómetro. Luego, el trozo de Canal que se distinguía no llegaría a los cuatro kilómetros antes de ensancharse en la bahía de Limón. En el centro de ésta, directamente frente a la salida del Canal, comenzaban los edificios y los muelles de Cristóbal, en el puerto de Colón:

—En total, menos de diez kilómetros desde lo alto de la primera compuerta que contiene el agua, hasta Colón... —murmuró Aristófanes en voz muy baja—. Y un desnivel de casi treinta metros... ¿Sabes cuánta agua contiene ese lago...?

—No tengo ni idea...

—Ni creo que nadie la tenga...

Son ciento sesenta millas cuadradas, con una profundidad media que oscila entre los veinte y los treinta metros, según la época del año... En Diciembre, al acabar las lluvias, cuando se llena a tope, debe constituir una masa de agua terrorífica...

Quizás, el mayor lago artificial del mundo... ¿Qué fuerza tendrá, cayendo de esos treinta metros hasta el mar?

Gino observó con atención el panorama: desde el lago, a cuyo nivel se encontraban y cuyos barcos e islas se distinguían en la distancia como en un mar que se perdiera de vista, a los blancos edificios de Cristóbal, y la confusa línea del Caribe. Su mirada se detuvo en los edificios que componían

el conjunto de las esclusas; las grandes máquinas que arrastraban los barcos; los puentes, las compuertas, las pequeñas casas que bordeaban la salida del Canal...

—Asusta pensarlo, Ari... —replicó por último—. ¡De verdad asusta!

Aristófanes Panatas se inclinó sobre la barandilla y fijó la vista en el policía uniformado que se apoyaba contra un poste a la sombra del mirador sobre el que se encontraban. De su cinturón colgaba una pistola de reglamento, y fumaba aburrido. Observaba sin interés las maniobras del "World Marine", el enorme carguero de bandera griega que en esos momentos atravesaba las primeras compuertas de

las esclusas arrastrado por seis potentes "Mulas mecánicas".

—¡Ésa es toda la vigilancia...! — exclamó casi indignado—. Un policía que se duerme de pie, sudando como un pollo en este calor de infierno...

¡Un niño lo pondría fuera de combate con un bate de beisbol...!

—Algo más habrá...

—¿Dónde...? —señaló a las solitarias esclusas, calcinadas por un rabioso sol de media tarde—. En treinta segundos puedo correr los trescientos metros hasta la compuerta más alta...

En otro tanto hasta la más baja...

¡No hay un alma aquí...! En menos de dos minutos, un grupo de "Comandos" volaría toda esta mierda...

—Agitó la cabeza como negándose a admitirlo—.

Lo descubrí cuando pasé con el yate, pero ahora me parece inaudito. ¡La verdad es que esos "gringos" son unos ingenuos...!

—Cuesta creerlo... —Miró a todos lados. Los turistas se habían marchado con sus niños gritones, y se diría que eran los únicos seres del mundo, aparte el triste policía y los conductores de las locomotoras eléctricas—.

Quizás haya alguien apostado por ahí...

—Eso es un muro de hormigón armado, sin una brecha, liso, sin recodos... ¿Dónde hay alguien escondido...?

No supo qué responder, y estudiaron de nuevo los alrededores, deteniéndose en cada detalle; en los lejanos edificios, y, sobre todo, en el que tenían enfrente y que constituía el punto desde el que se manejaban las esclusas y se ordenaba el tráfico. La compuerta central a dos metros bajo ellos y ante la que parecía montar guardia el policía, servía de pasadizo sobre las aguas hasta una entrada sobre la que podía distinguirse una enorme leyenda "Gatun Locks", "Panamá Canal".

Cuando esa compuerta se abría, el paso al edificio quedaba cortado, siendo necesario un enorme desvío para llegar a él. Por más que buscaron no pudieron

distinguir a nadie. Ni hombres, ni armas...

—¡Bien...! —exclamó el griego—.

¿Qué te parece...?

—Demasiado fácil... ¡No me lo creo...!

—Pues yo sí me lo creo... ¿Qué distancia habrá desde la borda de ese barco, a tierra...?

—Dos metros... Máximo tres...

—¿Y quién le impediría a su tripulación saltar a tierra, correr hacia las compuertas y dinamitarlas...?

—Puede que nadie. ¿Pero te has fijado en el grosor de esas compuertas...? Más de dos metros...

—Sí... —admitió el otro—. Me he fijado. Y me he fijado también en el

juego que tienen los goznes para evitar el exceso de presión... Pero piensa una cosa: Todo este sistema fue creado a principios de siglo, cuando no se habían inventado los explosivos de hoy día... ¿Crees que esos goznes, o esas puertas aguantarían una carga de "plástico"...?

—No tengo ni la menor idea de lo que puede hacer una carga de plástico, Ari... —protestó—. Las he manejado en dos o tres películas pero te juro que eran falsas... Me horrorizan incluso las explosiones que organizan los tipos de "efectos especiales"... —Fue a sentarse en el banco de madera que corría a todo lo largo del Mirador y estiró las piernas con aire de fatiga, como si estuviera harto de todo aquello—. Un día casi me

queman las pestañas... —Hizo un amplio ademán señalando las enormes esclusas, el barco, el lago, y al fondo el Canal y el mar—. Esto, así, a primera vista, parece un juego, pero me extraña que no lo hayan intentado antes... ¿Por qué?

Apoyado en la barandilla, de espaldas al Canal y al barco que pasaba en esos momentos frente a ellos, y en cuya cubierta dos o tres marineros se bañaban en una tosca piscina, Aristófanes Panatas observó a su amigo, y al fin, sin saber qué decir, se encogió de hombros en un gesto muy significativo:

—¡Cualquiera sabe...! —exclamó —.

A veces, las ideas más tontas pasan

inadvertidas... Si se le hubiera ocurrido a alguien se tendrían noticias, y esto estaría más protegido...

—No sé... —Acudió a su lado y se apoyó en la barandilla, pero mirando hacia afuera. Estaban muy cerca: el uno vuelto hacia el otro observándose, y en ambos rostros se advertía un cierto desconcierto y una sombra de preocupación—. No sé qué decirte, Ari, de verdad... ¡Mira esto! Pensándolo fríamente, tu idea es genial, pero no para nosotros... Genial para los palestinos, el IRA, o cualquiera de esos grupos organizados que existen en el mundo... —Hizo una pausa y le miró a lo más profundo de los ojos—. ¿Te ves intentando volar esas esclusas, y

lanzando el lago Canal abajo...?

—Si otros pueden hacerlo, yo puedo hacerlo... —Le tomó el brazo, con afecto, queriendo transmitirle su fe y su confianza—. Pero no es eso lo que quiero, Gino... ¡Sólo quiero asustar! Demostrar que tengo un póquer de ases en la mano, y que tienen que pagar lo que yo pida... ¡Todo será un "bluff"...!

—Estoy de acuerdo, Ari... —admitió—. Todo será un "bluff", pero para que lo crean, tendrás que enseñar los ases... Montar el tinglado; traer los explosivos; colocarlos... —Hizo una pausa y movió la cabeza—. ¿Y si explotan, Ari? ¿Y si ese póquer de ases nos salta a la cara...?

Ari no respondió. Dio media

vuelta, y se acomodó junto a su amigo, observando cómo el agua llenaba la esclusa central y el gigantesco "World Marine" iba subiendo de nivel. Permanecieron largo rato pensativos, hundidos en sus temores; tal vez tratando de imaginar el aspecto que tendría cuanto aparecía ante sus ojos, si los millones de toneladas de aquel inmenso lago rompían sus ataduras y escapaban.

Cuando el gran carguero hubo atravesado la última compuerta y se alejaba hacia los primeros islotes del Gatún —islotes que antaño fueran cumbres de montañas—, Aristófanes Panatas golpeó con suavidad la espalda de su amigo, y señaló:

—Bien... Acabemos de ver esto...

¿Nos dejarán pasar al otro lado del Canal...?

La sirena de un barco llamó por tres veces.

Un perro muerto flotaba panza arriba entre vasos de cartón, latas de conservas, trozos de madera y algas putrefactas.

Las aguas estaban muertas. El mar todo aparecía muerto, cubierto por una especie de sudario de grasa y petróleo; de papeles, preservativos y excrementos humanos que dejaban sobre las piedras del muelle una mancha marrón que señalaba las crecidas mareas, y en los cascos de los barcos una raya imborrable en el límite de su calado.

Un bosque de grúas oxidadas, de

hierros retorcidos y de mástiles despintados, parecían querer arañar el cielo, y un cochambroso carguero de matrícula liberiana surgió de la noche de la tierra y se hundió, con un resoplar de máquinas, en la noche del mar.

De ese mar nació luego la proa de un petrolero cuya popa desapareció a los pocos minutos hacia las primeras esclusas de Miraflores, deslizándose por debajo del majestuoso Puente de las Américas, cuyo armazón de hierro tendido de orilla a orilla del Canal era como un garfio; como una gran grapa de acero que se esforzaba por impedir que las orillas comenzaran a separarse.

De sus espaldas llegaba el escándalo, la música y casi el olor de

Panamá-City, más ruidosa aún en las primeras horas de juerga nocturna que en pleno día, y ante él se abría el silencio y la semipenumbra de la soñolienta Balboa de los "yanquis".

La corriente de tráfico fluía, de la ciudad dormida a la despierta; de Fuerte Clayton y la Base Aérea de Albrook, a las tabernas, los casinos, los clubs nocturnos, y las casas de prostitución, de Curundú, la Exposición, Santa Ana o Chorrillo, donde los soldados se dejaban la paga, la salud, y con frecuencia la vida.

El negro Jackson conocía bien aquellas callejuelas, y cada antro y cada puta de cada esquina. Era su oficio: llevar y recoger marines o pilotos

borrachos, yendo y viniendo a lo largo de Gaillard, Los Mártires o Balboa; del cuartel a la ciudad, y de la ciudad al cuartel.

Eran todos iguales, aquellos "gringos", como los soldaditos de papel que recortaba cuando era niño pegándolos a una peana de cartón para que se mantuvieran derechos hasta que por la abierta ventana penetraba el primer soplo de viento. Eran todos iguales, generación tras generación, remplazo tras remplazo. Insolentes y autoritarios; pendencieros y vociferantes; tiernos y nostálgicos; matones y desvalidos. Eran todos iguales cuando iban, e idénticos cuando volvían apestando a ron, a cerveza,

vómitos y puta barata. Salían de la "Zona", limpios, altivos y cargados de dólares, y regresaban sucios, derrotados y sin un centavo en el bolsillo, como si Panamá-City no fuera ciudad alguna, sino un gran monstruo absorbente; un gigantesco "murciélago-vampiro" que acechara, ruidosamente, en la noche para devorar a sus víctimas.

Casinos de juego con máquinas "traganíqueles" incapaces de ofrecer más que luces, ruidos, destellos e ilusiones. Cuando entregaban sus escondidos tesoros con gran aparato de música y fanfarria, abrían de inmediato sus bocas ansiosas para recuperar lo perdido con la promesa de otro tesoro que jamás nacería.

Casinos de juego con ruletas astutas, de bolita blanca que giraba para caer en el número menos apostado; con dados caprichosos y "croupiers" especializados en obtener siempre un "ventiuno" truncador de esperanzas...

Casinos de juego por los que pululaban las putas más lujosas; las que jamás bajaban de los cincuenta dólares y tan sólo fijaban su atención en los oficiales, los tripulantes de los barcos fondeados en el puerto tras una larga travesía, o los soldaditos que —por un extraño milagro— ganaban esa noche.

El "Panamá", "La Siesta", "Granada"... eran los casinos decentes, los que el Gobierno respaldaba, y donde a menudo comenzaba todo, antes de

emprender la ruta de los "clubs para Hombres Solos": "Cuatro Ases", "Abrigo Rojo" o "Ancón", preludio de la cuesta abajo en los casinos tramposos, las tabernas del puerto, y los lupanares por pisos, en los que, a medida que se ascendía más y más por la tétrica escalera, se descendía más y más en el precio, y en la esperanza de salir de allí sin gonorrea.

Al negro Jackson le bastaba con aparcar a la puerta de cualquiera de ellos y aguardar. Aparecía la primera remesa, se pedía el dinero por adelantado, y se emprendía el camino hacia la "Zona", sin necesidad, la mayoría de las veces, de preguntar la dirección, pues bastaba verles la cara

para adivinar a qué cuartel pertenecían.

Noche tras noche y año tras año cargaba borrachos como quien carga animales muertos, cada vez más impasible ante las riñas, los escándalos o las violentas irrupciones de la Policía Militar, indiferente a las palizas propinadas sin misericordia con las largas porras de madera, las navajas que marcaban para siempre un rostro de golfa, o las botellas que abrían una brecha incontenible en una blanda tripa.

Se sentía cansado. Cansado y sin ilusión ni esperanzas de que algo cambiase la monotonía de aquel callejear al volante del viejo "Pontiac", aguardando la noche en que le tocase llevar a Paloma a una casa de tolerancia

en compañía de un borracho.

Decidió ir a verla; enfrentarse a la verdad de una vez por todas y emprendió, pensativo, la ruta hacia el Chorrillo y su avenida de los Poetas.

La encontró donde siempre, tras la barra, limpiando el mostrador y sirviendo vasos de ron a clientes que alargaban una y otra vez la mano intentando aferrarla por la muñeca, tocarle un brazo, o atraerla hacia ellos.

Desde la puerta se sorprendió una vez más de la gracia de su figura, la simpatía de su rostro pequeño y la suave tonalidad oscura de su piel, heredada de su madre y tan distinta a la suya, de "chombo" áspero y renegrido. Era una linda muchacha, inteligente y simpática,

y merecía algo mejor que aquel cafetín inmundo, y aquellos marinos pendencieros.

Le sonrió al verle y con un ademán de la cabeza, tan femenino, tan suyo, le indicó la más apartada de las mesas, a la que le llevó un café bien cargado como a él le gustaba.

—Tiempo que no venías a verme —dijo Paloma a modo de saludo.

—Y tiempo que no vas por casa...
¿Dónde te metes?

Buscó otra taza para ella, y se sentó de cara a la puerta. Revolvió el café despacio, y le miró de frente, a los ojos, como había hecho siempre, desde niña.

—Hay un hombre... —murmuró al fin.

Sintió una especie de alivio, como si le acabaran de quitar de encima un peso insostenible.

—¿Sólo uno? —quiso saber.

—¡Oh, padre...! —protestó—.

¿Qué creías...? ¿Que me había metido a puta...?

—¿No es lo que hacen todas aquí...?

—Muchas... —admitió—. ¡Qué remedio las queda...! Yo he tenido más suerte, Ronald es distinto...

—¿Ronald? —se alarmó—. ¿Un "gringo"?

—Sí, padre... Un "gringo"... —hizo una pausa, consciente de que lo que iba a decir impresionaría a su padre—. Un blanco.

La noticia era en realidad como para impresionar a un negro, hijo de "chombo" criado en la zona canalera y conocedor de los americanos y su forma de comportarse. Era, también, como para herir en lo más profundo a un padre que había visto morir a su hijo en manos de esos "gringos" sin razón alguna.

Se llevó la taza a los labios, y su mano temblaba. Miró a su hija, vio el brillo de sus ojos, comprendió cuanto había en el fondo de sus palabras, y sintió pena por ella.

—Nunca serás "oro"... —señaló—. Y tú lo sabes... Aunque vivas con un "gringo" blanco. Aunque llegara a casarse contigo, te llevase a la "Zona" y allí te diera una libreta roja de "Gold

Roll". Aunque pudieras comprar cuanto soñaras en sus "Comisariatos" a precio de regalo, seguirías siendo "plata" y "plata" serían tus hijos, y tus nietos. Os harían la vida imposible a ti y al "fulo" hasta que acabaríais odiándoos... Ha ocurrido otras veces...

—Lo sé... —La tranquilidad de Paloma no era fingida. No tenía ni siquiera la arrogancia de quien imagina vivir una historia romántica. Era una simple aceptación de los hechos—.

Ha ocurrido otras veces —admitió—. Y siempre me pregunté cómo podían ser tan estúpidos, y enamorarse de alguien de más allá de las cercas... —Sonrió con amargura—. Es lo último que le puede ocurrir a una negra

panameña, y a mí me ha ocurrido.

—Los niños...

Los niños de negra y "gringo" nacían sin alma, desarraigados ya desde la cuna; sin patria; sin raza, negros-rubios, blancos-sucios, con ansias de ser "yanquis", pero encarcelados en el cuerpo de triste "chombo", sin modo de liberarse del color de la piel, ni de la herencia mil veces maldita de la madre.

Era su destino el medio camino entre dos razas; el acabar de capataces, recibiendo órdenes y patadas de los que consideraban sus iguales, dando patadas y órdenes a los que consideraban sus inferiores. Ningún hijo de negra se sintió nunca negro dentro de una piel más clara que su alma.

Todos se sintieron blancos traicionados por una piel más oscura que sus ambiciones.

Y es que esa diferencia en la tonalidad de la piel constituía la diferencia entre ser "oro" y ser "plata"; entre pertenecer a una de las dos escalas de la odiada denominación con que habían tratado de disfrazar su racismo las gentes del Canal. Ser "oro" significaba ordenar y cobrar el trabajo en dólares... Ser "plata" significaba obedecer, y cobrar el trabajo en centavos. Cinco, diez, veinte veces menos por el mismo esfuerzo y las mismas horas de sudar bajo el sol panameño.

—Él quiere niños... —susurró—.

Dice que si tenemos un hijo se casará conmigo...

—Sí... —rió con ironía—. Se casará contigo y llevará su niño negro a jugar con las niñas blancas de sus amigos... Le escupirán a la cara —sentenció—. Le harán el vacío, nadie le saludará, y le quitarán el empleo... ¿En qué trabaja...?

—En Fuerte Clayton... No le gusta hablar de su trabajo...

—¡Lógico...! ¿Tú sabes lo que es Fuerte Clayton...?

—Una base... La he visto al pasar...

—Fuerte Clayton no es una simple base... Es el centro de entrenamiento de operaciones del "Comando del Sur"...

Quizás esperaba una reacción de

sorpresa por parte de su hija, pero ésta se limitó a mirarle con aire de no haber comprendido.

—¿El "Comando del Sur"...? — repitió sin interés.

—El "Comando del Sur"... El "Southern Command of Panama", donde los "yanquis" entrenan a los oficiales ultraderechistas de todo el mundo.

Los reenvían luego a sus países y los colocan en puntos clave para que puedan dar un golpe de Estado en el momento oportuno... Fueron los que derrocaron a Allende... Y a docenas de Gobiernos liberales.

—Yo no me meto en política...

—Yo tampoco... Pero si tu "novio" trabaja en Fuerte Clayton sí que lo

hace...

Se encogió de hombros.

—Es un trabajo... —replicó.

—¿Y te has enamorado de un tipo así...? —inquirió incrédulo—. ¿Te has enamorado de un "yanqui" blanco, que trabaja en la fábrica de asesinos más famosa del mundo...?

—No, padre... —Paloma hablaba suavemente, sin alterarse, casi sonriente, como si supiera muy bien lo que decía y estuviera convencida de ello—. No, padre. Estás equivocado —repitió—. Me enamoré de un hombre solitario, que no ha conocido en su vida más que putas y guerra, y que está cansado de emborracharse en la barra de un bar...

—¿Y crees que basta? Yo no soy

muy listo, hija... Si lo fuera no sería taxista, y quizá ni siquiera negro, pero, por lo poco que me ha enseñado la vida, puedo asegurarte, que hay que tener unos cojones muy grandes para llevar a una de nuestra raza a la Zona del Canal... Todos los que lo intentaron tuvieron que volver.

—Nadie escarmienta en cabeza ajena, padre... Si me pide que me vaya a vivir con él, lo haré...

—Mientras no estés casada no puedes vivir en la "Zona"... lo sabes...

—Viviremos aquí...

—No se lo permitirán si trabaja en Fuerte Clayton... Sólo podrá venir a verte los días de permiso... —agitó la cabeza pesimista—, y si saben que anda

enredado con una muchacha de color, cada día tendrá menos permisos, puedes estar segura.

—Nadie ha dicho que espere cama de rosas... —señaló con indiferencia—.

Nunca tuve cama de rosas, tú lo sabes... Seguiré aguantando mientras pueda... ¡Espera...! —rogó—. Tengo que echar una mano a las compañeras...

Recogió las tazas y se metió detrás del mostrador, donde pronto comenzó a servir copas y bromear con los parroquianos. El negro Jackson se volvió a medias a observarla un instante, maravillado de que aquélla fuera la pequeña Paloma que unos años antes saltaba en sus rodillas o se pasaba las horas jugando a la comba en el

descampado a espaldas de la casa. Se había convertido de la noche a la mañana en una mujer, y en una mujer con toda la apariencia de ir a enfrentarse demasiado pronto a demasiados problemas.

Tan sólo a un tipo recién llegado, ignorante de lo que significaba la Zona del Canal, y las rígidas costumbres de la "vieja nobleza" de los que allí habían nacido y allí habían vivido desde que se iniciaron las obras, podía tener la estúpida ocurrencia de enredarse con una negra panameña.

Era tradición canalera que cuando una blanca acusaba a un negro de haber abusado de ella, el desgraciado sufría una condena inapelable de cincuenta

años de cárcel, y se sabía de muchos negros que habían muerto entre rejas, víctimas del rencor o el miedo de alguna histérica desatendida por su esposo, que había buscado momentáneo consuelo en la negra piel y el gran miembro viril del jardinero.

De igual modo, las "zoneítas", se hubieran sentido muy satisfechas de enviar a la cárcel por otros cincuenta años a las panameñas que se atrevían a disputarles la exclusividad de "sus" hombres, pero como esto resultaba mucho más difícil de conseguir, se limitaban a acusarlas de brujería.

Las culpaban de emplear artes mágicas y filtros misteriosos, incapaces de admitir que lo que ellas consideraban

una piel áspera, oscura y desagradable, pudiera interesar más a ciertos hombres que sus delicados y perfumados cutis pecosos.

Las "gringas" de la "Zona" no admitirían que "uno de los suyos" conviviera con una hija de "chombo", por más que "ese de los suyos" llevara años muerto de asco de mostrador en mostrador, y de prostíbulo en prostíbulo. Eran siempre las mujeres las más racistas: las que se escandalizaban por todo, y las que acudían a la oficina del gobernador a protestar por terribles ofensas que se inflingían a la sacrosanta comunidad.

Las conocía bien; con frecuencia subían a su taxi, y era ya toda una vida

de soportar sus quejas por los precios, por el calor, porque las ventanillas no se cerrasen o porque "allí dentro apestaba a negro".

Eran seres sin patria y sin alma, desarraigados de su país de origen, al que no deseaban volver porque no encontrarían en él los infinitos privilegios que les proporcionaba residir en la Zona del Canal.

En la "Zona" los sueldos eran altos, se disponía de cientos de criados, y los "Comisariatos" vendían productos de todo el mundo a mitad de precio... La "Zona" era un paraíso para los "zonaítas" que despotricaban de Panamá pero temblaban ante la sola idea de que les repatriaran a Nueva York, Chicago o

Arkansas.

"Canal-Zone" era un lugar donde se nacía y se moría sin haberlo amado, pero aferrándose con uñas y dientes a sus privilegios, sus precios y sus sueldos.

Y era, sobre todo, un lugar para "amas de casa", con jardines, clubs y magníficos colegios a los que enviar a la chiquillería mientras se tomaba el té o se jugaba a las cartas. El negro Jackson sabía que en un paraíso semejante, la aparición de una cantinera negra del brazo de un blanco provocaba convulsiones que afectaban a los mismísimos cimientos del Canal, allá en el fondo de aquel "Corte de Culebra" que ayudara a cavar el viejo Cat.

—¿Te imaginas, viejo...? —
masculló, dirigiéndose mentalmente a su padre—. Tu nieta casada con uno de los "gringos" que te daban patadas en el culo, y viviendo en una de esas casas cuyos magníficos jardines cuidaste tanto tiempo...

Alzó el rostro. Era un hombre muy delgado, pequeño, pero con aspecto de desarrollar una increíble fuerza, gracias al manojo de nervios que tenía por cuerpo, que parecía vibrar con cada uno de sus gestos.

Tenía el pelo cortado a cepillo, a la manera de los "marines", y unos ojos increíblemente azules, casi blancos, destacando inquietantes en un rostro muy quemado por el sol, y marcado de

arrugas.

—Soy Ronald... —dijo, tendiendo la mano más poderosa que el negro Jackson hubiera estrechado en su vida —. Paloma quiere que hablemos...

Tomó asiento a caballo sobre la silla que ella había dejado libre y se miraron unos instantes.

—¿Y de qué quiere Paloma que hablemos...?

Se encogió de hombros.

—De nosotros supongo... usted no cree que lo nuestro funcione, ¿verdad...?

—No. No lo creo...

—¿Le contó Paloma a qué me dedico...? —Ante la muda seña de asentimiento, añadió—: ¿Tiene una idea de lo que eso significa?

—Más o menos... Oí decir que la mayoría de los jefes del "SouthernComand" provienen del SOD, la división de Servicios Especiales de la CIA.

—No se debe alardear de ello, pero tal vez eso le tranquilice. He visto muchas cosas, para que me vayan a preocupar los aspavientos de cuatro viejas de la "Zona"... Será lo que Paloma y yo queramos, y nadie intervendrá...

—¿Qué dirán sus jefes...?

—Nada, se lo aseguro... —sonrió heladamente, tan seguro de sí mismo, que inquietaba—. Tengo muchos amigos...

—¿Dónde estaba usted en julio de

mil novecientos setenta y cuatro...? — quiso saber, cambiando bruscamente de tema.

—¿Cuando la matanza de estudiantes? En la República Dominicana...

Allí se estaba preparando algo gordo... No, no se preocupe... —le tranquilizó—. Yo no pude disparar contra su hijo... Tampoco es mi estilo atacar estudiantes desarmados...

—Lo asesinaron...

—Lo imagino. Y lo lamento...

Pero nunca debió intentar invadir el Canal... El Canal es una cosa muy seria...

—Tan sólo quería poner una bandera...

—Es el primer paso... Primero, una bandera; luego, la coparticipación; y al final la soberanía... Y eso los Estados Unidos no pueden consentirlo... Usted lo entiende...

—No. No lo entiendo... El Canal debe ser nuestro... ¿No lee los periódicos...? Los países del Tercer Mundo acaban de decirlo...

—Los países del Tercer Mundo pueden decir misa... No son más que una partida de muertos de hambre revanchistas... Si Panamá quiere tener un canal, que lo construya... Y que le pida ayuda a los países del Tercer Mundo... ¡A ver cuántos siglos tardan en abrirlo...! —No se alteraba en absoluto al hablar; no pronunciaba una palabra

más alta que la otra, y ni siquiera sus ojos reflejaban la menor emoción—. Esa gente no sabe más que hablar — continuó—. Si los americanos no hubieran venido a terminarlo, el Canal seguiría como lo dejó Lesseps: una acequia que ni para riego servía... — hizo una pausa e intentó sonreír, aunque resultaba difícil admitir que aquel hombre pudiera sonreír—. No quiero discutir de política —añadió-.

Nunca lo hago, y con usted menos...
Es el padre de Paloma...

—Sí... —admitió—. Soy el padre de Paloma, pero también soy panameño, y no me gusta lo que dice...

—Olvidémoslo entonces... —rogó —.

Cambiemos de tema... Tengo entendido que es taxista...

—Desde hace treinta años...

—Dice Paloma que su auto está viejo; que tiene problemas... —hizo una pausa...—. El jefe de Mantenimiento del Fuerte es amigo mío...

Tiene cuatro o cinco "Pontiac" casi nuevos sin utilizar... Acabarán convertidos en chatarra, pero puedo conseguir que haga un pequeño cambio por el suyo... Al fin y al cabo, a la hora de ir al desguace, un "Pontiac", siempre es un "Pontiac" sin importar el año...

—¿Y la patente, la matrícula, el número de serie del motor?

Guiñó un ojo:

—¡Déjelo de mi cuenta...! Me he pasado la vida apañando cosas más difíciles... ¿Le gustaría tener un taxi con matrícula de la "Zona" y permiso para circular por todo Panamá...? Yo se lo proporcionaré...

El negro Jackson contempló con cierta admiración al hombre que tenía delante, que parecía muy capaz de cumplir cuanto prometía y de enfrentarse a las mujeres de la "Zona", sus maridos y hasta el mismísimo gobernador. Ya no era ningún niño; habría superado tiempo atrás la cuarentena, y su rostro y su forma de expresarse delataban a alguien que había vivido mucho y visto muchas cosas. El negro Jackson no sabía demasiado sobre la CIA: lo que

aprendiera al volante de su auto, en sus infinitas idas y venidas a Fuerte Clayton, trayendo y llevando oficiales de todas las nacionalidades cuyos únicos temas de conversación eran las mujeres y las actividades clandestinas de la CIA o del "Southern-Comand". Un tipo como el que se sentaba enfrente no trabajaba por casualidad en el Fuerte. Un tipo como aquél, tenía que haber sido alguien importante de la División de Servicios Especiales, y era cosa sabida que la mayoría de los hombres del SOD contaban con un buen número de muertes sobre sus conciencias. Si él aseguraba que le proporcionaría un auto nuevo, se lo proporcionaría. Y si decidía llevarse a Paloma a la Zona del Canal, se la

llevaría. Experimentó un extraño desasosiego, como si el mundo se hubiera vuelto peligroso y amenazador por el simple hecho de estar allí, sentado a la misma mesa que aquel individuo.

Había asistido a muchas riñas, tiroteos y disturbios callejeros. Había salido con bien de dos accidentes y se había endurecido en miles de noches de recorrer las calles en su taxi, a riesgo de resultar asaltado. Pero nunca, que él recordase, se había sentido tan nervioso, frágil e indefenso como ante aquel "gringo" pequeño y delgado del que, al parecer, estaba enamorada —no sabía por qué— su hija Paloma.

—¿Por qué Paloma...? —se

decidió a preguntar—. Habrá conocido muchas mujeres...

Se encogió de hombros.

—Putas en su mayoría —dijo—. Con mi oficio, siempre de un país a otro, resulta difícil conocer a otro tipo de mujeres... —agitó la cabeza desechando un mal pensamiento, y comentó como para sí: "Se está solo en este oficio... —murmuró—. Muy, muy solo..." Aun así, me casé dos veces... Con putas las dos... En cuanto volvía la espalda y tenía que viajar, continuaban con su afición... Lo llevaban dentro... Paloma, es otra cosa...

—Sí. Es otra cosa... —admitió con orgullo de padre—. Es una gran muchacha... Y buena hija... Pero es negra...

—Ya me había dado cuenta... —sonrió burlón—. Le repito que no debe preocuparle... Yo soy Ronald Clark, y nadie, en la "Zona" en Panamá o en los Estados Unidos intentará nada.

Puede estar seguro...

Se sorprendió al advertir que no le costaba trabajo creerle. Estaba convencido de que aquel hombrecito de ojos como bolas de cristal traslúcido cumplía lo que decía.

—Está bien —aceptó—. Usted sabrá lo que hace...

—Lo sé... —sonrió con aquella sonrisa que podía ser todo menos una auténtica sonrisa—. ¿Quiere que vayamos mañana a buscar el "Pontiac"...? —añadió.

—¿Te has ensuciado...?

No necesitó mirarle a la cara ni aproximarse para comprobar que estaba en lo cierto. Un olor inconfundible invadía la estancia, y la cabeza inclinada, escondida entre los hombros, avergonzada y muerta, constituía para Isabelle suficiente respuesta.

Buscó con qué limpiarle y lo hizo con cuidado, atenta a no rozar las llagas que abrían sus rojizas bocas aquí y allá, bordeando la entrepierna.

Fue luego a por ropa limpia con que cambiarle, aireó la habitación, se inclinó a acomodarle la almohada, y fue entonces cuando sintió la humedad de los labios sobre su pecho; una humedad

de baba caliente y pegajosa que le obligó a cerrar los ojos.

Permaneció muy quieta, aferrada a la esperanza de que no fuera cierto, pero conocía ya la intención de aquel beso suplicante, de aquel babear sobre su piel, y por último se echó de nuevo atrás y lo miró de frente, a los ojos de otros tiempos llenos de pasión y fuerza, y ahora desvaídos y muertos.

—¿Tienes ganas...? —inquirió, esforzándose porque su voz sonara normal y casi alegre.

—Si tú quieres... —balbuceó él.

Ostensiblemente hizo girar la llave en la puerta y luego entró en el cuarto de baño. Se desnudó, y antes de comenzar a lavarse tuvo que recostarse en el muro,

cerrar de nuevo los ojos y aspirar profundamente como si el aire se negara a bajar a sus pulmones.

Cada vez le resultaba más difícil.

La compasión que diera paso al amor, se iba transformando en asco; una repulsión infinita ante la sola idea de saber que iba a sentir una vez más aquella baba en su piel y aquella lengua en su cuerpo. Día a día, era mayor el tiempo que necesitaba para prepararse, tomar conciencia de lo que iba a suceder, y ordenar a cada célula de su cuerpo que se mantuviera quieta, que no saltase, que no gritase, que no demostrase lo que en verdad pugnaba por estallar en su interior.

—Ya tiene suficiente —se repetía

—.

Ya sufre lo insufrible, encerrado en ese cuerpo putrefacto, queriendo morir y sin morirse...

Apoyó la frente en la frescura de las verdes baldosas, tratando de recordar la íntima alegría que le invadió la noche que se arregló la primera vez para el hombre que amaba. Era entonces fuerte y fogoso, y presentía que iba a poseerla como jamás la poseyera nadie, inventando el amor para ella y llevándosela muy lejos cuando la penetrara murmurándole al oído todas aquellas cosas dulces y bellas, excitantes y cálidas, que sabía decir.

También dejó pasar los minutos encerrada en el cuarto de baño, pero

entonces lo hizo para prolongar el placer del momento de salir a su encuentro; a compartir su cama, a entregarle su cuerpo para que hiciera con él cuanto quisiese.

¡Cómo agradeció aquella noche que la besara tanto; que sus labios buscaran con tanta insistencia cada rincón de su piel; que su lengua fuera tan cálida y experta...!

Pero ahora ya no sería lo mismo.

Ni sus labios, ni su lengua; y no tendría fuerza en sus manos, ni en sus piernas, ni podría intentar siquiera penetrarla. Todo estaba muerto en aquel cuerpo, porque ya no había más que unos ojos hundidos y apagados, y una boca babeante e insensible, de animal

que hociquea el pasto.

Y vendría luego el fingir que se excitaba como antaño, y que el placer llegaba como llegaba entonces, como si aquel ser ruinoso y flácido fuera el mismo del que se había enamorado.

—Pero no estabas enamorada de su cuerpo... ¡Amabas su mente, su poesía, sus palabras!, y amabas aquel amor que él repartía a cuantos encontraba en su camino...

—"Gracias por bailar para nosotros..."

—"No bailé para ustedes, sino para los niños... ¿Cuántos son?"

—"Diecisiete... Y hay dos más en camino —sonrió—. Un congoleño y un vietnamita..."

—"¿Quién le ayuda a mantenerlos...?"

—"Hoy usted... Mañana... ¿Quién sabe? Pero salimos adelante..."

—"¿Es cierto que vendió su palacio...?"

—"Resultaba demasiado aparatoso..."

Los niños están mejor en la nueva casa... Es más moderna y caliente..."

—"¿Por qué lo hace...?" La miró directamente a los ojos, como sorprendido, y cuando habló lo hizo con tanta naturalidad que en ese mismo instante comprendió que iba a enamorarse:

—"¿Y lo pregunta? No creo que sea necesario averiguar por qué alguien

se ocupa de los niños. Más lógico sería averiguar por qué los demás no lo hacen..." Se esforzó por mantener en su mente el recuerdo de aquel día; de aquel primer encuentro, y abandonó el cuarto de baño para tenderse de espaldas en la cama, a su lado, recostando la flácida cabeza contra sus muslos, ayudándole para evitar que se arrastrara jadeando. Fijó luego los ojos en el techo; en los mismos dibujos y la misma lámpara de bronce que tantas veces girara locamente ante su vista cuando él le hacía estremecerse de placer durante horas.

Sintió su tibia baba que le corría entre los muslos, y trató de alejar sus pensamientos, pero tampoco quería

volver a los recuerdos de otras veces, porque sabía que, de hacerlo, acabaría por asquearse también de los recuerdos, y eran lo único que le permitiría seguir luchando.

Pensó en el hombre que arrojara la bomba, para desviar de ese modo su odio y su repugnancia. Se concentró en rememorar una vez más el rostro que llevaba clavado en la mente y en sus ojos helados, sin expresión alguna, sin ni siquiera la emoción o el fanatismo de quien cree estar cometiendo un acto terrorista por una causa justa.

Luego se centró en su cabello, corto, negro y rizado; en sus altos pómulos que imprimían a su cara un aire casi oriental, y en su boca crispada y

recta, semioculta por un delgado bigote ralo y caído.

—Antonio Arriaga, alias "Huascar"—fue la respuesta del comisario a su descripción—. No puedo mostrarle una foto, porque no existe, pero es como usted dice, y ése es, además, su "modus operandi"... Sabíamos que estaba en Roma; temíamos que preparara un atentado y reforzamos la vigilancia en los aeropuertos, pero en verdad, nunca pude imaginar que fueran ustedes su objetivo...

—¿Por qué nosotros? —quiso saber—.

Jonathan se retiró de la política desde la muerte de Salvador...

—Usted sabe que su... —dudó sin

saber qué tratamiento darle y decidió salirse del tema—. Que el señor Leiva no es un allendista cualquiera... Es uno de esos hombres que mantienen vivo su recuerdo y el de su obra... Un peligro, y una molestia.

Gimió en principio calladamente, y fue luego aumentando el tono de sus gemidos, haciéndole ganar ritmo, fingiendo un placer que ya jamás sentiría, venciendo su repugnancia, e intentando imprimir a todo su cuerpo una vida que se transmitiera al hombre, y le hiciera abrigar la ilusión de que lograba su objetivo.

Pero el hombre, fatigado, se había dormido.

Se levantó, procurando no hacer

ruido, lo arropó, tomó una larga ducha, y bajó al jardín, a rogar a los niños que no alborotaran demasiado, que su "padre" dormía.

Eran ya veintitrés, aunque ocho se encontraban estudiando fuera. Verlos, observar sus juegos, comprender el profundo amor que sentían por el inválido que languidecía como una planta inútil en el piso alto, le reconfortó el espíritu: le hizo olvidar los amargos momentos, y la reconcilió por unos instantes, con la vida.

Las niñas acudieron a su lado, tomaron asiento bajo el porche, y comentaron los pequeños acontecimientos del día; los chismes del colegio y la película que habían puesto

esa tarde en la televisión.

Se sentía auténtica madre de todas ellas, sin importarle la edad, el color ni el carácter. Sin tener preferencias. O sin querer tenerlas, porque así le había enseñado Jonathan que debía amar a los niños; sin repartir su amor, sino entregándolo entero, sin quitar una pizca a cada uno.

—Son seres desgraciados, que nunca tuvieron nada —le había dicho una vez, mucho tiempo atrás—. Niños abandonados a los que nadie amó nunca... Ahora, al tenernos a nosotros, cada uno debe sentir que le queremos, le observamos y estamos pendientes únicamente de cuanto le ocurre... Luego, con el tiempo, a medida que crecen,

ellos mismos comprenden que tienen la obligación de compartírnos con sus hermanos.

—No sé si sabré hacerlo...

—Sabrás, no tengas miedo... Yo te enseñaré.

Le enseñó, en efecto, y nunca existió mejor maestro, porque nunca existió un hombre que amara y comprendiera mejor a los niños. Durante años, constituyeron una enorme, feliz y hermosa familia. Una familia de todas las razas y colores; de todos los idiomas; de todos los caracteres, pero unida y dichosa.

Comían mucho veintitrés bocas jóvenes, pero los libros de Jonathan se vendían bien, y los recitales de danza de

Isabelle Barrington cada vez atraían un público más numeroso y selecto. La negra nube del asesinato de Salvador, y los odiosos acontecimientos de Chile se cernieron largo tiempo sobre el horizonte, empañando la sonrisa de Jonathan, pero habían logrado reunirse de nuevo allí, en aquel gran caserón que dominaba el mar, y allí hubieran...

—Un señor pregunta por ti, "madre"... —anunció un muchachuelo, y luego abrió mucho los ojos como si fuera propietario de un maravilloso secreto—. Lleva gafas oscuras, pero estoy seguro de que es Gino Montalde, el actor...

—¿Gino Montalde? —se sorprendió—.

Dile que pase...

El chicuelo se perdió galopando jardín adelante, y a los pocos instantes regresó acompañado del "Hombre Más Bello del Mundo", lo que provocó risas, cuchicheos y suspiros entre las niñas mayores.

—Id a jugar, o a ver la tele...

¡Buenas tardes Gino...!

—Buenas tardes, Isabelle...

Gracias por recibirme...

—¿A qué se debe, después de tantos años...?

Se besaron con afecto, y tomaron asiento a la sombra del porche teniendo ante ellos el jardín por el que correteaba la chiquillería, y al fondo el hermoso panorama de Cap-Ferrat con la tranquila

bahía de Ville-France-Sur-Mer en primer término.

—Quise venir antes... —se disculpó—. Cuando supe lo de Jonathan.

Pero me faltó valor...

—Entiendo... Recibí tu telegrama...

—¿Cómo se encuentra...?

Se encogió de hombros sin saber qué decir.

—¿No hay esperanzas...?

—Ninguna... Lo he intentado todo...

Los mejores especialistas hicieron cuanto estuvo en su mano, pero, por desgracia, no hay remedio... ¡Lo destrozaron, Gino...! Destrozaron al hombre con más vitalidad que haya existido nunca...

Durante unos instantes guardaron

silencio, contemplando a los niños, y dejando pasar la ráfaga de la emoción.

Luego Gino se volvió a mirarla, pendiente de sus reacciones:

—He venido porque quiero hacer una película sobre Jonathan... —dijo—.

Sobre su vida, su poesía, su orfanato y su amistad con Salvador Allende...

Se titulará como su último libro: "Cárcel de Carne".

—¡Oh, Gino...! —Isabelle tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que dos lágrimas asomaran a sus ojos.

Dudó unos segundos y repitió conmovida-

—¡Oh, Gino...! Es lo más hermoso que he oído en mucho tiempo.

¿Cómo podría agradecértelo...?

—Aceptándome en el papel de Jonathan Leiva... —replicó serenamente—. Sé que no soy un actor de prestigio y que el noventa por ciento de mi éxito se basa en el físico, pero estoy convencido de que puedo interpretar el papel... —extendió la mano y la posó, con delicadeza, sobre el antebrazo—. Puedo hacerlo Isabelle... Pondré en ello el alma.

—Sé que lo harás bien, Gino... —afirmó convencida—. Lo harás mejor que nadie. Si has tenido la idea y te arriesgas a llevarla adelante, es porque te sobra sensibilidad para hacer de Jonathan...

—El riesgo no es sólo mío... —

sonrió con cierta timidez—. En realidad, la idea partió de una charla con Ari... Coproducirá conmigo al cincuenta por ciento...

—¿Ari...?

Creyó notar un cierto cambio en el tono de su voz, y aguardó atentamente su reacción:

—Aristófanes Panatas... ¿Lo recuerdas?

No le cupo duda: el brazo sobre el que mantenía posada la mano se estremeció imperceptiblemente.

—¿Aristófanes Panatas...? Sí, desde luego... Hice unas fotos para su revista... Un muchacho muy agradable...

—Quería venir, pero está en Marbella... Acabamos de regresar de las

Galápagos y tenía asuntos atrasados...

—Comprendo...

Gino se esforzó por no imaginar que había percibido un pequeño deje de desilusión, aunque estaba seguro de haberlo captado. La observó, pero Isabelle era una mujer demasiado educada como para dejar traslucir ciertos sentimientos. Decidió cambiar el tema:

—Si estás de acuerdo con la idea, buscaré un buen escritor para que comience a trabajar en el guión...

¿Tienes preferencia por alguno...?

—Así, de improviso, no se me ocurre... ¡Me parece todo tan rápido!

—Estas cosas, cuanto más rápidas, mejor... Mi propuesta... Quiero decir,

nuestra propuesta, de Ari y mía, es la siguiente: Ciento cincuenta mil dólares por los derechos de biografía de Jonathan; el veinte por ciento de los beneficios de la película y doscientos mil dólares para ti...

Le miró asombrada, con la boca abierta de estupor, incapaz de dar crédito a lo que estaba oyendo. Tuvo que hacer un esfuerzo para reaccionar:

—¡Pero eso es una barbaridad, Gino...! —exclamó casi tartamudeando—. ¡Una barbaridad...! Participación en los beneficios y trescientos cincuenta mil dólares... ¡Es increíble! ¿Por qué doscientos mil dólares para mí...? ¿Qué tengo que ver en esto...?

—Tú eres Isabelle Barrington... —

replicó Gino con absoluta naturalidad —. La mujer en la vida de Jonathan Leiva... Eres Isabelle Barrington, y tienes que hacer de Isabelle Barrington...

Tardó en comprender a lo que se estaba refiriendo, y al fin soltó una corta carcajada.

—¿Yo...? —inquirió—. ¿Estás pidiéndome que interprete mi propio papel en la película...? ¡Eso es absurdo...!

—¿Por qué absurdo...?

—No soy actriz... Nunca lo he sido... Era bailarina, pero ya ni eso... Un pedazo de metralla me destrozó el talón... —dijo Isabelle.

—No necesitas ser actriz... —señaló—. No vas a interpretar a nadie...

Sólo a ti misma. ¿Y quién mejor que tú misma? ¿La Loren? ¿Liz Taylor...? ¿Jacqueline Bisset...?

—¡Oh Gino! —agitó la mano como queriendo alejarle de sí o alejar una idea absurda. Luego, de improviso, se puso en pie y comenzó a pasear nerviosa, a lo largo del porche.

Alguien había llamado a los niños a cenar, y se encontraban solos en el jardín. Gino se levantó, la tomó del brazo y la condujo hasta un punto desde el que se dominaba la bahía, con los yates y el puerto bajo ellos. Las luces empezaban a encenderse en Cap-Ferrat, al fondo.

—Me estoy haciendo una casa allí —señaló—. A quinientos metros de la

de Gregory Peck, junto al agua...

Pero aún es un secreto. Ni siquiera Ari lo sabe... Pienso dar la noticia con una fiesta a la que acuda todo el mundo... —guiñó un ojo con gesto de complicidad—. Tal vez sea la fiesta de estreno de la película... ¿Qué decides?

—No puedo hacerlo, Gino —replicó—. Jonathan me conoció porque bailé a beneficio de su orfanato... Y ya no puedo bailar... Tendrías que doblarme en esas escenas, y...

—¡No te hagas la tonta, Isabelle! —protestó—. No me pongas una disculpa tan absurda... Existen miles de metros de película tuya bailando...

Los compraremos, y los utilizaremos... —Isabelle tomó asiento

en el muro, observó un barco que llegaba, y el cabo, que se adentraba en el mar como un gran perro dormido.

—¿Aquella es tu casa...?

—La que se alza entre los árboles... La del techo inclinado. Estará lista para el estreno...

Ella agitó la cabeza y murmuró:

—¡Trescientos mil dólares...! — exclamó—. Significan cuatro años de colegios, comida, zapatos, ropa y cocinera... Casi cuatro años de mantener a mi familia, cuando empezaba a ver las cosas difíciles para el año próximo...

—Olvidas el veinte por ciento... — sonrió—. Si lo hacemos bien, te garantizo otros cuatro años más de colegios, comidas y zapatos... Y para

entonces serán hombres...

Muy alto, delgado, con los ojos negros, tristes y profundos y el cabello canoso y ralo, lacio, sin mucha vida, de hombre que se aproxima inexorablemente a los sesenta, el "Maitre" sudaba a chorros, impertérrito dentro de su elegante chaqueta roja, cruzada, sin una arruga, levemente inclinado ante el cliente que parecía llevar la voz cantante en la mesa: un jovenzuelo imberbe, que noche sí y noche no, gastaba una fortuna invitando a su pandilla de amigos.

Ellos eran siempre los mismos, pero no así las muchachas, modelos o aspirantes a estrellas de cine, convencidas de que pasar un verano en

Marbella, de yate en yate y de cama en cama, era la forma más divertida y práctica de ascender en sus frágiles e imprecisas carreras.

El jovenzuelo, heredero de unos inmensos laboratorios farmacéuticos catalanes, propietario del mayor de los yates fondeados en Puerto-Banús, fondeadero lógico de grandes barcos de grandes fortunas, parecía haber escogido el restaurante, a no más de veinte metros de la pasarela de su barco, como su segunda casa, y el día que no traía a toda su tropa era, sin duda, porque encargaba que le subieran la comida a bordo.

—El vino de siempre, Fernando...

¡Y rápido! —Rió la gracia—.

¡Bueno, todo lo rápido que te permita la

pata...!

Se alejó renqueando apenas, casi imperceptible su cojera para quien no se fijara en ella, y se encaminó a la cocina, a entregar por sí mismo la comanda, pues sabía por experiencia lo desagradable que llegaba a ponerse el grupo cuando le hacía esperar.

—La mesa del niño Ferreras... —
señaló—. Y procura que no nos dé hoy también la noche...

—¿Por qué no lo mandas de una vez a la mierda...?

—Porque me costaría el empleo...

Tomó asiento en un rincón de la cocina, y Andrés le trajo el coñac de aquella hora, coñac que le ayudaba a relajarse y calmaba el dolor de la herida

tras toda una noche de mantenerse en pie, e ir de un lado a otro atendiendo clientes.

—"Un accidente de coche" —decía siempre, imposibilitado como estaba de confesar que no había sido un coche sino un moro de Orán el que lo dejara cojitranco para el resto de sus días.

Un moro asustado, que a punto estuvo de castrarlo de una cuchillada y le dejó como recuerdo una espantosa cicatriz en el muslo izquierdo.

Aún lo recordaba huyendo, tratando de perderse en la noche con su chilaba al viento, cuando lo alcanzó en plena espalda con una bomba de mano que rebotó a sus pies y lo mandó a volar.

—Casi me corta los cojones, pero

los suyos debieron aparecer en la mezquita...

Bebió despacio, paladeando el fuerte alcohol hasta que le llamaron de fuera:

—¡Don Fernando...! Los de la cinco le buscan...

Se levantó, atendió la protesta, dio nuevas órdenes y permaneció luego en pie, junto a la puerta, contemplando a los transeúntes y los yates.

Era aquella su mejor hora, concluido el trabajo, cuando la brisa refrescaba agitando las banderolas, y por el puerto cruzaban, rumbo a los clubs nocturnos, las más bellas mujeres, que aquel verano parecían haberse dado cita en Marbella.

Puerto-Banús le recordaba Saint-Tropez; con parecida distribución en los edificios y los barcos; con el mismo malecón bordeado de restaurantes, bares, clubs y boutiques; con idénticas mujeres, hermosas y elegantes; inalcanzables ahora para él.

Encendió el último cigarrillo de la noche, y se encaminó por entre las blancas casas al descampado en que había aparcado su diminuto "seiscientos", que le conduciría a su diminuto apartamento, donde se acostaría en su diminuta cama de la que le sobresalían los pies, y en la que le esperaba una novela que no lograba acabar nunca.

Abrió la puerta, metió la llave de

contacto, pero antes de que pudiera hacerla girar, le sobresaltó una voz a sus espaldas:

—No se mueva y ponga las manos sobre el volante.

No hizo gesto alguno. No valía la pena intentarlo, porque estaba convencido de que un revólver le apuntaba a la nuca, o una afilada guma le amenazaba la garganta. Permaneció muy quieto, escuchando los enloquecidos golpeteos de su corazón, incapaz de aceptar que lo que tanto tiempo temiera, había llegado. Le extrañó que la voz añadiera:

—No tema... No voy a hacerle daño...

—¿Qué es lo que quiere...?

—Al mejor experto en explosivos de la OAS...

—No sé de quién me habla...

—Hablo de un "pied-noir" llamado Gaston Perès, conocido en la OAS por el "Alfanje", alma gemela del famoso "Cimitarra" y brazo derecho de André Canal cuando éste recibió el encargo del general Salan de organizar la "Misión Tercera" de terrorismo en la metrópoli.

—Gaston Perès murió...

—El que su coche saltara por los aires con un cadáver dentro en Constantina no quiere decir que muriera... —fue la respuesta un tanto burlona—. Cuando Aycaguer traicionó a Armagnac, y lo metió en la cárcel, la OAS comenzó a navegar a la deriva y

usted lo comprendió... Fingió lo de Constantina, huyó a Madrid, y acabó de "Maitre" aquí... Los sueños de "el Alfánje" y el de una "Argelia francesa" se habían esfumado...

—¿Cómo sabe todo esto...?

—Por Marbella pasa mucha gente, Peris... Pese a que ha cambiado, alguien le reconoció...

—Bien..., ya que lo sabe, ¿qué es lo que pretende?

Un sobre apareció como por ensalmo ante sus ojos. Lo abrió y le bastó la escasa luz de las farolas de la calle para darse una idea de lo que había dentro:

—Veinte mil dólares... —aclaró el desconocido—. Una primera entrega...

Habrá muchísimo más para usted y diez hombres con experiencia, decididos a formar un buen "Comando"...

—No soy un delincuente... —protestó—. Nunca lo fui... Luch bamos y mat bamos porque creíamos en una Argelia francesa, pero aquello acabó...

—Estoy de acuerdo...  Pero sabe en lo que se ha convertido su fábrica de Orán?

—Me lo han dicho...

—Pues yo ahora le ofrezco la posibilidad de recuperarla...  sa u otra mejor... Y no tendr  que matar a nadie... —hizo una pausa—. Estoy preparando un golpe gigantesco —añadió—.

El más fabuloso de la Historia.

Pero para que d  resultado, tiene

que estar muy bien montado...

Gaston Peris, alias "Fernando Fernández", alias el "Alfanje", lanzó una nueva ojeada al sobre de billetes de cien dólares que tenía en la mano, y tuvo que esforzarse por no girar y descubrir el rostro de su misterioso visitante. Dudó:

—Necesito más detalles... —dijo.

—No puedo dárselos de momento —fue la respuesta—. Le ruego que medite sobre ello, y vaya pensando en una lista de nombres que pudieran estar interesados en la empresa... El dinero es mucho. Todo el que puedan desear, y más aún... Dentro de una semana le llamaré...

—De acuerdo... Lo pensaré una semana...

—Ahora, por favor, vaya a dar un paseo por el puerto...

Obedeció y cinco minutos después se encontró deambulando por entre los yates, aún con el sobre en la mano.

Lo guardó en un bolsillo y buscó un muro bajo, en el que tomar asiento para fumar en paz un cigarrillo. La noche, de finales de agosto, estaba en calma. De un club llegaba una música suave, y de la ventana de su mejor cliente, Manuel Goyanes, las voces y las risas de un grupo que jugaba al "bag-gamón". Algunas parejas se detenían ante los más hermosos barcos contemplando con envidia, el lujo y la soberbia estampa de naves que habían sido diseñadas para despertar envidia.

Durante un instante se hizo el silencio y le llegó muy claro el jadear de una pareja que hacía el amor en un velero próximo.

Se vio a sí mismo en Saint-Tropez, el verano del sesenta, antes de que Degueldre le invitase a unirse a los grupos "Delta" que querían conservar Argelia a costa de la muerte y la violencia. Se vio a sí mismo, aún fuerte y joven, bronceado, sin cicatrices, saliendo del "Papagayo" para encaminarse a cualquiera de los yates, del brazo de dos mujeres.

Se vio a sí mismo como veía cada día al niño Ferreras, o a tantos y tantos otros a los que atendía como a él le atendieron: dueños de laboratorios,

fábricas, o barcos, incapaces de admitir que un día, de improviso, llegaría un Frente de Liberación Nacional, o de un Partido comunista que los colocaría de la noche a la mañana al otro lado de la vida.

"¡La OAS vela...!" "Dormid tranquilos..." "Argelia es nuestra".

Se maravillaba de habérselo creído por un tiempo. Cuando el Imperio francés se desmoronaba en peso; cuando ni un solo territorio de África o Asia lograba conservarse, ¿por qué abrigó la estúpida esperanza de que Argelia, Orán, o tan sólo su fábrica, tendría otro destino...?

Escuchó los discursos de Salan, Lagailarde y Ortiz. De todos cuantos

proclamaban que jamás se irían de la tierra en que habían nacido y en la que nacieron sus padres, y se cegó a sí mismo; se engañó a sabiendas. Él, Gaston Peris, era más inteligente que eso, y sabía —en lo más íntimo de su ser— que acabarían echándolos al mar, o reenviándolos a Francia con una mano atrás y otra delante.

Todo había resultado inútil, y nada más inútil que los cientos de muertos que provocaron sus bombas; irracional locura con la que por unos meses, imaginó que podría cambiar el curso de la Historia, amedrentando aún más a un pueblo cansado de sentirse amedrentado.

—Debí ocuparme de salvar lo

salvable y empezar de nuevo en otra parte —se dijo—. Tendría algo más de lo que tengo, no andaría cojo y dormiría tranquilo... Me jugué el todo por el todo, sabiendo de antemano que perdía, y perdí...

Hubo un tiempo en que los "Comandos Delta" podían considerarse dueños de las calles de Argelia. Sus bombas estallaban por doquier, y lo mismo hacían saltar un cafetín mugriento que un Banco. Millones de francos pasaron en aquellos meses por sus manos, pero no se quedó ni un centavo.

Más tarde descubriría que compañeros de esa lucha salieron ricos de la aventura.

Le extrañó por aquel tiempo el

entusiasmo con que exlegionarios y mercenarios llegados de todos los rincones, abrazaban una causa que, en principio, no tenía por qué interesarles. Le extrañó también que obreros antaño revoltosos, y pícaros sin oficio, ofrecieran de improviso su vida por defender un sistema al que por tradición se habían enfrentado. Se dio cuenta demasiado tarde de que los muertos que estaba provocando una guerra que creía de todos, había que apuntárselos, en realidad, a las ansias de rapiña de unos cuantos.

Se sintió burlado, vencido y utilizado. Cuando comprendió hasta qué punto se sentía responsable de docenas de crímenes inútiles, se asqueó de lo

pasado, se encerró en su coche y se "envió a sí mismo a volar por los aires".

Deslizó una vez más la mano a su bolsillo, tanteó el sobre, y se preguntó si estaría allí la oportunidad que no supo aprovechar en su momento.

Se daba cuenta de que, probablemente, sería la última vez que alguien le proporcionara los medios de empezar de nuevo. No le gustaba cómo se había presentado el desconocido, y su empeño en mantener el incógnito le molestaba, pero no había duda de que aquellos veinte mil dólares eran auténticos, y nadie entregaba millón y medio de pesetas si no tiene entre las manos algo muy grande...

—¡Mucho...! Muchísimo dinero —

había insistido—. Muchísimo dinero para un grupo de hombres... Un "Comando" con experiencia.

¿Por qué emplearía la palabra "Comando"? ¿Por qué no "grupo" o "banda" o cualquier otra que diera idea de un atraco, un asalto, o un delito común...? "Comando" remitía inconscientemente a la guerra y a la lucha armada abierta, pero no al crimen. Eso le intrigaba.

Existía además, algo en la voz del hombre; en su francés perfecto sin una palabra de "argot" rufanesco, que inclinaba a creer que no se trataba de un delincuente y nada tenía en común con el tipo de individuo que organiza asaltos. Debía ser un hombre joven, educado,

universitario por el lenguaje, pero probablemente extranjero, dejaba entrever inflexiones impropias en alguien que lo habla desde la cuna...

Tal vez buscaba mercenarios para un país del Tercer Mundo, pero —y en eso Gaston Perès lo sabía bien— los mercenarios se encontraban en Londres por el simple procedimiento de poner un anuncio en el periódico, montar una oficina y aguardar a que acudieran en masa.

No. No debía de tratarse de una guerra, sino de alguien que necesitaba a un ingeniero químico especializado en explosivos porque tenía que volar algo muy grande. Probablemente la cámara de un Banco, aunque para eso existían

expertos dentro del gremio de los asaltantes que podían hacerlo con mayor limpieza.

Gaston Perès había dinamitado algunas cajas. Demasiadas, mirándolo con la perspectiva de los años, pero nunca se consideró un experto en el oficio. "El Alfange" fue siempre mucho más efectivo a la hora de hacer asaltar un cuartel de "barbouzes", una columna de tanques, o echar abajo un edificio de diez pisos sin levantar cascotes.

Un puente de cemento armado; tres kilómetros de vía férrea; un "barco-radio" fondeado en el puerto de Argel... Era el mejor en eso, pero no en cajas fuertes, y cualquiera que se hubiese tomado tantas molestias en buscarle y

ahondar en su pasado, tenía que saberlo.

"No —murmuró para sus adentros —.

No quieren un simple "revienta-cajas"... Quieren algo especial, pero no se me ocurre qué diablos puede ser..." En un principio, la redacción de "Estrellas" se circunscribía, a tres pequeñas habitaciones en un semisótano de la rue Racine, en el corazón mismo del mundo editorial de París, a media cuadra de Flamarión, en plena "rive gauche".

Ahora, "Estrellas" y sus publicaciones satélites ocupaban las cinco plantas del mismo edificio, y se había convertido con el tiempo —poco más de seis años— en un auténtico

hervidero humano, con un continuo ir y venir de secretarias, periodistas, fotógrafos, maquilladores, modistas y sobre todo modelos o aspirantes a modelos, que hacían cola con enormes cartapacios de fotos.

El cuarto piso había sido transformado en dos grandes estudios, y en el quinto, Aristófanes Panatas había montado uno de los despachos más suntuosos y eróticos que pudieran encontrarse en París, decorado con fotografías de tamaño natural de las mejores mujeres que posaron desnudas para "Estrellas". El resto del quinto piso del inmueble, constituía la residencia del griego cuando se quedaba en París.

Cuando una muchacha superaba los

diferentes filtros del personal de "Estrellas" y lograba ser recibida en el quinto piso, no tenía más remedio que sentirse impresionada ante aquel despacho y aquellas fotos, que constituían la culminación de la carrera de una modelo. Aquel muchacho delgado y moreno, de ojos grises y eterna sonrisa, podía, con su visto bueno, catapultar a la fama internacional a una chica de la noche a la mañana. Muchos rostros y cuerpos desconocidos que aparecieron un día en la portada de "Estrellas", andaban ahora haciendo cine con los mejores directores, anunciando los productos de belleza más sofisticados, o paseando en yate por el mar Jónico.

Quizá por puro contraste, Teresa, que había sido quien comprara a plazos las cuatro mesas y sillas que amueblaron las tres habitaciones del semisótano, estaba considerada como una de las secretarias más antiestéticas, agrias, maleducadas y eficientes de la ciudad.

Por ello, tras siete años de soportarla y considerarla imprescindible, Aristófanes Panatas no demostró extrañeza cuando Teresa abrió de improviso la puerta de su despacho y comentó con un chirrido de voz:

—Ahí afuera está su amigote...

El griego ni siquiera se volvió a mirarla, inmerso en el estudio de la curva de los pechos de una morena de ojos verdes, que pareció molestarse

porque vinieran a interrumpirles cuando el "jefe" parecía a punto de dar su aprobación.

—¿Quién? —preguntó éste.

Teresa alzó mucho el cuello y agitó la cabeza dando a su voz un tono francamente burlón:

—"El Hombre Más Bello del Mundo"...

—¿Gino...? Dígale que pase. —Se le notaba impaciente—. Le he dicho mil veces que Gino es el único que puede pasar sin anunciarse...

—¿Incluso cuando está usted "examinando" a las modelos...?

—Incluso cuando estoy "examinando" a las modelos... Él entiende de mujeres...

Teresa sacó la cabeza hacia el antedespacho:

—"El Hombre Más Bello del Mundo" puede pasar —señaló.

Gino hizo ademán de propinarle un azote, pero Teresa escapó cerrando tras sí la puerta. La morena, que había permanecido impasible ante el examen se agitó nerviosa, lanzó una provocativa mirada al recién llegado, y se podría asegurar que sus pezones se activaron y su precioso busto cobró nueva vida.

Aristófanes la señaló con un gesto:

—¿Qué te parece para la portada del número de octubre?

Gino asintió en silencio:

—Si el resto es como lo que está a la vista...

Sin aguardar a que se lo pidieran, la muchacha abrió la falda, la dejó caer sobre la alfombra y dio unos pasos por la habitación completamente desnuda. No desmerecía de las fotografías que colgaban de las paredes.

La observaron unos instantes, y Aristófanes hizo un ademán para que se vistiera.

—¡Está bien...! —aceptó—. De acuerdo... Di a mi secretaria que vas en portada para octubre. Y deja tu teléfono.

—¿El de mi agente o el particular...?

La pregunta había sido hecha con la vista fija en Gino, que se sintió súbitamente incómodo. Aristófanes, por su parte, cambió de expresión, palideció

y se interrumpió en el momento de ir a apuntar algo en la libreta. Su voz sonó helada, con un esfuerzo por conservar la calma, cuando señaló:

—Cuando pido un teléfono es siempre el profesional... Tipas con las que acostarnos, sobran... ¡Lárgate...!

Por unos instantes la chica no supo encajar el golpe, y podría pensarse que estaba a punto de llorar. De improviso reaccionó, tomó su carpeta de fotos y se encaminó decidida a la puerta. Ya en ella, se volvió y comentó, mordaz:

—¡Hijo...! ¡Ni que te estuvieran quitando el novio...!

Ahora fue Aristófanes el que no supo encajar el golpe, y cuando quiso responder era demasiado tarde. La

puerta se había cerrado de golpe.

Gino, que había asistido en silencio a la escena, intentó hacerla olvidar abriendo un portafolios y colocando un montón de papeles sobre la mesa.

—¡Toma! ¡Firma esto! —pidió.

—¿Qué es? Nunca firmo sin leer.

Gino fingió ofenderse:

—Confías en mí para pedir que te ayude a volar el Canal de Panamá, pero no para firmar unos contratos que te pongo delante —protestó—. ¿Qué clase de confianza es ésta?

Aristófanes Panatas alzó el rostro y lo miró con aire indeciso. Había algo en los ojos de su amigo que le obligaba a sospechar que le estaba preparando una jugarreta, pero al fin dejó el puro en el

cenicero, tomó una pluma y fue firmando los puntos que le señalaba.

Cuando se sintió satisfecho, Gino sonrió, guardó los documentos y tomó asiento en uno de los enormes sofás, apoyando la cabeza en los muslos y la mata de vello del sexo de la negra Zoé, que aparecía en la foto tumbada sobre una vistosa piel de oso blanco.

—¡Bien...! —dijo, encendiendo un cigarrillo—. Saca una botella de champagne para celebrarlo... Ya eres productor de cine...

Aristófanes no se inmutó. Se puso en pie, se encaminó a una de las paredes, apartó una foto y dejó al descubierto una pequeña nevera y un bar

repleto de copas y botellas. Comenzó a descorchar el champagne con absoluta naturalidad.

—Lo suponía... —señaló—. ¿Qué clase de película voy a producir, si puede saberse...?

—La vida de Jonathan Leiva, con Gino Montalde en el papel de Jonathan, e Isabelle Barrington en el papel de Isabelle...

El tapón saltó como un cañonazo, y fue a rebotar contra el reluciente trasero de una rubia sofisticada, la espuma de champagne borboteó mojando la preciosa alfombra azul claro y los zapatos del griego, que tardó en salir de su sorpresa y buscar dos copas.

Tomó asiento junto a su amigo y brindaron sin saber exactamente cuál era el brindis. Gino sonreía expectante, y Aristófanes Panatas meditaba. Se diría que su cerebro trabajaba a presión. Tras beber hizo un gesto afirmativo:

—Una gran idea —dijo—. Aunque una cosa me preocupa... —le miró fijamente—. ¿No estarás haciendo de "Celestina"?

—¿Lo necesitas...?

—Nunca lo he necesitado, y es lo que me molesta de tu idea... Si quisiera aproximarme a Isabelle Barrington, encontraría la forma de hacerlo sin producir una película sobre su amante...

—Por eso te obligué a firmar sin leer... La responsabilidad es mía.

No tengo intenciones respecto a Isabelle, y creo, de verdad, que el negocio es bueno... Tan bueno como dinamitar el Canal de Panamá...

—Con la diferencia de que yo acepté sin rechistar, y tú aún no te has decidido...

—...Y con la diferencia de que si fracasamos en la película puede ocurrir que los críticos nos insulten.

Mientras que si fracasamos en lo otro, nos costará cuarenta años de cárcel...

—Vi a Gaston Peris... Está viejo, pero creo que aún funciona...

Si acepta, podemos planearlo todo a través de él, sin que nadie conozca nuestra identidad.

—¿Y si dice que no...?

—Habrá otros...

—Tal vez, pero no puedo arriesgarme a obtener nuevos nombres, levantaría sospechas...

—¿Tienes miedo?

—Mucho. ¿Por qué negarlo...?

—Aún puedes abandonar... Ya me has sido de utilidad... Conseguiste el nombre de Peris. De ahí en adelante, seguiré sólo —se sirvió otra copa y la apuró hasta el fondo, luego, la dejó sobre la mesa—. En realidad... —añadió—, aún no has dicho que sí...

—Te busqué ese nombre...

—Pero no has dicho que aceptas...

¡Ni por qué aceptas! —puntualizó con intención.

—Tampoco tú has dicho por qué quieres intentarlo... Hablamos de ello, el primer día, en Seymour, pero no quedaron claros tus motivos ni los tengo claros aún... —Se inclinó hacia delante y estaba profundamente serio al inquirir —: Dime Ari... ¿por qué quieres hacerlo? ¿Es únicamente por dinero?

Aristófanés tardó en responder. Se puso en pie y paseó por el inmenso y original despacho, para ir a detenerse ante el amplio ventanal, por el que se asomó. Desde aquella altura, se podían distinguir las torres de San Sulpicio, y más allá, la aguja de Saint-Germain-des-Prés.

—Todos los días me lo pregunto —replicó, sin volverse—. Y todos los

días llego a la misma conclusión: ¿Por qué tiene que existir una razón?

¿Por qué un motivo concreto...?

Cientos de personas mueren cada año por subir a lo alto de una montaña o por correr por carreteras que no reúnen condiciones... ¿Qué buscan...?

Ni siquiera ellos mismos saben por qué aprietan el acelerador estúpidamente...

—Luego reconoces que es una estupidez...

Se volvió a mirarle, y se diría que en ese momento no lo reconocía. Era como si estuviera hablando con un extraño:

—Puede que sea una estupidez para el que lo ve desde fuera, pero te aseguro

que no lo es para el que aprieta el acelerador, o está trepando por la pared de hielo... ¡En ese momento, tiene que hacerlo aunque después se arrepienta...!

—Se aproximó de nuevo—. El Canal de Panamá se ha convertido en mi montaña inaccesible... —añadió—. Descubrí que existía y que a través de él podía humillar al pueblo más poderoso de la tierra, burlándome de sus cañones, sus aviones, sus flotas e incluso sus arsenales atómicos... ¿Sabes cuánto gasta anualmente los Estados Unidos en armamentos...? Algo monstruoso: Ciento veinte mil millones de dólares. ¿Y sabes cuál es el presupuesto de sus Servicios Secretos...? Seis mil doscientos millones de dólares... —Sonrió ante la

expresión de Gino—.

¡No te asombres! —dijo—. Tengo esas cifras... Más de ciento cincuenta mil personas trabajan en la nómina de sus Servicios Secretos. —Extendió las manos en un ademán lleno de fuerza y decisión—. ¿Te das cuenta...? Nosotros dos, solos, demostraremos que son una partida de inútiles, y les obligaremos a pagar porque nos sale de los cojones... ¡Aunque después tiremos el dinero al mar...!

—Pero es que puede costarnos caro —le hizo notar—. Quizá no sean tan inútiles, sino mucho más listos de lo que imaginamos, Ari... No se debe despreciar, así, "a priori", a ciento cincuenta mil tipos, que, además, son

profesionales de esto... ¿Quién te dice que no eres de los que tienen micrófonos en el despacho?, por ejemplo... Miles de personas se hallan hoy en día vigiladas, y tú eres un editor importante que publica cuatro o cinco revistas de gran impacto...

—Por eso mismo, Gino... Porque edito esas revistas me consta que en mi despacho no hay micrófonos...

Constantemente lo verifico porque varias veces han tratado de espiarme...

Gino Montalde le observó. Luego, muy despacio, se sirvió la última copa que quedaba en la botella, y contempló unos instantes al trasluz cómo ascendían las burbujas. No le miraba cuando dijo:

—Empiezo a creer que sí tienes un

motivo concreto, Ari... Está muy claro... Es uno de los siete pecados capitales: Soberbia.

Aristófanes no respondió. Se podría pensar que se había molestado, pero reflexionó sobre ello mientras se encaminaba de nuevo al bar, a servirse un largo whisky. Sopesó lo que su amigo acababa de decirle. No era nuevo para él. La soberbia había sido una de las condicionantes de su vida.

De chico fue el cabecilla de la banda, el primero en los estudios, el más decidido con las chicas, el más brillante en la Universidad y el más capaz en todo. Lo era y tenía que serlo, porque de lo contrario se consideraba profundamente desgraciado.

Allí, en la quinta planta de un edificio en el que había comenzado como último inquilino y era ya dueño absoluto, del techo a los cimientos, se sentía orgulloso de lo que había logrado. Era rico; inmensamente rico a los veintiocho años, cuando sus amigos de infancia comenzaban a ganar dinero. Y desde allí, desde las paredes, le contemplaban los rostros más bellos del mundo, mujeres a las que había poseído mientras millones de hombres tenían que limitarse a soñar con ellas. Se sentía también por eso superior, y sonreía para sus adentros cuando los veía detenerse a admirarlas en un quiosco, comprando la revista para llevarse los pedazos de papel que para él eran de carne con sólo

mover un dedo.

Aceptó de buen grado y fue a sentarse de nuevo junto a Gino:

—¡Está bien...! —admitió—. Es soberbia... No quiero hacerlo por avaricia, Ira o Envidia... —Le señaló acusadoramente con el dedo—.

Pero, ¿y tú? ¿Por qué lo harías?

¿Por venganza...?

—Desde luego... —La respuesta se le antojó demasiado rápida—. Si me decidiera, sería por venganza...

—Venganza de algo que te hicieron antes de nacer... ¿la venganza de un feto...?

—¿Por qué no...? Una vez leí que un niño sufre estando en el seno de su madre... Quizá puede sentir que le aman

o lo odian; que desean que viva, o lo rechazan... Imagina a un niño al que quisieran abortar pero se aferrase a la vida y llegase a nacer... ¿No le quedaría en el subconsciente esa sensación de que intentaron asesinarle...? ¿Por qué no pude sentir yo, a través de mi madre, que mi padre prefirió su uniforme y sus galones al hijo que había engendrado...?

—Es toda una teoría... —admitió el griego—. Una extraña y fascinante teoría. Pero, dime..., ¿basta esa teoría para que te decidas a dinamitar conmigo el Canal de Panamá...?

Antonio Arriaga, alias "Huascar", leyó con atención lo que publicaban las revistas y los diarios sobre el asalto de los comandos israelíes al aeropuerto de

Entebe. La liberación de los rehenes y la muerte de los terroristas le preocupaba.

No sentía personalmente las muertes. No simpatizaba con aquel grupo.

Habían colaborado en alguna ocasión, ya no. Siempre fueron unos ilusos.

Ahora, habían demostrado ser unos estúpidos.

La importancia de la acción de Entebe era otra. Era un precedente.

Por primera vez alguien había decidido pasar a la acción y había tenido éxito.

"Huascar" sabía lo que eso representaba. Cuando alguien tiene éxito en algo, nacen los imitadores. A la

primera ocasión, los egipcios se lanzarían al rescate. Aunque sólo fuera para demostrar que sus "comandos" estaban tan bien entrenados como los comandos judíos. Días más tarde, el ataque a los secuestradores del avión El Cairo-Luxor le daría la razón.

Eso podía convertirse en un problema. Un terrorista actúa casi siempre con medios muy precarios. Tiene que confiar mucho más en el efecto psicológico de su acto, que en su propia fuerza. Una simple bomba de mano o una pistola no bastan para hacer frente a un ejército. Si se perdía el efecto psicológico, los terroristas habrían perdido su mejor arma. En verdad, los que se habían dejado matar en Entebbe

sin provocar una auténtica masacre, eran unos imbéciles. Habían ocasionado un retraso de diez años a toda la actividad terrorista. La "Junta Coordinadora Revolucionaria" tendría que tomar medidas.

Cabían dos soluciones: Una, ponerse de acuerdo con otros grupos de la "Junta" y organizar un golpe demoledor que hiciera olvidar al enemigo toda esperanza de nuevos Entebes.

Otra, mantenerse en silencio, muy quietos, y aguardar los acontecimientos. Que fueran otros los que se arriesgasen en primer lugar.

Pero las dos fórmulas le desagradaban.

No quería asociarse con nadie. Los palestinos habían jurado matarle. El IRA estaba demasiado circunscrito al Ulster. La ETA aguardaba los acontecimientos tras la muerte del dictador. El FRELIMO había logrado su objetivo independista. La "Banda de los Alemanes" andaba a la deriva desde que a su jefe, Ulrike, la "habían suicidado" en la cárcel después de violarla.

Quedaba "Carlos", pero su foto andaba en todos los periódicos y televisores del mundo. Y nunca se había llevado bien con el venezolano.

Era preferible esperar.

Tenía dinero y tenía a Trina. Ordenaría a su gente que anduviera con los ojos y los oídos abiertos, y se iría a

descansar. Cuando algo comenzara a cocinarse en el ambiente, lo sabría. Siempre era el primero en enterarse. Sus contactos llegaban muy lejos. Antonio Arriaga empleaba en ello gran parte del dinero que ganaba en sus acciones. A él, particularmente, le bastaba con Trina y un rincón escondido en una playa. Trina era chilena, y su hermano el "último allendista". La foto de su hermano había dado la vuelta al mundo, de pie, junto al presidente protegiéndole a la puerta del Palacio de la Moneda.

Minutos después de esa foto, los tanques de Pinochet arrasaron con todo.

Allende y el hermano de Trina fueron asesinados juntos. Trina y su madre acabaron, como otros miles de

chilenos, en el Estadio. Allí presenciaron cómo un general le cortaba personalmente las manos a Víctor Jara, que había cantado a la Revolución.

Luego lo ametralló en las gradas, ante miles de testigos.

Los policías de Pinochet violaron a Trina y a su madre hasta que se cansaron. Cuando se cansaron, se divirtieron haciendo que las violaran perros amaestrados. A su madre, uno de esos perros amaestrados, un dogo, le quebró el cuello de una dentellada.

Los policías chilenos se divertían haciendo apuestas —cien a uno— a que alguna de las prisioneras quedaría embarazada de los perros. Desde entonces Trina no había vuelto a

pronunciar una palabra. Todo lo que tenía que decir, gritar o suplicar, lo había dicho, gritado o suplicado en las celdas. Ahora sólo le interesaba matar gente. Muchos no comprendían por qué mataba Trina. Pretendían enviarla a un siquiatra. "Huascar" comprendía a Trina y la alentaba.

Jamás había tenido a nadie tan útil a su lado. Su aire de colegiala asustada nunca levantaba sospechas.

Había algo en Trina que le recordaba a Blanca. Su enorme boca. Sus dientes grandes y muy blancos. Sus ojos castaños, o su cabello oscuro y rebelde.

Blanca continuaba obsesionando a "Huascar". Representaba todo lo que el

boliviano, hijo de minero, soñara y nunca consiguiera. Era la inteligencia, la belleza, el estilo. La "clase", inalcanzable para quien no ha tenido suerte de nacer con ella. Trina era como una triste reproducción, callada, de la brillantez de Blanca Lizarragoitia. En dos ocasiones "Huascar" había intuido que él podía significar, para Trina, la reencarnación de los perros de la cárcel.

Era, quizá, la posición en que prefería que la poseyera. O era, quizá, la forma en que lloraba en silencio, cuando la estaba poseyendo.

Trina había matado a media docena de hombres. Policías preferentemente.

También había participado en el atraco a un Banco, y había colaborado

en el atentado contra Jonathan Leiva.

Nunca supo de quién se trataba. Tampoco supo quién era el periodista contra el que disparó en un bar junto a la plaza Odeón. Trina no leía los periódicos, no los entendía. No conocía más que el español. Tampoco le interesaba aprender francés, pese a que llevaba dos años en París. Se pasaba la vida en el cine cuando "Huascar" no la necesitaba. El cine, aunque no entendiera el idioma, era su obsesión. Salía de uno y entraba en otro. A menudo veía la misma película cuatro veces seguidas. Todas las sesiones. Regresaba a casa con los ojos enrojecidos, y se acostaba con dolor de cabeza.

A "Huascar" esa estúpida obsesión por el cine le enfureció en un principio. Llegó a gritarle, insultarle, e incluso negarle el dinero para la entrada. Más tarde comprendió que era una forma de mantenerla dócil.

Mientras existieran cines en París, nunca se iría. Y no era fácil encontrar una compañera como Trina.

Arreglaba la casa, preparaba la comida, y se dejaba hacer el amor sin protestar. "Huascar", que había soportado a Alejandra Trenczek, más conocida por "Amalia", durante largos años, sabía apreciar el mutismo y la pasividad. "Amalia" era explosiva y nunca le perdonó su aventura con Blanca.

Constantemente se lo echaba en cara, y juraba que si lo repetía, le metería una carga de plástico bajo la cama.

"Amalia" era capaz de hacerlo. Trina llegó un día del cine antes de tiempo, y lo encontró con otra. Se apoyó en el quicio de la puerta, y los observó mientras terminaban. Luego, se fue a preparar la cena para tres. "Amalia" estuvo a punto de hacer estallar en vuelo un "DC-10" porque se imaginó que "Huascar" coqueteaba con la azafata. Fue el secuestro aéreo más accidentado y tragicómico en que Antonio Arriaga tomó parte jamás. Al conocer a Trina, comprendió que Alejandra Trenczek no la aceptaría jamás. Decidió, por tanto,

colocarle bajo la cama la carga de plástico que le reservaba. A ciertos miembros les disgustó la muerte de "Amalia". Costaba trabajo aceptar que alguien con tanta experiencia en explosivos hubiera cometido un error semejante.

Hubo protestas y un conato de indignación. Pero, desaparecida Alejandra Trenczek, Antonio Arriaga era el único que conocía el número de la cuenta del Banco suizo en que guardaban el dinero. Y siguió siendo el único. Nadie intentó nunca disputarle el liderazgo de la banda "Inca-Ananka".

A partir de la muerte de "Amalia, Huascar" empezó a interesarse más por lo que producía una acción terrorista

que por los fines de la acción. La lucha por la lucha le había decepcionado. Se consideraba por encima de cualquier ideología, de vuelta de todo. El "Che" Guevara fue el último puro por el que valió la pena jugarse la vida. Él ya se había arriesgado demasiado gratuitamente. De allí en adelante, el que quisiera algo tendría que pagarlo. Pero no se sentía mercenario. Mercenario era el que luchaba por dinero, sin importarle el bando.

"Huascar" elegía siempre el bando.

Pero exigía dinero. Era un experto.

Un "profesional", con treinta "profesionales" más a sus órdenes. Y eso no se improvisaba. Le costó mucho esfuerzo y mucha sangre mantenerse con

vida todos estos años. Tenía que valorarse. Como nadie iba a otorgarle una medalla, ni a cantar sus alabanzas en los periódicos, la única valoración factible era el dinero. Y cuanto más dinero, más gente conseguiría. Y mejor servicio ofrecería en nueva ocasión.

Era cosa sabida. En el ambiente, ni un alfiler caía al suelo sin que Antonio Arriaga se enterase. Era esa "sensación de poder en la sombra" lo que convertía a "Huascar" en un ser auténticamente peligroso.

Gaston Peris, alias "el Alfánje", y más conocido en Puerto-Banús y Marbella como "Fernando Fernández", "maitre" del "Pablo's", pasó la semana reflexionando sobre la proposición que

había recibido.

Su ánimo cambiaba, y tan pronto decidía aceptar, como rechazaba de plano la posibilidad de regresar a los días de la clandestinidad y el miedo, cuando su existencia era una constante angustia a la espera de la bala asesina, la bomba que le enviara al otro mundo, o la llamada de la Policía a la puerta.

Quince años le habían hecho olvidar, y se consideraba incapaz de revivir aquella época, pero, al mismo tiempo, se sorprendió atendiendo a los clientes con un ánimo diferente, como si en su fuero interno, algo le dijese que pronto dejaría de ser "maitre" y pasaría a convertirse nuevamente en el que se encontraba al otro lado de la mesa.

Si en aquella operación se manejaba tanto dinero como el desconocido pretendía, tal vez ganara lo suficiente como para establecerse por su cuenta, montar su propio restaurante y aplicar los conocimientos que obtuviera en aquellos quince años. No soñaba con recuperar su fábrica, o volver a la Química, pero, para los últimos años de su vida, un restaurante, allí, en la Costa del Sol, donde parecía que iba a permitirse oficialmente el juego y los casinos, resultaba más que suficiente.

—Lo que me preocupa es la cárcel... —se confesó—. Una aventura que pueda proporcionarme dinero, aunque me juegue la vida, no me importa.

Siempre es mejor que envejecer aquí, soportando imbéciles como el niño Farreras y acabar luego en una pensión de mala muerte... Pero la cárcel...

La cárcel me horroriza.

Quedaba el recurso de pegarse un tiro en el último momento sin dejarse apresar, pero abrigaba el convencimiento de que a la hora de la verdad, le faltaría valor.

La mañana del domingo se sorprendió a sí mismo admirando el "BMW", de Goyanes, y preguntándose cuánto podría costar un coche como aquél.

Hacía muchos años que no le preocupaban los precios de los automóviles caros, ya que nunca podría

comprarlos.

Pero ahora, sin pretenderlo, el Gaston Peris que fuera en una época, resucitaba con su gusto por las cosas buenas, con su orgullo, con su necesidad de disfrutar de la vida.

Cuando Goyanes bajó a almorzar, no pudo evitar la pregunta:

—¿Cuánto le costó el coche, don Manuel...?

—Un ojo de la cara, "Fernando"... —fue la amable y despreocupada respuesta—. Mi hija que residió en Canarias lo trajo aprovechando que aquello es puerto libre, pero al final ha costado más caro... Millón y pico.

¡Millón y pico! Veinte mil dólares. Lo que el desconocido le había puesto

en la mano sólo para hacerle comprender que había mucho dinero que ganar si aceptaba. ¡Millón y pico...!

Dos años de trabajo; de arrastrar la pierna lastimada; de inclinarse ante el niño Farreras; de recomendar una y otra vez los percebes, las langostas o los "very typical malagueños chanquetes con huevos fritos". Aún trató de fingirse a sí mismo un par de días; ofrecer una especie de resistencia intentando conservar su propia apariencia, pero la noche que sonó el teléfono y la cajera le indicó que era para él, sabía ya cuál sería su respuesta.

—Cien mil dólares, elegir mi propia gente y la seguridad de que no se va a matar a nadie...

La contraoferta le sorprendió:

—Doscientos mil dólares, la gente que quiera y la seguridad de que no se va a matar a nadie salvo accidente.

—De acuerdo.

Le pidieron nombres, y dio los que le constaba que podía hallar en condiciones de participar en un "comando" que implicara riesgos y pocas preguntas: tres antiguos miembros de la OAS; Marcel Fresonet, José Andrade y Dominique Cuyás. Y dos ex mercenarios que lucharon bien en Argel: Jean Yves Arthaud y Sacha Bonganovitch.

—No son más que cinco — protestaron al otro lado del hilo, y advirtió que el desconocido cuchicheaba

con alguien, mientras tras ellos se percibía la inconfundible llamada de los altavoces de un aeropuerto. Intentó averiguar de qué aeropuerto se trataba, pero la voz sonaba lejana y confusa.

—Buscaré otros... —prometió—.

Si hay dinero, la gente se encuentra...

La mayoría de los buenos están libres...

—Búsquelos. Enviaremos dinero e instrucciones sobre las condiciones que tienen que reunir... ¿Algo más?

—Un nombre... —pidió.

—¿Cómo dice...?

—Un nombre..., un seudónimo...

Algo por lo que yo pueda reconocerles...

—Entiendo..., un nombre de

guerra... —Al otro extremo del hilo rieron sumamente divertidos—. ¿Una especie de su "Alfanje"...?

—Más o menos... —replicó, molesto.

—¡De acuerdo...! —El desconocido se lo tomaba con humor sin duda alguna. Se hizo un corto silencio, como si meditara sobre su nombre, y al fin, dijo—: Si usted es "el Alfanje", yo seré "la Espada"... y mi amigo, como es más alto, "la Lanza"... ¿Le parece bien...?

—Me parece ridículo, pero qué más da...

Cinco minutos después, en el bar del aeropuerto de Orly, Gino repetía convencido: "El tipo tiene razón..."

"Espada" y "Lanza". ¡Es ridículo!"

—¿Qué querías que le dijera...? — protestó—. ¿Que me llamo Aristófanes Panatas y vivo en la Rue Racine, en París...? Fue lo primero que se me ocurrió..., y recuerda... Todo el que trabaja en actividades clandestinas tiene que tener un apodo... Es la primera regla del juego...

—¿Eso es para ti...? ¿Un juego?

Aristófanes respondió a su pregunta conduciéndole a un solitario chalet que había alquilado en los alrededores de Poissy, al otro lado del bosque de Saint-Germain-en-Laye. El salón principal aparecía ocupado por una gigantesca maqueta de las esclusas del Gatún, y las paredes tapizadas de planos, gráficos,

fotografías y un enorme mapa del Canal en su recorrido de océano a océano.

—¿Te parece un juego? —señaló —.

La maqueta la construí a escala basándome en datos oficiales y en fotografías... Te garantizo que no falta un detalle... Incluso funciona...

—¿Funciona...? —se extrañó Gino, echándose al suelo y comenzando a mover las compuertas—. ¿Cómo funciona...?

—Como el auténtico, naturalmente... —Fue la respuesta un poco seca, como si el griego se sintiera ofendido por la duda—. El agua, que está aquí arriba, en el lago, cae por conductos interiores hasta las esclusas

que se llenan... —Apretó un interruptor y sonrió previendo su asombro—. Las compuertas se abren por control remoto... Electrónicamente...

—¡Mierda, Ari...! —exclamó Gino—. ¡Eres un genio! —Le miró con admiración—. ¿Cómo puedes hacerlo...?

—Olvidas que estudié electrónica... —dijo—. Así es como pienso vencer al Canal... —Hizo un ademán mostrando la maqueta—. Tengo que conocer sus detalles; cada uno de ellos.

El sistema de esclusas es ingenioso para la época en que se construyó, pero creo que encontraré sus puntos flacos...

—En Panamá tuve la impresión de que lo sabías... Que tenías una idea...

Aristófanés se arrodilló junto a la maqueta, bajó una clavija y una serie de luces se encendieron en el pequeño tablero de mandos que estaba fabricado, sin duda, para manejar un tren a escala. En realidad, se advertía que muchos de los elementos de la maqueta habían sido aprovechados de uno de esos trenes en miniatura. Las locomotoras o "mulas" que arrastraban los barcos, no eran más que máquinas de juguete de las que podían adquirirse en cualquier tienda especializada.

Los barcos eran también maquetas desmontables, y todo el sistema de palancas que movían las compuertas estaba destinado, en su origen, a elevar puentes y cambiar vías.

—Tenía una idea —admitió—. Pero con el tiempo he ido modificándola, y aún no está a punto... Hay cosas, como el lago de Madden, que me preocupan.

—¿Qué lago es ése...?

Señaló un punto sobre uno de los mapas que colgaban de las paredes.

—¡Éste...! —puntualizó—.

Comunica con el Canal y sirve de reserva cuando el tráfico aumenta y el verano se prolonga... —Hizo una pausa y se le advertía pensativo—. Cuando vaciemos el lago Gatún, tendremos que neutralizar también este otro, aunque su capacidad sea, en realidad, muy pequeña...

Gino observó a su amigo un tanto

sorprendido. En realidad, le costaba admitir lo que acababa de decir y tardó en valorar el auténtico sentido de sus palabras. Cuando habló su voz sonaba un tanto alarmada:

—No entiendo bien, Ari... — protestó—. Estás hablando de cuando vaciemos el lago, y jamás se planteó la posibilidad de que tal cosa ocurriera.

El plan estriba en hacerles creer que podemos volar el Canal, aunque no estemos dispuestos, ni remotamente a intentarlo.

Aristófanes Panatas le miró como si en realidad no le escuchase y siguiera preocupado por el problema que representaba la presa y el lago de Madden. Al fin pareció volver a la

realidad y sonrió, quitando importancia a sus palabras.

—¡Naturalmente, Gino! —admitió

—.

Naturalmente que no vamos a intentarlo, pero eso no quiere decir que no tengamos que jugar todas las bazas. —Hizo una pausa—. Si existe un solo detalle que pasemos por alto, nuestro esfuerzo resultará inútil. Tienen que tomar conciencia de que conocemos perfectamente sus fuerzas, y si exigimos, es porque podemos...

—Pero eso es muy peligroso...

—Nunca he dicho que no lo sea, Gino... —aceptó el griego—. Si la CIA o cualquier organismo de Seguridad de los Estados Unidos sospechase lo que

planeamos, lo más probable es que optasen por eliminarnos en silencio, para evitar que se propagase la noticia de que el Canal de Panamá resulta vulnerable... —se le advertía extrañamente serio—. Estamos arriesgando la vida, Gino, y ya que lo hacemos, que valga la pena.

—Antes no hablabas así... —protestó el otro—. Estabas convencido de que no figuraríamos, ni correríamos riesgos... También estabas convencido de que no pasaría nada... Los americanos se limitarían a pagar, y en paz.

Aristófanes debió considerar que se había excedido, pero resultaba inútil volverse atrás e intentar engañar a Gino.

—De verdad creo que nunca nos descubrirán, Gino... —replicó, y su voz sonaba sincera—. Sería estúpido no admitir que existe el riesgo, pero el peor riesgo no es ése... —Apretó una serie de botones, y las compuertas comenzaron a abrirse y cerrarse como si se hubieran vuelto locas—. El peligro estribaría en que no quieran convencerse de que tenemos los triunfos en la mano, y nos obliguen a llegar demasiado lejos.

Gino contempló largamente la extraña habitación repleta de mapas y fotos, y presidida por aquella gigantesca maqueta que hubiera asombrado a un ladrón inoportuno. Agitó la cabeza apesadumbrado.

—Empiezo a creer que para ti ya

no hay nada que esté demasiado lejos, Ari... —dijo—. Te lo estás tomando muy en serio...

—¿Acaso quinientos millones de dólares no son algo serio? —protestó el griego.

—No; desde luego... —replicó de inmediato—. ¡Quinientos millones de dólares es una locura, como quiera que se mire...!

El negro Jackson no había manejado nunca un auto como aquél. Ni siquiera se había atrevido a soñar con ser propietario algún día de un auto seminuevo, con la tapicería impecable y los cuatro cauchos saliditos de fábrica, que se aferraban al asfalto mojado como las garras de un zopilote a la rama de un

árbol.

Ronald Clark había cumplido su palabra. Cada una de sus palabras.

En veinticuatro horas le tuvo el "Pontiac" en la puerta, y al día siguiente las placas de la Zona y la documentación en regla.

Para celebrarlo, los invitó esa tarde al club más exclusivo de la Ciudad de Balboa, al otro lado de las verjas.

El celoso portero, conocido del negro Jackson de las veces que llevaba hasta allá a algún oficial semiborracho, vio llegar el "Pontiac", distinguió al trío que se apeaba decidido a entrar, y se esfumó como si se lo hubiera tragado la tierra. Atravesaron un amplio recibidor de columnatas blancas, despertaron el

asombro de un "chombo" que sacaba brillo al suelo, y consiguieron que automáticamente un animado rumor de conversaciones se acallara cuando penetraron en el amplio bar que se abría sobre la piscina.

Buscaron una mesa vacía, bien visible, junto al gran ventanal y apenas se habían acomodado, un Mayor que se encontraba al otro extremo de la sala, se puso en pie y se dirigió con paso firme y gesto airado hacia ellos.

No avanzó mucho, no obstante, porque un Teniente saltó a su encuentro desde la barra, derramando incluso la cerveza que tenía en la mano. Le cortó el paso bruscamente, se inclinó y le murmuró, atropellándose, algo en el

oído.

El Mayor, que estaba ya a punto de gritarle, se detuvo en seco, vaciló desconcertado, y giró la vista a su alrededor, como solicitando ayuda de los presentes.

Pero los presentes no existían. Se diría que de pronto acababan de cobrar un subido interés por lo que estaban bebiendo, el cigarrillo que encendían, o las cartas que tenían en la mano.

Nadie se atrevió a devolver la mirada al Mayor, que acabó por girar sobre sus talones y regresar a su sitio.

Por unos instantes, el silencio fue tenso, cortante; tan absoluto, que el golpear de los hielos al caer en los vasos, cuando el camarero preparaba lo

que Ronald Clark había pedido, resonaba en la sala como el tañido de una campana.

Se rompió cuando una cuarentona que observaba impertinentemente a Paloma a no más de tres metros, comentó:

—Aquí huele mal...

El hombrecillo moreno y delgado, de ojos azules, casi blancos, se volvió a mirarla. La estudió de arriba abajo y señaló:

—Lo había notado, señora... Le ruego que vaya a lavarse...

La cuarentona lanzó un corto chillido, y las fichas cayeron de sus manos. Fue a decir algo; protestar con furia, pero su marido acudió presuroso

desde la mesa vecina, y la arrastró fuera de allí pese a sus protestas.

—¡Vámonos, vámonos, querida...!
—suplicó—. El coronel arreglará esto...

Pero no hubo coronel que lo arreglara. Ni general, ni aún el mismo Gobernador, que opinó que si Ronald Clark había sido capaz de saltar sobre cuatro presidentes y media docena de directores de la CIA, con mucha más razón podía saltar sobre un simple gobernador de zona, y no era cosa de buscarse líos.

—Ese hombre ha estado mezclado con todo lo más oscuro que ha ocurrido en el mundo en estos últimos veinte años... —Fue su comentario en privado, para sus íntimos—. Con la mitad de las

cosas que sabe, se podrían reescribir "El informe Warren", los "Papeles del Pentágono, El caso Watergate", y media docena de asuntos por el estilo... Y tiene más muertos en su conciencia que el Canal en sus orillas...

—Si es tan peligroso, ¿por qué nadie le ha quitado de en medio?

—Porque es muy listo... Y porque si muere violentamente, dejará en herencia sus memorias a "Der Spiegel"... No seré yo quien me enfrente a él... —señaló—. Y si quieren un buen consejo: déjenle en paz... —Hizo una corta pausa y luego enfatizó—: ¡Es más...! No quiero que le busquen las costillas... El que lo haga, se las verá conmigo...

—Pero es que va a todas partes con esa negra... —protestó su hija—. No está bien que nos humille de ese modo...

El gobernador era un hombre paciente, que amaba a su hija y trataba de comprenderla, pero era también un hombre práctico, que no había llegado al puesto que ocupaba por casualidad.

Encendió su cachimba, aspiró dos veces, y señaló acusadoramente a la muchacha con el extremo de la boquilla.

—Escucha, hija... —comenzó—. Nos pasamos la vida humillando a los negros, los mulatos, e incluso los blancos de este país... Lo hacemos porque somos más fuertes, y ellos se aguantan porque saben que somos más fuertes... Cuando se desmandan, les

pegamos tres palos o tres tiros...

Ése ha sido nuestro sistema, desde que llegamos aquí hace sesenta años...

Si de pronto aparece alguien que nos humilla porque es más fuerte, y lo sabemos, el único remedio que nos queda es aguantarnos, porque, al fin y al cabo, el juego lo inventamos nosotros...

—¡Me niego a admitir que ese tipo sea más poderoso que tú! —protestó ella—. Eres el gobernador de la Zona del Canal de Panamá. A una orden tuya, movilizas diez mil de los mejores hombres de nuestro Ejército...

—De acuerdo —admitió—. Pero tengo que tener una razón válida para dar esa orden, o al día siguiente me encierran por loco. Lo que no sé es lo

que puede hacer ese hombre, sin necesidad de rendir cuentas a nadie...

Durante años movilizó millones de hombres y de dólares en Tibet y Laos. A través del "Southern-Comand", en menos de veinticuatro horas puede provocar una guerra civil en cualquier país del Continente, y casi del mundo... Es quien manda en Fuerte Clayton realmente, y Fuerte Clayton, la Base Howard, el "Southern-Comand" y toda esa porquería de espionaje, contraespionaje y agitación, están afortunadamente, fuera de mi jurisdicción...

—Nunca lo habías dicho...

—No es de tu incumbencia... Ni de la mía. Hay cosas que es preferible ignorar para dormir con la conciencia

tranquila. Yo ya tengo bastantes problemas con Panamá... No quiero saber si fue Ronald el que organizó la caída de Allende, el asesinato de Trujillo, o la matanza de Angola...

Y no quiero saber adónde se dirigen los aviones que despegan de la Base Howard cargados de armas y mercenarios sin insignias ni banderas... Eso son cosas de la CIA, el Pentágono, o Kissinger... No más...

Fue así como el negro Jackson, "chombo", hijo del "chombo" Cat el "Siete Vidas" —el que soportó dos derrumbes en el Corte de Culebra, y cortó por veinte años el césped de los jardines de la Zona— se encontró de pronto circulando libremente por esa

misma zona en un "Pontiac" seminuevo, y visitando dos veces por semana a su hija, la negra Paloma, en la linda casita blanca y reluciente en la que la había establecido Ronald Clark, a tiro de piedra de Fuerte Clayton, casi al pie mismo de la esclusa de Miraflores.

El "gringo" resultó reconcentrado y duro, escurridizo y extraño, pero amaba a la chica a su manera, y le gustaba sentirla revolotear a su lado graciosa y rebosante de vida, llenando la casa con sus voces, sus risas y su alegría. Paloma era como un fuego de artificio, que chisporroteaba y no quemaba; que alborotaba y no hacía daño; que reventaba de pronto para convertirse de inmediato en una cascada de luces de

colores. Era apasionada y dulce, y sin ser bella, tenía frescura en la mirada, gracias en los gestos y atractivo en cada centímetro de su negra piel... Era algo lindo y frágil, algo que Ronald Clark no había conocido nunca y que estaba dispuesto a conservar le molestase a quien le molestase.

Habló de matrimonio pero ella se opuso.

—Esperemos un poco... —pidió— Esperemos un poco... La gente suele tener mucha prisa en casarse, y mucha más después en divorciarse... Hagamos un trato...: por cada día que esperemos para casarnos, esperaremos luego dos para divorciarnos...

Esas cosas agradaban al "gringo"

que pagaba dos pensiones a sus dos esposas, que andarían puteando con su dinero por cualquier rincón del mundo.

Fueron dos rubias reteñidas y malhumoradas, que nunca le dieron nada, salvo disgustos, le amargaron la existencia, y le exprimieron hasta el último centavo.

—No comprendo cómo pude casarme alguna vez con una "gringa" —comentó repitiendo el apelativo con que ella solía llamarle—. No entiendo cómo alguien puede casarse con ellas...

Paloma fue a protestar pero no lo hizo. Él era el hombre, su "hombre", y había que aceptar cuanto dijera, y acatarle en cuanto ordenara. Eso también agradaba al "gringo". Le

agradaba porque él, que había mandado sobre ejércitos, y había sido cerebro de olvidadas guerras lejanas, no logró nunca, sin embargo, que las brujas que tuvo por esposas le obedecieran ni respetaran. Millones de hombres temían el nombre de Ronald Clark, pero ellas se rieron de lo que significaba, y él no se molestó en explicárselo.

A Ronald Clark le pareció inútil tratar de despertar la admiración de sus mujeres, contándoles que en 1962, cuando el acuerdo de Ginebra prohibió la presencia de tropas extranjeras en Laos, recibió del mismísimo presidente Kennedy, la orden de crear una "Armada Secreta". Consiguió reclutar treinta y cinco mil hombres de la feroz tribu de

los "meos", auténtico ejército privado que hostigó al enemigo durante años. Tampoco quería confesar que había sido el virtual creador del imperio aéreo de la CIA, convirtiendo la antigua escuadrilla de los "Tigres Voladores" chinos, en empresas tan importantes como la "Air-America", la "Air-Asia", la "Southern-Air-Transport" y tantas y tantas otras que en la actualidad daban trabajo a más de dieciocho mil empleados, volando a todos los rincones del mundo y movilizando a millones de pasajeros ignorantes de que contribuían con su dinero al enriquecimiento de los Servicios de Inteligencia de los Estados Unidos.

También había sido Ronald Clark

uno de los cerebros organizadores del "Southern-Comand-of-Panamá" ofreciendo la brillante idea de que el Tercer Batallón de las Séptimas Fuerzas Especiales se estableciera en Fort Gulik, utilizando la jungla que rodeaba el Canal para entrenarse en lucha de supervivencia, y enfrentándose para ello a las más escogidas tropas del Ejército y la Marina.

El hombre que recibiera el visto bueno definitivo del "Instructor Jefe", sin rango militar, Ronald Clark, podía considerarse un auténtico "Superman", tras haber soportado las más difíciles pruebas a las que ser humano alguno pudiera enfrentarse en este mundo. Y Ronald Clark no acostumbraba a exigir

nada que él no hubiera realizado previamente.

Todo eso podía habérselo contado a sus ex esposas, y mil secretos más quedarían aún guardados en lo más profundo de su cerebro. Secretos que hubieran hecho estremecerse en su tumba a más de un muerto ilustre, y que obligaban a agitarse incómodo en su sillón a más de un vivo encumbrado.

Aquel "gringo" diminuto era de los que en verdad sabían quién mató a quién, y quién no había matado a nadie pese a todas las pruebas en su contra.

Era de los que lo sabían, pero era también de los que mantenían la boca cerrada, aunque ello le costase la admiración y el respeto de sus esposas.

Al fin y al cabo, tampoco estaba muy seguro de que contarle le hubiese servido de algo. El respeto por el hombre era algo innato; algo con lo que se nacía, como le nacía a Paloma.

No necesitaba explicaciones, ni hazañas, ni muertes, ni secretos. Era algo que aquellas dos zorras jamás habrían aprendido, aunque Ronald Clark hubiese ascendido a la mismísima Presidencia de los Estados Unidos.

A finales de setiembre, y bajo su falsa identidad de "Fernando Fernández", con pasaporte español y dinero en el bolsillo, Gaston Perès alquiló una amplia oficina con almacén sobre el puerto de Marsella, casi encima del restaurante "La Madelón" que servía

las mejores bullabesas de la Costa. Comenzó de inmediato a tomar contacto con sus ex compañeros de lucha de la OAS, muchos de los cuales se asombraron al reconocerle, pues le creían muerto.

El que sí había muerto el año antes en su enfrentamiento con la mafia corsa, era Dominique Cuyás, y Jean-Yves Arthaud acababa de desaparecer de la circulación a raíz del atraco a un Banco de Niza del que los ladrones sustrajeron por las alcantarillas casi cien millones de dólares. Arthaud había sido ingeniero zapador en la guerra de Indochina, especializado en hacer saltar a los "viets" por el procedimiento de cavar hasta colocarles una mina bajo el culo

en el puesto de mando.

Sacha Bongonovitch sospechaba, sin pruebas, que Jean-Yves tenía que haber participado también en el atentado que le costó la vida al vicepresidente español Carrero Blanco.

—Nadie como él era capaz de hacer saltar las cosas tan limpiamente...

Nadie como él, excepto tú, naturalmente, Gaston... Como "el Alfánje", ninguno...

Le costó trabajo hacerle comprender que no podían seguir siendo "el Alfánje, Cimitarra, el Monóculo", o cualquier otro nombre parecido. Allí, en Marsella, el recuerdo de las acciones de la OAS se mantenía caliente, y había muchos "pieds-noirs" para los que los

seudónimos resultaban todavía familiares.

Andrade y Bonganovitch aceptaron unírsele sin hacer preguntas en cuanto vieron que repartía dinero a manos llenas, pero Marcel Fresonet se había casado, esperaba un hijo y tenía un trabajo seguro. Renunció desde el primer momento, aunque les proporcionó un nombre útil; el de su primo, Bastien Fresonet, que acababa de regresar de la guerra civil de Angola, salvándose por los pelos de ser apresado, juzgado y ajusticiado junto a un grupo de mercenarios.

Bastien, probablemente el más bruto de todos los soldados de fortuna de la Historia, pero probablemente,

también, el más listo a la hora de salvar el pellejo, ni siquiera preguntó por el carácter de la misión, su peligrosidad, o el lugar del mundo en que se desarrollaría. Se limitó a embolsarse el dinero del avance, y dar el número de una casa de putas donde se le podía localizar lunes, miércoles y viernes a cualquier hora de la noche.

—Necesito más gente —recordó Gaston Peris—. Por lo menos seis...

—Tendremos que buscarlos en otra parte... —señaló inteligentemente José Andrade—. En Marsella, si nos juntamos más de tres del oficio, a la semana todo el mundo sabe que algo se cuece.

"El Alfánje" lo envió a Londres, y

a Sacha a París. Su misión no era tan sólo recolectar hombres, sino, sobre todo, buscar las armas, material y, muy especialmente, explosivos que —según indicaciones del llamado "Espada"— iban a necesitar en grandes cantidades.

Gaston Perís hubiera preferido preparar él mismo sus propios explosivos según fórmulas que siempre le dieron magníficos resultados, pero eso exigía muchísimo esfuerzo, tiempo, y, sobre todo, unas materias primas de las que carecía.

—¡Plástico...! —fue su orden tajante—. Y si es posible un cañón antitanque de gran calibre...

—¡Un cañón antitanque...! —se asombró Sacha—. El invierno pasado,

unos tipos robaron un Banco en Canadá con uno de esos cañones, pero no creo que se encuentren en los Supermercados...

—Hay que buscarlo... Mis noticias son que tenemos que volar una puerta de acero de treinta toneladas.

—Sólo deben existir dos puertas de esas características —aventuró Andrade—. La de Fort Knox, donde se guardan las reservas de oro de los Estados Unidos, y la del Banco de Johannesburgo donde se guardan las reservas de Sudáfrica... —sonrió sin demasiadas ganas—. ¿Hacemos apuestas...?

No hicieron apuestas. Al día siguiente cada cual salió hacia su

destino con un fajo de billetes en el bolsillo, iniciando las discretas gestiones que exigía contratar a media docena de mercenarios bien entrenados, decididos a todo, y poco propensos a hacer preguntas.

Encontrar la gente no resultaba difícil. Soldados de fortuna violentos y pendencieros, dispuestos a jugarse la vida por dinero existían desde los tiempos de las legiones romanas, y era cuestión, tan solo, de saber dónde había que reclutarlos.

Las guerras coloniales habían descendido en virulencia tras la década de esplendor que significaron los años sesenta en sus contiendas del Congo, Biafra y Argelia. Los nuevos tiempos no

ofrecían tantas oportunidades o, al menos, oportunidades tan apetitosas económicamente.

Angola había durado lo que un suspiro, y a la hora de la auténtica lucha, en lugar de encontrarse frente a negros atontolinados que no sabían de armas y de guerra, los mercenarios se habían tropezado con voluntarios cubanos, tan duros, o más, que el más duro de ellos.

Se presentaban algunas oportunidades con las falanges libanesas y quizá, de modo más concreto, con Rhodesia y Sudáfrica que tendrían que gastarse muchísimo dinero en contratar especialistas si querían mantener sus regímenes de "apartheid". Pero aún no se había iniciado la verdadera

"recolección" con destino al Cono Sur del Continente.

Por todo ello, encontrar profesionales no constituía problema. Lo difícil era hacerse con los mejores sin levantar sospechas ni dar explicaciones.

Las órdenes eran, además, un tanto extrañas. No se trataba únicamente de buscar gente decidida a jugarse la vida. Tenían que ser, en su mayor parte, tipos muy especiales, que supieran de cosas tan disparatadas como, por ejemplo, manejar una computadora electrónica.

La computadora la adquirió Aristófanes en Hamburgo sobre catálogo, pagándola por medio de giro telegráfico con nombre falso, y rogando que la enviaran a la dirección de un

edificio de oficinas donde, cuando la máquina llegó, no se encontraba, "por casualidad", más que una mujer de la limpieza.

Los técnicos la descargaron y prometieron volver al día siguiente a explicar su funcionamiento. Al día siguiente, sin embargo, el misterioso inquilino de la oficina, se había marchado llevándose su computadora ya pagada. Los técnicos se encogieron de hombros. El tipo tendría que ser muy listo para aprender a manejar por sí mismo la complicada máquina recién salida al mercado.

A solas en el sótano del chalet de los alrededores de Poissy, al lado del bosque de Saint-Germain-en-Laye,

Aristófanes tardó poco más de seis horas en desentrañar hasta su último secreto, no sin maravillarse de los increíbles adelantos que presentaba. Tuvo razón su maestro Henry Carme: unos años de ausencia le apartaban de toda posibilidad de regresar a la investigación. No obstante, frente a aquel modelo, se sentía capacitado para obtener lo que deseaba.

Durante más de una semana trabajó sin descanso, rodeado de destornilladores, cables, lámparas, condensadores, transistores, cintas perforadas y calculadoras de bolsillo a las que una y otra vez pedía datos, cotejándolos con los que iba obteniendo de la semidesmontada computadora.

De tanto en tanto Gino venía a visitarle y se extasiaba viéndole trabajar, permaneciendo horas enteras y observándole, y haciendo preguntas cuyas respuestas, la mayoría de las veces, le dejaban tan desconcertado o más que al principio.

—¿Cómo puedes saber todo eso...? —repetía una y otra vez—. ¿Cómo es posible que esos "sistemas binarios", o como quiera que les llames: un simple "sí" o "no" acabe por dar una respuesta tan compleja...?

Aristófanes desistió de hacérselo comprender:

—No quieras saber en tres días, lo que yo tardé años en aprender... —concluyó—. Ocúpate de la película y

déjame este asunto a mí.

—Estoy en tratos para rodar en Perú. Es lo más parecido a Chile...

Y Leiva adoraba Perú. Escribió cosas preciosas sobre Machu-Picchu y el lago Titicaca...

—¿Cuánto va a costar la broma...?

—Menos que esta aventura del Canal... ¿Sabes que vale más esa máquina que estás destripando, que todas las cámaras que necesitamos para el rodaje...?

—¿Alguna película ha dejado un beneficio limpio de quinientos millones de dólares...? —inquirió mordaz—.

Pues esta computadora los va a proporcionar...

—Aún no me has dicho para qué

las quieres...

—Lo sabrás a su tiempo, cuando esté seguro de que va a servir.

Gino la miró con asombro; con auténtico estupor. Los ojos se le agrandaron, y tartamudeó incrédulo:

—¿Cómo que cuando estés seguro...?

¿Quieres decir que hemos pagado trescientos veinte mil francos por un cacharro que a lo mejor no sirve...?

—¡Naturalmente que sirve...! — protestó Aristófanes indignado—. Si no consigo de él lo que pretendo, lo utilizaré en la editorial. Puede ahorrarme cincuenta empleados de Administración...

Volvieron al tema de la película.

Gino insistía en que Aristófanes acudiera a las reuniones que mantenía con Isabelle Barrington y en las que trabajaban sobre la vida de Jonathan Leiva cambiando impresiones sobre el enfoque que debían dar a su historia, pero el griego encontraba siempre una forma de evitar el encuentro.

—¿Qué ocurre...? —inquirió por último Gino, molesto—. ¿Le tienes miedo...? No va a violarte... Sé que le gustas... —añadió—. Se altera cada vez que hablo de ti, y le extraña que aún no hayas ido a visitarla, pero no creo que te salte al cuello... Es mucha mujer Isabelle...

—Ése es el problema... —admitió el griego—. Es mucha mujer. Me he

acostado con las mejores modelos del mundo y ninguna me ha durado más de dos meses... —dejó el destornillador que tenía en la mano, y se volvió a mirar directamente a su amigo como esperando su reacción—: Pero Isabelle es una mujer de la que podría enamorarme.

—¿Y qué? ¿No has estado enamorado nunca...?

—No.

La respuesta desconcertó a Gino, que no supo como encajarla. Antes de que pudiera decir nada, el griego se adelantó:

—¿Y tú...?

—No lo sé... —admitió—. Tal vez de Lucía, pero llegó el cine, y las

mujeres me cayeron encima atosigándome y haciéndome perder el sentido de la realidad... —Hizo una pausa—. No te puedes enamorar de alguien que sabes que no se está acostando contigo, sino con "El Hombre Más Bello del Mundo"... Tienes la impresión de ser una especie de figura de cera con la que se está...

—¿Masturbando...? —le interrumpió con intención.

—¡Sí está bien...! Masturbando... —sonrió con tristeza— ¿Conoces el cuento del tipo que le pregunta a otro: "¿Tú qué prefieres, hacer el amor, o masturbarte...? "¡Hombre!, yo, hacer el amor —le responde el otro—. Así, al menos, se conoce gente..." Pues a mí no

me pasa ni eso...

Siempre tengo la impresión de hacer el amor con mujeres a las que ni conozco, ni me conocen... No les interesa saber de mí... ¡Nada...! A menudo ni siquiera acostarse conmigo...

Únicamente contárselo a las amigas al día siguiente...

—¿Y no puedes ser tú el que se enamore de Isabelle...? —inquirió el griego con intención—. Ella es distinta.

—Yo nunca te haría eso... —replicó Gino con rapidez.

—¿Hacerme qué? —No reparó en la súbita palidez de Gino—. No me harías nada, porque nunca veo a Isabelle Barrington y está claro que no quiero verla... —Posó levemente la mano sobre

su antebrazo—. No tienes que sentirte obligado hacia mí... No me la estás quitando, puesto que yo no estoy luchando por ella...

—¿Y por qué no lo haces...? ¿Por respeto a Jonathan...?

—Es posible...

—¿Y crees que yo no debo sentir el mismo respeto?

—No lo sé, Gino... —confesó—. No soy quién para juzgar lo que debes hacer o dejar de hacer respecto a Isabelle. Por lo que a mí se refiere, no quiero confesar qué es lo que me atrae de ella, pero temo que el hechizo se rompa si me aproximo demasiado.

—¿Por qué habría de romperse...?

¿Por qué no podría convertirse en

realidad?

—Es imposible... —señaló convencido—. O no me acepta, con lo cual todo termina, o sí me acepta, con lo cual, mi imagen de ella quedaría destruida por la sombra de un paralítico.

—¿No estarás empleándola como disculpa...? —aventuró Gino.

—¿Qué clase de disculpa...?

—La de que estás enamorado de ella, para evitar así enamorarte de otra.

Aristófanes se entretenía en colocar con sumo cuidado cada tornillo y cada herramienta en su lugar, dando por terminado el trabajo del día, y demostrando con cada uno de sus gestos, la meticulosidad de una persona organizada en grado sumo. No alzó la

cabeza ni miró a Gino al replicar:

—No lo había pensado...

—Esas cosas suelen hacerse sin pensar. Inconscientemente. Tal vez te horroriza enamorarte de una modelo... Aun sin darte cuenta te repugna la idea de que las mujeres con las que te acuestas están demostrando en esos momentos lo que tienen, a millones de lectores.

—Te equivocas... —la voz de Aristófanes demostraba una absoluta naturalidad, como si no le importara lo que iba a confesar—. Ésa es una de las cosas que me excitan: Saber que estoy poseyendo a las que otros desean... Sin ese aliciente, tal vez no me acostaría con la mitad de ellas... —Cerró su caja de

herramientas dando por concluido el trabajo del día—.

Pero tal vez tengas razón... —admitió—. Tal vez debería vencer mis dudas y enfrentarme a Isabelle...

Aclararíamos algunos puntos... —Hizo una pausa y sonrió—. ¿Dónde y cuándo...?

—En el "Mare-Nostrum", el jueves, a las nueve... —replicó Gino con rapidez.

Aristófanés hizo un gesto de asentimiento.

—Allí estaré —prometió.

Sobre el 20 de octubre, Antonio Arriaga, alias "Huascar", recibió las primeras noticias. A la semana el rumor tomó cuerpo. Diez días después, no le

cupo duda.

Alguien preparaba un gran golpe, compraban armas y contrataban a los mejores especialistas. Alguien buscaba sobre todo explosivos. Una cantidad exagerada de los más potentes explosivos.

Y ese alguien tenía mucho dinero.

Y era nuevo. Y se conservaba en la sombra. Y ese alguien no pertenecía a la "Junta Coordinadora Revolucionaria".

A la "Junta" estaban adscritos, de un modo u otro, la mayoría de los grupos terroristas internacionales. Y el que no estuviera reconocido por la "Junta" era un intruso, o tal vez algo peor. Tal vez un fascista.

Estudió con detenimiento los

informes. Llegaban de Marsella, de Londres, de Amsterdam. Incluso de allí mismo, de París. Se ofrecían sumas astronómicas a los mejores. Objetivos secretos. Cabecillas secretos. Fecha del golpe secreta.

Demasiados secretos al gusto de "Huascar" que se preciaba de conocerlo todo acerca del mundo del terrorismo.

—Puede que no trate de terrorismo —señaló "Winston", que le había traído las noticias—. Puede que sea un asalto...

—Ese que recluta aquí, Sacha, no se mezcla en atracos. El de Londres, Andrade, el "pied-noir", tampoco. Y los tipos a los que contratan son mercenarios, no ladrones.

—¿Y los explosivos...? ¿Plástico

número uno...? ¿Y el cañón...? Buscan repetir el golpe de Canadá.

Pero "Huascar" no era de los que aceptaban las apariencias. Jamás confiaba en nadie. Gracias a ello seguía con vida. No dejaba un cabo suelto si podía atarlo. Por eso tomó una decisión.

—La cosa nació en Marsella. De allí vinieron esos dos. Toma dinero.

Vete a Marsella una semana. Entérate de algo, "Gitanes" te ayudará.

"Winston" obedeció y viajó a Marsella. Desde Londres, "Players" continuó enviando informes. El grupo iba en aumento. Los mejores aceptaban. Corría el dinero. El dinero llegaba de Marsella.

Discretamente, "Winston" movió

los cabos que "Gitanes" le indicó. Bastien Fresonet manejaba dinero. Se acostaba cada dos noches con tres putas. Prometía llevárselas para siempre en enero. En enero esperaba ser rico.

Dos veces le llamaron por teléfono.

Imposible averiguar quién. Bastien era primo de Marcel Fresonet, conocido miembro de la OAS. José Andrade también había sido de la OAS. Sacha Bonganovitch simpatizó en su día con la OAS. Alguien había visto juntos a Marcel Fresonet, Sacha y Andrade, un mes antes.

Existía una relación. Pero Bastien Fresonet no estaba en el ajo. No manejaba dinero. Seguía en su trabajo. Era un "varado".

—Bastien —ordenó "Huascar" por teléfono—. Que Bastien te cuente todo lo que sepa.

—Es un tipo duro.

—Tú conoces los medios.

—¿Y si levantamos la liebre...?

—¿Hay chulo en la casa de putas...?

—Naturalmente.

—Que cargue con el muerto.

Dos días después, Bastien Fresonet amaneció flotando en las aguas del viejo puerto. Desfigurado a golpes, le habían arrancado las uñas y le habían cortado los testículos. Las uñas y los testículos aparecieron en la mesilla de noche de un chulo de poca monta. El cuchillo escondido detrás de su armario. Los

periódicos organizaron un escándalo. Era un crimen horrendo y sin sentido. Una sucia puta de cien francos no merecía semejante homenaje.

Antonio Arriaga, alias "Huascar", recibió una llamada:

—El que manda es "el Alfanje".

"Huascar" no conocía a "el Alfanje". No era de su tiempo.

"Gitanes" le sacó de su ignorancia: "Alfanje" era un "lázaros". El último de los muchos "lázaros" de la OAS.

Había tardado nada menos que quince años en resucitar. Ahora hablaba español. Y manejaba plata. Mucha plata.

—Ha montado una oficina en el puerto, junto a "La Madelón". Come todos los días en "La Madelón".

Prepara algo grande. Nadie resucita por una tontería...

—¿Tiene teléfono...?

—Sí.

—Quiero saber todo lo que habla.

Me envías cada día las cintas y devuélveme a "Winston". Ya no lo necesitas.

Fue así como "Huascar" se enteró de la existencia de "Lanza" y de "Espada". Escuchó conversaciones por las que Gaston Peris, "el Alfánje", recibía instrucciones. Conoció los nombres de todos los componentes del comando. Supo la cantidad de armas reunidas. Y la calidad de los explosivos. Pero no averiguó la verdadera naturaleza de la Misión.

Comprendió que "el Alfanje" tampoco la sabía.

A solas, Antonio Arriaga estudió detenidamente cada detalle del plan.

Los sopesó uno por uno y llegó al convencimiento de que no merecía su atención. Quizá llegó a esa conclusión por impotencia. "Lanza" y "Espada" eran astutos. Nunca hablaban largo rato. Nunca desde el mismo lugar. Y como si temiesen algo, a menudo pedían a Peris que fuese a un teléfono público. Luego le ordenaron trasladarse a Génova. Antes de que "Huascar" tuviese tiempo de reaccionar, "el Alfanje" había levantado el campo.

En Génova la pista de Gaston Peris se perdió para siempre.

"Huascar" le dio vueltas al tema cuatro días. Al fin lo olvidó. Abrigaba el convencimiento de que los periodistas le aclararían el enigma.

Diez locos habían asaltado un Banco en alguna parte. Por la cantidad de explosivos que llevaban, muy bien podría ser la Banca suiza. "Espada" y "Lanza" eran listos. Después de cada asalto, la Policía busca asaltantes, nunca busca mercenarios.

Mentalmente, Antonio Arriaga, alias "Huascar", deseó suerte a "Espada" y "Lanza". Habían hecho bien las cosas hasta el momento. Y "Huascar" admiraba la eficacia. Dos tipos que no eran del oficio, demostraban astucia. Merecían reconocimiento. Y cualquier

Banco que desvalijaran sería siempre un Banco capitalista.

Toda acción violenta contra el capitalismo agradaba a "Huascar".

Decidió, por tanto, que había llegado la hora de tomarse unas vacaciones. Sacó a Trina de los cines y fueron a disfrutar del sol a las Islas Canarias.

Trina se enfurruñó en un principio.

En el sur de Lanzarote no había cines. No había más que desiertos de lava, y mucha pesca. Silencio y paz.

A los pocos días, el silencio de Trina encontró eco en el silencio de la isla. Subida en una roca, dejó pasar las horas contemplando el mar y pescando.

Las playas, y la silueta de

Fuerteventura, enfrente, la recordaron su niñez en Valparaíso. Comenzó a olvidar los cines.

A las nueve en punto del jueves 28 de octubre, Aristófanes Panatas descendió las cortas escalinatas del restaurante "Mare-Nostrum", que ocupaba el local del otrora famoso "Regine", en el que el griego había pasado largas horas durante las noches del máximo esplendor del famoso club. Le recibieron dos encantadoras señoritas en minifalda, y el gigantesco dogo del propietario, somnoliento y pacífico, pero capaz de arrancar una cabeza de un mordisco. Más que un perro parecía un caballo aburrido.

Le condujeron a la mejor y más

apartada de las mesas, reservada especialmente para "il signore Montalde", y saboreó despacio un "Martini" seco, tratando de analizar cuáles eran sus sentimientos ante la idea de enfrentarse a la mujer de la que creía estar enamorado.

Cuando se conocieron, Aristófanes aún no era nadie, mientras Jonathan Leiva se hallaba, sin embargo, en la cúspide de su gloria.

Isabelle regresaba en esos momentos de la más triunfal de todas sus giras y se la advertía rebosante de felicidad del brazo de un hombre mucho mayor que ella, pero para el que la edad física nada significaba. Isabelle Barrington no tenía ojos en el mundo

más que para Jonathan, ni oídos más que para sus palabras. Sonrió cortésmente al joven Panatas, le dedicó unos minutos de tiempo respondiendo a sus preguntas con destino a una revista cuya existencia ignoraba, y regresó junto a lo que era su vida: el hombretón afable, tripón, y sin pelo, cuya voz y cuyos ojos despertaban sin embargo en ella las más profundas emociones.

Cuatro años después, las cosas habían cambiado. Jonathan Leiva no era más que un cadáver viviente, aplastado por su propio peso en una cama, Isabelle Barrington no volvería a bailar nunca, y Aristófanes Panatas dirigía uno de los imperios editoriales más explosivos y arrolladores del Viejo Continente. Las

hordas fascistas chilenas habían arrasado las propiedades de Leiva, el Gobierno había confiscado sus bienes, e Isabelle Barrington pasaba apuros para sacar adelante su orfelinato.

Aristófanes no consintió que nadie más que él y Rudolf-Rudolf, asistieran a lo que para Isabelle debió constituir un trance amargo: posar desnuda para un trabajo por el que le pagarían lo suficiente como para mantener a sus "hijos" y a Leiva durante casi un año.

Más tarde se arrepintió de haber estado presente. Necesitaba hacerlo, porque era el único que podía decidir lo que quería en cada instante, pero aquellos días significaron una pesadilla por la fascinación que ejercía sobre él

la mujer que bailaba. Isabelle, con su pecho pequeño, con sus muslos de piedra, con su cabello muy corto y muy rizado enmarcándole la cara como a un efebo, se convertía, mientras bailaba, en la más perfecta imagen que hubiera existido nunca de la belleza: una belleza absolutamente asexual.

Aristófanes experimentó la necesidad de apoderarse de aquel cuerpo inaprehensible, no por poseerlo como poseyera a docenas de mujeres, sino por convertirse en dueño absoluto de un ser que danzaba como un pájaro libre que buscase, inconscientemente, un nuevo dueño.

De improviso, cuando más concentrada y feliz se sentía Isabelle

inmersa en su mundo de música y danza, se interrumpió lanzando un lamento. La herida del talón le molestaba, y el resto de la sesión debió limitarse a fingir las poses sin cargar el peso sobre el pie lastimado.

Fue como si el pájaro perdiera sus alas, cayera en su vuelo y ahogara su trino. El sudor dejó de correr por su rostro, sus pechos o sus muslos, para ir a morir a la mata de oscuro vello que estaba allí, desde el comienzo de los siglos, para detenerlo. Aristófanes hubiera deseado recorrer con la punta de la lengua el largo camino de cada una de aquellas gotas de sudor.

Por meses rememoró aquellas horas, y las charlas que tuvieron en los

descansos y durante las comidas de dos días inolvidables. Dos días de los que nació la serie de fotografías más hermosas que hubiera realizado en muchos años.

Existía una en especial; una que no quiso publicar ni mostrar a nadie, convertida en su máspreciado tesoro.

Aparecía en ella Isabelle casi de espaldas, vuelto el rostro hacia la cámara, iniciando un salto, brillantes los ojos, ansiosa la boca, como buscando aire, tenso cada uno de los músculos de su cuerpo, recta la pierna, y dibujados, como con pincel, los contornos de su cintura, sus muslos y sus prietas nalgas.

Qué se experimentaría al apoyar esas nalgas en los propios muslos,

sentirlas tan cerca y tan duras, y penetrarlas, le había obsesionado durante mucho tiempo, impulsándole a odiar a un pobre paralítico, sólo de imaginar cuántas veces habría disfrutado de semejante placer negado a cualquier otro.

En los años que vivieron juntos, Leiva tuvo que descubrir —quizá al verla bailar ante miles de personas aquella misma posición en que Rudolf-Rudolf la sorprendiera. Y si la había descubierto, le habría rogado que la repitiese para él; que le permitiese poseerla de aquel modo, volviendo de la misma forma el cuello, para mirarle, para ofrecerle también la boca en ese instante.

"Sodomía...", pero a Aristófanes no le importó jamás el término de una obsesión que lo mantuvo inquieto y despierto durante noches. Buscó entre sus amantes alguna que tuviera unas nalgas semejantes, pero todo lo que encontró fue sucedáneos, pues ninguna había sido bailarina y ninguna tenía al mismo tiempo el cuerpo, la boca, los ojos de Isabelle.

Y allí seguía ella esperándole desde la inmovilidad de una fotografía, promesa de un placer desconocido y nuevo, placer inalcanzable, pues al griego le constaba que la perfección y la belleza estática de aquel instante, jamás regresaría.

Los observó mientras descendían la

corta escalera y se detenían a contemplar las truchas del acuario iluminado. Se dijo a sí mismo que constituían la más hermosa pareja que pudiera concebirse. De espaldas a él, con un pie en un escalón más alto que el otro, y la atención puesta en los peces, el leve vestido de seda de Isabelle torneaba sus nalgas, recordando vagamente la foto, hasta que se volvió para sonreír al descubrirle allí, al fondo del comedor, mirándolos...

—La película puede ser un éxito — se dijo—. Se habrán reunido las dos criaturas más bellas del momento, y no habrá hombre o mujer que no desee contemplarlos.

Se puso en pie para recibirlos,

besó a Isabelle en la mejilla, estrechó la mano de Gino, y advirtió que se sentía nervioso como jamás lo estuviera en su vida. Como un muchacho ante su primera cita de amor.

Los primeros minutos se fueron en frases intrascendentes, mientras servían los aperitivos, ordenaban la cena, y observaban cómo una de las muchachas acudía a la pecera, a capturar con ayuda de una red la trucha que Gino había pedido. La mostró saltando en el fondo de un cubo de plata, y se la llevó en dirección a la cocina.

—Me remuerde la conciencia... Una cosa es comerse una trucha, y otra sentirse asesino...

Giró luego la conversación en

torno a la película, el director ideal, y los progresos de un guión difícil, pues se pretendían conjugar en él conceptos tan opuestos como la danza y la política; la poesía y el atentado terrorista; la vitalidad y alegría de veinte años, y la postración y el dolor de un hombre inválido.

—¿Cuál es, a tu juicio, el rasgo más importante de la personalidad de Jonathan...? —quiso saber Aristófanes, dirigiéndose directamente a Isabelle—. ¿El que debe prevalecer en la película...?

—La bondad —aseguró ella sin dudar—. Jonathan no vivía más que para el bien de los demás... Su amor a los niños, a la Naturaleza, a la poesía, son

una prueba... Si hubiera dedicado menos tiempo al orfelinato, y más a su trabajo, le habrían otorgado el Nobel y sería probablemente el escritor más vendido del momento...

—Pero bondad y poesía resultan difíciles de reflejar en una pantalla —señaló el griego—. No creo que nadie sepa con qué tipo de lente se fotografían... En cambio, la danza es distinta... —añadió—. Yo no entiendo mucho de cine, pero apoyaría la película sobre ti, sobre tu personaje...

Isabelle se mostró en total desacuerdo. No quería convertirse en protagonista de la historia de Jonathan Leiva, sino representar lo que había significado en la realidad: un capítulo

de esa vida.

—Recuerda que ni siquiera soy su esposa... —concluyó—. Rosalía vive aún... Y Jonathan admite que los primeros años fue feliz con ella...

—¿Por qué se separaron...? ¿Por ti?

—Hacía años que no vivían juntos... No podían tener hijos, y ella no se sintió capaz de ver cómo ese hueco se llenaba con niños desconocidos... No supo, o no quiso, compartir a Jonathan... Y a Jonathan no quedaba más remedio que compartirlo...

Con niños, con lectores o con admiradores que venían a escucharle...

—Hablas de él como si estuviera muerto —señaló Aristófanes.

Durante unos instantes Isabelle permaneció con la cabeza inclinada como si estuviese muy interesada en revolver la salsa con la punta del tenedor. Tardó en rehacerse, y cuando lo hizo, alzó el rostro y sus ojos brillaban más que de costumbre.

—Sí... —admitió con voz queda—.

Cada día me cuesta más admitir que Jonathan continúa vivo. Que se trata de la misma persona...

—Haces mal en sentirte culpable por ello... —Gino intervino por primera vez en mucho rato—. Y es la impresión que experimento cada vez que hablamos...

Los miró de frente como buscando una respuesta en cada uno de ellos a una

pregunta que sin duda la atormentaba:

—¿Cómo es posible... —quiso saber...que tras haber amado tanto a una persona, podamos seguir existiendo cuando enferma...? Advertir cómo mi vida se rehace, pese a que él está allí presente aún cada minuto del día y de la noche, me horroriza...

—Probablemente... —señaló Aristófanes—. Porque pese a que te niegas a admitirlo, ya ese hombre no tiene nada que ver con el Jonathan que tú amabas... El verdadero Jonathan murió...

—No creo que puedan existir un Jonathan auténtico y otro falso; uno sano y otro enfermo... Son el mismo, pese a todas las bombas de este mundo...

—No. —El convencimiento de

Aristófanes parecía sincero—. El ser humano está hecho de tal modo, que cuando la persona amada enferma para siempre, sus sentimientos tienden a cambiar. De otra forma el dolor resultaría insoportable... El deseo se convierte en ternura, el amor en necesidad de proteger, la posesión en entrega... Pero, en el fondo, la mayoría de las veces, nuestra necesidad de amar, de desear, de poseer, se conserva intacta, aislada, "enquistada", a la espera de encontrar una nueva tierra, sana, en la que florecer...

—¿Tan insensibles podemos llegar a ser...?

—Tan humanos Isabelle... No te confundas... La grandeza, está luego, en

que seas capaz de luchar durante años por mantenerte fiel a un sentimiento muerto...

—Me niego a admitir que ese sentimiento haya muerto...

Aristófanes no respondió y durante largo rato comieron en silencio. Un silencio pesado, molesto, casi indestructible. Al fin, Gino dejó el cubierto sobre el plato, impaciente:

—¡Vamos! —protestó—. Ya está bien de cháchara pseudofilosófica... No hemos venido aquí para eso... Os he traído para ver si entre los tres reunimos el coraje suficiente como para reconocer que respetamos a Jonathan, pero no somos responsables de lo que le ocurrió... —Hizo una pausa, y tomó la

mano de cada uno de ellos, como si quisiera unirlos—. La vida sigue, y tenéis derecho a ella, con Jonathan o sin él...

Isabelle se envaró y se diría que cada músculo de su cuerpo se tensaba visiblemente sorprendida. Aristófanes, por su parte, no supo qué decir ni hacia dónde mirar, porque tampoco esperaba la reacción de su amigo.

—No comprendo —protestó Isabelle.

—Está muy claro... —insistió Gino—. Os conozco a los dos, y os quiero a los dos... Sé que Ari está enamorado de ti desde hace tiempo, y creo saber, también, que a ti no te resulta indiferente... Admiro vuestro sentido de

la lealtad, pero opino que habéis ido demasiado lejos.

Se puso en pie, besó a Isabelle en la frente, y se dirigió a la puerta sin darles tiempo a reaccionar.

—Te dejo que me invites a cenar —fue todo lo que dijo como despedida —.

¡Suerte...!

Tampoco él reaccionó ante sus propias palabras, hasta que se encontró a la altura del "Hotel Claridge", tratando de abrirse paso entre la manada de turistas de todas las nacionalidades que aguardaban su turno para asistir al espectáculo del "Lido". Sentía una especie de nudo en la garganta; una opresión como no había experimentado

jamás hasta aquel momento, la íntima convicción de que acababa de realizar el mayor sacrificio de su vida, y había renunciado a algo que deseaba para sí.

Súbitamente, cuando se encontraba solo frente al Arco de Triunfo, Gino Montalde cayó en la cuenta de que no era a Isabelle Barrington a quien acababa de renunciar, y una helada corriente de terror le recorrió la espalda.

Cuando la figura de Gino Montalde "El Hombre Más Bello del Mundo", desapareció en lo alto de la escalinata, Isabelle y Aristófanes permanecieron largo rato en silencio, embarazados por una situación en la que se sentían incómodos, y casi traicionados.

Había ocurrido lo que inconscientemente imaginaban que sucedería, pero, ninguno de los dos pudo siquiera sospechar que llegara de ese modo. Por alguna secreta razón, que tan sólo él conocía, Gino decidió plantear con claridad algo que ambos hubieran preferido conservar durante cierto tiempo en secreto.

—Tengo la impresión de que ha tratado de prepararnos una encerrona —comentó al fin Aristófanes—. Te juro que no sabía nada...

—Lo imagino...

—De haberlo sospechado, no hubiera venido...

—¿Tanto te molesta...?

—Por ti, más que por mí... Debes

sentirte incómoda.

—Lo estoy, desde luego. Pero ya no tiene remedio. Ni te culpo, ni le culpo a él. —Hizo una pausa—. Hay algo que me duele profundamente...: que la historia de la película no haya sido más que un truco para llegar a esto...

—Resultaría muy sórdido, ¿no crees? —señaló Aristófanes—. Convertirlo en una aventura de señor que quiere acostarse con una actriz y produce una película... Elegir la historia de Jonathan constituiría el colmo del mal gusto... No me crees capaz de eso, ¿verdad?

—No —trató de sonreír para tranquilizarse—. No te creo capaz de eso... Pero Gino tal vez ha sido capaz

sin darse cuenta.

—Gino sueña con interpretar ese papel —le tranquilizó—. Para él no ha existido nunca una película más importante, y me consta que va a arriesgar en ella hasta su último dólar... —Buscó su encendedor, prendió luego fuego a un largo habano "Romeo y Julieta" y tardó en hacer una pregunta que le quemaba la lengua, e inquietaba y verdaderamente temía—.

¿No estará enamorado de ti...? —quiso saber.

—¿Gino...? —se sorprendió ella —.

No. Desde luego.

—¿Por qué tan segura...?

—Las mujeres presentimos esas

cosas... Es algo que está en el aire, y se respira... Gino me apreciaba, pero nada más. Incluso si él creyera estar enamorado, se equivocaría. No es, quizá, más que admiración... En estos días hemos hablado sobre poesía, música y danza... Se siente impresionado porque no tuvo medios de aprender... —Hizo una pausa—. Gino es uno de esos hombres capaces de admirar y respetar a quienes juzga superiores.

A ti, por ejemplo, te considera una especie de genio; un semidiós que todo lo sabe, con una inteligencia deslumbrante...

—Es que soy un genio... —trató de bromear porque se sentía desazonado, inquieto como no lo estuviera jamás—.

Nunca imaginé que Gino tuviera ese concepto de mí...

—Pues lo tiene... Constantemente habla de ti... De tu talento, de tu imaginación, de que eres un portento de la electrónica y los negocios... —sonrió levemente—. Empiezo a creer que era una campaña publicitaria.

¿Siempre os ayudáis así con las mujeres...?

Le sorprendió no obtener respuesta, Aristófanes había quedado absorto, como si se encontrara muy lejos del "Mare-Nostrum" y de ella misma.

Incluso había dejado de fumar, y la ceniza del habano crecía peligrosamente, amenazando caer y ensuciar su impecable camisa. Un tanto

desconcertada extendió la mano, tomó el cigarro y lo colocó cuidadosamente en el cenicero. Eso hizo que el griego reaccionase, volviendo a la realidad como si acabara de salir de un sueño.

—¡Perdona...! —suplicó—.

Perdona... Algo me vino a la mente...

—Me he dado cuenta... ¿Algún problema...?

—No. En absoluto... Agradece saber que tienes buenos amigos... No abundan —señaló—. Me adulan, me odian, o me temen... Pero amigos... —agitó negativamente la cabeza, con pesar—.

Gino debe ser el único —extendió la mano, tomó el habano, descargó la ceniza, y dio una larga fumada—. Dejemos eso... —rogó—. Olvidemos a

Gino, y hablemos de ti...

—¿De mí?

—De nosotros... —señaló hacia la puerta—. Lo que dijo es cierto, y resulta estúpido tratar de ignorarlo.

Le dije que creía estar enamorado de ti...

—Una cosa es creer y otra cosa, estar...

—En efecto —admitió—. Son cosas distintas. Pero no puedo saber si estoy enamorado... Nunca lo estuve y tampoco quise plantearme el problema mientras existiera Jonathan...

—Aún existe...

—No estoy seguro... —replicó—.

Que se mantenga vivo y respire, no quiere decir nada... Para ti no es el

mismo.

Isabelle hubiera deseado poder responder que sí, pero comprendió que sería inútil tratar de engañarse.

Recordó las horas que pasaba en el baño intentando vencer su repugnancia, y los esfuerzos que se exigía cuando Jonathan la tocaba y la buscaba íntimamente. Hablaron de ello y muchas otras cosas, pero sobre todo, de sí mismos y de los días que pasaron juntos, a solas en el estudio. Por último se confesaron, sin pudor alguno, la impresión mutua que aquel trabajo en común les produjo.

Aristófanes mencionó una foto que jamás había mostrado a nadie y que guardaba como un tesoro oculto y

exclusivo, e Isabelle exigió verla.

Subieron al quinto piso de la redacción de "Estrellas" y allí, en aquel despacho, contemplados por ocho mujeres desnudas, bebieron champaña, escucharon música, admiraron juntos la fotografía, e hicieron el amor sobre la clara alfombra.

Hicieron el amor hasta agotarse.

Hasta que comenzó a nacer la luz sobre las cúpulas de San Sulpicio.

Hasta que ella se quedó dormida, vencida y satisfecha, mientras Aristófanes la contemplaba desde el gran ventanal, y contemplaba el París que nacía, con una indefinible sensación de frustración en el alma.

Lo atribuyó a la atracción que

sobre él ejercía la foto que aparecía a su lado, junto a la pata de la mesa.

Era aquella posición la que él había soñado; la que él había deseado, pero no se atrevió a pedírsela. No había tenido coraje para mirarle a los ojos la primera noche que pasaban juntos, y rogarle: "¡Baila, cánsate, suda, y repite para mí esta posición, que lo que deseo es sodomizarte...!" Isabelle Barrington no hubiera aceptado. Cualquiera de las ocho que le miraban desde las paredes sí, y de hecho la mayoría consintieron en ello.

Pero Isabelle no, y mientras no ocurriese, para él continuaría siendo sexualmente una mujer como las otras, no la Isabelle de la foto; la que

eternamente le ofrecía, únicamente a él, sus desnudas nalgas prietas, musculosas, brillantes de sudor, y obsesionantes...

Viendo cómo el sol ascendía sobre los tejados de la ciudad; escuchando cómo las calles comenzaban a cobrar vida, pensó en Gino, y en que tenía que sentirse agradecido por aquella noche de amor que le había proporcionado.

Pero descubrió que no se sentía agradecido. Descubrió que era, más bien, un sordo rencor que le invadía; rencor, quizá, por haberle privado de su sueño de siempre y su escondida ilusión de considerarse secretamente enamorado de Isabelle Barrington.

Aquel amanecer, Isabelle había dejado de ser un mito. Se había

convertido en una mujer que hacía el amor igual que cualquier otra; que suspiraba en los mismos momentos, que intentaba ahogar sus gritos de idéntica manera, y que se negaba, además, a que la besara íntimamente.

—Es lo único que él hace... —repitió una y otra vez—. Eso es lo único que él hace... ¡Ven dentro, por favor...! —suplicó—. ¡Necesito tanto sentirte dentro...!

Pero no era así como Aristófanes deseaba hacerlo.

Pensó en Gino.

Luego se volvió a contemplar una vez más a la mujer que dormía sobre la alfombra desnuda y entregada. Era como una fotografía entre tantas fotografías de

modelos desnudas. Más lánguida, más ojerosa y menos provocativa. Despintada y ligeramente corrido el rímel, con menos busto, y sin un inteligente juego de luces y sombras que destacase cada detalle de su figura.

Pensó en Gino y de nuevo sintió por él un rencor indescriptible que por un momento se transformó en una sensación casi palpable que revoloteó a su alrededor. Estuvo a punto de apresarla, como un nombre que quisiera recordar y no pudiese; como un rostro conocido que escapase entre nieblas; como una idea que no acaba de formarse en la mente; como algo que pugna por nacer, y nunca nace.

Gaston Perès distribuyó su gente

por los alrededores de Génova, procurando que no mantuvieran contactos entre sí, y se conocieran lo menos posible. La muerte de Bastien Fresonet a manos de un chulo, no acababa de convencerle, y había dedicado los últimos días de su estancia en Marsella a realizar discretas averiguaciones en torno a un crimen que se le antojaba poco claro. Según los que lo vieron salir del agua, el cadáver de Fresonet tenía más el aspecto de haber sido sometido a tortura, que las mutilaciones lógicas en un crimen pasional, por sádico que resultara el asesino.

Le intrigaba, por otra parte, la oportunidad de la llamada anónima que

colocara la Policía sobre la pista del criminal, un desgraciado que acabaría en la guillotina sin enterarse de qué era lo que en realidad ocurría.

"El Alfanje" había asistido a muchos interrogatorios en sus tiempos de OAS. Sabía por experiencia que la capacidad de soportar la tortura de un hombre tiene un límite. Casi siempre acaba confesando lo que sabe, en especial si lo que confiesa no significa para él algo muy especial. Y Gaston Perís tenía que admitir que ni él, ni su proyecto, eran nada especial para Fresonet. Si alguien se había interesado por sus actividades, podía jugarse el cuello a que el mercenario había cantado de plano.

Pocos días después, le pareció percibir un "clic" poco lógico en su teléfono, y tuvo la desagradable sensación de encontrarse vigilado. Recordó los olvidados tiempos de clandestinidad y terrorismo y se preguntó si se trataría de argelinos del FLN que aún no le habían perdonado su pasado; los Servicios Secretos franceses que trataban de echarle el guante tantos años después, o alguien relacionado con el "negocio" que estaba organizando.

Con respecto al tal "negocio", "Fernando Fernández", o Peris, o "el Alfánje" no conseguía formarse un criterio definitivo, pese a que pasaba horas pretendiendo encontrar una respuesta a infinitas preguntas.

Una cosa admitía: el que manejaba aquello, el tal "Espada", era en verdad brillante. Sabía lo que quería, no daba un paso en falso, y estaba logrando su objetivo de organizar lo que quiera que estuviera organizando, sin asomar la nariz, ni proporcionar la menor pista que pudiera conducir hasta él. Actuando de idéntica manera en varios lugares, y manejando el dinero con tanta esplendidez, el tal "Espada" estaría en condiciones de conquistar un país a base de lanzar sobre él, al unísono, varios pequeños grupos que se hubieran reclutado aisladamente. Por un par de días, sospechó que tal vez fuera ése el objetivo final, y su "comando" no constituyera más que una pequeña pieza

en el engranaje. Pero, a medida que las órdenes fueron llegando, y concretándose la especialidad que debía tener cada miembro del grupo, comprendió que serían los únicos, aunque maldito si adivinaba para qué los querían.

"Un capitán de barco; un maquinista; un radiotelegrafista; un programador de computadoras; dos expertos en demoliciones; y seis hombres de acción capaces de manejar un avión, un helicóptero, un auto, una moto o una lancha rápida..." Esa gente existía. Peris sabía que existían, y que solían hacer preguntas sobre su misión. Por fortuna, la mejor respuesta a esas preguntas era siempre dinero, y el

dinero llegaba en cuanto lo pedía. Un Banco suizo efectuaba la transferencia sin proporcionar nombres. Probablemente, ni el mismo Banco sabía a quién pertenecía el dinero que estaba manejando.

Sacha Bonganovitch se había traído de París a Jan-Van-Jan, de nombre a todas luces falso, pero con auténticos conocimientos en el campo de la electrónica y las computadoras, y a dos hermanos yugoslavos: Igor y Sergio Jarcovich que se ganaban la vida como guardaespaldas de gente importante del gran mundo. La Interpol sospechaba que tenían mucho que ver con las escandalosas muertes de otros dos guardaespaldas de su misma

nacionalidad, pero nada se pudo demostrar.

En Londres, Andrade encontró a dos ingleses veteranos de Biafra y Katanga, que llevaban tiempo en las prospecciones petrolíferas del mar del Norte. No parecían felices sumergiéndose diariamente en un mar helado y revuelto, a conectar tubos o buscar muestras de suelos. También había fichado a un dominicano, Héctor Arias, que jugara un papel muy importante en su país durante la revolución del coronel Caamaño en la primavera de 1964. El cuarto miembro de la expedición londinense, se convertía por derecho propio en el elemento más "exótico" del conjunto,

pues se trataba de un negro gigantesco con la cara marcada por cicatrices tribales. Estaba considerado como uno de los mejores "pisteros" de África Central, capaz de seguirle las huellas a un elefante a través de selvas, pantanos y desiertos. Gaston Perès dudaba mucho que fueran a encontrar elefantes en la aventura, pero Andrade le convenció con el argumento de que Dongoro era uno de los mejores tiradores que existían en aquellos momentos.

El resto del grupo lo formarían el capitán Fonseca, reputado contrabandista mallorquín, capaz de conducir cualquier cosa que flotase a cualquier parte; y Razmán, un maquinista turco; el único que aún no se había

sumado al grupo, pues había resultado laborioso localizarle en Estambul.

Por indicaciones muy concretas de "Espada", Peris se había abstenido de contratar norteamericanos, lo cual le hizo reflexionar largamente sin llegar a ninguna conclusión.

Ahora, oculto en un pequeño apartamento de Génova, con las armas y los explosivos encerrados en una camioneta, encerrada a su vez en un garaje, y sus "hombres" aguardando órdenes, Gaston Peris se sentía más tranquilo de lo que estuviera durante los últimos días de estancia en Marsella, libre de la incómoda sensación de sentirse espiado.

Marsella era un puerto peligroso

para él, y lo sabía. Si alguien se había interesado por sus actividades, intentando sonsacar a Bastien, ese alguien no podía estar en absoluto ligado con "Lanza" o "Espada" sino con los de abajo. "El Alfanje" sabía que en el ambiente de la delincuencia organizada, su despliegue de fuerzas y dinero no podía pasar inadvertido.

Resultaba hasta cierto punto lógico que alguien tratara de averiguar si resultaba factible beneficiarse del esfuerzo ajeno. Existía también la posibilidad de que la mafia corsa se mostrara celosa de que un advenedizo, un "Lázaro" con el que ya nadie contaba, tratara de organizar algo sonado. Y nunca le gustaron los corsos.

Cursos fueron, en gran número, los tristemente famosos "barbouzes", la organización parapolicial francesa encargada de desmontar el mecanismo de la OAS sin reparar en medios, ni en vidas. Y recordaba que había sido él quien preparó el "artefacto infernal" que provocó la masacre de "barbouzes" de El-Biar, en Argel, en enero de 1972. Los sobrevivientes de aquella masacre no debían conservar muy buen recuerdo de "el Alfánje", y si averiguaban que seguía con vida, querrían devolverle el regalo pese a los quince años transcurridos.

Ahora, allí, en Génova, no tenía nada que temer. Pero, prudente por naturaleza, y consciente de que aquélla era la oportunidad de rehacer su vida, se

mantenía oculto la mayor parte del tiempo, sin apenas contactos con el exterior, evitando todo cuanto pusiera en peligro su misión.

Había logrado adquirir, por un precio irrisorio, un viejo "bou" de pesca, vendido en pública subasta por las autoridades, tras varios años de castigo por contrabando. Aunque le constaba que se encontraba fichado por todas las patrulleras del Mediterráneo, "Espada" le había asegurado que, probablemente, no lo necesitaría más que un día. Desde la ventana de su habitación, Gaston podía verlo, atracado en el puerto de pescadores, listo para hacerse a la mar en cuanto llegara una orden. No quedaba por tanto más que

esperar, y esa espera la dedicó a leer y recapacitar.

En la camioneta guardaba explosivos suficientes como para volar un barrio de Génova, pero lo único que le permitía dormir tranquilo era la seguridad de que aquel tipo de explosivos no estallaría ni por el fuego, ni por los golpes, ni por ningún medio que no fuese los detonadores, "muy especiales", que guardaba en un maletín bajo la cama.

Gino había huido a Nápoles. En un principio, él mismo se negó a aceptar que se tratase de una huida, pero a solas en el avión, contemplando el mar bajo él, admitió que se iba con la disculpa de que Aristófanes le había encargado

buscar un barco.

Sabía cómo encontrar ese barco en Nápoles. De hecho era el único puerto en el que se sentía capaz de dar con él sin que su nombre apareciese.

Y Nápoles era el lugar más alejado al que se le ocurrió escapar cuanto frente al Arco de Triunfo descubrió la auténtica razón que tuvo para secundar al griego en su absurdo proyecto de atentar contra el Canal de Panamá.

No aceptó la idea de perderlo, ni aceptó ser indigno de la amistad y confianza que depositaba en él Aristófanes, haciéndole único partícipe de un secreto que podía costarle la vida.

Gino no supo nunca exactamente por qué Aristófanes actuó de ese modo,

pero tenía ahora clara conciencia de que lo que él creyó una reacción de pura amistad por parte suya, no era simple amistad.

Salió del restaurante porque comprendió que uno de los tres sobraba y decidió sacrificarse. Luego, por unos minutos, tuvo la sensación de que quien sobraba era Aristófanes, y él quien debía haberse quedado con Isabelle, pero al fin, súbitamente, descubrió que quien sobraba era ella.

En esos momentos, Isabelle se le antojó una intrusa. No participaba del "gran secreto", ni se arriesgaba en la fabulosa aventura de hacer volar el Canal de Panamá. La consideró de improviso una ridícula mujer demasiado

débil, histérica porque su amante no podía hacerle el amor.

Durante más de quinientos metros, desde la puerta del "Lido" hasta la esquina de la rue Balzac, aceptó sus celos como los celos del amigo al que han dejado solo, relegándolo por culpa de una fulandanga.

Pero cuando llegó frente al Arco de Triunfo y se dio cuenta de que no se encaminaba a parte alguna, y tan sólo intentaba alejarse del "Mare-Nostrum", la realidad de que esos celos eran mucho más profundos de lo que quería aceptar, estuvo a punto de conseguir que las lágrimas asomaran a sus ojos.

Amaba a Aristófanes. Él, Gino Montalde, "El Hombre Más Bello del

Mundo", que enloquecía a las mujeres e hizo con ellas lo que quiso desde los quince años, amaba, aún no sabía cómo, a su compañero de infinitas juergas; de cien borracheras; de orgías sin cuento en las que se habían acostado hasta con seis mujeres al mismo tiempo.

Docenas de veces lo vio desnudo, y nunca sintió nada. Lo sorprendió haciendo el amor, y todo cuanto se le ocurrió fue bañarlo con champaña, o meterle, una vez, un ratón en la cama.

Paseó durante horas por un París ya vacío, buscando ser sincero consigo mismo aunque le hiciera daño, y creyó haberlo conseguido. En todos aquellos años no recordaba ni una sola ocasión en que pasara por su mente la idea de

mantener cualquier clase de relación con Aristófanes. De hecho, tan sólo pensarlo, imaginar que pudiera suceder, le enfermaba.

Y sin embargo, allí seguía, agarrada a su estómago, aquella impresión de amor y celos, y se espantó de sí mismo al descubrirse ya de madrugada, espiando la iluminada ventana de un quinto piso de la rue Racine.

Regresó a su casa, guardó lo más imprescindible en una maleta, y escapó al aeropuerto, donde esperó impaciente la salida del primer avión para Roma.

Necesitaba un barco. Buscarlo le evitaría enfrentarse con Aristófanes aquel mismo día y le permitiría pensar a

solas y tratar de analizar sus sentimientos. Nunca, en toda su vida, albergó dudas respecto a sus inclinaciones sexuales. Las "atenciones" de las amigas de su madre, le libraron incluso de las dificultades que atraviesan a menudo los adolescentes, a la búsqueda de su auténtica definición sexual. A los quince años estaba considerado un joven aprendiz de "gigoló" en el país de los "gigolós", y aceptó que ése era su camino con absoluta naturalidad.

Ahora, veinte años más tarde, y convertido en símbolo erótico, le asaltaban las dudas que no tuvo en su tiempo. Quería al griego. Para él fue siempre la única persona en la que pudo

confiar, y que le abrió un mundo de cultura e ideas que parecía cerrado para él. Aristófanes era lo que hubiese querido ser en lugar de "El Hombre Más Bello del Mundo". Inteligente, culto, avisado, simpático, vividor, despreocupado y generoso.

Era todo un "tipo" que no necesitaba la fachada de un metro noventa, unos ojos azules ni un rostro repetido en millones de carteles para convertirse de inmediato en el centro de atención de todas las reuniones.

Para Gino Montalde, en realidad, para Gino Garuffo, hijo de prostituta y sargento, el hecho de que un hombre como el griego le aceptara como amigo, constituyó la liquidación de su pasado

de niño golfo, ebanista, o actorcillo de películas semipornográficas. Aunque editara revistas como "Estrellas", Aristófanes era un ser de otro ambiente, de otra altura, que había accedido, sin pedir nada a cambio, a elevar a un galancete hasta donde él se encontraba en compañía de escritores, políticos y auténticos artistas. Nunca se mostró "paternalista" ni protector, tratando a Gino de igual a igual, respetando sus limitaciones y valorando sus virtudes. Y una de las grandes virtudes de Gino era conocer sus limitaciones y admirar las virtudes de los demás. En especial, las de Aristófanes.

La azafata le sonrió ofreciéndole un whisky, y quizás ofreciendo mucho más

que un whisky, incapaz de sospechar lo que atormentaba en aquellos momentos al "Hombre Más Bello del Mundo". Gino aceptó, devolvió de forma casi mecánica la sonrisa, y admiró el nacimiento de sus pechos cuando ella se inclinó excesivamente para servirle. Era una morena pecosa y atractiva, y cuando comenzó a beber se preguntó si dejarían de gustarle las mujeres.

"No soy maricón —se repitió con fuerza—. No soy maricón... Nunca lo he sido, ni nunca lo seré. ¡San Genaro Bendito...! Con lo que me repugnaron siempre los maricones..." Nunca quiso entenderlos. De niño, en Nápoles, los perseguía a pedradas y en el reformatorio apaleó más de una vez a

los que mostraban aficiones no muy claras. Sabía poco de ellos, tan poco, que para él no existían más que los maricones y los machos, y se consideraba por tanto incapaz de analizar lo que le estaba sucediendo.

Concluyó su tercer whisky momentos antes de tomar tierra en Roma, y pese a tener el estómago vacío, no experimentó malestar alguno. Alquiló un "Lancia", y enfiló al máximo permitido, la "Autostrada del Sole".

No le hubiera importado matarse y a punto estuvo de girar el volante y acabar de una vez con aquella incertidumbre que le atormentaba desde la noche antes. No se aceptaba a sí mismo como homosexual. Era un

ambiente tan sórdido, tan triste y tan sucio el de los que había conocido, que no deseaba seguir viviendo si aquél era su destino. Inconscientemente imaginaba que lo que le estaba ocurriendo era como una enfermedad que le hubiese atacado de improviso: un cáncer, ajeno a él, y espantoso, con el que no podía convivir en adelante.

Le asustaba sobre todo su traición al griego. Aristófanes le escupiría a la cara si llegaba a sospechar que continuaba en la aventura del Canal no por amistad, sino porque pretendía acostarse con él: "¡Pero yo no quiero acostarme con él! —exclamó furioso, y estuvo a punto de estrellarse—. ¡No es eso...!" No, no era eso. Pero si no era

eso... ¿Qué era? Avistó las primeras casas de Nápoles con la interrogante en su cerebro.

¿Qué era?

Buscó un hotel discreto, aunque lo bastante bueno como para que no llamara la atención que el gran Gino Montalde, el actor de cine más famoso en Nápoles se hospedara en su propia ciudad en un hotel demasiado discreto.

Hojeó la guía de teléfonos e hizo algunas llamadas, sin darse a conocer, y tapando el auricular con un pañuelo.

Allí, en Italia, y sobre todo en Nápoles, su voz resultaba conocida, aunque la mayoría de las veces Gino no doblaba sus propias películas.

Las respuestas fueron en principio

cautas, pero Gino podía revelar los suficientes nombres y los suficientes datos como para que sus interlocutores durmieran tranquilos. Se esforzó por dar la impresión de que andaba a la caza de un barco bueno para el contrabando de altura, que tuviera la documentación en regla, y un dueño dispuesto a desprenderse de él sin investigar sobre la identidad de sus nuevos propietarios.

Enzo Scuratti, más conocido por "el Largo", tenía ese barco, o al menos, aseguró que sabía dónde encontrarlo. Enzo había sido compañero de Gino durante sus correrías callejeras de infancia, e incluso durante parte de la estancia en el reformatorio, pero no sospechó, ni remotamente, la identidad del desconocido que tan enterado estaba de sus actividades.

Pidió tres días para localizar el barco, y convino en comenzar a moverse en cuanto recibiera cincuenta mil liras por las primeras molestias y por no perder tiempo a causa de una llamada telefónica.

Gino le envió el dinero, y tomó el último transbordador a Capri. No

deseaba quedarse tres días en Nápoles, donde cada calle, cada plaza e incluso los olores, evocaban una época muy amarga de su vida.

Al cruzar la "Piazzetta" de Capri, rumbo al hotel y en pos del maletero, sintió que le llamaban. Era Andrea, rodeada como siempre de su coro de admiradores, aduladores y vividores.

Andrea se había convertido en una especie de institución en Capri, de donde no salía más que para interpretar una o dos películas al año, películas en las que había tenido que resignarse a dejar de ser la estrella, acabando por aceptar, con bastante buen criterio, que sus excesivos años y sus excesivos kilos habían acabado por derrotar sus otrora

fabulosos encantos.

Andrea era la mujer ante cuyas fotografías Gino se masturbaba en el reformatorio. Las mejores tetas y el mejor culo de la historia del cine italiano. Los ojos más vivaces; la boca más provocativa que gritaba, sin necesidad de palabras, cuáles eran sus aficiones en la cama. Andrea fue, al mismo tiempo, la más simpática, la más inteligente, la más fogosa, y la más divertida de cuantas actrices pisaron un plató. Seguía siéndolo pese a los años, y lo sería hasta la muerte.

Habían trabajado juntos en una película en la que Andrea no pudo vencer la tentación de llevarse a la cama al nuevo símbolo masculino, y Gino

tampoco pudo vencer la tentación de convertir en realidad sus sueños de muchacho.

Aquella noche, Andrea no consintió que Gino fuera a hospedarse a un hotel teniendo ella su palacio.

—Cuando vienen a Capri, mis ex amantes viven en mi casa... —sentenció—. Es una costumbre...

—En verano necesitarás un cuartel... —fue la respuesta que la obligó a reír satisfecha.

En realidad, Andrea era lo que Gino necesitaba para no irse a la cama a solas con sus pensamientos.

Su "secretario" se llevó la maleta de Gino, y Andrea ordenó a uno de sus incondicionales que se apartara y dejara

sentarse a su lado al "Hombre Más Bello del Mundo". Le tomó la mano y se la acarició sonriente.

—¡Ay si tuviera veinte años menos...! —se lamentó—. Hubiéramos formado una pareja, que ni la Garbo y Valentino...

A las tres de la mañana, cuando ya los miembros del grupo se encontraban en su mayor parte bailando en el "Murciélago", Andrea y Gino continuaban sentados en el mismo lugar, charlando de los viejos y buenos tiempos pasados, y de la película que Gino tenía entre manos, y sobre la cual Andrea lo sabía todo, como lo sabía de cuanto se cociera en el ambiente cinematográfico mundial.

—Una idea brillante... —dijo—. Te felicito. ¡Éxito seguro...! Tú y la Barrington... Dos "bestias" con sexo... Pero no un sexo como el que yo transmitía... Sino aquel sexo de la Mangano... Un sexo con "algo".

—¿Te acostaste alguna vez con una mujer, Andrea...? —inquirió Gino de improviso, aunque conocía de sobra la respuesta.

—¡Naturalmente! —exclamó la otra—.

No seas idiota. Mis escándalos hicieron época, y algunas de las mujeres más famosas del mundo me persiguieron... —rió—. Y la mayoría me alcanzaron... ¿A qué viene eso...?

—Simple curiosidad... Jamás

entendí a los homosexuales... Tus amigos... Esa tropa de maricas, me enferma... Cuesta trabajo admitir que una mujer como tú cayera en eso...

—"Eso" no tiene la mayoría de las veces importancia... —replicó con absoluta naturalidad—. Acostarse con un hombre o una mujer, tiene la importancia que se le quiera dar al acto sexual, y yo no le doy ninguna. Es como si me preguntaras si ayer cené pastas o pescado... No me acuerdo, ni me preocupa... Cené lo que me apeteció.

—Pero el amor no puede ser eso...

—Nadie habla de amor, Gino... Yo de amor no hablo nunca...

—¿Nunca amaste a ninguna de esas mujeres...?

—No, desde luego... De ésas, a ninguna... —Hizo una pausa y le tomó la mano sosteniéndola con afecto entre las suyas—. En cierta ocasión, me enamoré de una chica... Empezaba en el cine, y era dulce, hermosa, e inocente como jamás encontré otra ni volveré a encontrarla. Pude tenerla, pero no me sentí capaz de iniciarla...

No hizo más que dos películas, se casó, dejó el cine, y anda por ahí cargada de chiquillos...

—¿Quién te inició a ti?

—Mi marido. Cuando lo encontré en la cama con su amante y amenacé con matarle, replicó: "No armes tanto escándalo, y ven aquí. Probemos los tres juntos".

—Hace falta tener mucha cara.

—Vittorio la tenía... Llevaba cinco años viviendo de mí, lo que ya es difícil... Lo cierto es que me gustó. Aquella guarra sabía lo que hacía, y me gustó... —soltó una corta carcajada—. ¿Sabes lo más gracioso...? —inquirió, pero no aguardó respuesta—. Largué a Vittorio, y me traje a vivir conmigo a la tipa... Me chuleó más de un año, y se largó con mi mejor abrigo de visón...

—Eres un caso, Andrea... —agitó la cabeza sonriendo por primera vez en toda la noche—. ¡Un auténtico caso...!

—No. —Se había puesto seria—.

Soy una mujer que tuvo demasiadas cosas, demasiado tiempo... Juventud, belleza, inteligencia, simpatía, dinero,

éxito... ¡Demasiado, Gino, incluso para mí...! Me quedaban dos caminos, endiosarme, o humanizarme...

Y decidí que resultaba más práctico y divertido humanizarme... Es lo que me permite tener tantos amigos. A veces vienen desde el otro lado del mundo a contarme sus problemas... ¿Cuál es tu problema, Gino...?

Le sorprendió la pregunta, y se volvió en la silla a mirarla de frente. Ya eran los únicos parroquianos en el café, cuyas restantes mesas y sillas habían sido retiradas, mientras un hombre regaba con una manguera, y otro restregaba los adoquines con un cepillo duro. La isla se encontraba en calma y en silencio, salvo una musiquilla lejana

que ascendía desde el lejano puerto de Marina-Grande, tal vez desde un yate en el que se celebraba una fiesta. Cruzaron tres hombres empujando un carro con ruedas de goma. En aquella diminuta isla turística en la que los automóviles no podían entrar al pueblo, el carro nocturno era la única forma de abastecer los comercios y los mercados. A Gino le agradaba el silencio y el respeto hacia el sueño de los vecinos con que los habitantes de Capri cumplían su misión. Sabían que aquélla era una isla que vivía del descanso ajeno, y ese descanso se convertía, por tanto, en algo sagrado. La misma Andrea, tan exuberante y generosa con su voz de trueno, había bajado de tono desde que las ventanas

que rodeaban la plaza comenzaron a apagarse.

—¿Qué te hace pensar que tengo un problema...? —quiso saber al fin.

—Te conozco... —señaló ella—.

Comprendí que algo te ocurría desde que te vi aparecer por la esquina...

Si Gino Montalde no hace su entrada en la "Piazzetta" de Capri con el paso y el aplomo de quien se sabe el hombre más guapo del mundo, es que algo le ocurre. Y tú andabas como perro apaleado.

—Es largo de contar...

—Mi próxima película empieza dentro de dos meses...

Tres horas después se podía creer

que eran los únicos seres humanos que se mantenían despiertos en Capri, caminando muy despacio hacia el Arco Natural, para ver salir el sol sobre tierra firme, tal vez sobre el Vesubio, y contemplar cómo se reflejaban sus rayos en Anacapri, el Monte Solaro, los Farallones, o incluso en la vecina isla de Isquia.

—Me encanta el amanecer en Capri... —señaló Andrea—. Aquí nadie se levanta temprano, y a esa hora me puedo considerar dueña de la isla, desde San Michele a Marina-Piccola... Te convendría quedarte una temporada... —señaló—. La paz de Capri en esta época del año te haría bien...

Aquí se buscaron a sí mismos

hombres como Axel Munthe, o Malaparte, a los que también se les planteó el problema de definir el verdadero amor.

—¿Crees que eso es amor?

—¿Lo que me has contado...? Sí, desde luego... Más del que hayas ofrecido nunca a los centenares de mujeres con las que te has podido acostar... —Iban cogidos de la mano y quien les viera, los juzgaría una pareja romántica en busca de soledad—.

El amor no siempre tiene sexo, Gino, de la misma manera que el sexo no siempre tiene amor...

—¿Por qué me dolió tanto saber que estaba acostado con Isabelle...?

—Porque creías que te estaba

privando de un tiempo que te pertenecía... De no mediar Isabelle, habríais pasado la noche juntos, como tantas veces. Pero tú no deseabas estar en el lugar de Isabelle... No deseabas sentirte desnudo en la cama y que él te besara en la boca... ¿O sí?

—¡No, desde luego...!

—¡Espera...! —ordenó—. No lo digas tan rápido... Medítalo y responde con sinceridad, que es lo que importa... A mí no trates de engañarme...

Yo confieso de antemano que me gustaría sentirme en el lugar de Aristófanes, desnuda encima de Isabelle, besándola en la boca, y donde hiciera falta... ¿Te gustaría a ti sentirte en el lugar de Isabelle, besándole a él donde

hiciera falta...?

Gino lo meditó en silencio, esforzándose por rebuscar en lo más íntimo de sus sentimientos y sacar a la luz de una vez por todas cuanto escondiera allí. Al fin, agitó la cabeza.

—No, Andrea. Te lo juro... Tan sólo de pensarlo, siento náuseas...

—Entonces lo tuyo no es homosexualidad, Gino... No es mariconería, ni nada de eso que tanto te asusta... —Hizo una pausa y sonrió con cierta amargura, aunque tal vez fuera ironía—. El tuyo es esa clase de amor que no tiene nombre ni lo tendrá nunca, porque el Ser Humano se niega a admitir que exista...

—Me importa poco que tenga o no

tenga nombre... —protestó Gino—. No me importa siquiera lo que piense la gente, Andrea. Me importa lo que voy a hacer yo, y qué cara voy a poner cuando me encuentre frente a él...

¿Qué le digo?

—Nada... ¿Qué demonios vas a decirle...? Nada, porque nada ha cambiado...

—Yo he cambiado...

—Te equivocas, Gino... Tú simplemente has descubierto una nueva faceta de ti mismo... Eres capaz de amar sin necesidad de relación física, y eso, a mi modo de ver, es muy hermoso. —Hizo una pausa—. Pero, probablemente, Aristófanes no lo comprendería. Yo lo comprendo, y por eso, quizá de un modo

inconsciente, has venido hoy a Capri. Soy mujer, y las mujeres captamos mejor los matices que los hombres. Los hombres son todos muy machos, incluso a la hora de tomar por el culo.

—¡No seas bestia...! —rogó.

—No soy bestia. Soy lo que necesitas que sea en estos momentos...

—Amanecía sobre el Continente, y tomaron asiento al borde de la carretera, cerca del restaurante del Arco Natural, que servía las mejores pizzas de la isla

—. No conozco demasiado a Aristófanes... —continuó Andrea con la vista fija en el horizonte, sin querer perder ni un segundo de la salida del sol —. Lo traté un par de veces, pero sólo en fiestas... —rió—. Ya no estoy como

para aparecer desnuda en sus revistas... Y no puedo saber hasta dónde llega su sensibilidad, pero mi consejo es que dejes de verlo una temporada... Quédate en Capri y el tiempo dirá...

—No puedo. Tenemos negocios... La película...

Andrea repuso:

—Todas las películas pueden esperar... Te lo digo yo, que he intervenido en más de cien... Quédate aquí, y reflexiona... La semana que viene llega Laura... Laura es una mujer como lo era yo hace veinte años, no una piculina estúpida de las que tratas... Quiero que la conozcas.

No respondió. Sabía a ciencia cierta que no se quedaría. Aristófanes

necesitaba el barco, y estaba dispuesto a proporcionárselo a cualquier precio. Tenía una semana por delante.

Quizá bastara para tratar de reencontrarse a sí mismo con ayuda de Andrea. Contemplaron en silencio el amanecer sobre Capri. Con el nuevo día, después de dos noches sin dormir, se sentía fatigado pero más tranquilo.

La charla con Andrea le había servido de mucho. Le había servido, sobre todo, para aceptar que cualquiera que fuera su relación con Aristófanes, ello no traía aparejado, obligatoriamente, su conversión a la homosexualidad.

Tenía que convencerse que el suyo era un amor que, en verdad, no tenía

nombre. Ningún nombre.

No había autos, ni motos, ni había por tanto trepidar de motores, ni humos, ni claxons, ni todos los ruidos que traía consigo la circulación. Las calles eran estrechas; prodigiosamente estrechas, invadidas de luz y sombra, como si estuvieran estudiadas desde siempre para evitar el calor o el viento, y para invitar al paseo.

No se distinguían los enormes edificios que agobiaban, y las casas eran blancas, de rojos tejados, de amplias ventanas que se abrían a hermosos paisajes. Los hoteles, la mayoría pequeños, recogidos e íntimos, se elevaban siempre de cara al mar, a una u otra banda de la isla; Marina-Piccola o

Marina-Grande, o en todo caso, mirando a las alturas de Anacapri, del Monte Solero, de Castiglione...

Y por todas partes viñas y flores de infinitas tonalidades, un sol radiante, y un cielo azul intenso, destacando contra las piedras de los farallones cortados a pico, agrestes, inaccesibles, que parecían querer continuar indomables, en aquélla, la más domada tierra del mundo.

En Capri se encontraba, sin duda, el reino de la luz, del color y los contrastes, al igual que el reino de la paz, del silencio y el reposo cuando, como Gino, era paz y reposo lo que se iba buscando.

Capri era quietud en sus infinitos

rincones, o multitud en sus rebuscadas calles y en la "Piazzetta" donde cada tarde se formaban las tertulias de escritores, de pintores, de Andrea y su corte... Era un conjunto pintoresco, curioso y vivo, siempre sorprendente, en el que Gino veía pasar los días sin sentir, olvidado de sus problemas, de Aristófanes, o del lejano y casi irreal Canal de Panamá.

Nada existía en Capri más que él mismo y el paisaje, el mar tranquilo, y los paseos con Andrea a la Gruta Azul o a San Michele, a buscar en la casa de Axel Munthe la sombra y el recuerdo de aquel hombre extraño y atormentado.

Almorzaron en la terraza del "Hotel Augustus", bajo un sol amable, viendo

entrar y salir, allá lejos, los yates y los transbordadores, admirando los dibujos que trazaban las sombras de las nubes sobre el acantilado, reconociendo las casas de artistas, príncipes y millonarios.

Hablaron de mil cosas, y Gino advirtió cómo descargaba la tensión de su espíritu, cómo volvía la calma, cómo quedaba atrás su terrible noche de vagar por París.

Al quinto día telefoneó a Enzo Scuratti, que había localizado ya el "Agogos", un sucio carguero de cuatrocientas toneladas, cuyo capitán y propietario, un portugués huido de Angola, no sabía en qué ocupar su cochambroso barco, concluida la

concesión de madera de que había disfrutado. La independencia de la colonia le dejaba sin patria, sin trabajo y sin casa, y cuanto deseaba era liquidar el viejo cascarón y establecerse en algún remoto lugar al que nadie viniera a pedirle cuentas por las atrocidades cometidas durante los últimos días de su estancia en África.

Convino en deshacerse del ruinoso "Agogos" por doce millones de liras, prometiendo olvidarse para siempre del navío y de su nombre, y así, ocho días después, acompañado por tres hombres de su tiñosa tripulación, abandonó el barco en una escondida rada de una diminuta isla del Archipiélago Toscano, saltó a tierra en Elba, y desapareció

para siempre en la superpoblada Europa.

Se frotaba las manos satisfecho.

Aquella vieja bañera, no duraría mucho: "De un pedo, se le abría un agujero...", fue su epitafio.

Gino se despidió de Andrea pese a la oposición de ésta, que aún no lo consideraba definitivamente "curado".

Abandonó Capri con una indescrptible sensación de angustia en las entrañas y regresó a Nápoles. En un viejo astillero por el que había correteado y donde escondiera a menudo el fruto de sus rapiñas durante su infancia, se apoderó sin esfuerzo, de la documentación de un abandonado transbordador que se pudría en seco

esperando, desde años atrás, ser desguazado.

Gino aún recordaba al "Pompeya" de cuando hacía la travesía Nápoles-Cagliari.

Con la documentación en mano y el "Agogos" en la isla, telefoneó a Aristófanes, que había concluido dos días antes su trabajo en la computadora.

El griego buscó entonces por todo París el mayor baúl de hierro que pudiera existir, lo forró de "anime", colocó dentro con sumo cuidado su "obra de arte", y la facturó, con nombre supuesto, al puerto de Ajaccio, en Córcega.

El lunes 6 de diciembre, Aristófanes Panatas y Gino Montalde se

reunieron en Ajaccio a bordo de una lancha, que el primero había comprado a un pescador por el expeditivo procedimiento de pagar dos veces su valor.

—De acuerdo, señor... —replicó el hombre—. Tan sólo le pido que en cuanto acabe su trasbordo, la hunda...

No quiero verme en líos...

En Córcega, el contrabando estaba a la orden del día, y no resultaba extraño que las barcas desaparecieran para descargar barcos que llegaban de la costa africana o desde España. Si el desconocido, en lugar de robar, pagaba, tanto mejor.

La gran caja de hierro fue sacada de la Agencia Consignataria sin otro

trámite que presentar el recibo, y aunque Gino no acompañó a Aristófanes por temor a ser reconocido, le ayudó esa noche a bajarla de la furgoneta y cargarla en la barca.

Antes de amanecer, y a salvo de indiscreciones, zarparon hacia el Norte, con el inofensivo aspecto de un par de aficionados a la pesca, decididos a disfrutar del mar.

Hicieron noche cerca del cabo Corse, al abrigo de una diminuta cala, dedicando las primeras horas de oscuridad a la captura del calamar, tan silenciosos, que ellos mismos se sorprendieron de su mutismo. Lo achacaron a la tensión del día y a saber que estaban cruzando el Rubicón de su

aventura. A partir de aquel momento, resultaría muy difícil volverse atrás.

Después de cenar, se acomodaron en la proa, a fumar los largos "Romeo y Julieta" de Aristófanes, contemplando la cercana silueta de la costa, y escuchando el rumor de las olas al romper mansamente contra la playa vacía.

Tenían muchas cosas que decirse, pero no se atrevían a iniciar una charla que pudiera derivar hacia el tema que temían, la cena en el "Mare-Nostrum" y la posterior desaparición de Gino.

Era una situación incómoda, más por parte de Gino que del griego, pues Aristófanes, aun presintiéndola, no tenía una conciencia clara de la situación, y prefería suponer que tal vez Gino se

sentía atraído por Isabelle.

Dos hombres y una mujer como Isabelle constituían un triángulo peligroso, y aunque ella estuviera segura de que Gino no la amaba, quizá para el mismo Gino las cosas fueran distintas.

Hablaron del barco, de la computadora, Gaston Peris, los mercenarios y todo cuanto les alejara del tema de ellos mismos e Isabelle.

Aristófanes explicó cuál era su plan, y cómo confiaba que se llevara a cabo con ayuda de los hombres que esperaban en Génova y de la máquina que transportaban en la barca. Gino escuchó con atención, solicitando que le aclarase puntos que le parecían oscuros, y al fin no pudo evitar que su admiración

por la inteligencia del griego aumentara:

—¿Puedes conseguir que un cerebro electrónico haga todo eso...? — se asombró.

—Eso, y más... —afirmó—. Te lo dije: Un canal construido a principios de siglo no puede soportar el enfrentamiento con la electrónica actual. Lleva siempre las de perder...

—Hacía falta una cabeza como la tuya... —señaló Gino con absoluto convencimiento—. Nadie más podría planear algo semejante... —Lanzó la colilla del habano al mar—. ¿Qué vas a hacer con tanto dinero?

Aristófanes le miró desde la oscuridad. En realidad, no distinguía más que su silueta recortada contra el

cielo.

—Dirás, ¿qué vamos a hacer...? —
corrigió—. Todo lo que obtengamos lo
repartiremos. Dólar por dólar...
Corremos el mismo riesgo. Es lógico
que obtengamos los mismos beneficios...

—De acuerdo... ¿Qué haremos con
tanto dinero? Quinientos millones de
dólares no se pueden llevar al Banco.

—No, desde luego... A mí me basta
con diez o doce... Es lo que puedo
manejar sin levantar sospechas...

Tendremos que ocultarlos e irlos
colocando aquí y allá, con tiempo...

—¿Y el resto? —Se diría que Gino
se reía por lo bajo—. Cuatrocientos y
pico millones de dólares. Dos mil
trescientos millones de francos. Más de

treinta mil millones de liras...

¿Qué hacemos con ellos, Ari...?

Debe ser algo así como una tonelada de papel.

—No creas que no me preocupa...

—admitió el griego—. La verdad, es que no tengo ni idea de lo que podríamos hacer... ¿Repartirlo entre los pobres...?

—¿Qué pobres...? Hay más de quinientos millones de pobres... No les tocaría ni a dólar por cabeza...

—Sí, eso es cierto... —aceptó—.

Sería un lío ponerse a repartirlo...

—hizo una pausa—. También he pensado que podríamos pedir menos dinero y otras cosas a cambio...

—¿Por ejemplo...?

—No lo sé... Justicia y libertad, tal vez... —Se sirvió una copa de coñac de una botella que tenía junto a los pies—. Isabelle me ha contado cosas de Chile... —comentó—. Pinochet y su gente se están pasando...

Cada mes desaparecen cientos de personas y nunca se sabe de ellas. Torturan a mujeres y niños. Asesinan sin ninguna clase de miramientos... Podríamos pedir que soltaran a los presos...

—Significaría meternos en política, Ari... Y si pedimos que suelten a los presos de Pinochet, ¿por qué no los de Idi-Amín? ¿O a los que están en Rusia...?

—Porque a Idi-Amín el Canal de

Panamá le importa un huevo. Y a los rusos, otro... Pero para Pinochet, el Canal es importante. Además, fueron los americanos los que instalaron a Pinochet. Y los que le respaldaban... Le pueden presionar...

No tomaron ninguna decisión, porque resultaba absurdo tomarla sin estar seguros de que iban a tener éxito.

Aristófanes se mostraba confiado, pero quedaban detalles que resolver, y hasta que no tuvieran "la sartén por el mango", todas sus elucubraciones no eran más que sueños.

Hacía frío y se arrojaron bajo cubierta a pasar la noche calentándose mutuamente. Les costó trabajo dormir, tan cerca uno del otro, evitando rozarse

aun sin saber ellos mismos por qué lo evitaban. Fue una noche difícil para ambos, y aún no clareaba cuando se hallaban de nuevo en cubierta, listos para emprender la marcha, agradeciendo el aire libre, el mar y la luz del nuevo día. Agradecieron incluso el trabajo que les dio pasar el cabo.

Encontraron el "Pompeya" en el lugar previsto y se cercioraron de que no se distinguía a nadie en las proximidades, y el carguero se encontraba abandonado.

Con mucho trabajo, y la ayuda de una de las "plumas" del barco que tuvieron que aprender a manejar por intuición, elevaron a bordo el baúl de hierro, y lo instalaron en el mejor de los

camarotes. Aristófanes desembaló la computadora con sumo cuidado, y sonrió al advertir que no había sufrido daños.

Durante el resto del día y parte del siguiente trabajaron instalando la máquina que quedó atornillada al suelo y soldada de una de las vigas maestras que sostenían la cubierta.

Cuando se sintió satisfecho de su esfuerzo, Aristófanes comprobó el funcionamiento del aparato, y Gino se sorprendió de que marchara sin corriente eléctrica.

—Usa su propia corriente... —indicó el griego—. Le he adaptado un tipo de batería que puede mantenerla en funcionamiento cuatrocientas horas...

Es, quizá, lo que más me ha

costado conseguir.

—¿Crees que cuatrocientas horas son suficientes?

—Más de dieciséis días... Tiene que ser suficiente...

Lanzaron al fondo del mar el baúl de hierro observando cómo desaparecía tragado por las aguas. Luego se dedicaron a cambiar el nombre de "Agogos" por el "Pompeya" en todo el barco y sustituyeron la documentación original por la falsa que Gino había traído consigo.

Cuando se sintieron satisfechos, saltaron de nuevo a la lancha y se alejaron. Al día siguiente, bordearon la isla de Elba, alcanzaron la costa italiana y con las primeras sombras de la noche

hundieron su embarcación, y buscaron una carretera que les condujera a Roma.

Ya en el hotel, Aristófanes llamó a Gaston Peris a Génova, y le dio instrucciones, indicándole el punto exacto en que encontraría el "Pompeya".

Horas después Aristófanes Panatas y Gino Montalde aterrizaban en París, reanudando su vida normal.

Nadie se sorprendió de que hubieran pasado unos días en Italia, resolviendo asuntos relacionados con su próxima película.

El negro Jackson empezaba a reconciliarse con la vida. Su "yerno" le había servido de aval a la hora de comprar un aparato de aire acondicionado para el "Pontiac", y allí

dentro, fresquito, casi helado, se sentía en otro mundo; tan feliz como no lo estuviera desde la muerte del pequeño Washington.

Incluso su clientela había mejorado. Con un auto nuevo y refrigerado podía aguardar a la puerta de hoteles de lujo para llevar a los turistas al Aeropuerto, a Panamá La Vieja, o a visitar las esclusas, lejos del ambiente del puerto, sus tabernas, sus borrachos y sus putas.

Se acostumbró a bañarse cada día, levantarse temprano, trabajar hasta que oscurecía, y alternar las visitas a Paloma con las del viejo Cat. Su existencia había cambiado de tal modo, que incluso se olvidaba a menudo de

comprar lotería. La mejor lotería era aquel "Pontiac" rojo y blanco en el que se sentía más a gusto que en su propia casa.

Al viejo Cat también le gustó el auto. Por primera vez en muchos años convino en abandonar su cochambrosa "casa-bruja" y dar un paseo por la ciudad, disfrutando de una temperatura como no había conocido jamás en sus sesenta y tantos años de vida.

Al rato protestó, sin embargo, malhumorado:

—¡Quita eso! —pidió—. ¿Cómo puede nadie desear morirse de frío...? Ya tengo suficiente frío en los huesos...

Recorrieron la Zona y desde las esclusas de Pedro Miguel, el viejo se

asomó al nacimiento del "Corte de Culebra". Lo observó largo rato, como tratando de comprobar que continuaba como en sus sueños, y aguardó hasta que tres grandes navíos y un pequeño yate, el "Anaconda II", lo hubieron atravesado.

—Yo he estado allí abajo... —dijo, volviendo a su eterno tema—. Cuando llegué al Canal no existía ese tajo... Era una montaña. Una inmensa montaña...

—Lo sé, padre... Me lo has dicho...

Bajaron luego a visitar a Paloma que esperaba un hijo y adoraba su casita blanca. Ronald Clark quería al niño y habían decidido casarse en cuanto regresara de Washington.

—¿A qué ha ido a Washington...?
—se inquietó el negro.

—Política... Le llamaron urgentemente... —Paloma se mostraba orgullosa de "su hombre"—. Se fue en un avión especial. Le vi marchar...

—Le estarán ordenando que te deje... —auguró tétricamente el viejo Cat—. Los americanos no deben vivir con las negras... Recuerdo las órdenes: "No confraternización entre los *"oros"* y los *"platas"*". A un capataz le costó el empleo... Lo enviaron a casa. A Estados Unidos...

—Los tiempos cambian, abuelo... —replicó Paloma molesta—. Los tiempos cambian y Ronald no es capataz... —Se volvió a su padre—. Todo el mundo lo respeta, y algunas mujeres incluso me saludan en el

Comisariato...

—Lo sé... —admitió el negro Jackson—. Lo sé, pero no me gusta que lo hayan llamado a Washington.

Allí se atreven a lo que no se atreve un gobernador...

Pero el negro Jackson se equivocaba. En el Departamento de Estado, a nadie le preocupaban las relaciones sexuales de Ronald Clark, ni por lo que pudieran pensar las esposas de los "zoneítas".

Al Departamento le preocupaba el futuro del Canal, y así lo hizo notar un eficiente subsecretario durante el almuerzo que mantuvo a solas con Ronald.

—La situación en Panamá se está

deteriorando... —comenzó señalando—.

Y eso nos inquieta... Los últimos incidentes dejaron cuarenta y dos heridos. Algunos graves... Si se repiten, pueden producirse muertes, como en julio del sesenta y cuatro, y no están los ánimos para eso...

—Los comunistas tienen muchos agitadores en Panamá...

—Olvidemos a los comunistas, Ronald... —suplicó el subsecretario—.

Va más lejos que eso... Veinticinco países latinoamericanos están empeñados en la descolonización del Canal, y no podemos enfrentarnos a trescientos millones de individuos...

—Panamá no es una colonia —protestó Ronald—. Panamá es nuestra...

Cualquier reclamación sobre la Zona, sería como una reclamación sobre un pedazo de los Estados Unidos.

—Ésas son palabras de Reagan, no nuestras... Y ya ve que Reagan no consiguió ni siquiera la nominación a la Presidencia... Pese a la "Resolución Thurmond" y esos treinta y siete senadores que se oponen a cualquier negociación, debemos ser realistas y reconocer que, pronto o tarde, tendremos que claudicar...

—¿Renunciar al Canal? —se asombró Ronald incrédulo—. Eso sería como renunciar a nuestra estrategia...

El subsecretario le tranquilizó.

El Departamento no pretendía renunciar al Canal de Panamá. Pero

tampoco deseaba enfrentarse a la Organización de Estados Americanos, y convertirse a los ojos del mundo en la última potencia colonialista, cuando tanto habían clamado contra el colonialismo. Se trataba de llegar a un acuerdo con los panameños y conseguir que el traspaso de poderes se dilatara al máximo. En las conversaciones que mantenían ambos Gobiernos, Panamá exigía recuperar el Canal en un plazo de tres años. Los Estados Unidos aspiraban a que esa entrega se llevara a cabo en el año Dos mil.

—¿Por qué el año Dos mil...?

—Para entonces confiamos tener abierto un canal en otra parte. Y para entonces, el actual resultará ya

prácticamente inútil...

Veinte años de diferencia entre las pretensiones de unos y otros eran muchos años, pero el Departamento aspiraba a congeniar ambos puntos de vista, por el sencillo procedimiento de aceptar reivindicaciones paso a paso, y mantener satisfecho al pueblo panameño.

—La primera reivindicación le afecta, Ronald —señaló el subsecretario—. Piden que retiremos el "Southern-Comand" de la Zona del Canal...

—Lo sabía... ¿Van a hacerles caso...?

—Lo estamos pensando, y a la larga no quedará otro remedio. Empieza a ser demasiado conocido, y

engorroso...

¿Qué se le ocurre al respecto?
¿Dónde podríamos trasladarlo?

—¿Fuera de casa? —fue la intencionada pregunta.

—¡Naturalmente, Ronald! —El hombre pareció alarmarse—. ¡Fuera de casa! Menudo escándalo significaría tenerlo aquí...

—Comprendo... Tendré que pensarlo con tiempo... Enviaré un informe...

—No lo pierda de vista... —El subsecretario aguardó a que un respetuoso camarero, que parecía estar acostumbrado a no oír cuanto se hablaba, acabara de servir los platos y se retirara prudentemente, y continuó—:

Otra cosa: Si las negociaciones se prolongan, y la agitación aumenta, tememos el nacimiento de un brote de actividad guerrillera en torno al Canal... ¿Cómo ve su defensa en ese caso...?

Durante unos minutos Ronald Clark comió en silencio, meditando su respuesta. Trataba de organizar sus ideas recordando las defensas del Canal.

—El asunto se pondría muy feo, señor... —admitió—. Se pueden meter, tanto por tierra, como por agua...

Necesitaríamos cuatro veces más tropas para controlarlos... Cuarenta mil hombres...

—¿Y dónde meteríamos cuarenta mil hombres...? —se escandalizó—.

¡Eso significaría una auténtica invasión...! ¡La OEA pondría el grito en el cielo! ¡Y las Naciones Unidas!

—Ése no es mi problema... —
señaló—. Usted me pregunta por estrategia, no por política... Aunque construyésemos dos muros paralelos de diez metros de alto, de océano a océano, aislando aún más la zona, penetrarían por donde quisieran... La región es selvática, recuerde... Y en muchas partes, pantanosa. Hay ríos, lagos, montañas —hizo una pausa—. Y miles de barcos que entran y salen... —añadió—. Un "Comando" puede introducirse oculto en una bodega, desembarcar en cualquier punto durante la noche, hostigarnos, y largarse en otro barco

como quien toma el autobús... —bebió largamente y dejó el vaso sobre la mesa con demasiada fuerza, como para afirmar lo que aseguraba—. ¡Para mi gente sería tan fácil como jugar al escondite...! Minaríamos el Canal, hundiríamos transatlánticos, incendiaríamos petroleros, provocaríamos derrumbes, destrozaríamos esclusas...

¡Una verdadera juerga! —exclamó exaltado—. Y no soy tan estúpido como para negar que lo que mi gente haría no serían capaces de hacerlo otros...

—Me presenta un panorama muy oscuro, Ronald... —se lamentó su interlocutor que parecía haber perdido de pronto el apetito—. Nunca se me

ocurrió verlo de ese modo...

—Porque aquí, en Washington, no son ustedes profesionales —replicó—.

Y porque nunca han estado en el Canal de Panamá. Estratégicamente es el talón de Aquiles de Estados Unidos.

—Estoy de acuerdo... —admitió el subsecretario encendiendo un cigarrillo con el que daba por concluido su almuerzo. Lanzó una columna de humo y trató de sonreír—. A mediados del siglo pasado —señaló—, tras la dominación española, y antes de que llegara la fiebre del oro de California, la situación de Panamá era tan miserable y desesperada, que alguien escribió: "Quien quiera conocer Panamá, que venga porque se acaba." Creo que

pronto estaremos en condiciones de decir lo mismo: "Quien quiera conocer la Zona del Canal que venga, porque se acaba..." Ronald Clark hizo un gesto de asentimiento, dejó que el camarero retirase también su plato, y encendió el cigarrillo que el otro le ofrecía.

Reflexionó sobre cuanto se había dicho durante la comida, y agitó la cabeza preocupado: —Tal vez tengan ustedes razón... —admitió—. Tal vez lo más práctico sea negociar la cesión a largo plazo.

—Es lo más sensato... Si la guerrilla empieza, no hay salida...

—Los cubanos tienen buenos grupos guerrilleros —advirtió—. Lo han demostrado en Angola... Si ponen el ojo

en el Canal, nos las harían pasar putas...

—Los cubanos son muy listos, Ronald... —aclaró el otro—. Si a Castro se le ocurriese la idea, la olvidaría, porque sabe que no le permitiríamos jugar con eso... Una cosa son los negros de Angola, y otra el Canal de Panamá... No son los cubanos quienes nos preocupan...

—¿Entonces, quién...?

—Los incontrolados, Ronald...

Por desgracia, hoy día no nos enfrentamos a un peligro mayor que el que significan los incontrolados... Resultan siempre tan... —se rió... "Incontrolables..." Rebuscó en sus bolsillos como si acabara de recordar algo particularmente molesto y, al fin,

encontró una tarjeta y la colocó sobre la mesa:

—Por cierto... —dijo—. Hablando de incontrolables... ¿Se habrá enterado de que han asesinado a un político chileno en Washington... un exiliado?

—¿El de la bomba en el coche? —replicó—.

—Sí lo he leído.

—Bien... No tenemos pruebas, pero estamos convencidos de que detrás de ese crimen, como detrás del atentado de Leighton, en Roma, y de la muerte del general Prats, en Buenos Aires, está la mano de los asesinos profesionales: los Almeyda. Padre e hijo.

—Los conozco. Trabajaron una vez para nosotros cuando...

—¡No me cuente nada, por favor!

No me cuente nada. —Protestó su interlocutor con aire de supremo fastidio —. No quiero saber lo que hicieron mis predecesores... Lo que importa, es que los Almeyda se han vuelto una molestia... —Hizo una pausa significativa, y extendió hacia Ronald la tarjeta con la punta del dedo como si temiera que fuera a contaminarle—. Ocúpese de ellos, por favor... ¡De una vez por todas!

La notificación de que un barco llamado "Pompeya" les aguardaba en una escondida cala del Archipiélago Toscano, tomó por sorpresa a Gaston Peris, pues el maquinista turco aún no había salido de Estambul.

Comprendió, sin embargo, que el barco no debía continuar abandonado a su suerte, y decidió partir a la madrugada siguiente tras enviarle un telegrama a Razmán ordenándole que se presentase en Génova de inmediato.

Andrade se quedaría a esperarle.

A las cuatro de la mañana, el resto de "sus hombres" se encontraba a bordo del "bou", y quien los hubiese sorprendido sospecharía que se trataba de un grupo de contrabandistas a la búsqueda de "alijo".

Con la primera claridad del día, navegaban por mar abierto, rumbo a la diminuta cala en la que Andrade les aguardaba con la camioneta del "material" que se apresuraron a

embarcar rápida y eficazmente. Eran hombres conscientes de que desde que pisaron la cubierta del destartalado "bou" era mucho lo que arriesgaban.

Peris se despidió de Andrade entregándole un fajo de billetes:

—En cuanto llegue el turco, te vas por tierra a Santa-Margarita o Portofino, compras la lancha fuera borda más rápida que encuentres y te diriges al barco... ¿Sabrás encontrarlo?

—Ve tranquilo.

—Recuerda: no podemos quedarnos mucho tiempo en un barco cargado de explosivos fondeado frente a una isla solitaria. Si aparecen los carabineros, se acaba la historia antes de empezar...

Andrade hizo un gesto de asentimiento, subió a la camioneta y se perdió de vista. Gaston Peris lo vio alejarse, agitó la cabeza maldiciendo al turco por lo bajo, y embarcó de nuevo. En cubierta se amontonaban los fardos: armas como para conquistar un pequeño país, y explosivos como para hacerlo desaparecer del mapa. Como un guardacostas tuviera la mala ocurrencia de asomar por el horizonte, tendrían que arrojar al agua una fortuna.

No se sintió tranquilo hasta que dejaron atrás el mar Ligur y la isla de Elba, y apareció ante ellos la silueta de Piamosa.

El capitán Fonseca, que escrutaba el horizonte con sus enormes

prismáticos, hizo un gesto de asentimiento.

—En media hora divisaremos el barco... ¿Lo abordo directamente?

Gaston Perís se encogió de hombros: —¡Qué remedio...! Si nos aguardan, estarán dentro. Cuanto antes lo sepamos, mejor.

Caía la tarde cuando treparon al "Pompeya" con las armas listas, decididos a repeler cualquier ataque e intentar perderse en la noche que llegaba si pretendían apresarles. Pero en el barco no había nadie. Lo registraron de proa a popa, y del mástil a la quilla. No lo habitaba más que un perro escuálido que lloraba de hambre.

Sacha Bonganovitch se aproximó,

desmontó su ametralladora, y comentó con aire preocupado:

—No hay más que ratas, y no me extrañaría que lo abandonaran pronto porque amenaza irse al fondo en cualquier momento...

—Aguantará... —comentó el capitán con aire de saber lo que decía.

—¿Qué es lo que aguantará...? —inquirió el otro, incrédulo—. Aún no sabemos adónde vamos...

—Un mes aguanta... —replicó el mallorquín con tranquilidad—. Y me han contratado por un mes...

Sacha fue a responder agriamente, pero Igor y Sergio Jarcovich gritaron que acababan de descubrir la única cosa nueva que existía en el barco.

Se concentraron en un camarote que debió ser del primer oficial y que colindaba con la sala de radio. Allí, firmemente atornillada al suelo, aparecía una especie de sólida caja metálica, de la que tan sólo se destacaban una pantalla oscura, y un cable conectado a la antena principal del navío.

La estudiaron con interés.

—¿Qué es eso? —inquirió Dóngoro—.

¿Un televisor...?

El holandés Jan-Van-Jan negó con una sonrisa irónica:

—Un computador... —aclaró, y soltó un breve silbido admirativo—: Un "Honec 358-75". Lo más caro, en su

tamaño, del mercado...

—¿Para qué sirve? —preguntó alguien.

Jan-Van-Jan, que analizaba con detenimiento la máquina, tan admirado que ni siquiera se atrevía a tocarla, replicó: —Si el que la ha programado sabe lo que tiene entre manos, puede servir para todo...

—¿Pero qué exactamente? —se impacientó Héctor Arias.

El holandés se encogió de hombros.

—No lo sé. Nos lo dirá ella misma cuando se ponga en marcha...

—Pues ponla en marcha...

Gaston Perès intervino colocándose ante la máquina y apartándolos con un

gesto:

—Mis órdenes son no tocarla... — dijo—. Además, ni siquiera tengo la llave... —se volvió a Sacha—. Ya que la han visto, cierra el camarote y que no entre nadie... ¿Está claro? Absolutamente nadie. O mucho me equivoco, o este trasto sabe más del asunto que nosotros... Dejémosle en paz...

Fueron saliendo sin protestas, pero sin dejar de admirar, con cierto recelo, a la silenciosa y fría máquina.

Bonganovitch atrancó la puerta, echó la llave, y se la metió en el bolsillo. Luego señaló:

—Pondré también un candado...

"El Alfanje" hizo un gesto de

asentimiento, y se dirigió a los yugoslavos:

—En cuanto el "bou" esté descargado, sacadlo un par de millas mar afuera, vía de agua, y al fondo...

Regresad en un bote de goma...

—Está oscureciendo... —señaló

Sergio.

—¡Rápido entonces...! —ordenó—.

Esta noche tenemos que dejarlo todo listo. Y no quiero que una rendija de luz se filtre fuera. ¡Héctor! —gritó—. Ocúpate de organizar las guardias... Dóngoro, prepara algo de cenar. En la cocina debe haber provisiones...

Comenzaron a moverse. Eran gente disciplinada, acostumbrada a cumplir órdenes, y cuando la oscuridad cerró

por completo, el "bou" descansaba a cuarenta metros de profundidad, habían cenado, y los que no vigilaban, dormían o jugaban a las cartas en un comedor herméticamente cerrado a la luz.

Gaston Perès se cercioró de que todo estaba en orden, inspeccionó la guardia, montada en su primer turno por los dos ingleses, y subió al puente de mando, donde el capitán, corridas las cortinas, se dedicaba a estudiar la documentación del "Pompeya" y las cartas marinas:

—¿Qué piensa de todo esto...? —
inquirió el "pied-noir".

El mallorquín tardó en responder.

Mordió su apagada cachimba, y sin quitársela de la boca señaló los papeles

de la pequeña sala de bitácora.

—La documentación es falsa —
aclaró—. Pero hay que ser un
especialista para descubrirlo... Nos
dirigimos a Sudamérica...

—¿Por qué Sudamérica...? —se
sorprendió "el Alfanje" aunque se había
prometido no sorprenderse ya por nada.

El capitán extendió las cartas
marinas sobre la mesa.

—Todas son de Sudamérica o el
Mediterráneo —señaló—. Y son
nuevas... Encontré una de la costa
angoleña, pero está tan usada que debe
tratarse de la que utilizaba el capitán
anterior... —hizo una pausa—. He
visitado las bodegas... —añadió—. Esto
fue un maderero... Aún quedan astillas

en el fondo...

—Ocúpese de que las quiten... Y de tirar ese mapa... Cuantas menos pistas queden del barco, mejor...

—¿Por qué...?

Se encogió de hombros:

—No me lo pregunte, capitán... —rogó—. Son órdenes... Ya le dije que, a partir de ahora, sé tanto del asunto como usted...

—¿Cómo recibirá nuevas órdenes?

—Por radio... Me han dado un papel con los días, las horas y las longitudes de ondas por las que llamarán... —indicó—. Cada día a una hora distinta, y en una longitud de onda distinta... —agitó la cabeza—. "Espada" y "Lanza" no se arriesgan...

—En el fondo usted los admira, ¿no es cierto? —inquirió el capitán—. Los maldice, pero los admira... No han dado un solo paso en falso...

Gaston Peris estudiaba las cartas marinas de Sudamérica como si tratara de encontrar en ellas contestación a todas las interrogantes que se venía haciendo desde meses atrás. Sin alzar la cabeza hizo un gesto de asentimiento:

—Sí... —admitió—. Son como un muro... No encuentro un resquicio por donde meter el cuchillo y hurgar...

No tengo ni la menor idea de quiénes pueden ser, ni lo que pretenden... —miró a Fonseca, y sonrió con cierta ironía amarga—. Lo único que sé, es que nos tienen aquí, a bordo

de un barco mugriento, y casi enterrados en explosivos. —Hizo una pausa—. ¿Cree que esta bañera llegará a Sudamérica...?

—Llegará... —admitió el mallorquín con cierto humor en el tono—. Llegará si no pretenden que demos la vuelta por el cabo de Hornos... Una tormenta nos mandaría al fondo como una piedra...

—Confío en que no tropecemos ni siquiera con una "marejadilla"... —sonrió—. Me mareo.

—"Non fot!"

—No jodo... —protestó—. Es la verdad... Me mareo como una cabra de montaña. En cuanto salgamos a mar abierto, me verá ponerme verde...

—Nunca lo hubiera creído... Un tipo como usted...: "El Alfanje"...

—No tiene nada que ver —replicó —.

Nelson también se mareaba... —sonrió—. La mayoría de los genios se marean... —Señaló el instrumental para él desconocido que llenaba el puente de mando e inquirió—: ¿Tiene cuanto necesita...?

—Me arreglaré...

Gaston Perès lo observó con cierto asombro. El capitán Fonseca pasaba de los sesenta años, y era un hombre de mediana estatura, delgado, pelo canoso y rostro marcado por el salitre y las intemperies, que parecía tomarlo todo con absoluta naturalidad. No concedía

importancia a nada, como si el hecho de encontrarse en semejante barco, con semejante tripulación y semejante carga, sin saber adónde tenía que dirigirse, fuera de lo más natural. Jamás discutía, ni se alteraba un ápice. Cuando Gaston Peris fue a contratarlo a Puerto Andraitx, en Mallorca, le indicaron que podría encontrarlo pescando, al pie del faro del vecino islote de Dragonera. Alquiló una lancha, saltó a tierra a su lado, se cercioró de que era el hombre que buscaba, y le propuso conducir un barco del que aún no sabía nada, a un punto desconocido. El viejo ni se inmutó. Cebó su anzuelo, lo echó al agua, e hizo un leve gesto de asentimiento.

—De acuerdo... —dijo—. Pero el primero de febrero me esperan en el "Waldorf"...

—¿El "Waldorf"? —se extrañó—.

¿El "Waldorf Astoria" de Nueva York?

—El mismo... He prometido sustituir tres meses al jefe de cocina...

—¿Pero usted es capitán de barco o cocinero...?

—Ambas cosas, amigo... —replicó sonriendo—. ¿Ve usted aquel pueblo de allá arriba... Andraitx...? No el puerto: la villa. Allí nací yo... Y ahí han nacido los mejores cocineros del mundo. ¿No lo sabía?

Gaston Peris no comprendía el porqué de aquella conversación. No

tenía nada que ver con lo que le había traído a Mallorca, pero decidió seguir la corriente al extraño individuo que, de momento, no había puesto el grito en el cielo por su propuesta.

—Siempre creí que los mejores cocineros eran franceses —dijo.

—No todos. De cada veinte grandes maestros de cocina, por lo menos ocho son de Andraitx. Es una tradición y una escuela que se remonta a doscientos años... Unos son marinos, y otros cocineros... —sonrió, y por primera vez apartó la vista de la boya que flotaba en el mar—. Yo alterno...

En efecto, a su edad, alternaba la gran cocina con el contrabando. Antes había mandado un buque de pasaje, un

pesquero del "Gran Sol", y una lancha rápida republicana durante la guerra civil española.

No preguntó cuánto le iban a pagar.

Aquella noche, Gaston Perès durmió en su casa, en Andraitx, una especie de enorme palacio rodeado de almendros que dominaba la bahía y el puerto, con Dragonera al fondo. Fonseca era un hombre rico. Quizá muy rico, con tierras, barcos de pesca, una línea de autobuses, y probablemente varias lanchas dedicadas al contrabando. No necesitaba embarcarse en una aventura de resultado incierto, y cuando Perès lo mencionó se encogió de hombros:

—Mi esposa murió hace años... — señaló—. Mis hijos están casados y les

va bien... La vida aquí, salvo en verano, resulta demasiado tranquila...

Me gusta distraerme en los inviernos.

Manejar la cocina del "Waldorf", hacer un poco de contrabando; llevar su barco donde quiera que vayamos...

En verano no habría aceptado... — admitió—. ¿Sabía que este verano las turistas andaban con las tetas al aire? No es que sea un viejo verde, pero me gustan las cosas bonitas...

Salieron a cubierta. Hacía fresco, subieron los cuellos de sus chaquetones, y contemplaron durante largo rato, en silencio, el mar y las estrellas. Se acodaron en la borda, y escucharon el retumbar del mar contra el fondo del

casco.

—¿No le preocupa cómo puede acabar esto? —inquirió el "pied-noir" al cabo de unos minutos—. No regresar a su casa de Mallorca, y a sus turistas del verano...

—No, en absoluto... —replicó con auténtica naturalidad—. Imagino que los tipos que lo han planeado sabrán lo que hacen... Y si no, es lo mismo... Por nada quisiera perderme el final de este lío...

—¿Eso es lo que le mueve? ¿La curiosidad?

El capitán Fonseca se irguió, estiró los brazos desperezándose de cara al mar, y por primera vez en la noche se sacó la cachimba de la boca.

Sonrió:

—Amigo mío —dijo—. A mi edad, cuando ya no se tienen ambiciones económicas, ni vigor sexual, ni gula, ni deseos de conocer el mundo porque se ha recorrido de punta a punta... ¿qué puede quedar, más que curiosidad por ser testigo de una chifladura?

Dio media vuelta, se metió en su camarote, vecino al puente de mando:

—¡Hasta mañana...! —se despidió.

Sentado en el quicio de la ventana, de espaldas al jardín donde jugaban los niños, y a la casa que se estaba construyendo allá abajo, junto al mar, a quinientos metros de la de Gregory Peck, Gino Montalde escuchaba, erizado hasta el último vello de su piel, al hombre de barba blanca y redondos

anteojos, que leía con voz clara y firme, a veces apasionada, a veces triste, transmitiendo a cada uno de los presentes los sentimientos descritos en las cuartillas que tenía ante él, y que iba pasando muy despacio, sin hacer ruido.

Isabelle, recta en su asiento, junto a Jonathan Leiva, se esforzaba por contener una lágrima rebelde. El poeta, en su silla de ruedas, escuchaba con la mirada perdida en algún punto lejano, rememorando en cada instante las escenas que Duke Dalton había plasmado tan magistralmente en el guión. Aristófanes fumaba un habano tras otro, hundido en el sofá, aparentemente ajeno a todo, pero sin perder una palabra de cuanto allí se

decía.

Cuando se volteó la última hoja, y se hizo el silencio, era como si ese silencio se hubiera solidificado en torno a ellos, denso y cargado de sugerencias.

Duke Dalton aguardaba las reacciones ante su obra, pero Jonathan Leiva se encontraba demasiado lejos en espíritu, y los restantes no acertaban a expresar la impresión que la lectura del guión les había causado.

Tuvo que ser Gino, que se sentía en realidad alma y sostén de la película, el que se decidiera a abandonar el lugar que había ocupado durante más de una hora. Avanzó hacia el bar, se sirvió un whisky, y comentó:

—No creo que encontremos a nadie

capaz de llevar eso a la pantalla...

Duke Dalton se despojó de sus diminutas gafas, se frotó los ojos con aire de cansancio, bebió agua del vaso que tenía a su lado, e inquirió sorprendido:

—¿Por qué?

—Es demasiado hermoso... Tan poético, tan portentoso, que no se me ocurre quién podría realizarlo...

—¿El Losey de "El mensajero"? —intervino Aristófanes—. Me impresionó esa película.

—Losey no está libre hasta dentro de un año...

—¿David Lean? El de "La hija de Ryan"... Hay escenas que evocan aquel ambiente... El mar, las rocas, la poesía...

Gino se volvió a Isabelle que era la que había lanzado la sugerencia.

Levantó el vaso hacia ella, como saludando el talento de David Lean.

—Lean es hoy el número uno —admitió—. Tan número uno, que aun empujando los calcetines, no podríamos soñar en producir una de sus películas... —bebió con gesto de impotencia—. ¡Seamos prácticos...! Pensemos en directores que estén a nuestro alcance.

Aristófanis Panatas sonrió irónico, y no apartaba los ojos del rostro de Gino cuando comentó muy serio:

—Tengo un negocijo entre manos, que si me sale, podría incluso contratar a David Lean...

Gino estuvo a punto de atragantarse

con el whisky que le mojó la solapa del traje, y lanzó una furibunda mirada al griego que parecía sumamente divertido:

—¡No seas imbécil...! —exclamó, y luego, como buscando una salida a su propia reacción, se volvió a los otros—. Este cretino está pensando en vender la revista... ¡Todas sus revistas...!

Isabelle y Dalton se volvieron hacia Aristófanes, que no pudo por menos que aplaudir levemente la rápida reacción de su amigo. Negó con un gesto.

—No es exactamente una venta lo que tenía en mente... —explicó a modo de disculpa—. Pero tal vez Gino tenga razón: es mejor no contar más que con lo que disponemos... ¿Cuánto puede cobrar

Fellini?

—¡No seas iluso, Ari...! —le increpó el otro—. Lo primero que diría es: "Que quiten a ese imbécil de Montalde, y traigan a un actor de verdad... Uno feo, pero que sepa de esto..." Isabelle sonrió ante el derroche de sinceridad y cuando habló lo hizo dirigiéndose a Dalton:

—Usted que la ha escrito...: ¿Quién cree que puede dirigir esta historia?

—¡Inteligente observación! —admitió el griego—. Nadie mejor que quien lo ha escrito para decidir.

El guionista dudó unos instantes.

Sus diminutos ojillos fueron de uno a otro y se detuvieron en Jonathan Leiva:

—Antes que nada... —dijo—. Me

gustaría saber la opinión de Jonathan sobre mi trabajo... Al fin y al cabo, es su vida...

—¡Tiene razón! —admitió Isabelle un tanto confusa—. Te tenemos olvidado, pobrecito mío... ¿Qué te ha parecido...?

Se arrodilló frente a él, aguardando su respuesta, y su mirada fue devuelta por unos ojos fríos; ojos que se abrían muy fijos, sin pestañear.

Isabelle Barrington permaneció inmóvil unos segundos que parecieron infinitamente largos, y se hizo un nuevo silencio, sin que ninguno de los presentes comprendiera a qué se debía.

De improvviso, Isabelle escondió la cabeza en la manta que cubría el regazo

del poeta, y rompió a llorar mansamente.

Duke Dalton fue el primero en salir de su sorpresa y aproximarse. Observó al paralítico, estático en su silla de ruedas, y alzó el rostro:

—¡Está muerto! —fue todo lo que dijo.

En efecto, Jonathan Leiva había muerto como un pájaro asustado. Asustado tal vez por los recuerdos que habían desfilado ante él durante más de una hora. Asustado por la seguridad de que todo había acabado. Asustado por su sentido de la belleza y de la estática; porque aquella hermosísima historia, no tuviera sin embargo un hermoso final. En lugar de la grandeza de la muerte de un hombre, la película tendría que acabar

con la miseria de un ser convertido en desecho humano.

O quizá murió al descubrir cómo miraba la mujer que tanto le había amado, al joven que fumaba indolentemente recostado en el sofá. O murió por no poder soportar el insultante atractivo, y el vigor físico del hombre apoyado en la ventana.

Fuera lo que fuera, estaba muerto, y la muerte había devuelto a su rostro la serenidad y la altivez de otro tiempo; la personalidad perdida; el encanto de un hombre que había sabido asombrar al mundo con su genio, su humanidad y su dulzura.

Pero, en realidad, Jonathan Leiva había muerto mucho tiempo atrás.

Había muerto el día que lanzaron una bomba en su camino, o incluso antes, el día que murió el país que amaba, en septiembre de 1973. Isabelle Barrington sabía, mejor que nadie, que a partir de ese momento todo fue distinto; todo fue una pendiente hacia la nada: hacia aquel final de vela que se apaga.

"Chile; país del sol poniente, donde se acuesta el día, donde descansa el ave, donde se acaba el mundo, y donde mueren los mares." Isabelle guardaba aquellas líneas, las últimas que había escrito de su puño y letra la noche antes del atentado, comienzo de un nuevo libro en el que esperaba plasmar todo el dolor que anegaba su alma por los acontecimientos de aquel septiembre, el

más auténticamente "negro" de todos los septiembres de la Historia. El heroico final de Allende; la aplastante agonía de Neruda; la furia de las hordas fascistas; el dolor y el terror de un pueblo que saltaba atrás mil años en la Historia; de la más refinada cultura a la más cruel barbarie.

—Escribiré ese libro —había asegurado en la mañana con firmeza—. "Mi País del Sol Poniente", y cuando lo haya escrito, no me importará que envíen sus asesinos a buscarme al fin del mundo.

Pero los asesinos habían llegado apenas unas horas más tarde, cuando tan sólo dos líneas quedaban escritas, y quien quisiera concluir el libro, tendría

que sumar, a las muchas iniquidades, el largo y agobiante estertor de Jonathan Leiva.

Lo enterraron muy temprano en la mañana, y en silencio. Sólo ellos cuatro, y los niños mayores, sin dar la noticia a los periódicos; huyéndole al tumulto, y retrasando en lo posible la alegría de los que lo tenían por una acusación viva y doliente de sus crímenes.

—¿Qué vas a hacer ahora? —quiso saber Gino cuando abandonaron el diminuto cementerio, e Isabelle se hubo serenado tras la ceremonia.

—No lo sé... —admitió—. Me gustaría irme lejos, viajar y mantenerme apartada de la avalancha de gente que va a caer sobre la casa en cuanto se

conozca la noticia.

Gino consultó con la mirada a Aristófanes, sentado al otro lado del automóvil que los conducía de regreso a la casa, y el griego hizo un gesto de asentimiento.

—¡Ven con nosotros! —ofreció.

—¿Adónde...?

—A América... A localizar los exteriores de la película. Perú, Ecuador, México, Venezuela, Guatemala, Panamá, Puerto Rico... Nadie mejor que tú para elegir los lugares en los que estuviste con él.

Los miró alternativamente, Isabelle no podía sospechar que aquel viaje de "localización de exteriores" no fuera, en realidad, más que una pantalla que

justificaba su estancia en las proximidades del Canal de Panamá.

Para Isabelle, aquel viaje se convertía, de improviso, en una prueba de amor del hombre que acababa de convertirse en su amante.

—No estaría bien... —musitó—. No estaría bien con el cadáver de Jonathan aún caliente...

Al hablar miraba al griego, como si tratara de apartar de su mente pensamientos impropios del momento.

Aristófanes colocó con delicadeza una mano sobre la negra tela que cubría su antebrazo. Su voz sonaba más seria que nunca al asegurar:

—No es eso lo que quiero. No habrá nada en absoluto. —Hizo una

pausa y no cabía duda de que se le advertía sincero—. Será únicamente un viaje en busca de escenarios para la película. Duke Dalton vendrá con nosotros... —añadió—. Eso evitará comentarios...

—No son los comentarios los que me preocupan —replicó, pero se la notaba tranquila—. Soy yo misma. Necesito tiempo para pensarlo...

—Tiempo es lo único que no tienes... —señaló Gino—. La noticia no se mantendrá en secreto... Mañana tendrás la casa llena de periodistas...

Durante un par de kilómetros, el auto avanzó sin que sus ocupantes cruzaran una sola palabra. Entraron en Niza, y ya en el Paseo de los Ingleses, a

la altura del "Negresco", Isabelle, que contemplaba absorta el mar, asintió:

—De acuerdo... —dijo—. Iré...

Tres días después el "Mistère" plateado y negro despegaba de Orly, llevando a bordo a Gino Montalde, un copiloto, Isabelle Barrington, Aristófanes Panatas y Duke Dalton, que había aceptado disfrutar de unas vacaciones en Sudamérica tras el largo mes de trabajo intensivo a que había estado sometido.

Dalton no comprendía un viaje de "localización de exteriores" sin que viniera el director de la película, pero Aristófanes le convenció de que aquél era más bien un primer tanteo, para decidir en cuál de los países del

continente se rodaría. Entretanto, Gino se había ocupado de enviar copias del guión a cuatro o cinco directores de primera línea.

—Esperemos que la muerte de Jonathan pese a su ánimo a la hora de aceptar —comentó esperanzado.

El mismo día, y casi a la misma hora que el "Mistère" aterrizaba en las Azores en la primera escala de su salto del Atlántico, el "Pompeya", ya con el maquinista a bordo y habiendo recibido órdenes por radio, avistaba el puerto de Valencia, donde embarcaría un cargamento de arroz con destino a un importador de Guayaquil, Ecuador, en la costa del Pacífico de América del Sur, justo frente a las islas Galápagos.

El capitán Fonseca no pareció sorprenderse cuando Gaston Peris llegó de la sala de radio con un papel en la mano, y se lo tendió:

—¡Guayaquil! ¿Lo conoce?

—Un calor del infierno... —fue todo lo que dijo.

—¿Cree que este monstruo humeante llegará a Guayaquil cargado de arroz?

—A condición de que el arroz no se moje... —señaló con humor—. Si se moja y se hincha, revienta las planchas... —agitó la cabeza divertido—. Algunas parecen de cartón... Se abomban por todas partes. La verdad...: Tengo ganas de ver en qué acaba todo esto...

—¿Quiere que se lo diga? —señaló

Gaston Peris—. Acabará con que entregaremos un cargamento de arroz en Guayaquil, y tiraremos las armas al mar...

Sacha Bonganovitch fue de otra opinión cuando conoció el destino final del viaje. El objetivo de la operación se le antojó muy claro:

—Ecuador... —aceptó a la hora del almuerzo, cuando se encontraban reunidos en el comedor—. ¡Lógico! Ecuador acaba de concluir uno de los oleoductos más importantes que se han construido... Saca petróleo de la selva amazónica, subiéndolo hasta los Andes, para bajarlo luego al puerto de Esmeraldas, al norte de Guayaquil... —golpeó con el dedo la mesa, insistente,

convencido, con la atención de todos pendientes de sus palabras—. ¡El mejor petróleo que existe, aparte el árabe...! Poco azufre y primera calidad... ¡Está claro...!

Vamos a volar ese oleoducto, y durante un par de años, nadie le hará la competencia a los árabes con petróleo de primera...

—No parece lógico —protestó Héctor Arias, el dominicano—. Si fueran los árabes, emplearían su propia gente...

—¡No seas ridículo! Si emplean a su gente, se exponen a que les devuelvan la pelota en sus propios oleoductos al mes siguiente... Utilizándonos a nosotros, se quedan en la sombra.

Nadie va a acusarlos...

—¡Es una marranada...! —protestó Andrade.

Gaston Perès se vio en la necesidad de intervenir cuando advirtió que la discusión se generalizaba, y alzó los brazos pidiendo calma.

—Nos estamos precipitando... —señaló—. A mi modo de ver, y soy el que mejor conoce este asunto, no tiene, en absoluto, matiz político...

De todos modos, cuando hable con "Espada" puedo preguntárselo... —Hizo una pausa y paseó la mirada por los rostros de los presentes, deteniéndose un instante en cada uno de ellos para observar su reacción—.

Para saber a qué atenernos —

añadió—, ¿alguno de ustedes se negaría a seguir adelante en caso de tratarse de lo que Sacha sugiere?

Guardaron silencio, consultándose con la mirada, y al fin, uno tras otro se encogieron de hombros, negando con absoluta naturalidad.

—Por mí... —comentó Andrade expresando el sentir general—. Si pagan lo prometido, me da igual una cosa que otra...

La mayoría acogió favorablemente sus palabras. Al fin y al cabo, eran mercenarios, y habían matado gente por muchísimo menos dinero y por motivos igualmente deshonestos. No tenían por qué asustarse de volar un oleoducto.

En Valencia embarcaron el arroz

que les estaba esperando, y al atardecer del día siguiente, con las máquinas a toda potencia —que no era mucha— pasaron frente a Marbella, atravesaron el Estrecho y se internaron en el Atlántico.

—Haremos escala en San Juan de Puerto Rico, cruzaremos el Canal, y luego, de un salto, nos plantaremos en Guayaquil —señaló Fonseca.

La travesía del océano resultó tranquila, excepto para Gaston Peris y Dógoro, mareado casi todo el tiempo. También los hermanos Jarkovich se sintieron indispuestos los primeros días, pero ello no fue obstáculo para que Peris se ocupara de organizar lo referente a los explosivos, la colocación

de los detonadores, y la comprobación de su funcionamiento.

Al quinto día, cuando el mar estaba en calma y el "pied-noir" se sentía un poco aliviado de sus náuseas, se cercioró, con ayuda de los enormes prismáticos del capitán, de que no se divisaba nave alguna por los alrededores, colocó una de las cargas en un bidón vacío, y lo dejó caer al agua.

Minutos después, cuando había desaparecido de su vista y calcularon que se encontraría a unos tres kilómetros de distancia y diez o doce metros de profundidad, Perès apretó el interruptor de un pequeño emisor de radio, y se escuchó un sordo retumbar mientras del mar se elevaba una columna de agua.

El "pied-noir" sonrió satisfecho:

—No he perdido facultades — comentó—. Este artefacto podría hundir un barco de guerra...

—No me gusta el sistema... — señaló Arias, el dominicano—. Es una forma cobarde de matar gente... Fue así como la Policía secreta chilena asesinó a Letelier en Washington. Colocaron una bomba en el coche y la hicieron explotar a distancia... —Hizo una pausa amarga—. Dos personas más iban en el coche, y nada tenían que ver con el asunto. Alguien que jamás los había visto, apretó un botón como ése y los despedazó... No me gusta.

—A mí tampoco... —admitió Peris, y luego, quizá no demasiado

convencido, añadió—: Pero "Espada" asegura que no mataremos a nadie.

—¿Y usted lo cree? —inquirió el dominicano, negando con la cabeza—.

Sería un milagro. Utilizar todo ese explosivo que llevamos sin acertarle a nadie... ¡Un milagro!

—¿Le preocupa? —Gaston Perès le examinó con atención—. Leí mucho sobre usted cuando la Revolución. Se decía que el coronel Caamaño era un idealista que luchaba por llevar la libertad a la República Dominicana, pero que usted buscaba otros fines...

Mató a mucha gente sin motivo.

Incluso se asegura que recibió un millón de dólares de los norteamericanos por revelar dónde

escondían la mayor parte de sus armas los revolucionarios...

—¿Cree que si hubiera tenido alguna vez un millón de dólares, andaría metido en este lío...? —fue la respuesta —. No me crea tan idiota...

Maté a mucha gente, es cierto. Y no me arrepiento... El trujillismo seguía vivo en mi país. Después de una Dictadura como la que nosotros sufrimos, liquidar a mil o dos mil culpables, no constituía un crimen, sino un favor a la Humanidad. De eso, a vender a mi gente, media un abismo... —sonrió con amargura—. Había dos tipos de la CIA muy listos allí: Don Mitrione, al que ajusticiaron los "tupamaros" en Uruguay, y Clark, el "hijodeputa" más

peligroso de los Servicios Secretos Americanos.

Sabían que Caamaño se había quemado con la Revolución, pero que mi prestigio seguía intacto y montaron un truco... Cargaron dos camiones de armas viejas, y las escondieron en un caserón abandonado. El día que yo abandonaba la isla ellos "descubrieron" el arsenal. Al aterrizar en Caracas, un aduanero se emperrió, extrañamente, en revisar a fondo una de mis maletas... La mitad de mis cosas habían desaparecido, y su lugar estaba ocupado por ciento cincuenta mil dólares... Los periodistas salieron de debajo de las piedras.

Había fotografías en todos los rincones de la Aduana... A la CIA le

costó ciento cincuenta mil dólares librarse de un enemigo político en uno de los países de su área de influencia... —rió con una corta carcajada—.

Lo más gracioso, es que como yo juraba que ese dinero no era mío, se lo quedaron en la Aduana...

Gaston Perès se esforzó por no reír a su vez. El tipo parecía sincero aunque con su cara de indio y sus ojos inescrutables, podía muy bien estar mintiendo sin que un solo músculo de su rostro aceitunado se moviese.

Al "pied-noir" no le agradaba y lo consideraba demasiado cerebral, con una especie de doble personalidad desconcertante, que impedía saber nunca a qué atenerse respecto a él. Por ello lo

tenía catalogado como el más peligroso del grupo, y al que más estrechamente debía vigilar.

Trina siempre había creído que sin agua no había vida, pero se sorprendió ante el hecho de que allí, en Lanzarote, los hombres no se dieran por vencidos aunque no lloviese en meses, ni aun en años. Los campesinos canarios plantaban sus semillas y abonaban sus campos, sin trazar apenas surcos en la tierra, dejándola muy lisa, para cubrirla después con una fina capa de cenizas volcánicas que la hacía parecer enlutada con un negro manto.

Era ese manto el que conseguía que las plantas crecieran, porque el "lapilli" absorbía de noche la precaria humedad

de la atmósfera y la transmitía a la tierra durante el día. Aquellos campos no tenían semejanza con ningún otro, y los labradores, pacientes y laboriosos, protegían del viento con un muro de piedras cada planta, como brocales de pozos incompletos, rodeando cada uno de ellos la más mimada de las viñas.

Y a tan sólo unos pasos de esas viñas, Trina se detuvo ante un mar de lava cuajado de abismos insondables que descendían a las mismísimas entrañas del infierno, y diminutas grietas de las que ascendía un vaho ardiente de volcán latente a mil grados de temperatura.

Le maravilló ver cómo las mujeres escarbaban unos centímetros en la tierra

roja, para asar con aquel fuego de averno su comida, y nadie podía explicar el porqué de un fuego que era como un palpar constante del corazón de la tierra.

En cuanto alcanzaba la vista, no se distinguía más que una extensión ilimitada de magma solidificado donde nada podía crecer, y por primera vez en años, Trina sintió deseos de hablar, de comunicarse; de expresar la profunda impresión que le causaba aquel universo calcinado y yermo.

Se volvió a "Huascar", y quiso confesarle que sentía su propia alma quemada y muerta como aquel mar de volcanes callados; con idéntico fuego bajo la capa de cenizas, pero

comprendió que era inútil, que jamás le entendería, y que para él, ni los paisajes ni los seres humanos significaban nada.

Volvieron a las playas; a las tranquilas, blancas y suaves playas del sur de la isla; a las rocas que se lanzaban decididas hacia un océano cálido y tranquilo, y a la pesca.

Recordó una Navidad tan apacible como aquélla en Chile, y recordó que una tarde, cuando el sol se ocultaba en uno de los atardeceres más hermosos que recordaba en mucho tiempo, vio llegar por la carretera el oscuro y amenazante automóvil de la Policía chilena.

Ahora, cuando pescaba en su rincón predilecto, "Huascar" le trajo la

noticia: Los Almeyda, padre e hijo, habían muerto. Los Almeyda habían sido los primeros en violar a Trina y a su madre. De ellos vino también la idea de echársela a los perros.

"Huascar" conocía la noticia por los periódicos brasileños. Se las había enviado su "contacto" en Río de Janeiro. El relato de "O Globo" resumaba el tradicional gusto por lo morboso de los reporteros cariocas: Ayer, a las cinco de la tarde, se cometieron dos asesinatos en el corazón mismo de Río de Janeiro, presenciados por miles de personas.

A esa hora, una de las cabinas del Funicular que suben al "Pao de Azucar", se detuvo a unos doscientos metros de la cumbre. Un sabotaje había bloqueado su

sistema de tracción. Durante largos minutos, la cabina se balanceó sobre el abismo, juguete de los vientos. Dentro gritaban dos hombres. Más tarde se les identificaría como Jo)0 y Augusto Almeyda, padre e hijo, conocidos pistoleros alagoanos. Poco a poco, los curiosos se fueron agolpando en las inmediaciones, mientras se requería la presencia de los bomberos y la Policía. A los quince minutos se escuchó una pequeña explosión en la parte alta de la cabina, que se inclinó peligrosamente, quedando pendiente de un solo cable. Los bomberos apresuraron sus esfuerzos, pero se vio claro desde un principio que resultaban inútiles. No existía forma humana de alcanzar

aquella altura. Los espectadores aumentaron, y sobre el silencio de la masa humana que miraba hacia lo alto, resonaban los gritos de los hombres atrapados. Con ayuda de un potente teleobjetivo, nuestro compañero Julio, pudo realizar esta admirable serie de fotografías. En la primera se puede apreciar, en la parte alta de la cabina, una segunda carga explosiva dispuesta a estallar. Cómo llegaron allí esas cargas, es algo que la Policía aún no ha podido aclarar. Durante quince minutos más, hombres, mujeres y niños continuaron con la vista clavada en el punto sobre el que planeaba la muerte. El tráfico quedó cortado en Flamengo, Botafogo y parte de Copacabana. Fue reclamada la

presencia de un helicóptero de la FAB, pero en el momento en que hacía su aparición sobre el cercano aeropuerto Santos Dumont, se produjo una nueva explosión en la cabina, y ésta se precipitó al vacío, entre los alaridos de terror de sus ocupantes.

João y Augusto Almeyda nacieron, quizá por ironías del destino, en la localidad de "Pao de Azucar", en el Estado nordestino de Alagoas. Constituyen el más claro exponente de los clásicos "matahombres" alagoanos, al servicio de los ricos terratenientes de una región considerada como la de más alto índice de criminalidad y violencia del mundo. Reclamados por la Policía, los Almeyda huyeron al extranjero, para

acabar como instrumentos de ejecución de la dictadura militar chilena. Se sabe que venían con frecuencia a Río, pero las autoridades preferían, al parecer, ignorar su presencia.

Nuestra Redacción ha podido saber, sin tener confirmación del hecho, que los Almeyda tenían ayer tarde una cita con un miembro de la CIA, Agencia para la que los pistoleros trabajaron en diferentes ocasiones.

Esta mañana abandonó el Aeropuerto Galeao con destino a los Estados Unidos, Ronald Clark, destacado ex dirigente de la citada Agencia que se encontraba en Río de Janeiro en compañía de su joven esposa.

Con los respetos debidos, la

Redacción de este diario opina que nuestro hermoso "Pao de Azucar", y el corazón de la ciudad de Río de Janeiro, no constituyen el lugar más idóneo para que los Servicios de Seguridad Americanos y los asesinos de una dictadura militar diriman sus desavenencias a la vista de miles de cariocas...

—¿Qué te parece...? —exclamó "Huascar" sin poder contener su buen humor—. Ese par de esbirros colgados sobre el abismo durante media hora cagándose de miedo por las patas...

Tuvieron el fin que merecían... —agitó la cabeza—. Se lo pensarán mucho antes de enviar nuevos asesinos...

Les han calentado las orejas en

público...

De regreso a Panamá, Ronald Clark recibió una llamada del amable subsecretario. Se mostraba satisfecho por la rapidez con que había cumplido su encargo, pero algo molesto por la excesiva publicidad que se había dado al tema.

—¿No encontró un lugar más discreto, Ronald? —protestó—. No le faltó más que cursar invitaciones a los canales de Televisión...

—No crea que no lo pensé... —fue la respuesta—. Usted, lo que quería, no era castigar a unos asesinos profesionales que a menudo nos han sido útiles, sino dar un aviso a quienes los contrataban. Ahí lo tiene... El aviso está

claro...

—Estoy de acuerdo en eso... —
admitió—. Demasiado claro...

Paloma se entusiasmó contándole a su padre, el negro Jackson, las incidencias de su viaje de luna de miel a Río de Janeiro. Había disfrutado de dos semanas inolvidables, en una ciudad donde una negra podía ir del brazo de un blanco sin llamar la atención bañándose en las playas de Ipanema, almorzando en "Castelinho" y viviendo en el lujoso "Copacabana-Palace".

—Al final las cosas se complicaron —admitió—. Ronald tenía algo que hacer, y nos fuimos precipitadamente...

Pero fue un viaje muy bonito...

Muy, muy bonito...

En Panamá los periódicos no daban la noticia de la muerte de los Almeyda. En realidad la dieron muy pocos periódicos del mundo, y la mayoría se limitaron a publicar una foto de la cabina del funicular en el momento de precipitarse al vacío. Las agencias de noticias americanas señalaron que se trataba de un accidente. No mencionaban los nombres de los fallecidos. En realidad, a nadie le importaban. Durante veinte días el funicular del "Pao de Azucar" permaneció cerrado a los turistas. Luego se advirtió un notable descenso en el número de los usuarios, pero a la larga, el incidente se olvidó.

Lo olvidó incluso el mismo Ronald

Clark, el hombre que lo había planeado hasta en el detalle de citar a los Almeyda en la cumbre del mirador para encargarles un nuevo trabajo. En realidad, el asunto no merecía especial atención. No era más que parte de una rutina tan vulgar, que incluso aprovechó la ocasión para llevar a Paloma en viaje de bodas, cosa que no se le habría ocurrido antes. Ronald se mostraba enemigo de mezclar el placer con las obligaciones, aunque a decir verdad, dos sabandijas como los Almeyda no merecían que Paloma se privara de conocer la ciudad más bella del mundo.

A Gino le gustó San Juan. Sobre todo, el viejo Sant Juan, construido por los españoles para que vivieran a gusto

los hombres, tan distinto del San Juan nuevo —Santurce construido por los americanos para que se encontraran a gusto los automóviles.

El viejo San Juan rezumaba encanto y estilo; un personalísimo estilo que se advertía en sus calles estrechas, sus jardines, los altos árboles copudos que daban sombra a las plazas, e incluso los viejos que dormitaban en los bancos de esas plazas.

Santurce —sin que se supiera exactamente dónde empezaba una y acababa la otra— era, por el contrario, una ciudad de inmensas avenidas, de altos edificios, de semáforos, puentes, y rugiente tráfico. Las calles, de tan americanas, parecían haber sufrido un

error geográfico, o haber llegado directamente de Florida o Nueva Orleáns a través del Caribe.

El solo nombre de Caribe despertaba en Gino resonancias exóticas y aquel mar parecía formar un conjunto armónico con Puerto Rico, pues se diría que la isla había nacido en función de ese mar, y el mar había sido creado para rodear a la isla.

Desde el Castillo del Morro, la Fortaleza, o San Jerónimo, se descubría a los barcos entrando y saliendo de la amplia bahía, cruzando frente a los cañones, y junto a un viejo mercante encallado en los arrecifes, destrozado ya por las mareas.

Ola tras ola iba dejando la piel de

acero allí, trepado sobre las rocas, antaño orgulloso navío que surcara los mares, ahora condenado a agonizar apresado en aquella mortal trampa de arena y piedra.

Cada mañana acudía Gino a contemplarlo, esperando ver cruzar ante él a un negro mercante ruinoso y humeante, más necesitado que ningún otro de descansar en un arrecife.

El largo vuelo desde París había contado con una primera escala en las Azores, otra en Bahamas, y una tercera más larga en Puerto Rico. En un tiempo, Jonathan Leiva dirigió una cátedra de Literatura en la Universidad de Río Piedras, junto a un poeta tan destacado como Juan Ramón Jiménez, y

manteniendo una estrecha amistad con el violonchelista Pablo Casals, del que había sido vecino en Isla Verde.

Puerto Rico había jugado un papel importante en la vida de Jonathan Leiva, y por ello, ni Isabelle Barrington, ni Duke Dalton se extrañaron por tan prolongada estancia en la isla, con visitas a cada rincón que pudiera evocar al escritor recién fallecido, y entrevistas con quienes le frecuentaron.

En realidad, obtenidos esos datos, Aristófanes y Gino no buscaban más que perder tiempo, a la espera de que el "Pompeya" hiciese su aparición en la bocana para atracar con un cansado chirriar de cadenas en el viejo puerto.

No era que les resultase

imprescindible un contacto directo con el barco y su tripulación, pues podían continuar muy bien enviando instrucciones a través de la radio del "Mistère" cuando éste se hallaba en vuelo. Gino se limitaba a rogar a su copiloto que pasara a la cabina de pasajeros y dejase su puesto a Aristófanes, que necesitaba hablar por radio con su oficina e impartir instrucciones confidenciales. Conocedor de la magnitud de los negocios de Panatas, el copiloto no se mostró sorprendido por la petición. Llevaba años manejando aviones de grandes empresarios, y se había percatado de la afición de los ejecutivos a dar instrucciones por radio. Saberse a diez

mil metros de altura, en un avión privado e impartiendo órdenes, debía constituir, probablemente, un placer poco corriente.

No necesitaban ver el barco, pero querían verlo. Sobre todo Aristófanes deseaba comprobar con sus propios ojos que el "Pompeya" había atravesado felizmente el Atlántico, y se encontraba allí, en los muelles de Puerto Rico, listo a zarpar hacia la última singladura de su historia.

Cuando el griego comunicase a Gaston Peris sus nuevas órdenes, el "Pompeya" estaría condenado, inapelablemente, a volar por los aires.

Aristófanes había dedicado largas horas de estudio a un problema que se le

antojaba básico a la hora de organizar la operación. Si existía una forma, ¡una sola!, de desmontar un artefacto explosivo, los técnicos del Ejército americano, la encontrarían.

En eso, la opinión de Gaston Perès y de la mayoría de los expertos coincidía: hasta el presente no se conocía ningún tipo de trampa "cazabobos" que alguno de los cuatro o cinco "genios" en desmontarlas que existían en el mundo, no fuera capaz de evitar con paciencia y sangre fría. Si había un camino para llegar al alma de un artefacto, y el que lo ideó lo conocía, otro cualquiera podía hipotéticamente desenredar la madeja.

La solución estaba, por tanto, en

que no existiera forma humana de desactivar el mecanismo una vez se pusiera en marcha.

—¿Quiere eso decir que el Canal volará, hagamos lo que hagamos...! —se espantó Gino cuando Aristófanes hubo expuesto su plan.

—No. En absoluto... —le tranquilizó—. Lo que volará, es el barco.

Pero eso no quiere decir que tenga que volar necesariamente en el Canal... Puede hacerlo en mar abierto.

—En ese caso... —señaló Gino—.

Si lo retiran inmediatamente, acaba el peligro...

—No podrán retirarlo más que en el momento y las condiciones que

nosotros queramos... —explicó—. Me he basado en el sistema de cajas fuertes de los grandes Bancos. Hay cajas que no se abren más que a una hora exacta, programada de antemano. Un reloj interior da las órdenes. Quien no sepa la hora exacta, nunca entra... —apretó con fuerza el puño, como remachando su aseveración—. No podrán mover el barco más que a una determinada hora, de un determinado día... Y jamás averiguarán cuál es... Nadie lo sabe.

—Tú lo sabes...

Rió. Aristófanes parecía el hombre más feliz del mundo.

—No —afirmó—. Ni siquiera yo lo sé.

—¡Estás loco! Alguien tiene que

saberlo...

—Sí, desde luego —admitió—. "Silvia".

—¿"Silvia"...?

—La computadora... ¿No te había dicho que se llama "Silvia"? La "Honec 358-75" que compramos, se llama familiarmente "Silvia", y es la única que conoce el secreto de cómo retirar del Canal de Panamá el barco cargado de explosivos que vamos a meter dentro... ¿Qué te parece...?

—Me parece que eres el loco más peligroso que he conocido... No se puede confiar un secreto semejante a una máquina...

—¿Quién lo ha dicho...? Son los cerebros electrónicos los que guardan

los secretos del mundo. Son ellos los que activan o desactivan las cargas atómicas de los cohetes nucleares que apuntan hacia todos los cielos... ¿O crees que es un soldadito de uniforme el que decide cómo se deben cargar y hacia dónde tienen que dirigirse esos artefactos infernales...? ¡Despierta Gino! —exclamó—. El mundo y su destino lo manejan hoy las computadoras... El hombre no habría llegado a la Luna sin ellas.

—Me parece una monstruosidad...

—No lo es... —afirmó—. Yo podría equivocarme. Un error mío significaría el fin. Por eso confié en la máquina. No quiero que el Canal salte, Gino... Definitivamente, no lo quiero.

Por eso, juego con todos los ases y, además, me respaldo con "Silvia"...

—Estoy preocupado, Ari... — admitió Gino—. Muy preocupado. Y me arrepiento de haberte seguido el juego... Va a ocurrir algo. Lo sé.

Aristófanés le pasó el brazo por el hombro, y juntos echaron a andar hacia el extremo del jardín del "Hotel San Jerónimo" en que estaban hospedados.

Cruzaron junto a la fuente de los flamencos y siguieron en dirección a la playa, flanqueada de altísimas palmeras.

—No debes preocuparte... —le tranquilizó—. Hasta el momento, todo ha salido según mi plan... Nadie imagina, ni remotamente, que estamos mezclados en esto... —sonrió—. En

realidad, nadie imagina que esto existe... Cuando llegue el "Pompeya", enviaré instrucciones a Gaston Peris, y dentro de diez días, todo habrá acabado... Confía en mí, te lo ruego...

Gino iba a decir algo, pero habían llegado a la sombrilla bajo la cual Isabelle Barrington y Duke Dalton comentaban un pasaje del guión. Ella alzó el rostro y sonrió:

—Empiezo a convencer a Duke de que la escena de Machu-Picchu es importante... —señaló—. Yo no la quitaría.

—Me preocupa que el paisaje se coma la acción... —señaló el guionista—. Machu-Picchu es tan impresionante, que corremos el riesgo de que el

espectador esté más pendiente de lo que ve, que de lo que se dice...

Gino y Aristófanes habían tomado asiento. El segundo meditó unos instantes.

—Es posible —admitió—. Pero soy partidario de que nos convenzamos por nosotros mismos... Iremos a Machu-Picchu... —sonrió—. Tengo curiosidad por comprobar si es como Jonathan lo describe...

—¿Nos quedaremos aún mucho tiempo en San Juan? —quiso saber Isabelle.

—No, desde luego... —afirmó el griego—. Nos iremos a Ecuador para seguir luego a Perú... —Su vista estaba fija en un punto en el mar; una mancha

negra que iba agrandándose a medida que se acercaba a la bocana, casi al pie de los altos muros del Castillo del Morro—. En realidad —añadió—, creo que mañana mismo deberíamos marcharnos.

Gino siguió la dirección de su mirada. Cabeceando y lanzando al aire nubes de un humo negro y espeso, el desvencijado "Pompeya" se disponía a penetrar en la bahía de Sant Juan de Puerto Rico.

Con instrucciones precisas de Gaston Peris, el holandés Jan-Van-Jan y uno de los ingleses, desembarcaron el nueve de enero en el puerto de Colón, se dirigieron por tierra a Panamá capital, y de allí volaron directamente a Bogotá.

Tres días después, y bajo un sol de fuego y un calor asfixiante, el "Pompeya" recibió órdenes por parte de la Administración del Canal de abandonar su fondeadero en la bahía de Limón, frente a puerto Cristóbal y dirigirse a las esclusas de Gatún.

El práctico, un hombre hosco y aburrido, con aspecto de estar más que harto de aquel monótono trabajo, trepó al puente de mando, saludó al capitán Fonseca e hizo un gesto con la mano a Héctor Arias que ejercía en esos momentos funciones de timonel.

—Avante a popa... —pidió.

El dominicano adoptó el aire más profesional posible, transmitió la orden a la sala de máquinas y se aferró al

timón con la vista al frente.

El Canal se abría ante ellos como un túnel en la verde espesura de la orilla, y el práctico fue señalando, con voz monótona y gestos, la ruta a seguir.

El capitán, a su lado, chupaba en silencio su apagada cachimba como si nada de lo que pudiera suceder a partir de aquel momento tuviera que ver con él.

Penetraron en el Canal, y se cruzaron con un enorme petrolero, el "Raila", cuyas hélices comenzaban a ganar fuerza, con ánimo de lanzarse a través de la bahía hacia mar abierto.

El "Pompeya" resultaba diminuto y casi ridículo a su lado, pero aun así, desde cubierta les saludaron con la

mano marinos semidesnudos. El calor aumentaba por minutos a medida que dejaban atrás la leve brisa refrescante del Atlántico, y se adentraban en la selva, cuyos altos árboles flanqueaban las orillas, con bandadas de loras chillonas que constantemente revoloteaban sobre las aguas y los barcos.

A proa, Sacha veía aumentar de tamaño las "mulas eléctricas" que les aguardaban a la entrada de los espigones de las esclusas. Se lanzaron los primeros cabos, y el práctico ordenó parar las máquinas. Abajo, en las entrañas de la nave, el viejo motor lanzó su último lamento y se detuvo con pena. El silencio se adueñó de la nave, y los

hombres que aguardaban, cada uno en su puesto, comprendieron que ya nada podía hacer que volvieran atrás.

Las "mulas" comenzaron a tirar del "Pompeya". Era un barco pequeño y no necesitaba más que cuatro. Dos a proa para arrastrar, y dos a popa para frenar. Los gruesos cables de acero, muy tensos, mantenían la nave fija en el centro de la esclusa de treinta metros de ancho, cuyos muros comenzaron a pasar junto a las bordas.

Desde la segunda cubierta, Gaston Peris se cercioró que todo estaba en orden y aguardó pacientemente a que las primeras compuertas llegaran a la altura de la proa.

En ese preciso momento, un auto

rojo, con los hermanos Jarcovich dentro, hizo su aparición en la curva de la carretera, a babor del barco, a poco más de dos kilómetros de distancia, y ascendió lentamente hasta detenerse ante la puerta de entrada del Mirador de las Esclusas de Gatún.

En el corazón del barco, a dos metros bajo la línea de flotación, José Andrade se secó el sudor de las manos ante las palancas que desconectaban los electroimanes adosados a las planchas laterales del "Pompeya", muy cerca de la popa. En la otra banda, Razmán, el turco, permanecía a la expectativa de igual modo, ambos con la vista fija en una bombilla verde que dominaba el cuadro de mandos de las ahora

silenciosas máquinas.

Las compuertas 1 y 2 del Canal de ascenso de las Esclusas de Gatún, llegaron a la altura de la proa del "Pompeya".

Las compuertas 1 y 2 solían abrirse y cerrarse al unísono, pues la distancia entre ambas era tan corta, que casi no formaban en realidad una esclusa, sino una especie de protección para casos de accidente. Su diferencia de altura resultaba inapreciable.

Cuando la popa del "Pompeya" cruzaba frente a la primera compuerta, Gaston Peris, se introdujo en el camarote que se abría a sus espaldas, y apretó un botón que aparecía, solitario, sobre una pequeña mesa.

En la sala de máquinas, la luz verde titiló por tres veces, y al instante Andrade y Razmán desconectaron los electroimanes.

En la parte exterior del "Pompeya", a metro y medio bajo la línea de flotación, dos recipientes metálicos cuadrados se desprendieron del casco y se hundieron rápidamente hasta el fondo de la esclusa, quedando atravesados en el camino de las hojas de las compuertas, de casi dieciséis metros de largo cada una.

Unos minutos después, cuando el navío atravesaba la compuerta número 2, se repitió la operación. Luego, siempre arrastrado por las "mulas eléctricas", el "Pompeya" avanzó hasta

el centro de la esclusa.

Las compuertas 1 y 2 comenzaron a cerrarse, y al hacerlo, encontraron ante ellas las cargas explosivas que habían caído del barco. Las empujaron sin esfuerzo. Cuando se cerraron, cada hoja tenía en su base uno de los artefactos.

A través de sus canales interiores, la esclusa recibió agua del lago y el "Pompeya" comenzó a ascender. En el puente de mando, Héctor Arias abandonó su lugar frente al timón ahora inútil, mientras el capitán mantenía una charla intrascendente con el práctico. Sus ojos, sin embargo, estaban pendientes de Sergio e Igor Jarcovich, que habían atravesado a pie la verja, tras saludar al portero y ascendían con

el aire de dos turistas distraídos, los escalones que conducían al mirador.

Con toda la indiferencia de que fue capaz, el mallorquín se volvió a la curva de la carretera allí, junto a la primera compuerta, donde acababa de detenerse una camioneta ocupada por el segundo inglés, que se apeó, levantó el capó, y comenzó a hurgar dentro con aire de fastidio.

La esclusa se había llenado.

La compuerta número tres comenzó a abrirse justo a los pies del mirador desde el que los yugoslavos tomaban fotos, y justo a los pies del único guardián armado que podía distinguirse en las proximidades del Canal.

Las "mulas" se movieron de nuevo,

arrastrando al "Pompeya" hacia la última esclusa, y al hacerlo, tan sólo unos metros separaron ahora al capitán, en el puente, de los Jarcovich en su puesto de observación. Se saludaron con la mano, como un viejo lobo de mar puede saludar a unos desconocidos. A los pocos instantes, y cuando se deslizaban ante la gran caseta de mandos y la gigantesca compuerta número tres, Gaston Peris apretó el botón, la luz verde se encendió, y un nuevo juego de artefactos explosivos cayó al fondo.

Las compuertas comenzaron a cerrarse. El "Pompeya" llegó al centro de la última esclusa.

Igor Jarcovich abandonó el mirador y regresó hacia su auto, o más bien hacia

la entrada de la verja.

La compuerta número tres quedó cerrada y el nivel del agua subió mientras las bordas del barco iban alcanzando la altura del muro del Canal. Tan sólo una compuerta: la cuarta y última, separaba al "Pompeya" del lago Gatún.

Faltaban cinco minutos para que el agua alcanzara su nivel máximo, cuando Gaston Perès hizo su aparición en el puente de mando. El práctico apenas le dirigió una mirada ni advirtió la que intercambiaba con el capitán Fonseca.

De alguna parte, nadie supo de dónde, surgió Héctor Arias con un revólver que colocó ante los ojos del práctico que se quedó con la boca

abierta, estupefacto.

—¡Avante toda! —ordenó Gaston Perès.

El propio capitán transmitió la orden al cuarto de máquinas y en ese mismo instante Gaston Perès hizo sonar la sirena.

Era la señal convenida, y los hombres actuaron con absoluta precisión: Sergio se colocó ante el guardián que dormitaba bajo el mirador, y sin dejar de apuntarle con una pistola, le despojó de su arma. Igor había extraído de su bolsa de máquinas fotográficas una metralleta, y mantenía encañonado al portero de la verja, encerrándolo en la pequeña oficina que se abría a sus espaldas. Dóngoro, a popa

del barco, lanzaba al agua los cables de las "mulas" delanteras.

En la sala de máquinas, entre Andrade y el turco, ponían la nave en movimiento, y el inglés de la camioneta sacaba la cabeza del motor y se aproximaba a la pequeña garita que se alzaba al pie de la primera compuerta.

Desde esa garita, un hombre desarmado ordenaba el tráfico a través del diminuto puente de hierro, capaz para un solo vehículo no muy pesado, que atravesaba el Canal cuando ningún barco pasaba por ese punto. El inglés alzó el puente para que nadie lo cruzase, metió al hombre en la camioneta y se dirigió con ella a la entrada de la verja, donde se encontraba Igor.

Gaston Peris, que había seguido la maniobra con ayuda de los prismáticos, hizo un gesto al capitán:

—Es hora de que se vayan...

El mallorquín se despidió con la mano y desapareció por la escalerilla.

En cubierta se reunió con Razmán que le esperaba. Con ayuda de un cabo que pendía de una de las "plumas" salvaron de un salto los seis metros que les separaban de tierra firme, y echaron a correr hacia la salida.

Sergio había esposado al guardián a la barandilla, y corría ante ellos.

En la caseta de control, un hombre atisbaba por una ventana, sorprendido del súbito movimiento que se advertía en las orillas del Canal, desiertas a

aquellas horas de calor.

Los maquinistas de las "mulas" mecánicas, se habían percatado también de que algo extraño sucedía, ya que los cables se habían soltado, y el "Pompeya" avanzaba cada vez más aprisa hacia la última compuerta.

Cuando faltaban cuarenta metros para que la proa del barco la embistiera, Gaston Peris dio orden de reserva a la sala de máquinas. Abajo, Andrade obedeció y la hélice giró en sentido contrario frenando el empuje del barco.

Dóngoro, tras soltar los cables de popa, había subido al puente y desde allí, rifle en mano, permaneció atento. El capitán y el turco atravesaron la verja y subieron a la camioneta del inglés, que

se perdió de vista de inmediato.

Igor y Sergio los siguieron en el auto rojo.

Gaston Peris comprobó que todo estaba en orden, se cercioró de que no se distinguía persona alguna cerca de la primera compuerta, y entró en el camarote de la computadora.

Se escuchó una explosión. A unos setecientos metros de distancia, a popa del "Pompeya", la compuerta número uno del tramo de subida de las esclusas del Gatún, en el Canal de Panamá, se estremeció.

Por unos instantes se diría que nada había ocurrido, pero al poco, una hoja se desencajó de sus goznes, el agua comenzó a presionar sobre ella y a

filtrarse, y por último, la compuerta derecha se vino abajo y la izquierda quedó colgando del muro, destrozada.

Una columna de agua se había alzado hasta el cielo, y caía ahora mansamente, como lluvia. La onda explosiva se alejó, alarmando a obreros, guardianes y curiosos, que observaban asombrados los destrozos, y se volvían al pequeño barco que se había detenido a no más de dos metros de distancia de la última compuerta.

Gaston Perès se volvió al práctico, sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó:

—Baje a tierra —ordenó—. Convenza a sus jefes para que obedezcan esas instrucciones, o

volaremos la esclusa de punta a punta.
¿Está claro...?

—Muy claro... —admitió el otro,
nervioso—. Pero una cosa le aseguro.

Esta locura le costará la vida.

Gaston Perès no respondió. Hizo un
gesto impaciente para que se marchara,
y se inclinó sobre un micrófono que
conectaba con altavoces en el exterior
del barco.

—¡Abajo las anclas! —pidió—.

Luego, todos al puente de mando.

Se escuchó un ruido de
maquinillas.

En proa, Sacha dejó caer las anclas
sin soltar más que la cadena
imprescindible. El barco se mantenía de
este modo pegado al alto muro de la

última compuerta, al otro lado de la cual, a unos ocho metros de altura sobre la cubierta del "Pompeya", se alzaba el nivel del lago Gatún.

Minutos después, Gaston Peris, José Andrade, Dórgoro, Héctor Arias y Sacha Bonganovitch se reunían en el puente de mando.

—Bien —señaló el primero—. Ahora a esperar.

Ronald Clark estaba acabando de hacerle el amor a Paloma, cuando el teléfono repiqueteó. Lo descolgó con gesto de fastidio, pero en cuanto escuchó las primeras palabras, se puso en pie de un salto, y se lanzó a la ducha.

—¡Prepara ropa! —ordenó—. Tengo que irme...

Paloma obedeció sin hacer preguntas. Cuando Ronald, aún chorreante entró en la habitación, su muda estaba dispuesta sobre la cama. Le ayudó a secarse mientras él se iba vistiendo:

—Han atentado contra el Canal...
—fue todo lo que dijo.

Se abrochaba la camisa cuando se escuchó el runrunear inconfundible de un helicóptero. Ronald no le dio tiempo a posarse en el jardín; saltó dentro cuando se encontraba a un metro del suelo, y el aparato se elevó perdiéndose en la distancia.

Volaron directamente hacia el Norte, a todo lo largo de las esclusas de Miraflores y Pedro Miguel, el Corte de

Culebra, y el lago. Cuando distinguieron la salida y las compuertas a Gatún, media docena de helicópteros sobrevolaban la Zona.

Ronald Clark rogó al piloto que se detuviera unos instantes sobre el "Pompeya" para hacerse una idea de la situación. Luego tomaron tierra en el cercano Fort-Davis, donde el gobernador y las Fuerzas de Seguridad acababan de establecer su Cuartel General.

No le sorprendió la inusitada actividad del Fuerte, ni que unas quince personas parlotearan como enloquecidas en la Gran Sala de Oficiales. Reconoció a Billy, coronel jefe de Seguridad del Canal, a uno de sus ayudantes, y a varios

ingenieros de Mantenimiento. Se encontraba también el gobernador de la Zona y lo que pudiera considerarse su Estado Mayor, amén de un general de Aviación, y otro de Fuerzas Especiales.

Llegaron dos personas más; un miembro de la CIA y un hombre de aire asustado: el práctico del Canal que había pilotado el barco terrorista.

El secretario del gobernador pidió silencio. Tomaron asiento en torno a una larga mesa, y por último el propio gobernador se puso en pie y se encaró a los asistentes:

—Señores —dijo con voz alterada—. —.

Vamos al grano. Unos hijos de puta han volado la compuerta número uno del

Gatún, y aseguran poder volarlas todas. —Mostró un sobre—. Voy a leerles sus condiciones... —Se caló unos gruesos lentes, aclaró la voz, y alejó el papel hasta enfocar lo con claridad—. "Primera: entregar dentro de las próximas cuarenta y ocho horas, tres millones de dólares, en billetes pequeños, sin marcar, a _"nuestros hombres_" en el "Pompeya", como pago a su trabajo y lealtad. —Carraspeó y lanzó un vistazo a su alrededor como para comprobar el efecto de sus palabras—. Segunda: dejar marchar a _"nuestros hombres_" con su dinero y sin investigar sobre ellos, identidad u origen..."

—¡Dejarles marchar...! —exclamó

asombrado el general de Aviación—.

¡Es inaudito...!

—Inaudito general... —aceptó el gobernador—. Pero cierto. Y eso no es más que el comienzo... Según este papel, cuando esos hombres estén a salvo "empezaremos a discutir las Verdaderas Condiciones..."

—¿Verdaderas Condiciones...? —repitió una voz anónima.

—Por lo visto consideran que tres millones de dólares no son más que una minucia destinada a pagar jornales... —El Gobernador había tomado asiento y se encaró al grupo con el papel en la mano—. O mucho me equivoco... —señaló—, o el que firma esto, un tal "Espada", conoce el valor del Canal...

—¿"Espada"? —inquirió Ronald Clark interesado.

—Ése es el nombre...: "Espada".

¿Le dice algo?

—En absoluto. Es la primera vez que lo oigo... ¿Va a acceder a sus exigencias...?

—Para decidir eso nos hemos reunido... —señaló—. Tenemos que discutir el asunto, y enviar un informe urgente a Washington. Están esperándolo y será el propio presidente quien tome la decisión final.

—Pagar la primera vez, significaría pagar siempre... —señaló el general de Fuerzas Especiales de Fort Gulik—. Mi "Tercer Batallón" puede caer sobre ellos sorpresivamente. Le

aseguro que dentro de quince minutos no quedaría uno vivo...

—Sí, general... —aceptó uno de los ingenieros de Mantenimiento—. Pero también es posible que dentro de esos quince minutos, de la ciudad de Colón, y de los barcos fondeados en Puerto Cristóbal y en la bahía de Limón, no quedase tampoco nada... —Su voz sonaba violenta y acusadora—.

¿Tiene idea de cuánta agua se precipitaría por ese Canal, si las cuatro compuertas fueran voladas...?

—No. No tengo ni idea... Imagino que una cifra astronómica... Pero no lo harán... Ellos están dentro... No se arriesgarán...

—¿Y cómo podemos saberlo...? —

intervino el agente de la CIA, un hombre joven al que Ronald Clark apenas conocía, pues no era de su generación—. Si están tan locos como para montar este asunto, pueden estarlo como para seguir hasta el fin...

—¡No lo creo...!

—Perdón, general... —intervino el gobernador con afán apaciguador, pero en tono incontestable—. No se trata de lo que creamos o dejemos de creer... Es demasiado lo que está en juego, y muy poco lo que sabemos sobre esta gente... —se volvió al práctico que permanecía silencioso y atemorizado, tal vez sintiéndose en parte culpable de la tragedia—. ¿Qué impresión le causaron esos hombres? —quiso saber.

El otro se encogió de hombros.

Paseó la mirada por los rostros de los presentes, cuyos ojos estaban fijos en él como nunca nadie antes le había mirado. Hizo un gesto de impotencia:

—¡Fue todo tan rápido! —exclamó —.

En un principio me sorprendió la escasa tripulación de la nave, pero supuse que estarían durmiendo la siesta... Todo iba normal... El capitán, un viejo, sabía lo que hacía...

—¿Qué idioma hablaba? —quiso saber Ronald Clark.

—Todos... —fue la respuesta—. Entendía inglés, francés y español... A mí me habló en un inglés perfecto... de Nueva York, diría yo...

—¿El otro? El que, según usted, apareció luego... —intervino el de la CIA—. ¿Qué hablaba?

—Lo mismo... Los tres idiomas...

El inglés con acento extranjero...

Era el que mandaba... Sigue en el barco... —hizo una pausa—. Fue el que voló la compuerta.

—¿Le vio hacerlo...?

—No. Pero cuando comprobó que los demás se habían ido, penetró en un camarote que hay junto al puente de mando, y fue cuando sonó la explosión.

En ese camarote deben estar los detonadores...

—¿A babor o estribor...?

Pensó unos momentos. Al fin asintió convencido:

—A babor, de cara a tierra...

—¿Parecía nervioso o preocupado en el momento de entrar o salir del camarote...?

—No, en absoluto... Lo normal en un caso como éste... Pero me dio la impresión de que sabía lo que hacía...

—¿Y el otro? ¿El que apuntaba con la pistola?

—¿El sudamericano...? Tiene aspecto de asesino.

—¿Sudamericano...? ¿Está seguro?

—Completamente...

—¿Cuántos más quedan a bordo...?

—Creo que tres o cuatro... Dos saltaron a tierra, y allí les aguardaban otros dos... Pude ver cómo neutralizaban al guardia y al portero... —Hizo una

pausa—. Dicen que había otro más con una camioneta junto al puente, pero a ése yo no le vi...

—¿Puede describir a los demás?

—¿Describirlos...? —se admiró—.

No, desde luego... Si acaso al capitán, al sudamericano y al que manda...

Me fijé en ellos cuando la cosa se había complicado... Pero en los otros no... Cuando subí a bordo, no eran más que una tripulación... Todos los días veo docenas de marineros iguales... —se disculpó—. Llevo trece años de práctico en el Canal... No se le mira ya la cara a la gente...

—Lo entendemos, no se preocupe... —le tranquilizó el gobernador—. Lo

que interesa, es que nos dé su opinión, aunque no será más que eso: una simple opinión... ¿Cree que volarán más compuertas?

El práctico meditó un largo rato.

Aquella era, sin duda, la respuesta más importante que tendría que dar a todo lo largo de su vida. Se concentró y al fin alzó la cabeza y miró directamente al gobernador:

—Sí... —afirmó el práctico—. Creo que si se les presiona, lo harán...

—Muchas gracias... Puede usted irse a descansar. —El gobernador se volvió al grupo, y sin saber por qué cuando habló lo hizo con la vista clavada en Ronald Clark—. ¡Ya han oído...! ¿Qué podemos hacer?

—Yo soy partidario de averiguar, antes, qué es lo que pueden hacer ellos...

—Ronald Clark pareció buscar respuesta en los ingenieros—.

¿Cuánto daño causarían...?

El ingeniero jefe de Mantenimiento del Canal se vio en la obligación, aun contra su gusto, de convertirse en portavoz. No se le notaba muy seguro:

—Todo depende de la cantidad de explosivos que posean. ¡Si una de las compuertas resiste...!

—Pongámonos en lo peor... —rogó Ronald—. Han traído un barco... En el barco caben toneladas de explosivos... La primera compuerta ha caído... ¿Qué pasaría si lo han calculado todo...? Repito: ¡Todo!

—¿En este momento...? ¿Con el Lago a tope y sin haber tomado medidas de protección...? ¡Una catástrofe!

—¿Qué clase de catástrofe...?

—Inundación de Puerto Cristóbal, y Colón... Daños incalculables en las esclusas, vaciado del Lago, detención del tráfico por tiempo indeterminado...

—alzó las manos en ademán de pedir clemencia—. ¡Compréndalo...!

No he tenido tiempo de valorar las consecuencias... ¡Pero les aseguro que sería un daño terrible...!

El gobernador se volvió con gesto de ira al jefe de Seguridad que se mantenía silencioso en un rincón de la sala.

—¿Cómo es que algo así no estaba

previsto, Billy? —rugió.

—Lo estaba, señor... —fue la seca respuesta.

—¿Cómo ha dicho?

—Digo, que siempre supe que si esto llegaba, nadie podría hacer nada...

—¿Quiere usted convencernos de que ya se le había pasado por la cabeza la idea de un sabotaje...? ¡Explíquese...!

—Me explico, señor... Un sabotaje siempre está en la mente de un jefe de Seguridad... Pero en este caso, por las características del Canal, no quedaba más que una cosa que hacer: rezar.

—¿Rezar...? —se asombró el gobernador—. ¿Para eso queremos diez mil soldados de guarnición en la Zona?

¿Para rezar? Se ve que ni para eso

sirven ya que Dios no les ha escuchado... ¡Rezar...! —exclamó.

—Yo opino lo mismo que Billy —intervino Ronald Clark—. Siempre he abrigado el convencimiento de que el Canal es demasiado frágil y vulnerable... No es culpa de nadie. Se ideó a principios de siglo, antes de que ninguno de nosotros naciera... Ya ha cumplido su misión, y sin la politiquería de los senadores, hace años que se habría abierto un nuevo canal a nivel que no presentase esos problemas...

—Un momento, Clark —atajó el hombre de la CIA—. No es éste momento de hacer reconvenciones...

—Lo sé... —admitió—. Pero tampoco es momento de asombrarse por

algo que todos sabíamos... El Canal es indefendible... Por el sistema que han empleado esos hijos de puta, o por el de hundir un viejo barco cada día en el Corte de Culebra, o por el de tirarle encima una bomba atómica...

¡Lo que se les ocurra! Pero hay algo muy claro...: El Canal no da más de sí...

—¿Y vamos a dejar que lo vuelen...?

—No. Eso sí que no... —protestó —.

Vamos a defenderlo con uñas y dientes...

—¿Cómo...?

Los noticiarios de todas las estaciones de Radio y Televisión del

mundo abrieron su información con la noticia de que el Canal de Panamá "Puente del Mundo", y corazón económico del continente se encontraba amenazado.

América, de Alaska a Tierra del Fuego, se estremeció ante la idea de que la vía de agua pudiera bloquearse, y los japoneses, tan lejanos, pero tan vinculados al Canal por el cordón umbilical de su gigantesca flota, acogieron el hecho con verdadera consternación.

Las Compañías Navieras fueron las primeras en notar la caída de sus cotizaciones, y las principales Bolsas del mundo iniciaron el día con un inusitado movimiento del papel.

Las noticias llegaron de Panamá muy confusas, pero el solo hecho de que el canal resultaba atacable y existía una posibilidad de que se cerrase, colocaba en una posición muy inestable a gran cantidad de empresas.

Si las materias primas sufrían un retraso inesperado, los "stocks" se agotarían y las fábricas permanecerían inactivas durante el tiempo que se tardase en reponerlos. Los países no productores de petróleo no disponían más que de una reserva limitada de crudo en sus refinerías, a la espera de los tanqueros que seguían con normalidad la ruta del Canal. Los mercados tradicionales de productos manufacturados tampoco disponían de

reservas. La ruta bananera con frutos cortados y embarcados calculando un tiempo exacto de viaje para llegar a puerto en su justo momento de madurez, se encontró de improviso bloqueada. De hecho, casi la mitad del comercio de frutas y verduras del continente se vio afectado. Por otra parte, miles de turistas quedaron prisioneros en sus cruceros de lujo, y ante la eventualidad de una gigantesca aglomeración en los puertos de Panamá y Colón, las autoridades suplicaron desde el primer momento que los buques que navegaban hacia el Canal, se desviarán de su ruta.

Durante la noche, el gobernador de la Zona y los ingenieros de Mantenimiento estudiaron la posibilidad

de continuar el tráfico por el ramal de descenso que quedaba libre, pero llegaron a la conclusión de que significaba arriesgar nuevas vidas humanas si sobrevénía una explosión. De igual modo, el gobernador ordenó que todos los navíos que se encontraban en cualquier punto del Canal, o los que aguardaban en el lago Gatún, lo abandonaran a través de las esclusas de Miraflores y Pedro Miguel, en dirección al Pacífico. Si el lago perdía súbitamente su nivel, los grandes navíos tocarían fondo, lo que provocaría daños incalculables. Los muelles de Balboa se vieron en la imposibilidad de aceptar tanto tráfico. Los barcos tuvieron que fondear mar afuera, a la espera de

acontecimientos. A las veinte horas de iniciada la operación, los gastos resultaban ya incalculables.

En Ecuador, país directamente afectado por la crisis, y casi fronterizo con Panamá, las diversas emisoras de Radio parecieron rivalizar desde temprana hora de la mañana para dar la mayor cantidad posible de información sobre los acontecimientos.

En el taxi que les conducía a través de la fabulosa avenida de los Volcanes, hacia Latacunga, Gino y Aristófanés supieron que la primera parte de su plan había dado resultado.

Por un momento se diría que Gino, que iba delante, junto al chófer, estaba a punto de saltar de indignación, pero la

presencia de Isabelle y Duke Dalton le detuvo. Se volvió a Aristófanes que fumaba impasible, recostado en un rincón del enorme auto.

—¿Quién habrá sido el canalla que ha hecho saltar una compuerta del Canal, sin avisar previamente? —inquirió.

Los labios del griego se curvaron en una sonrisa casi imperceptible:

—Uno que pretende hacerse respetar desde un principio... —replicó—. Sin esa compuerta volada, los terroristas no podrían convencer al mundo de que están en condiciones de volar las restantes.

Gino no respondió. Fijó la vista en el frente, en el maravilloso paisaje de las cumbres nevadas del Tunguragua y

los dos Illinizas, incapaz de admirar en esos instantes su portentosa majestuosidad, e incapaz, igualmente, de prestar atención a la charla que en torno al Canal habían iniciado los ocupantes del vehículo. Se sentía traicionado, y una sorda impotencia le invadía. Aristófanes jamás había mencionado la posibilidad de iniciar las operaciones por medio de un acto de violencia. Aunque sabía bien que una compuerta no tenía importancia en el conjunto del sistema de funcionamiento del Canal, el acto resultaba sintomático.

Hacía tiempo que sospechaba que Aristófanes estaba mucho más decidido a seguir hasta el final de lo que parecía en un principio, pero no encontraba

forma de detenerlo. Para el griego, el atentado ya no era una simple jugada con la que probar suerte y medir sus fuerzas. Se había convertido en un reto a su inteligencia y su capacidad organizativa. Quizás uno de los mayores retos que hombre alguno hubiese decidido afrontar en la vida.

Desde su rincón en el asiento trasero, tras el conductor, Aristófanes observaba a Gino que le ofrecía de tanto en tanto su perfil de dios romano enfurecido, y trataba de adivinar lo que estaría pasando por su mente.

No había querido confesarle los detalles de su plan, porque abrigaba el convencimiento de que se hubiera opuesto. Gino era un hombre al que

había que enfrentar a los acontecimientos. A la larga reaccionaba positivamente, y el griego estaba seguro de que lo convencería de que su forma de actuar era la idónea. Pero, de momento, hasta que aceptase la realidad, Gino resultaba imprevisible, y Aristófanes se felicitaba de que la noticia la hubiesen recibido allí, en presencia de testigos. En aquellos instantes, debía estar odiándole, y eso le divertía. Por su expresión cuando se volvió a mirarle, por su mutismo, por la crispación de sus labios, adivinaba cada una de sus reacciones y sentía una especie de placer por su rabia.

Gino se volvió hacia el conductor, comentó algo respecto al paisaje, y

Aristófanes descubrió que deseaba besarle. Los labios carnosos, húmedos y perfectos del actor resaltaban contra el verde que prevalecía más allá de la carretera, y de improvviso, se diría que el rostro del "Hombre Más Bello del Mundo" se había agigantado, convirtiéndose en la única cosa importante que existiera. Los ojos verdes rasgados, furiosos, le lanzaron una leve ojeada de soslayo, y Aristófanes descubrió, sin sorpresa, que lo que en verdad le importaba era aquel rostro.

Con su inseparable habano entre los dientes, apagado porque el humo mareaba a Isabelle, el griego admitió que lo que estaba aceptando por primera

vez, venía de antiguo, lo llevaba muy dentro, y no podía escandalizarle.

Idear la voladura del Canal de Panamá había sido una forma de deslumbrar a Gino, y al asociarse a él no perseguía más que unírsele de una forma indisoluble.

A diferencia de Gino, que lo descubrió de improviso, Aristófanes lo supo siempre sin querer admitirlo; bloqueando su mente a la idea, rechazándola en cuanto hacía su aparición, pero latente en todos los rincones de su ser. Ahora, en aquel taxi que se deslizaba a toda velocidad por la avenida de los Volcanes, a casi cuatro mil metros de altitud sobre el nivel del mar, no estaba en verdad descubriendo

sus sentimientos, sino aceptándolos.

Y debía aceptar, también, que volar la compuerta número uno del Canal de Panamá no era, en el fondo, más que otro modo de provocar a Gino, o quizá, la más ruidosa y sonada declaración de amor que hubiese existido jamás.

—El mundo se asombraría... —se dijo—. Se asombraría de verdad, si supieran que el simple acto de inclinarme a besar a este hombre en la boca va a costar millones.

Y lo encontró natural.

No se espantó de sí mismo. No sintió vergüenza por sus actos, o por sus deseos. No le inquietó lo que el mundo, o Gino, o él mismo pudieran opinar. Él era Aristófanes Panatas, y si después de

haber poseído a tantas mujeres, amaba ahora al "Hombre Más Bello del Mundo", la confesión de ese amor no era un acto cualquiera.

¿Se habría dado cuenta Gino de que era su confesión?

Le observó.

Se había dado cuenta.

En el interior de aquel auto, encerrados con tres personas más, se había establecido, sin embargo, una extraña corriente entre ambos, una comprensión mutua hecha de miradas y silencios.

No se arrepintió de haber volado la compuerta. Pasara lo que pasara, aquel viaje a través del más hermoso paisaje de la Tierra, se estaba convirtiendo en

el momento cumbre de su vida. La radio hablaba del misterioso "Espada" que acababa de espantar a la Humanidad, a su lado una mujer maravillosa le transmitía deseo a través de cada roce de sus cuerpos, y delante, "El Hombre Más Bello del Mundo" correspondía sin necesidad de palabras a su declaración de amor.

Ante ellos apareció el Cotopaxi, inconfundible en su estampa: "volcán de volcanes", cono truncado perfecto, blanco de la cima a la falda y pardo abajo, en los cuatro mil metros del páramo donde nacía; páramo que atravesaban ahora, entre pajonales y "frailejones"; páramo de llamas y alpacas; de indios de poncho y pies

descalzos.

Extendió la mano y tomó del regazo de Isabelle el "Itinerario de mis Andes" de Jonathan Leiva. Lo abrió por donde ella tenía puesto el dedo y había estado leyendo minutos antes: El mundo es una larga armoniosa y completa sinfonía...

En sus paisajes, cuyos altos y bajos, cuyos colores, cuya fuerza o languidez corresponde a instrumentos, notas, tonos o matices, se puede advertir el estado de ánimo del Gran Compositor en el momento de crearlos, de igual modo que se pueden adivinar los de un músico a través de sus obras...

Moldear la Tierra sacándola del vacío no debió constituir un trabajo, sino un placer, un arte, como el de

escribir, pintar, cincelar una estatua o componer una sinfonía, y yo quiero imaginar a Dios inmensamente solo en su solitaria inmensidad, entretenido durante un tiempo infinito que para Él no contaba, en terminar una obra que fuera digna de Sí mismo, y que sirviera, a los que habrían de contemplarla más tarde, para comprender la grandiosidad de quien pudo iniciar y concluir semejante tarea.

De allí, de aquel vacío en el que no había modelos, en el que no existía nada que imitar, y en el que todo era pensamiento puro, debía surgir por primera vez "algo", y surgió por etapas. De la nada al aire; del aire al agua; del agua a las tierras bajas, suaves, sin

relieves, verdes y lánguidas, para ir en crescendo hacia las primeras colinas y la piedra, ganando cada vez más y más fuerza al trepar hacia las montañas, los abismos, las grises rocas, y concluir con los altos picachos, con las nieves eternas, con los inmensos volcanes y los precipicios sin fondo.

Aquí, en Ecuador, los volcanes forman Avenidas, porque una mano inmensa los colocó artísticamente y simétricamente unos frente a otros, a cuál más alto; a cuál más grandioso y espectacular, retándose de lado a lado, desafiándose en su magnificencia, soldados todos de una misma guardia, vigías de un mismo reino, protectores amenazantes del mismo valle.

Chimborazo, Cotopaxi, Illiniza, Tungurahua, Rumiñahui... y más allá el Cayambe. Están aquí, así distribuidos, y aún habrá quien lo atribuya a la casualidad o a extrañas teorías geológicas, pero yo creo —yo quiero creer— que responden más bien a una voluntad más alta; a un Supremo sentido de la estética de un Supremo Inspirador.

Ese día el Creador debió sentirse cansado.

Y satisfecho.

Más tarde, quizá mucho más tarde, experimentó el deseo de contemplar de nuevo aquel rincón magnífico, y al pasear a solas por la Gran Avenida de los Volcanes, quiso dotar al paisaje de los detalles que faltaban, y fue así como

hizo brotar de la piedra los infinitos manantiales; los fríos ríos que corren hacia el lejano Amazonas; los altos árboles del valle, los matojos del páramo; las flores rojas y amarillas que nacen de los cactus, y, sobre todo, los lagos, las lagunas, las hoyas profundas, y las aguas tranquilas donde se reflejaran las montañas.

Entonces, únicamente entonces, el Creador dio por terminada su tarea, y permitió que los hombres y las bestias: alpacas, llamas, y los majestuosos cóndores, llegaran hasta allí a contemplar cuanto había realizado.

Aristófanes dejó a un lado el libro y contempló, pensativo, el paisaje que Jonathan Leiva había descrito, hasta que

el conductor se detuvo a reponer gasolina.

Fuera soplabla el frío viento de las alturas, y se mantuvieron encerrados contemplando el lugarejo a través de las ventanillas. A la puerta de una diminuta ermita y herido por el helado cierzo, un viejo mendigo, arropado en un raído poncho, se acucillaba, estático, extendida la mano suplicante, como tallado en piedra.

Las cuencas de sus ojos aparecían vacías, y su rostro, quemado y marcado por el sol y el viento de los Andes.

Se podrían pasar cien veces sin reparar en su muda presencia, pero desde el instante en que la mirada de Aristófanes recayó en él, le resultó

imposible apartarla, como si le hubiera hipnotizado. Triste, pasivo, silencioso e inmóvil, aquel mendigo parecía haberse convertido para el griego en un reflejo exacto de la raza a la que pertenecía; raza antaño guerrera, conquistadora y victoriosa, pero formada ahora por millones de seres silenciosos, pasivos y eternamente tristes.

Quieto, sin implorar siquiera, aquel mendigo nada esperaba de la vida, más que una moneda que raramente llegaba, insensible al frío del páramo, al helado viento que bajaba de las cumbres nevadas del Cotopaxi, o al hambre dolorosa y eterna que le roía desde el mismo día en que nació.

Le bastó con mirarle para

comprender que no formaba parte del siglo veinte, y nada tenía en común con aquel automóvil, ni con la elegante mujer de vestido blanco, ni con el Canal de Panamá del que hablaba la radio. Se podría decir que, en realidad, no estaba dotado de vida, sino que apenas era algo más que un cuadro; un detalle de paisaje; una pincelada del pasado.

Fue aquel mendigo, más que los otros indios que le rodeaban, el que hizo comprender a Aristófanes que aquella raza había perdido tiempo atrás el tren de la Historia, y no lograría ya, aunque lo intentara, ponerse a la altura de los hombres que viajaban a la luna o construían canales interoceánicos.

No era más que un viejo mendigo

ciego e inmóvil, pidiendo a la puerta de una diminuta ermita de un minúsculo poblacho del altiplano andino, el último de los seres humanos. Pero mirándole mientras la gasolina subía y bajaba al compás de la manivela de un antiquísimo surtidor manual borboteando con un rumor que no había vuelto a escuchar desde su infancia, Aristófanes cayó de pronto en la cuenta de que aquel mendigo ocupaba aquel lugar desde antes de que ellos nacieran y allí seguiría cuando Gino Montalde no fuera ya "El Hombre Más Bello del Mundo" sino un galán maduro y ridículo; tripón y ajado; encorvado y semicalvo.

Aquel mendigo silencioso, tan viejo como las más viejas montañas de

los Andes, acababa de destrozar a Aristófanes el momento más glorioso de su vida.

El motor se puso en marcha, y arrancaron. Se volvió a contemplar por última vez al ciego que no había hecho un solo gesto, ni movido un músculo, y experimentó la ineludible necesidad de cambiar el curso de la Historia.

—¡Para! —gritó.

El conductor detuvo el vehículo, alarmado, y Aristófanes saltó a tierra sin importarle el frío ni el viento. Corrió hacia la ermita y se arrodilló frente al mendigo.

—¡Escucha! —exclamó en su mal español, entregándole un fajo de billetes—. ¡Escucha! Esto es más dinero del

que te hayan dado en tu vida... ¡Muchísimo dinero...! Quédatelo, pero no vuelvas nunca aquí...

¿Me oyes? No quiero que vuelvas a pedir limosna delante de esta iglesia...

El ciego apretó la mano sobre los billetes, y por su rostro cruzó una sombra de esperanza. Su cabeza se movió de un lado a otro como la de una vieja tortuga, pero no hizo gesto alguno de asentimiento, ni pronunció palabra. Se limitó a apretar aún más, si ello era posible, el puño y los billetes.

—¡Vete! —le ordenó el griego—.

¡Quédatelos, pero vete! Te lo ruego... —suplicó—. Vete de aquí. Me duele verte.

El hombre de la gasolinera se

aproximó. Observó unos instantes la escena, escuchó al desconocido, y al fin, agitó la cabeza negativamente.

—Es inútil, señor... —dijo—. Ese pobre viejo nació ciego, sordo y mudo...

Aristófanes alzó el rostro y le miró. Se diría que en sus ojos brillaban lágrimas de impotencia. Hundió la cabeza entre los hombros, y se alejó hacia el auto, empujado por el frío viento del Cotopaxi.

Antonio Arriaga, alias "Huascar", dio un salto. Su violenta reacción se debió a una sola palabra: "Espada".

Javier Vázquez, locutor del programa de noticias de Televisión Española, acababa de pronunciarla. La palabra "Espada" aparecía asociada a

un atentado terrorista contra el Canal de Panamá.

No era hora de maldecir. Era hora de actuar. Ordenó a Trina que preparara las maletas, bajó a la recepción del "Hotel San Antonio", de Lanzarote, pidió la cuenta y reservó dos plazas para el primer avión a Madrid.

Al caer la noche, aterrizaba en París. Llamó a "Winston", a "Gitanes" y a "Players". Llamó a todo el que pudiera darle alguna pista sobre Gaston Perès y "Espada" y "Lanza".

Ahora todo resultaba claro. Ahora las piezas encajaban.

Reconoció que era un golpe maestro.

El atentado terrorista más grande

de la Historia. Un plan aparentemente perfecto. Pero, ¿quién era "Espada"?, ¿quién era "Lanza"?, ¿quién conocía su auténtica identidad aparte de ellos mismos...?

No Gaston Perès, desde luego.

Debieron conservar el incógnito hasta el fin. Movían las marionetas en la sombra. Tiraban de los hilos desde arriba.

—¡Te felicito, "Espada"! — masculló contra su voluntad escuchando su voz—. A ti también, "Lanza", aunque tengo la impresión de que no pintas nada en este asunto... ¡Par de hijos de puta...!

¿Cómo se les pudo ocurrir algo así?

¿Cómo no se le ocurrió antes a él

mismo? ¿Cómo no se le ocurrió a ningún miembro de la "Junta Coordinadora Revolucionaria"?

—¡Dios, qué arma...! ¡El Canal de Panamá en las manos...! —Alzó los brazos al cielo en un ademán de furia, apretando los puños—. ¡Lo que podría hacer yo con eso! ¡Santo Cielo...!

Me convertiría en dueño del mundo...

Llegaron "Winston" y "Gitanes".

Reunidos en torno a la mesa de la cocina, escucharon las cintas. En un silencio de iglesia, no se percibían más que voces y el leve rascar de Trina pelando patatas. De tanto en tanto alguien hacía un comentario:

—Parece extranjero.

—¿"Espada"?

—No, "Lanza".

—No me lo parece.

—A mí, sí.

—Puede ser corso.

—No es corso.

Empezaron de nuevo. Una y otra vez. Trina freía patatas. Se sabían las conversaciones de memoria.

—¿Qué ha dicho?

—No lo he entendido.

—Ha dicho algo en español.

—No es español.

—Lo es.

—No. ¿Es eso español, Trina?

Trina negó. "Winston" no parecía muy convencido. Si el ataque era a Panamá, lo lógico era que se tratase de

panameños.

—No es español —insistió "Huascar"—. Yo soy boliviano, y sé lo que es o no es español.

—¿Qué es entonces...?

—¿Cómo mierda quieres que lo sepa...? —se enfureció.

Trina desapareció. Volvió con lápiz y papel. Escribió una nota: "Es italiano." "Huascar" la fulminó con la mirada.

—¿Cómo lo sabes? —bramó.

Trina volvió a escribir: "Yo he oído esa voz antes..." Antonio Arriaga, alias "Huascar", saltó de la silla, se abalanzó sobre Trina, y la aferró por el cuello zarandeándola como a un muñeco de trapo.

—¡Escucha, hija de perra...! —gritó—. He soportado tu silencio demasiado tiempo... ¡Me importa un huevo que hables o te mueras...! —Estaba a punto de estrangularla con una

sola mano—. Pero si sabes algo, escúpelo ahora mismo, o no vuelves a decir ni pío... ¡Te lo juro!

"Winston" intervino, y con la ayuda de "Gitanes" lograron separarlos.

Trina se apoyó en el borde de la cocina:

—¿Qué quieres que diga...? — balbució.

"Huascar" se calmó de inmediato.

—¿Dónde oíste esa voz antes? — inquirió.

—En el cine.

—¿En qué película?

—No lo sé.

"Huascar" la miró asombrado. No podía dar crédito a lo que oía. Agitó la cabeza incrédulo.

—¿Cómo que no lo sabes? —
inquirió.

—Es cierto. No lo sé. Por eso no te lo dije antes. Temía equivocarme... —
Hizo una pausa—. Fue una película italiana.

—¿Cómo lo sabes?

—Los actores franceses tienen otras voces —aseguró—. Y los que doblan, también. Conozco todas las voces... —añadió con cierto orgullo—.

Tengo buen oído.

—No lo sabía... —masculló el otro—. ¿Cómo diablos iba a saberlo...? ¡Sigue!

—Estoy segura de que era una película italiana. En versión original.

Esa voz me chocó. No concordaba

con el actor. No correspondía a la voz a que yo estaba acostumbrada en ese actor. No es una buena voz. Demasiado alta...

—En eso estoy de acuerdo... —admitió "Gitanes"—. No es una buena voz para un actor.

—¡Bien...! ¡Demonios! Sea lo que sea... ¿Pero quién es el actor...?

Haz memoria...

Trina negó convencida. Agitó la cabeza.

—Es inútil... —dijo—. Llevo días y días dándole vueltas... Desde que trajiste esas cintas... ¡Es inútil!

No me puedo acordar...

—Pues vas a acordarte... —afirmó "Huascar" convencido—. Vas a

acordarte, cueste lo que cueste... — Golpeó la mesa—. Encontraremos esa maldita voz... —afirmó—. Aunque tengamos que volver a ver todas las películas que han puesto este año...

—¡Dios nos libre...! —protestó "Gitanes"—. ¿Hasta las pornográficas...?

—Hasta las pornográficas... —afirmó—. Esta loca lo ve todo.

Luego se volvió a Trina. Sus ojos ahora helados resultaban, sin embargo, más amenazantes que nunca:

—Como te hayas equivocado, te degüello... —prometió.

A las treinta horas de haber saltado la compuerta uno, el gobernador de la Zona del Canal de Panamá, recibió

orden de Washington de que Ronald Clark subiera con la primera luz del día al "Pompeya", y se pusiese de acuerdo con los terroristas sobre la forma en que deseaban recibir el primer pago. El Departamento de Estado, la CIA, el Pentágono y la Casa Blanca habían decidido ganar tiempo hasta encontrar una solución definitiva al conflicto.

El "Pompeya" había pasado la segunda noche bajo potentes focos, rodeado, a unos doscientos metros de distancia, por un auténtico cordón de fuerzas del Ejército.

Gaston Peris, Dógoro, Bonganovitch, Andrade y Héctor Arias habían dormido agrupados en el puente de mando con las armas al alcance de la

mano, pero poco dispuestos a repeler un ataque.

—No sé para qué hemos traído tanto hierro... —se lamentó el dominicano—.

No creo que lleguemos a disparar un solo tiro...

—Tal vez... —admitió Gaston Peris—. Pero no negarás que ha resultado más fácil de lo que imaginábamos. Lo lógico hubiese sido encontrar resistencia en el momento en que el jaleo empezó.

—¿Qué haremos si nos asaltan...?

—Ya lo he dicho. Levantar los brazos, sonreír y entregarnos. —Gaston Peris parecía absolutamente convencido de lo que decía—. En realidad,

podríamos salir ya. No queda nada que hacer... "Silvia" se ocupa de todo...

—¿Realmente lo crees...?

—Estoy convencido...

Dóngoro, que montaba la última guardia, los despertó cuando apenas se distinguía la primera luz sobre el horizonte. Un hombre cruzaba el cordón de soldados, y se aproximaba con un megáfono en la mano.

—¡Ah del barco...! —llamó—.

¿Puedo subir a bordo...?

Gaston Perès respondió a través del micrófono que conectaba con los altavoces de cubierta.

—Aproxímese desarmado y con los brazos en alto —rogó.

Luego hizo un gesto a sus hombres

para que se cubrieran el rostro con pasamontañas y lentes oscuros, y observaron cómo Ronald Clark saltaba ágilmente a cubierta, caía sobre sus dos pies con una leve flexión que demostraba la elasticidad de los músculos de sus piernas, y trepaba como un mono por la escalerilla.

Apareció en el puente con los brazos en alto, y permitió, sin inmutarse, que Bonganovitch le cacheara para cerciorarse de que no tenía armas.

Una vez dentro, observó detenidamente a los encapuchados y sus metralletas y señaló convencido:

—No harían mucho con eso si el Ejército ataca...

—No, desde luego... —admitió

Peris—. Pero imagino que el Ejército sabe que si ataca, volarán las compuertas una tras otra... No van a arriesgarse... ¿O sí...?

—No, desde luego... —replicó Clark—. Me envían para que trate con ustedes. ¿Cómo quieren el dinero, y cómo piensan abandonar el país...?

—El dinero en billetes de veinte dólares. Nos proporcionarán un helicóptero de seis plazas... ¿Sabe usted manejar un helicóptero...?

—Sí, desde luego...

—Será entonces nuestro piloto...

Traiga también cinco paracaídas.

—De acuerdo...

—Una advertencia... Si a las dos horas de salir de aquí, no estamos a

salvo, saltará la segunda compuerta.

A las cuatro horas, la tercera, y a las seis, el barco...

—¡Entendido! ¿Quién de ustedes se quedará a bordo?

—Ninguno... —sonrió—. "Silvia" sabe lo que hace.

—?"Silvia"...?

Gaston Perès condujo a Ronald Clark hasta la puerta del camarote vecino sin permitirle cruzar el umbral.

—Ésta es "Silvia" —dijo.

—¿Una computadora...? —se sorprendió.

—En efecto... Hay cuatro grandes bombas; dos junto a cada compuerta, y el barco está cargado de explosivos...

No traten de mover nada, o la

computadora saltará.

Ronald Clark contempló durante unos instantes la máquina, y en su mente quedaron grabados hasta los más nimios detalles de la estancia. Luego inquirió con un gesto de la cabeza:

—¿Quién garantiza que una vez hayamos pagado, la máquina va a cumplir el trato?

—Nadie, desde luego... —admitió el "pied-noir" regresando al puente de mando tras cerrar la puerta a sus espaldas—. No tengo ni la menor idea de lo que tiene dentro ese aparato...

Sólo sé una cosa: puede convertir ese Canal en papilla...

—¿Y pretende que confíe en ella?

—No le queda otro remedio... —

hizo notar—. Yo preparé los explosivos... —admitió—. Le garantizo que jamás realicé un trabajo tan concienzudo e ingenioso... —Hizo una pausa y trató de sonreír—. Si de algo sirve mi opinión, no creo que "Espada" se tomara tantas molestias si pensara volar el Canal... Lo que vaya a exigir no lo sé, pero le aseguro que si ustedes cumplen su parte del trato, él cumplirá la suya...

—Quisiera creerle... —admitió Ronald Clark, y luego recorrió con la vista los rostros ocultos por máscaras de los restantes miembros del grupo—. Supongo que se han dado cuenta de lo que han hecho... —dijo—. Están a punto de provocar una catástrofe económica, y

si se descubriera que existen razones políticas detrás de todo eso, podría significar el comienzo de la Tercera Guerra Mundial...

Espero que disfruten su dinero...

—Lo disfrutaremos, Ronald, no te preocupes... —replicó uno de los enmascarados—. Te garantizo que voy a disfrutar, de verdad, de vuestro dinero...

Ronald Clark le miró fijamente.

Trataba de buscar en su memoria, intentando recordar aquella voz, aquellos ojos.

—¿De dónde nos conocemos? —quiso saber.

—De una de las innumerables canalladas que has hecho en tu vida... —replicó Héctor Arias visiblemente

alterado—. Quizás algún día te lo diga...

Ronald Clark se limitó a encogerse de hombros con absoluta indiferencia.

—Quizá... —fue todo su comentario.

Luego se volvió a Gaston Perès—.

¿A qué hora quiere que venga a recogerles? —quiso saber.

—Antes de anochecer... —indicó —.

A las seis...

—De acuerdo, a las seis en punto aterrizaré en esa explanada... Salgan de uno en uno...

—Saldremos...

Ronald Clark dio por concluida su visita, y se encaminó a la salida.

Comenzaba a descender por la

escalerilla del puente cuando Gaston Peris se inclinó junto a él.

—Recuérdelo... —advirtió—. Si a las ocho en punto no me considero a salvo, "Silvia" hará volar la compuerta número dos... —sonrió—. ¡No la haga enojar...!

—Es usted un hijo de la gran puta... —masculló el otro—. Si por mí fuera, les achicharraba con un tanque lanzallamas...

—¡Inténtelo...! —le retó—. Y verá lo que tardan en irse a tomar por el culo su precioso Canal, Colón, Puerto Cristóbal, y todos los barquitos que están fondeados allá abajo... Les conviene aprender a perder... —añadió—. Perder tonifica el espíritu...

Ronald Clark no quiso responder.

Saltó a tierra, y se encaminó sin prisas al punto, junto a la verja, en que le aguardaban el gobernador, el jefe de Seguridad y los generales.

Se negó a hacer declaraciones a la nube de periodistas y locutores que le asaltaron de inmediato, y no abrió la boca hasta que se encontró a solas con el gobernador en el gran auto oficial.

—¿Cuál es su opinión? —quiso saber el otro—. Sinceramente...

—Nos tienen en sus manos... —admitió—. Ignoro qué defensas tendrá el Canal para un caso como éste, pero, o mucho me equivoco, o el daño puede ser terrible.

—¿Espera que lleguemos a un

acuerdo?

—No lo sé... —Le miró de frente, aguardando su reacción—. No vamos a enfrentarnos a seres humanos, sino a una computadora.

—¿Cómo ha dicho?

—He dicho una computadora... La he visto... La llaman "Silvia".

—¡No puedo creerlo...!

—Créalo, señor... Una auténtica computadora... ¿Ha luchado alguna vez contra una computadora...?

—No, desde luego... Y no creo que nadie lo haya hecho... ¿Para qué cree que sirve...? ¿Qué función tiene...?

—Hacer algo que muy pocos seres humanos harían por dinero... Volarse a sí misma... —hizo una pausa—. Ése es

un detalle que me tranquiliza.

Significa que no se trata de locos dispuestos a sacrificarse por una idea... Lo que buscan es dinero.

—Sí... —admitió el gobernador—.

Pero significa, también, que no podemos contar con una de nuestras bazas más importantes: el instinto de conservación, que impide que, en el último minuto, el más desesperado de los terroristas apriete un botón y se suicide...

Habían llegado a su destino, en Fort Davis, y Ronald Clark tuvo que exponer, ante el grupo reunido de nuevo en la sala de oficiales, lo que había ocurrido durante su visita al "Pompeya".

—Estoy de acuerdo con

Washington... —concluyó—. De momento, lo más práctico es pagar. Si lo que quieren es dinero, entreguémoslo... Tiempo habrá de recuperarlo...

—¿Y si comienzan a exigir otras cosas? —inquirió el general de Aviación.

—Entonces habrá llegado el momento de cambiar de idea.

—¿Y esos tres millones de dólares?

Ronald Clark le dirigió una larga mirada en la que parecía querer fulminarle por hacerle perder tiempo.

—¡General...! —masculló—. Esos tres millones será probablemente mucho menos de lo que cueste reparar la segunda compuerta, que es lo que están

dispuestos a volar si no pagamos...

—¿Y si no cumplen su promesa, y la vuelan a pesar de todo...?

—En ese caso, vaya a reclamárselo a ellos, no a mí... Tres millones de dólares es lo que gastan en combustible sus aviones en una maniobra de simulacro de protección al Canal...

El general fue a protestar, pero el gobernador intervino apaciguador:

—¡Señores...! —pidió—. No estamos aquí para discutir tonterías.

Washington se muestra dispuesto a pagar, y Clark aconseja que lo hagamos... ¡No hay caso! Yo asumo la responsabilidad y pago... —Se volvió al jefe de Seguridad—. Billy: que preparen el helicóptero y el dinero... —Hizo una

advertencia que iba destinada al agente de la CIA—. ¡Y nada de seguirlos...! ¡Que se vayan al mismísimo infierno...! Cuando hayamos sacado ese maldito barco de las esclusas, empezaremos a pensar en cazarlos donde quiera que se escondan... Pero hasta ese momento, son sagrados.

A las seis menos cinco de la tarde, un helicóptero pilotado por Ronald Clark, con tres millones de dólares en la cabina, despegó de Fort Davis y aterrizó en la explanada de césped de la esclusa, a no más de treinta metros del "Pompeya".

Minutos después, Dóngoro saltó a tierra encapuchado y subió al aparato.

Le siguieron, sucesivamente,

Bonganovitch, Héctor Arias y Andrade.

Gaston Peris se retrasó unos minutos. Penetró en el camarote ocupado por la computadora, se cercioró de que todo estaba en orden, se apoderó de un pequeño emisor portátil, y guiñó un ojo con gesto de picardía:

—¡Suerte! —dijo—. Ahora todo depende de ti... No falles...

En cuanto subió al aparato, éste se elevó verticalmente y permaneció unos instantes inmóvil a unos cien metros por encima de la multitud que observaba. Bonganovitch había ocupado el puesto de copiloto, y Gaston Peris, que se sentaba tras Ronald Clark, señaló hacia el Norte, sobre los palos del "Pompeya".

—Pase por encima de las esclusas, atraviése ese pedazo de lago, baje por la presa del Chagres, y siga por el cauce del río, lo más bajo posible...

No quiero que los radares nos localicen...

Clark obedeció, maniobró hábilmente y metió el aparato entre las altas paredes de roca del Chagres, desaguadero natural del lago Gatún.

Cuando llegaron al Atlántico, el "pied-noir" le ordenó que siguiera la costa, hacia el Este, casi rozando la cresta de las olas, y luego, inesperadamente, le obligó a internarse de nuevo en tierra.

Habían dejado atrás Colón y Portobello, y volaban peligrosamente

bajos hacia las selvas del Darién.

Comenzaba a oscurecer, con esos rápidos crepúsculos de los trópicos, y el sol lanzaba sobre la alfombra verde de la jungla rayos rojizos que herían unas nubes muy blancas como de algodón esponjado.

Bandadas de garzas e ibis rojos se alzaban al paso del rugiente helicóptero, y casi podían distinguir las familias de monos que saltaban de copa en copa, aterrorizados por la presencia del monstruo volador.

—¿Trajo los paracaídas...? —
inquirió Gaston al rato.

Clark señaló unos bultos bajo los asientos:

—Ahí los tienen... —sonrió burlón

—. ¿No pensarán lanzarse sobre este lugar...? Es la jungla del Darién... El famoso "Tapón de Darién": la selva y los pantanos más peligrosos del mundo...

—¿Se preocupa por nuestra salud...? —inquirió Héctor Arias—.

¿Tanto le interesa...?

—Si se tiran, dudo que pudiera encontrarlos nunca —agitó la cabeza como si le causara un gran pesar—. Y me dolería no echarles el guante para encerrarles hasta que se pudran...

—Le va a resultar difícil... —comentó el "pied-noir". Había sacado un revólver y se lo colocó en la nuca—.

Es usted quien va a saltar...

Ronald Clark se volvió

sorprendido:

—¿Cómo dice...?

—Digo que el paracaídas es para usted... Pedí cinco para despistar... —
rió—. ¿O prefiere saltar sin él?

Si esperaban ver asustado a Ronald Clark debieron desilusionarse, porque se limitó a señalar con un gesto los mandos que tenía en las manos.

—¿Y quién va a manejarlo? —
quiso saber.

Con el cañón del arma, Gaston Peris señaló a Bonganovitch sentado en el asiento del copiloto.

—Los manejaba ya en la guerra de Indochina, en Argel y en Katanga...

No se preocupe por nosotros...
Sabemos cuidarnos...

Ronald Clark soltó los mandos como si ya no tuviera nada que ver con aquello.

—De acuerdo —admitió—. Si hay que saltar, cuanto antes, mejor. —Sonrió levemente y se volvió a Sacha—. ¿Le importaría elevarse un poco? —rogó.

Tomó uno de los paracaídas y comenzó a colocárselo ayudado por Andrade que comentó:

—Sangre fría no le falta... ¿Cómo piensa salir de esa selva?

—No se inquiete. Es mi oficio...

Se ajustó las cinchas, corrió hacia atrás la puerta, y asomó los pies al vacío. Se volvió a ellos por última vez:

—¡Volveremos a vernos...! —prometió.

Saltó y se inclinaron sobre la ventanilla a observar cómo descendía rápidamente, perdiéndose de vista en las sombras de la noche que llegaba.

Luego, una gran rosa blanca pareció nacer de la oscuridad y se balanceó acompasadamente, alejándose de ellos.

—Peligroso ese tipo —comentó el negro Dóngoro.

—No me lanzaría de noche sobre esa selva, por nada del mundo —admitió Andrade—. Preferiría que me pegaran un tiro aquí mismo. Y sin embargo parecía que iba a dar un paseo...

—Me encantaría que se lo comieran las serpientes...

Gaston Peris no hizo comentario alguno. Consultó el mapa y ocupó el asiento que Clark había dejado libre.

Tocó a Sacha en el brazo y le indicó un punto a su derecha.

—Si no me equivoco, detrás de aquellos montes se debe encontrar Río Congo.

Ya noche cerrada avistaron las luces de Río Congo, un villorrio situado a la entrada del golfo de San Miguel, y bordearon la costa hasta que, mar adentro, a unas tres millas de la punta del cabo, divisaron una luz roja que parpadeaba intermitente.

Descendieron sobre el pesquero de matrícula colombiana desde el que el holandés Jan-Van-Jan les hacía señas.

Bonganovitch colocó el aparato a dos metros sobre la popa, y lanzaron a bordo las valijas del dinero. Luego saltaron uno tras otro.

Sacha fue el último en hacerlo.

Con ayuda de las cinchas de uno de los paracaídas, afirmó los mandos del aparato, hizo un gesto a los de abajo que se dispusieran a zarpar, y de un salto cayó sobre cubierta cuando la embarcación comenzaba a moverse.

Durante unos minutos, el helicóptero se mantuvo en el aire, inmóvil a no más de cuatro metros sobre el nivel del mar. Luego comenzó a agitarse como enloquecido, dio un par de bandazos, se elevó bruscamente a unos doscientos metros de altura, y se

precipitó al mar como un plomo.

Jan-Van-Jan, que lo había estado observando en la oscuridad, guiado por las luces de situación, se frotó las manos satisfecho, y pasó el brazo por el hombro de Gaston Perès:

—¡Bravo! —exclamó—. Mañana en Colombia, y dentro de tres días en casa...

—¿Cómo están los otros...? —quiso saber el "pied-noir"—. ¿Llegaron bien...?

—Perfectamente. A estas horas estarán tomándose unas copas en el bar del "Hotel Tequendama" de Bogotá...

Gaston Perès suspiró satisfecho como dando por concluida la operación.

Golpeó amistosamente una de las

maletas del dinero que Dóngoro conducía al interior de la cabina, y descolgó el emisor de radio que no había abandonado. Consultó la hora y manipuló la onda de frecuencia.

—¡Bien...! —señaló—. Vamos a comunicarle a mamá "Silvia" que nuestra misión ha terminado.

—Cierra los ojos e imagínate el silencio —ordenó.

Lo hice, y estuve así largo rato hasta que me habló de nuevo: "-Cuéntame lo que has visto —" pidió.

"-Primero —comencé— traté de imaginarme el Universo, con estrellas y planetas que giraban a lo lejos, y una oscuridad que era como muerte. Luego, pensé en la muerte misma, pero como en

ambos casos se trataba de carencia de sonidos, no me sirvió. Era como si me doliesen los oídos de tanto escuchar en el vacío. Por último —recordando, pues de los recuerdos nacen nuestros conocimientos— regresé mentalmente a un lago que descubrí entre muy altas montañas; un lago donde el viento no quería moverse, y no agitaba ni una brizna de paja, ni una hoja, ni siquiera la más diminuta de las olas.

"_ "El agua, de color plata, de tan bruñida, se diría que cada amanecer le sacaran brillo, reflejo de un cielo cubierto de nubes bajas, y no parecía que allí fuese a llegar nunca el sol, ni aquel lago sirviese jamás —como tantos otros— de espejo a las montañas, los

árboles y la gente.

"_ "Aquellos árboles, como petrificados y sin viento, no cantaban, y ni siquiera susurraban, y bajo ellos, una vaca negra y blanca, con el agua al pecho, bebía tan inmóvil, que más que real parecía pintada. No muy lejos, una india otavaleña lavaba la ropa de su hijo, mientras otra, más vieja, hacía girar entre sus dedos un huso prehistórico.

"_ "Pasó otra mujer. Llevaba un sombrero gris, y a la espalda, un haz inmenso de "_totora_", y te aseguro, que siendo tan rápido, era, no obstante, tan silencioso y ágil su caminar, que aún me pregunto si no sería en realidad la sombra de un fantasma, y no un ser de

este mundo que pudiera hablar y reír, y tener hijos, y morirse algún día.

"_ "Me llegó de improviso un grito lejano, y al apagarse comprendí mejor cuán grande era el silencio que me rodeaba, pues tan sólo aquel contraste pudo hacerme notar su intensidad.

"_ "El grito, casi una risa, se repitió y lo busqué. Entre los cañaverales dos indias adolescentes se bañaban en las heladas aguas y con gritos querían combatir el frío, y con risas se mojaban la una a la otra.

"_ "Cuando se fueron; cuando quedé de nuevo a solas junto al lago, contemplando el agua de color plata, las grises nubes, los también grises montes, y el verde —que hubiera sido brillante

bajo el sol— de las orillas, me encontré de improviso sin un ruido; sin un rumor de vida; como si hubiera descendido al fondo de los mares; como si a mi alrededor no existiese más que un helado palpar de peces.

— "Tomé una piedra para lanzarla al agua, para romper aquel hechizo, ya que mi cuerpo había dejado de ser materia, de tener huesos, de estar caliente y respirar. Y de continuar allí, tan inmóvil, creo que me hubiera convertido en sombra gris y callada.

— "Así me imagino yo el silencio..."

—¿Qué estás leyendo...?

Mostró la cubierta:

—"Itinerario de mis Andes"... La

descripción que Jonathan hace de este mismo lago... El silencio se te posa en las manos...

Gino se sentó junto a él sobre la hierba de la orilla. Se diría que eran los únicos seres de este mundo en el atardecer ecuatoriano al pie de los nevados.

—Lees mucho a Leiva últimamente... —señaló.

—Me calma...

—¿Te preocupa lo que está ocurriendo en el Canal?

—Me preocupa lo que está ocurriendo aquí...

Gino asintió en silencio, con la vista fija en la superficie del lago: "tan bruñida que se diría que cada amanecer

le sacan brillo...".

—¿Desde cuándo lo sabes...? — preguntó.

—Oficialmente, desde ayer... — Aristófanes agitó la cabeza apesadumbrado—. En realidad, creo que lo supe siempre... Desde que te vi entrar en mi casa y me dije: "Tiene todo lo que a mí me falta: prestancia, fuerza, belleza y dulzura..."

—Yo te envidié aquella noche porque representabas lo que nunca conseguiría: inteligencia, cultura y audacia...

Aristófanes sonrió. Su rostro era una auténtica máscara.

—¿Somos dos homosexuales que se aman, o dos seres que buscan la parte

que les falta? —inquirió con una voz que no parecía la suya.

—Me niego a admitir que seamos homosexuales —fue la respuesta.

—¿Qué entonces...? ¿Cómo calificas a un hombre, que para atraer a otro imagina algo tan disparatado como volar el Canal de Panamá...? Lo hice por ti, Gino... Lo hice, quizá sin darme cuenta, por deslumbrarte y conseguir que te fijaras en mí...

—Lo sé —admitió—. Me ha costado tiempo comprenderlo, pero ahora lo sé... Y me horroriza... Decidí seguirte el juego para que me considerases digno de ti, pero jamás pensé en otra cosa... Jamás deseé nada.

—Yo, sí.

Gino Montalde, "El Hombre Más Bello del Mundo" sintió una especie de descarga eléctrica casi dolorosa.

Experimentó algo muy parecido a una amarga desilusión, y evitó mirar al griego fingiendo que buscaba un cigarrillo.

Aristófanes Panatas extendió la mano, le tomó por la barbilla y le obligó a que le mirara a los ojos. No más de medio metro los separaba.

—Yo sí, Gino... —insistió—.

Ayer, en el coche, me di cuenta de que tenía que hacer un gran esfuerzo por no besarte delante de todos...

Gino se puso en pie y se alejó un par de metros hasta apoyarse en el tronco de un sauce llorón cuyas ramas

rozaban la superficie del lago. Permaneció muy quieto, vuelto de espaldas, tratando de vencer sus sentimientos y serenarse.

—¡No es eso, Ari...! —suplicó—.

No puede ser eso...

—¿Por qué no...? —Aristófanes se había puesto en pie lentamente, y se aproximaba a él decidido—. ¿Por qué no? —repitió—. Anoche pensé en ello, y recordé cuántas veces te admiré cuando aparecías en traje de baño, tan alto, tan perfecto, tan armonioso.

Eres como el "David" de Miguel Ángel, Gino, ¿no te lo había dicho? Tu belleza es como la de una estatua, un cuadro, o un paisaje. —Extendió la mano, y con el dorso de los dedos le

acarició el rostro. Gino se apartó—.

De madrugada, quise convencerme de que me contentaría con seguir como hasta ahora; teniéndote a mi lado y admirándote, pero ahora sé que no me basta...

—¿Por qué no te basta...? — protestó Gino—. Me basta a mí con seguir a tu lado, y verte, admirarte, y tratar de aprender de ti... A un cuadro, a un paisaje, a una estatua, te conformas con mirarlos...

—Ni el cuadro ni la estatua me aman, Gino... Y sé que tú me amas...

El amor es comunicación, contacto, conversión en un solo ser.

—La comunicación no tiene que ser necesariamente contacto, Ari... Contacto

entre nosotros, significaría ensuciarnos el uno al otro.

—¿Por qué...?

—Porque es así, y lo sabes... —negó convencido—. De pronto, todo lo que siento por ti se convertiría en una simple cuestión de tomar o no tomar por el culo... ¿Cómo podríamos mirarnos a la cara al día siguiente...?

—No lo sé. Quizá con más amor...

—O quizá con repugnancia... —señaló—. Despertaríamos con la seguridad de que el Canal de Panamá está a punto de volar porque no nos decidíamos a dar un paso que otros dan entrando en un bar de maricones y marchándose a la cama con el primero que les invita a una copa...

—¡No es cierto! No sabíamos que esto iba a ocurrir...

—Sí lo sabíamos, Ari... Tú mismo lo has dicho... Querías deslumbrarme... Querías "conquistarme"...

—Inconscientemente...

—¿Y cuál es la diferencia...?

"Maricas Reprimidas" sería la definición en ese caso... ¡No, Ari! —negó convencido—. No quiero que la Historia diga que la mayor obra de la ingeniería de la Humanidad se destruyó porque dos "maricas reprimidas" no encontraron otro modo de aceptar la verdad...

—Nadie lo sabrá...

—Tú y yo lo sabremos... ¡Toda la vida...! Y cuando me convierta en un

viejo decrepito, que tenga que pagar unas monedas a un golfillo para que me deje hacerle porquerías en un cine, no me hará feliz recordar que mi "desvirgue" fue el más sonado de la Historia...

—¿Por qué hablas así...? —se lamentó Aristófanes—. ¿Por qué lo quieres convertir en algo sórdido...?

Yo te hablo de amor, y tú me hablas de maricones...

—¿Y cuál es la diferencia en este caso...? Amor es lo que yo te he dado. Te he dado incluso a Isabelle, que es a quien realmente necesito, porque es tan inteligente y tan culta como tú... —No quiso percatarse del dolor que causaba—. Y te he dado todo lo que tengo: mi

futuro, arriesgándome a que nos descubran en esa locura irracional y estúpida... —Se alejó de él, hasta casi la orilla del agua, y desde allí se volvió a mirarle—. Yo soy quien te ha dado amor, Ari. Y tú quien habla de mariconería...

Dio media vuelta y echó a andar por la orilla del lago, alejándose hacia las sombras de la tarde que llegaban flotando sobre las montañas. Aristófanes aún le llamó, pero no obtuvo respuesta. Gino se iba triste y derrotado, pero con el paso firme, decidido a no volver atrás.

Aristófanes le observó largo rato, hasta que desapareció en el camino.

Luego, muy despacio, se dejó caer

bajo el sauce llorón, apoyó en él la espalda, y casi mecánicamente abrió el libro donde lo había dejado, y se esforzó por huir de la realidad sumergiéndose en las palabras de Jonathan Leiva: "...cuando quedé de nuevo a solas junto al lago, contemplando el agua color plata, las grises nubes, y el verde —que hubiera sido brillante bajo el sol— de las orillas, me encontré de improvviso sin un ruido, sin un rumor de vida; como si hubiese descendido al fondo de los mares, como si a mi alrededor no existiese más que un helado palpar de peces...

"Tomé una piedra para lanzarla al agua, para romper aquel hechizo ya que

mi cuerpo había dejado de ser materia, de tener huesos, de estar caliente y respirar. Y de continuar allí, tan inmóvil, se hubiera convertido también en sombra gris y callada...

"Así me imagino yo el silencio..." El negro Jackson acudió a casa de su hija, en la Zona decidido a llevársela de nuevo a Santa Ana. Apenas habían pasado veinticuatro horas de la desaparición de Ronald Clark, y ya habían comenzado a molestarla con llamadas telefónicas, insultos y amenazas. Por la noche le apedrearon las ventanas, y al amanecer encontró un gato muerto en el senderillo del jardín. Para los "zoneístas", como para el Departamento de Estado, Ronald Clark

podía considerarse definitivamente perdido, y a media tarde llegaron dos hombres de paisano que se encerraron en el pequeño despacho y revolvieron sus papeles llevándose lo que les pareció interesante.

De Washington enviaron urgentemente a Kent Morrison, predecesor de Clark en la dirección de la "Southern-Comand" y ya retirado en Miami-Beach, pero el más indicado según el Departamento de Estado para reemplazar al desaparecido.

Morrison fue el único que telefoneó a Paloma para mostrarle su condolencia y ponerse a su disposición.

—De todos modos —añadió—, yo no me preocuparía... Ronald y yo

trabajamos muchas veces juntos...
Aparece cuando menos se le espera...
Más de uno se va a arrepentir de haberte
molestado...

Inmediatamente después de esa llamada, Kent Morrison, un hombretón enorme y de aspecto afable, propenso a engordar, y demasiado lento en sus movimientos que en otros tiempos fueron de una increíble agilidad, se encaminó, acompañado del gobernador de la Zona y lo más selecto de su séquito, al "Pompeya", invadido ahora por una nube de agentes de seguridad y técnicos en electrónica que habían convertido el cochambroso carguero en un laboratorio flotante.

Leslie Collingwood, ingeniero de

la NASA, considerado como uno de los cerebros más brillantes de la Oficina de Aviación, les recibió en el puente de mando, sin permitirles entrar en el camarote ocupado por "Silvia", que se encontraba atestado de aparatos de precisión. Tuvieron que limitarse a echar una ojeada desde la puerta, y saludar a dos hombres de bata blanca que se afanaban en los instrumentos.

Apoyado en el viejo timón ahora muerto, Morrison encendió un cigarrillo de los que él mismo liaba según una viejísima costumbre y dio una fuerte chupada que le hizo toser, según una costumbre también viejísima en él.

—¡Maldita mierda! —exclamó—.

Explícame lo más claramente

posible la situación, Leslie... ¿Qué misión cumple la dichosa maquinita que nos han dejado de regalo...?

Leslie Collingwood se rascó la cabeza con el lápiz que jamás abandonaba, y recorrió con la vista los rostros, serios y preocupados, que parecían esperar de él una respuesta que salvara la situación.

—"La maquinita" es una "Honec 358-75"... —comenzó—. Uno de los computadores más sofisticados que se pueden comprar hoy día. La CIA ha investigado en la fábrica, y el único que falta se vendió hace tres meses en Hamburgo a un fulano que desapareció en el acto... Es éste: "Silvia".

—¿Silvia? —se extrañó alguien.

—Ése es el nombre que le ha puesto nuestro amigo, el tal "Espada"... Le gusta el teatro —aclaró Billy, el jefe de Seguridad—. Siga Collingwood...

—Gracias... —aceptó el otro—.

Bien...: "Silvia" o la "Honec 358-75" cumple, sobre todo, una función específica: mantiene activos los detonadores de las cuatro bombas que hay al pie de las compuertas del Canal, y el de la monstruosa carga explosiva que llena la proa de este trasto... Si explota, el estampido se va a escuchar en Hiroshima...

—¿Cómo los mantiene activos?

—Por ondas de radio con un tono especial... —señaló—. Cada carga es absolutamente intocable... —especificó

—. Los técnicos lo han confirmado sin lugar a dudas. Se componen de cajones de acero herméticamente cerrados y soldados en todos sus cantos.

No presentan un solo resquicio por donde intentar meterles mano...

—Tiene que existir... —señaló el general de las Fuerzas Especiales de Fort Gulik—. ¿Cómo activaron los detonadores?

—Por radio, general... Cada carga lleva dentro un receptor de radio que se puso en marcha a una orden emitida por el emisor a que está conectado el computador...

—¿Está usted seguro...?

—Todo lo seguro que podemos estar a base de conjeturas y Rayos "X"...

No es fácil... —añadió—. Esas cargas están bajo el agua... Hemos llegado a esa conclusión por lógica, y guiándonos por las órdenes que radia constantemente "Silvia".

—Entonces... ¿Mientras "Silvia" radie, no hay peligro?

—En efecto... —admitió—. Pero "Silvia" funciona con baterías. ¡Un gran trabajo, debo reconocer! Llegará un momento en que sus baterías se agoten... No sabemos cuándo... Calculo que tienen carga para trescientas y pico horas... Máximo quinientas...

—¡Un momento! —intervino Morrison—. Si has captado la longitud de onda en que la computadora emite, puedes emitir tú en lugar de ella, y

mantener la situación indefinidamente...

—Eso sería un juego de niños... —
señaló el hombre clave de la NASA—.
Y el que planeó esto no es ningún niño...
¡Es una víbora! —masculló por lo bajo
—. La "Honec 358-75" está programada
de tal modo, que constantemente cambia
de onda...

Puede emitir quince minutos en una
onda, y luego dos horas en otra; diez
segundos en una tercera, y cinco horas
en la cuarta... ¡Nos tiene locos...!

—¡Pero bueno...! —protestó el
gobernador que había comenzado a
sudar y se secaba las manos una y otra
vez con un pañuelo empapado—. ¿Si
cambia de onda, cómo lo captan los
receptores que están dentro de las

cargas explosivas...?

Se diría que Leslie Collingwood estaba preparado para esta pregunta y que, hasta cierto punto, le hacía feliz contestarla porque era lo que en verdad le había desconcertado en las primeras horas de su análisis del problema.

—Cambiano de onda simultáneamente... —señaló con absoluta seguridad.

—¿Cómo...? —quiso saber Billy —.

¿Les puede dar "Silvia" la orden?

—No. Y ahí está lo grave...

"Silvia" recibe la orden. —Al comprender el desconcierto que sus palabras causaban en los presentes, añadió—. ¡Me explicaré!: Cada

receptor está acoplado a un sistema de relojería electrónico que, a determinadas horas, y a veces por cuestión de segundos, cambia la sintonía. La memoria de la computadora "sabe" cuándo va a ocurrir ese cambio, y a qué nueva onda se traslada, con lo que ella, inmediatamente, cambia a su vez... —Observó el grupo que se había quedado como alelado, escuchando sus palabras, y añadió con tanta satisfacción que se podría pensar que se consideraba a sí mismo autor de la hazaña—. ¡Y está trabajando por quintuplicado...! —concluyó—. Una onda y un tono distinto para cada receptor de cada carga.

Hubo comentarios para todos los gustos, la mayoría dedicados a la madre

del que había ideado el sistema, mientras otros se limitaban a pedir al compañero más cercano aclaración sobre determinado punto que no le había quedado demasiado claro. Leslie Collingwood aprovechó la ocasión para entrar en el camarote del capitán, que había transformado en cuarto de trabajo, y regresar cargado con una pizarra que colocó en equilibrio sobre el timón y la brújula, apoyada en el cristal del frente. Sacó una tiza y comenzó a trazar una serie de dibujos en los que se distinguía claramente la computadora en el centro, y las cargas explosivas.

—Hemos captado hasta once frecuencias de onda... —recomenzó con sus explicaciones, y escribió en la

pizarra once letras sucesivas—. Las hemos clasificado de la "A" a la "K", y las cargas explosivas del Uno al Cinco... —hizo un gesto muy significativo con ambas manos—. No hay orden... Cuando el punto Uno está recibiendo la onda "C", el Dos puede estar recibiendo la "F" y la Tres la "A" o cualquier otra... —hizo una pausa—. Vamos computando cuanto captamos con nuestras emisoras, y no existe aparentemente sistema alguno...

El que programó lo hizo a su capricho... Una carga, la número Cuatro, estuvo casi ocho horas recibiendo la onda que llamamos "F", y de improvviso, en diez minutos, cambió tres veces... —sonrió con amargura—. Se diría que nos

quieren tomar el pelo...

—¿Y a qué conduce todo esto...?
—quiso saber Kent Morrison—. Da la impresión de que se trata de un reto entre expertos electrónicos, y no de una cosa tan seria como la voladura del Canal de Panamá. ¿Qué pito tocan esas once ondas de radio? ¿Para qué sirven?

—Eso no puedo asegurarlo... —admitió el otro—. Pero si nuestras suposiciones no fallan, de esas once ondas, diez mantienen activo el detonador interno de las bombas, y una lo neutraliza... En ese período de tiempo en que está neutralizada, podríamos trasladar la carga a mar abierto y que estallara allí... —hizo una pausa dramática—. Mi impresión sincera es

que no hay otra forma de conjurar el peligro... Estallar, estallarán... Lo que importa es que sea lejos...

—¿Qué probabilidades tiene de averiguar cuál es la longitud de onda que desactiva el sistema...? —inquirió, desalentado, el gobernador.

—Muy pocas, señor... —admitió con un gesto de sincera honradez—. O mucho me equivoco, o nuestro amigo "Espada" ha programado una longitud de onda liberadora diferente para cada uno de los cinco receptores... Saber cuál es, y a cuál corresponde, llevaría años...

—Pero ese tipo es un... —El gobernador arrojó su pañuelo al suelo sin encontrar palabras—. Un...

—Un genio, señor... —le

interrumpió Kent Morrison—. Si he comprendido bien y Leslie está en lo cierto, ese tal "Espada" debería estar en la NASA enviando módulos a Marte, en lugar de tenerlo enfrente gastándonos bromas... —se volvió a Leslie—. ¿No es cierto?

—Desde luego, Kent... Desde luego... ¡El fulano es grande! —agitó la cabeza con un gesto de admiración—.

Si no fuera porque tengo literalmente un barril de pólvora bajo el culo, nada me divertiría más que pasarme el resto del año intentando desmontar este tinglado.

—¡No te arriesgues...!

Salieron a cubierta, y el gobernador lanzó un suspiro de

resignación al observar ante la proa la alta compuerta que parecía querer aplastar el barco.

—Asusta pensar en la masa de agua que sostiene —dijo—. Si eso cae sobre Colón, no quiero imaginar lo que ocurrirá... —Se volvió a su jefe de Seguridad—. Billy... —señaló—. Creo que es hora de que empecemos a evacuar Colón y Puerto Cristóbal...

—¿Y dónde vamos a meter a toda esa gente, señor...?

—Donde pueda... En Panamá, en Balboa, en los Fuertes de la Zona... Prepare un plan cuanto antes... ¡No confío en esa máquina...! Un error, y todo vuela. No quiero tener treinta o cuarenta mil muertos sobre mi

conciencia... —luego se volvió al ingeniero jefe del Canal—. Que los barcos abandonen Puerto Cristóbal y la bahía de Limón...

Que fondeen mar afuera, lejos de la salida del Canal.

—¿Es que no piensan pagar...?

—Sí, desde luego... —se apresuró a replicar—. Ahora solicitan treinta millones. En eso no hay problema.

Llegarán de Nueva York mañana. El problema es Chile.

—¿Chile...? —se sorprendió Leslie Collingwood que les había acompañado hasta allí.

El gobernador se volvió al grupo, se recostó en la barandilla, y los observó. Se le advertía preocupado;

casi descorazonado.

—La segunda parte de las condiciones exige la liberación de más de cien presos políticos de Chile... —agitó la cabeza con gesto de pesadumbre—. La Junta Militar no parece dispuesta a colaborar... El dinero lo podemos entregar de inmediato, pero la negociación de los presos puede llevar tiempo...

—Tiempo no tenemos mucho —señaló Collingwood—. "Silvia" ha debido consumir ya casi un veinticinco por ciento de su energía... —hizo una pausa—. Y nadie puede garantizar que cuando las baterías bajen, la computadora no cometa un fallo.

—¿Qué clase de fallo...? —se

alarmó Morrison.

—¿Qué clase de fallo quieres que sea...? Equivocarse y no dar una orden a tiempo...

—Entiendo... —Kent Morrison reflexionó durante unos instantes, estuvo a punto de consultar algo con el gobernador, pero debió comprender que aquélla era una decisión que debía tomar por sí mismo, pues para ello lo habían enviado desde Washington con plenos poderes para todo cuanto se refiriese al barco. Se volvió a Collingwood—. ¿Dices que estás computando las ondas que envía esa máquina...?

—Desde que empezamos...

—Intenta averiguar qué onda

neutraliza la carga número uno. Concéntrate en ella, y busca una respuesta... Intentaré quitarla.

—Es un gran riesgo...

—Más riesgo es continuar con los brazos cruzados a la espera de que esto reviente...

Leslie Collingwood se rascó la cabeza con el lápiz. Se le advertía poco convencido. Negó.

—Dentro de veinticuatro horas puedo darte una respuesta —hizo una pausa—. Pero quede bien claro que no me responsabilizo... Quizá pueda reducir las opciones en contra. Dejarlas en un cinco o seis por uno... Es todo lo que puedo prometer...

Morrison le golpeó afectuosamente

en el hombro dándose por satisfecho:

—De acuerdo —aceptó—.

Avísame cuando creas que ha llegado el momento...

El tren, cansino, lento, y de canturrear monótono sobre sus raíles, había comenzado a ascender muy de mañana desde El Cuzco y avanzaba como desperezándose, deteniéndose aquí y allá, porque a él subían y de él descendían infinidad de indios cargados de cestos y ganado, y mujeres con niños a la espalda.

Isabelle dormitaba, recostada la cabeza sobre el hombro de Gino, absorto en un periódico que se extendía en detalles sobre el Canal de Panamá, mientras Duke Dalton se enfrascaba, una

vez más, en la corrección del guión de cine que parecía obsesionarle.

Aristófanes lanzó una mirada al río, turbio y furioso, que los acompañaba por la izquierda, fijó la vista en los infinitos picachos andinos que amenazaban con aplastarlos de un momento a otro, y abrió el libro por donde lo había dejado: "El Urubamba —un río frío, oscuro, impetuoso— se abre camino por entre riscos que causan vértigo, altas montañas de los altos Andes, luchando contra las rocas y la vegetación, para formar un hermoso valle: el Valle Sagrado de los incas, fértil vega abierta a la cordillera que parece guardarlo.

"Más tarde, el Urubamba se

estrecha y lucha contra la selva; una selva que hace subir al cielo un vaho espeso de humedad, como en un baño turco en el que todo es denso.

"El Urubamba, río de los incas, dejó atrás cultivados campos, maíz, cebada, rincones de paz; prados donde pasta un ganado tranquilo y soñoliento, retorcidos caminos que conducían a antiguas fortalezas como Ollantaytambo o Puyutapamarca, y aisladas ruinas de torreones, palacios, ciudades que se alzaron en este lugar, el predilecto de aquella raza que durante siglos constituyó uno de los imperios más poderosos de la Historia." Dejó el ejemplar sobre el regazo, y contempló en silencio las fortalezas y las ruinas

que Jonathan Leiva describiera tantos años atrás. Se diría que el relato no pertenecía a un hombre muerto y enterrado, sino que lo estaba describiendo en el mismo instante en que el tren tomaba la curva y se aproximaba aún más, peligrosamente, al Urubamba...: "un río frío, oscuro, impetuoso...".

Un puente lo cruzó al fin: Puente de las Ruinas, tan estrecho que sintieron temor al atravesarlo a pie, viendo correr por abajo la revuelta corriente encajonada entre peñascos, y viendo alejarse el tren que los dejara en la desvencijada estación.

El minúsculo autobús subía por un ridículo caminito y comenzaron a sentir

vértigo. A los lados, se abrían los precipicios, y las montañas ocultaban sus cumbres entre las nubes densas; nubes de un gris que se tornaba casi azulado, con vegetación de selva virgen en las laderas.

Fueron seiscientos metros de ascender con el miedo en el cuerpo, advirtiendo cómo se acentuaba la palidez de Isabelle, y cómo Duke Dalton se aferraba a su cartera de cuero, mientras Gino parecía obsesionado por el abismo y por las manos del enloquecido conductor que volaba por el senderillo serpenteante.

Al fin, inesperadamente, la pared de roca se abrió como por ensalmo a la falda del "Pico-Viejo" y a su mundo de

piedras, porque todo en Machu-Picchu era piedra, porque nada había que buscar más que piedra, y porque la piedra era la representación exacta y genuina de lo que prevalecía del Imperio inca y de su ingenio.

"No puedo analizar cuáles eran mis sentimientos en el momento de penetrar, por primera vez, en Machu-Picchu, porque aquella ciudad perdida y encontrada, significaba para mí la culminación de todos mis sueños, de todas mis fantasías de muchacho, y por ello, no quise saber nada de aquellos indios que ofrecían mostrarme los mil recovecos de la ciudad de sus antepasados, porque en mis sueños de niño, y en mis sueños de hombre,

siempre me había visto solo, caminando por entre las ruinas, rozando con mis dedos, sin ningún testigo, las viejas piedras que me hablarían de seres desaparecidos, que allí tuvieron una existencia tan distinta a la mía, allí adoraron a un dios, allí se odiaron, y allí llegaron a amarse.

"No quise saber nada de los descendientes de quienes habían construido para mis sueños, tantos siglos atrás, algo tan portentoso como la ciudad _"Nido de Águilas_"..." Una plaza inmensa se abrió ante ellos, verde, de hierba crecida, y en su centro, un monolito de piedra gris desafiaba al cielo. Era la Plaza del Sol; del "Inti-Pampa", donde los antiguos incas

debieron rendir homenaje a su Señor, vestido de oro, del cetro a las sandalias.

—Tenemos que rodar en este lugar... —comentó el griego—. Machu-Picchu significó algo muy importante en la vida de Jonathan. Aquí escribió sus mejores páginas, y aquí debió decidir, sin duda, el rumbo de su vida.

"Y así marché solo, y subí increíbles escaleras talladas en la roca, crucé por estrechos pasadizos, y me interné en casas que fueron casas de no podía saber quién, donde habían muerto ancianos, donde habían nacido hijos, y donde se habían amado un hombre y una mujer, de los que les separaban tanto tiempo y tantas cosas..." Isabelle no decía nada. Se había alejado sola, a

sentarse sobre una roca, allá en lo alto, junto al bloque de granito blanco del Altar de los Sacrificios, en el punto en que años atrás, el hombre que amaba le había leído sus últimos poemas tras una larga y cálida noche de amor.

Sentía una especie de temor supersticioso a continuar hacia el pequeño hotel escondido allá en lo alto, porque fue en aquel hotel donde por primera vez Jonathan le hizo el amor de un modo diferente, y ella descubrió una sensación nueva que ya estaría asociada siempre, en su interior, a las piedras de Machu-Picchu.

"No me había mostrado nunca mi imaginación, y es que ninguna imaginación es capaz de crear tal

portento, la maravilla del Templo de las Tres Ventanas, al pie mismo del "*Inti-Huatana*", que se abre a tres paisajes sin igual sobre el cañón del Urubamba, y sobre la mole del Huayna-Picchu —el _"Pico Joven_"— que lo domina todo como eterno vigía de la ciudad de piedra."

—Cuenta la leyenda —le había explicado Jonathan aquella mañana inolvidable— que de estas ventanas salieron los pueblos que habitaron el Valle Sagrado, y de la última, los hermanos Ayac, dos de los cuales, Manco Capac y Mama-Ocillo, fundaron el Imperio de los incas.

—¿Por qué te atraen tanto los incas? —quiso saber entonces.

—Porque fue el primer imperio comunal de la Historia. —Sonrió—. Los primeros comunistas, y es tradición que ninguno de sus habitantes se acostó jamás sin haber cenado...

Gino se aproximó con la máquina fotográfica y le apuntó con ella.

—¡Quieta! —pidió.

Tomó la foto y vino a sentarse a su lado, sobre el Altar de los Sacrificios o "Rosa de los Vientos", que nunca se pusieron de acuerdo los arqueólogos sobre la gran piedra blanca.

—"Nostalgia", se llamará esa foto —dijo—. Y no me extrañaría que el espíritu de Jonathan Leiva apareciese a tu lado.

—Éste era su mundo... —dijo—.

Éste, y los ríos andinos, los volcanes y los lagos del sur de Chile... Nadie como él para cantarlos...

—Aún le amas, ¿no es cierto...?

—Más que nunca... —agitó la cabeza con pesar—. Quizá no fue buena idea este viaje en busca de su recuerdo...

¡Lo siento tan vivo en todas partes...!

—¿Más que cuando estaba enfermo...?

—Enfermo no era Jonathan. Era un pobre desvalido e irreconocible. Releyendo lo que escribió y volviendo a los lugares que recorrimos juntos, el enfermo desaparece y se convierte de nuevo en el personaje que fue... —le

tomó la mano con afecto—. ¡Deseo tanto hacértelo comprender...! —exclamó—.

Tienes que lograr que todo el que vea esa película, sepa que Jonathan, además de escritor y poeta, fue un hombre lleno de alegría, exuberante y feliz, preocupado por todos, y fascinado por las cosas bellas, fuera una mujer, un paisaje, la cultura incaica o la música del medievo... ¡Era vital...!

—¿Y crees que podré reflejar eso...?

—No lo sé... —admitió—. En los primeros días, en mi casa, cuando discutíamos sobre el guión, estaba convencida... Cuando regresaste de Capri, las cosas comenzaron a ser diferentes... ¿Por qué? ¿Qué ocurrió

allí...?

—Nada.

—Algo ocurrió, Gino, no me mientas... Allí, o la noche de la cena en París. No soy estúpida. Sé que hay algo que no marcha entre Aristófanes y tú. No sois los mismos.

—No tiene importancia...

¡Negocios!

—¿Qué negocios...? El único negocio que tenéis juntos es la película, y no hay problemas... ¿O sí?

—No, desde luego... —admitió—.

Ningún problema...

—¿Entonces...? —continuó sin obtener respuesta y ante la impenetrabilidad de Gino, aventuró—: No se tratará de mí, ¿verdad? Sentiría

que una tontería mía se hubiese convertido en motivo de discordia entre vosotros...

—¿Una tontería...? —se sorprendió Gino—. Creí que lo tuyo con Aristófanes era algo serio...

Isabelle tardó en responder. Durante unos instantes, su vista estuvo clavada en dos figuras que descendían desde la cumbre del Huayna-Picchu, que vistos desde allí, no eran más que dos puntos que se movían al borde de un precipicio, avanzando como hormigas que descendiesen por la pata de una mesa.

—También lo creí en un principio —admitió—. Pero me equivoqué... Ari no es lo que yo imaginaba... —sonrió

con tristeza—. O, quizá, yo no soy lo que él esperaba.

—¿Te sientes decepcionada?

—¿Por qué voy a negarlo...?

Admito que es un hombre extraordinario, brillante, y con personalidad. Es, incluso, un excelente amante cuando quiere, pero se diría que no le lleno como mujer. —Agitó la cabeza con pesadumbre—. Comprendo que conoce a las muchachas más hermosas del mundo; que está acostumbrado a acostarse con ellas y que ya no soy una niña. No puedo competir con chicas de dieciséis años, pero eso lo sabía... —Buscó un cigarrillo, lo encendió, y fumó durante unos instantes—. Busca algo en mí, y no

sé lo que es... Como compañero resulta inmejorable, pero cuando más cerca debíamos estar el uno del otro, en la cama, nos encontramos totalmente incomunicados...

—A veces pasa... Con el tiempo se soluciona. Es cuestión de adaptarse...

—No —negó y se estremeció frotándose los brazos para entrar en calor—.

Es algo más... ¡Está refrescando!
¿Entramos...?

Echaron a andar entre muros de piedra, torreones, escalinatas, y viejas casas de piedra...: "donde habían muerto ancianos, donde habían nacido hijos, y donde se habían amado un hombre y una mujer, de los que les separaban tanto

tiempo, y tantas cosas...".

Aunque había buscado aferrarse desesperadamente a la rama de un árbol, una última ráfaga de viento le empujó en la oscuridad hacia otra oscuridad más profunda, y maldijo su suerte cuando comprendió que no evitaría caer en el centro de la enorme laguna.

Se hundió con un chapoteo, y de inmediato, aún bajo el agua, se desprendió de las cinchas y buceó en silencio, apartándose lo más posible del paracaídas.

Cuando apareció de nuevo en la superficie y buscó aire, pudo distinguir la mancha de tela blanca a unos quince metros de distancia. Todo lo demás era

oscuridad.

Algo rozó su mano, y por primera vez en muchos años, Ronald Clark sintió un estremecimiento de terror.

Desde que saltó del helicóptero temió caer en una de las infinitas lagunas pantanosas de la jungla del Darién, la más espantosa de las selvas del planeta. Ejércitos habían desaparecido en aquella espesura impenetrable.

Primero, los españoles que buscaban el camino del Mar del Sur. Más tarde los piratas, y por último, muy recientemente, cuadrillas de trabajadores y zapadores que habían intentado, inútilmente, abrir una carretera a través de aquel "Tapón" indomable.

De Alaska a Tierra del Fuego, la carretera Panamericana salvaba ríos, montañas, desiertos, selvas y pantanos a través de miles y miles de kilómetros — la más larga de todas las carreteras de este mundo—, pero allí, en el Darién, el "Tapón" la cortaba en dos, y cuantas veces se construyó, otras tantas se hundió en los pantanos.

Caimanes, anacondas, miles de serpientes venenosas y arañas, jaguares, mosquitos y murciélagos-vampiros, constituían, junto a ríos desbordados y ciénagas, una barrera infranqueable, devoradora de hombres y máquinas.

Permaneció muy quieto, flotando boca arriba, sin permitir que ni un solo músculo de su cuerpo se moviera.

Era la primera lección que enseñaba a sus alumnos en Fuerte Clayton:

—En la selva los depredadores de las aguas acuden a dos cosas: sangre y movimiento. Si estáis sangrando, escapad lo más rápidamente posible, jugándoos el todo por el todo, porque no tenéis mucho tiempo de vida. Si no sangráis, manteneos muy quietos y en silencio, y esperad.

Se esforzó por convertirse en tronco de árbol, idéntico en su inmovilidad a otros muchos troncos que debían flotar a su alrededor. Al escándalo de su caída habrían acudido caimanes y anacondas para las que todo chapoteo significaba una posibilidad de

llenar el estómago, y debían encontrarse entretenidas y desconcertadas con el gigantesco paracaídas que se sumergía poco a poco convertido en un cuerpo extraño en aquel mundo primitivo.

Prestó atención a cuanto le rodeaba. La sinfonía nocturna había comenzado a afinar sus instrumentos, concluido el concierto diurno de la selva, y las ranas soltaban sus primeros eructos, mientras un lejano "pájaro-bombardero" madrugaba su silbido buscando compañía para pasar la noche.

Advirtió el aletear sobre su cabeza de las primeras rapaces nocturnas: del rápido murciélago detector de insectos, a la parsimoniosa lechuza gris cazadora de serpientes y ratones, y algo se deslizó

sobre el agua, allá delante. Pudiera ser un caimán de tres metros capaz de partirle en dos de una dentellada o podría ser, también, una gigantesca anaconda que le estrujara en su abrazo mortal hasta convertir sus huesos en astillas, para devorarlo luego y aletargarse en una larga digestión hedionda.

Contuvo la respiración el tiempo que le fue posible, y tensó los músculos de las piernas para evitar que las pesadas botas se hundieran arrastrándole tras ellas. Debía mantenerse horizontal a toda costa, aunque tuviera que realizar un esfuerzo sobrehumano. Llenó al máximo los pulmones.

El aire le servía para mantenerse a flote, y la diferencia entre su máxima capacidad de aspiración y de expiración significaban la diferencia entre mantenerse arriba, o comenzar a hundirse. Eso le obligaba a respirar poco a poco, buscando renovar el aire de sus pulmones sin vaciarlos, lo que le produjo a los escasos minutos un agudo dolor en los músculos pectorales.

Comprendió que no aguantaría hasta el amanecer, y centímetro a centímetro, sin un gesto brusco, comenzó a moverse, nadando en una dirección fija, siempre hacia el punto por el que acababa de hacer su aparición una tímida luna en cuarto menguante.

Nunca supo cuánto tiempo avanzó

de ese modo. Sólo supo que era aquella, sin duda, la noche más larga de su historia; quizá la peor noche que hubiera sufrido nadie nunca, temiendo a cada instante tropezar con un cuerpo viviente: la dura piel escamosa de un saurio, o la viscosidad helada de una serpiente.

Se sentía desfallecer, y estaba a punto de darse por vencido y hundirse para siempre, cuando una mano de mil dedos le rozó la cara. Ahogó un grito y hasta el último vello de su piel se erizó. Escondió la cabeza bajo el agua, volvió a sacarla cuando ya el aire le faltaba, y allí seguía aquella mano moviéndose acompasadamente, húmeda y helada como la caricia de la muerte.

Cualquier ser humano con menos

sangre fría y menos hábito del peligro que Ronald Clark, habría desfallecido del susto. Pero Ronald Clark había vivido demasiado y no estaba dispuesto a dejarse morir hasta que no viniera a devorarle una anaconda gigante. Extendió la mano y se asió de las hojas que rozaban el agua. Si había hojas —se dijo—, había también ramas. Si había ramas, tenía que haber árbol. Y salvo que fuera uno de esos árboles que crecen en el centro de los pantanos, la orilla no podía andar muy lejos. Continuó su avance.

Algo le tocó las piernas. Movi6 ligeramente el pie y percibi6 fango.

Tanteó con cuidado: ese fango podía convertirse allí, en el Darién, en

un peligroso limo traicionero que lo apresase para siempre. Giró el brazo en círculo, y se apoderó de una rama más fuerte. Se alzó a pulso, empleando en ello sus últimas fuerzas, y apoyó los pies en el fondo, que soportó su peso, aunque se hundió casi hasta el tobillo. Sacó con cuidado una pierna, luego la otra, y cinco minutos después, se dejaba caer en seco, desfallecido.

No es que se supiera a salvo; los mismos caimanes e idénticas anacondas poblaban las orillas, pero se encontraba en su elemento y sabía defenderse. Tenía miedo, pero se quedó dormido, vencido por la fatiga.

Cuando despertó, se encontró cubierto de barro y tiritando en el centro

de un manglar casi impenetrable. Se tomó tiempo para pensar, serenarse, y recordar sus infinitos ejercicios de práctica de supervivencia en la selva. Le dolían los huesos y cualquier otro hubiera sido incapaz de abrirse camino a través de aquella maraña. Pero si Ronald Clark había llegado a algo en la vida era merced a una voluntad sobrehumana. Se puso en pie, se orientó por el sol, rememoró el mapa del Darién sobre el que tantas veces había trabajado, y emprendió la marcha.

Tres días después, con el cabello blanco, barbudo, sangrando por cien cortes y con los pies destrozados por las ampollas, alcanzaba el puesto de Ijalá, a orillas del río Chucunaque, donde

durmió un día completo tras pedir que viniera a buscarle un helicóptero.

Cuando entró de nuevo en su casa, frente a Fuerte Clayton, no lejos de las esclusas de Miraflores, Paloma se echó a llorar, y el negro Jackson se tambaleó asombrado. Había envejecido quince años en cinco días.

Aun así, comido por las "niguas" que formaban bajo su piel bolsas purulentas, debilitado por las sanguijuelas de los pantanos, y asaltado por fiebres que se convertían de tanto en tanto en tiritonas, a la mañana siguiente se plantó en Fuerte Davis, en el momento en que Leslie Collingwood llegaba con una carpeta de papeles bajo el brazo.

Kent Morrison se asombró al verle, e insistió en que ingresara en un hospital. Lo mismo le pidió el gobernador, pero Ronald Clark jamás había atendido esa clase de ruegos. Tomó asiento con la decisión de quien no está dispuesto a que le levanten a ningún precio.

—¡Esos hijos de puta me la van a pagar! —dijo, y se volvió a Morrison, amable pero firmemente—. Washington te envió para sustituirme mientras estaba fuera, Kent, pero he vuelto...

Kent Morrison meditó unos instantes. Conocía bien a Ronald Clark y el asunto de los explosivos del Canal no le gustaba. Se trataba probablemente de uno de los trabajos más difíciles que le

habían encargado nunca.

No le desagradaba la idea de apartarse de él.

—De acuerdo —dijo—. Llamaré a Washington y comunicaré que vuelves a tomar el mando... —se volvió a Collingwood—. ¿Qué noticias tienes, Leslie...?

El hombre de la NASA abrió su carpeta, lanzó una última mirada de asombro al "resucitado" que se sentaba frente a él, y agitó la cabeza con incredulidad. Luego comentó:

—Hemos realizado los cálculos que están a nuestro alcance. —Alzó la vista hacia el gobernador—. A mi modo de ver, existen dos ondas que pueden neutralizar la carga que llamamos

"Número Uno". La "C" y la "H".

Personalmente, me inclinaría por la "H"...

—¿Por qué? ¿En qué se basa?

—Simple deducción... En los primeros días, fue la que menos tiempo estuvo recibiendo la carga "Número Uno". Los períodos de emisión eran cortísimos, buscando sin duda que no coincidieran con algún intento de retirar esa carga en los primeros momentos. Ahora, cuando, según parece, estamos a punto de hacer el pago de los treinta millones, esa onda se repite con mayor frecuencia, y durante períodos más largos, como para darnos tiempo. —Hizo una pausa—. He meditado sobre el carácter de "Espada" —comentó—. Es

un hijo de puta, pero juega limpio dentro de lo que cabe... —sonrió—. Si somos buenos chicos, nos irá "recompensando": "Tú me das, yo te doy..." Esa onda puede ser la prueba.

—No son más que especulaciones... —puntualizó Ronald Clark—. ¿Existe alguna garantía?

—Ni la más mínima...

Clark se volvió al gobernador y a Morrison:

—¿Aun así, quieren correr el riesgo...?

Morrison se encogió de hombros. Se diría que se sentía al margen.

—Considero que es una buena idea... —dijo—. No soporto quedarme con los brazos cruzados... Ahora, la

responsabilidad es tuya... —hizo una larga pausa—. Y del gobernador, naturalmente...

El gobernador se echó hacia atrás en su asiento, como si acabaran de ofrecerle algo que quemaba y no deseaba en absoluto.

—¡No, por Dios...! —exclamó—. Mi responsabilidad se limita a la seguridad de los habitantes de la Zona...

En lo que se refiere a terrorismo, Washington prefiere que sean ustedes los que tomen decisiones... Me mantengo al margen...

Ronald Clark hizo un gesto que quería significar que había comprendido. Al fin, se volvió a Leslie Collingwood:

—¿Ninguna garantía? —inquirió.

—Ninguna...

—¡Bien! —meditó largamente, entre el respetuoso silencio de quienes parecían comprender que la decisión que iba a tomar requería tiempo, y una gran concentración. Sin moverse, ni alzar el rostro que ocultaba entre las manos, inquirió—: ¿Cómo van las negociaciones con el Gobierno chileno...?

—Mal... —respondió rápidamente Morrison—. Me temo que la mayoría de los políticos a los que se hace referencia en la lista han sido asesinados... —Alzó las manos con gesto de impotencia—. Las autoridades chilenas se limitan a afirmar que se trata de "desaparecidos"

que jamás pasaron por sus cárceles... Alegan que no es más que una maniobra para desacreditarles ante el mundo... Los Gobiernos de Japón, Perú y Ecuador presionan fuertemente. Esperamos tener noticias en un par de días...

—Dentro de un par de días, las baterías de "Silvia" estarán a menos del cincuenta por ciento de sus posibilidades —intervino Collingwood.

—¡Por favor, Leslie! —suplicó Morrison—. Deja de llamarla "Silvia"... Al menos eso de "Honec 358-75" suena más serio...

Leslie Collingwood no tuvo tiempo de responder. Ronald Clark había tomado una decisión:

—¡De acuerdo! —dijo—. Lo intentaremos... Los muertos chilenos no van a resucitar...

Gino Montalde se encontraba a punto de acostarse, cuando la radio de la mesilla dio la noticia. Por unos momentos permaneció como alelado, incrédulo, contemplando el aparato, aguardó que la desmintiera, pero la emisora de El Cuzco reanudó su programa de música para la noche. Se puso la bata y se encaminó a la habitación de Aristófanes Panatas.

El griego, ya en la cama, leía apaciblemente el "Itinerario de mis Andes", de Leiva.

—La esclusa número dos del canal de Panamá ha volado —le espetó sin

preámbulos—. Tres hombres han muerto al tratar de retirar una carga explosiva.

—¿Quién lo ha dicho?

—La Radio.

Aristófanes cerró el libro, lo dejó sobre la cama, a su lado, y buscó un paquete de cigarrillos. Encendió uno con parsimonia, pensativo.

—Advertí que no lo intentaran —se disculpó—. Tú lo sabes.

—¡Sí! ¡Lo sé! —admitió Gino, furioso—. ¿Pero qué quieres que hagan...? ¿Quedarse con los brazos cruzados mientras te paseas por Machu-Picchu...? ¿Qué garantía tenemos de que vas a dar esa maldita solución...?

—¿"Tenemos"? —repitió el griego visiblemente dolido—. ¿Estás ahora de

su parte...?

—No estoy de su parte, pero tampoco de la tuya... —aclaró—. Has ido demasiado lejos, Ari... ¡Tres muertos! ¿Te das cuenta de lo que eso significa...?

—Significa que quieren ganar la partida...

—¿Es todo lo que se te ocurre...?

¿No piensas en los muertos, ni en sus familias, ni en la angustia de miles de personas que ven cómo se aproxima una catástrofe...?

—Si no intentan nada, nada pasará... ¡Lo prometí!

—¡Oh, Dios...! —Gino había tomado asiento al borde de la cama—. ¡Oh, Dios...! Veo que no te importa

nada, Ari... Solamente ganar. El Canal peligra, Colón puede inundarse y a ti te preocupa el hecho de que han "osado" enfrentarse a ti...

—¡Son ellos los que quieren jugar a los héroes...! —extendió la mano y tomó la de Gino—. Hice esto por ti, Gino... —dijo—. Únicamente por ti, y en lugar de tenerte más cerca, te apartas cada hora que pasa... —hizo una pausa—. No permitiré que mi esfuerzo y mi dinero se pierdan tontamente. ¡No regresaré a París derrotado, Gino, puedes estar seguro! Si quieren pelea, tendrán pelea...

Se observaron en silencio. Aristófanes, fingiendo una serenidad que no sentía, aplastó el cigarrillo en el

cenicero y permaneció muy quieto, aún con la mano de Gino entre las suyas.

Al fin, muy suavemente, musitó:

—A menos que...

Gino Montalde no hizo comentario alguno. Meditó unos instantes y luego, muy despacio, inclinó el cuerpo hacia delante y le besó en la boca.

Cuando se separaron, los rostros de ambos aparecían transfigurados. Fue Gino el que primero habló:

—A menos que... "esto", ¿no es cierto? —Se diría que no esperaba respuesta del griego, y la respuesta, en efecto, no llegó—. Pues no voy a aceptarlo, Ari... —continuó—. No voy a acostarme contigo a cambio del Canal de Panamá...

—¿Tanto te repugna...?

—Sinceramente, sí... —admitió—.

Te juro que, en estos momentos, tengo que hacer un esfuerzo para no vomitar. —Su rostro pareció recobrar la serenidad perdida—. Pero me has hecho un bien, Ari... —añadió—. Tenía miedo.

Miedo de amarte o de sentir por ti una atracción excesiva. Pero ahora sé que lo que sentía era cariño, amistad, y una admiración ilimitada... —se puso en pie—. Pero no era amor... Por lo menos, la clase de amor que tú pretendes.

Se puso en pie y se encaminó a la puerta. Ya en ella se volvió:

—Puedes tomar la decisión que quieras respecto al Canal —dijo.

Salió cerrando la puerta tras sí.

Ya en el pasillo se recostó en el quicio, y permaneció muy quieto. No se sentía con fuerzas para regresar a su habitación, y necesitaba a toda costa un trago.

Se encaminó al bar, a oscuras a aquellas horas, y rebuscó tras el mostrador en procura de una botella.

Lo halló cerrado, y comenzaba a maldecir su suerte cuando, del más alejado de los rincones, junto al ventanal que se abría sobre las ruinas, una voz le llamó:

—¿Es esto lo que buscas...?

Distinguió una botella que se alzaba, tomó un vaso y fue a sentarse junto a Isabelle:

—¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú. Necesitaba un trago y conseguí una botella antes de que cerraran.

Gino se sirvió, y advirtió que el envase se encontraba más que mediado.

Observó a Isabelle a la luz de la luna que penetraba por la ventana y que le daba ahora de lleno en el rostro.

—Le has dado un buen tiento... — señaló.

—A veces, una botella es el último consuelo que nos queda —admitió ella —.

Me avergüenza confesarlo, pero, a menudo, el alcohol es lo que impide que acabe suicidándome...

Durante largo rato bebieron en silencio, contemplando las nubes que

iban y venían ocultando el pico del Huayna-Picchu, que se alzaba como un vigía eternamente atento. Visto desde allí, tenía algo de fantasmagórico, con las ruinas de la ciudad incaica a sus pies, las gigantescas montañas al fondo, y los nubarrones galopando como enloquecidos sobre su cumbre, empujados por un viento frío que aullaba más allá de los cristales.

—Al fin ha ocurrido, ¿no es cierto?
—inquirió Isabelle, sin entonación en la voz.

—¿Qué...?

—Lo que yo presentía.

—No ha ocurrido nada.

—¿Nada? —se inclinó en su butacón a mirarle a la cara—. ¿Estás

seguro de que no ha ocurrido nada...? — Hizo una pausa—. Desde aquí te vi entrar en la habitación de Ari... Y te he visto salir... En el pasillo hay luz, y te juro que tu cara lo decía todo.

—No ha ocurrido nada... —repitió machacón.

—Lógicamente no habéis tenido tiempo... —admitió Isabelle—. Unos minutos apenas... —bebió de nuevo—.

Pero bastaron para aclararme por qué Aristófanes no encontraba en mí la mujer que buscaba. No buscaba ninguna mujer. Te buscaba a ti.

Gino no se sentía con fuerzas para protestar, y hubiera resultado inútil.

A veces tenía la sensación de que todo el mundo sospechaba la verdad.

Isabelle bebió de nuevo. La botella se encontraba vacía, y apuró hasta la última gota su vaso.

—Necesito hacer bien el amor —dijo con naturalidad—. Últimamente no he tenido más que un inválido y un hombre que amaba a otro hombre... —se puso en pie y extendió la mano—. ¡Ven! —pidió.

Gino apuró su copa y la siguió a su habitación. Hicieron el amor enloquecidamente, casi con desesperación, buscando aturdirse y dejar atrás todos sus problemas, hasta que la puerta se abrió, y en el umbral apareció Aristófanes Panatas.

Durante unos instantes se observaron en silencio. El griego fue el

primero en recuperar su presencia de ánimo. Señaló la puerta:

—La llave estaba puesta —se disculpó.

—La dejé a propósito —fue la respuesta de Isabelle—. Abrigaba la esperanza de que no tuvieras el mal gusto de pretender acostarte conmigo, después de haberlo intentado con Gino...

Aristófanes Panatas hizo un gesto de asentimiento.

—Es cierto —admitió—. Es una prueba de mal gusto.

Salió, cerró la puerta y se encaminó a su habitación. Durante horas se esforzó por dormir, pero con la primera claridad del día, se vistió y salió al frío de los Andes, que le hirió la

cara.

Aún llevaba clavada en el fondo de la retina la escena de Isabelle y Gino desnudos en la cama haciendo el amor, y no creía que se pudiera sentir tanto dolor como sentía en esos momentos. Eran los dos seres que amaba, y allí estaban, entregados el uno al otro, sin que pudiese decidir por cuál de los dos se sentía más traicionado.

Recordaba sus rostros en el momento en que abrió la puerta. Hacían el amor y eran felices. Ella gemía, y él jadeaba. El griego sabía bien cuándo una mujer está disfrutando a fondo su entrega a un hombre. Hasta aquella noche, no había descubierto semejante expresión en el rostro de Isabelle, lo

cual quería decir que no había logrado proporcionarle nunca tanto placer.

Había fracasado con ambos, y lo sabía. Había perdido para siempre a sus dos "amantes". Trató de sonreír con ironía, burlándose de sí mismo, pero no pudo hacerlo.

Echó a andar a través de las piedras del Machu-Picchu. Subió y bajó escalinatas, atravesó la gran plaza del "Inti-Pampa", dejó atrás el Torreón de los Amautas, y se encontró frente al inicio del sinuoso y escarpado camino que trepaba hasta la cumbre del Huayna-Picchu.

Jonathan Leiva aseguraba en su libro, que más de tres mil escalones tallados en la roca ascendían hasta la

cumbre del Huayna-Picchu, desde donde se podía asistir al más increíble y majestuoso espectáculo que pudiera existir sobre la Tierra. Con frecuencia se daba el caso de que un turista se aventuraba por él, y al llegar a los grandes precipicios de más de mil metros cortados a pico sobre el río Urubamba, el vértigo y el terror le impedían continuar adelante o regresar. Los naturales del país tenían que acudir a rescatarlo.

Inició el ascenso sin saber por qué: Probablemente por probarse a sí mismo; demostrarse que era capaz de vencer el vértigo y el miedo, alejándose de cuanto quedaba tras él: la escena que se repetía en su mente una y otra vez, de Isabelle y

Gino haciendo el amor.

En principio el sendero trepaba muy empinado, bordeando la cresta que unía el Pico-Viejo con el Pico-Joven, y ya en este último comenzaron los escalones, esculpidos en la roca con la paciencia y el cuidado con que tan sólo eran capaces de hacerlo los incas, los mejores artesanos de la piedra de la historia de la Humanidad. Uno por uno cada peldaño era como una obra de arte, un conjunto de tres mil obras de arte de poco más de un metro de ancho, de la pared de granito al abismo del fondo, y Aristófanes Panatas se preguntó cuántos de los que esculpieron aquella piedra debieron precipitarse al vacío en un momento de descuido.

Había llovido la noche antes; como casi cada noche sobre la Cordillera, y una especie de musgo de cuatrocientos o quinientos años de humedad continua, transformaba la piedra en una superficie resbaladiza, que se convertía a menudo en una fina capa de hielo que el sol aún no había tenido tiempo de derretir.

Ese sol asomaba ahora, tímido y somnoliento entre dos cumbres, hiriéndole en los ojos, y obligándole a detenerse unos instantes a observar cómo luchaba con las nubes, pugnando por abrirse paso y calentar la tierra.

Continuó su avance. El tortuoso caminillo se convertía en ocasiones en pasadizo de apenas la anchura de un hombre, sin protección por el costado

del abismo, y tuvo que esforzarse por fijar la vista al frente y no permitir que quedara prendida por los mil metros de despeñadero que se abrían bajo él.

Realizó una primera circunvalación del Huayna-Picchu para encontrarse de nuevo en vertical sobre el punto de partida, a más de cien metros sobre Machu-Picchu. El espectáculo sobre la Ciudad Perdida del Imperio incaico se le antojó fastuoso, y con la espalda pegada a la roca, dudó entre continuar una ascensión cada vez más difícil, o regresar dando por concluida su aventura.

Aún dudaba, cuando advirtió que un indígena envuelto en un poncho multicolor ascendía escalón tras

escalón, parsimonioso, con el clásico andar balanceante de los de su raza, acostumbrado a las alturas y a los caminos estrechos.

Eso lo decidió. La sola idea de tener que cruzarse con el hombre en semejante camino, le hizo desistir de emprender el regreso, y reanudó la marcha, sintiendo poco a poco que la respiración se hacía más pesada, y el oxígeno de aquel aire enrarecido por la altura se negaba a llenar con naturalidad sus pulmones.

Los escalones se convirtieron en una obsesión, y cuanto más se aproximaba a la cumbre, más se angostaban y menor era su arco, gigantesca escalera de caracol que se

iba cerrando y cerrando para acabar en nada.

Miró hacia abajo. El indio, pues de un indio andino se trataba, ganaba terreno, y se encontraba ahora de nuevo bajo él, pero ahora la distancia en vertical que les separaba era mucho menor, y pudo distinguir su nariz aguileña, su cabello muy negro y sus facciones tostadas. Ascendía rítmicamente, con una andadura acompasada, peldaño a peldaño, como una máquina indiferente a la altura, al peligro, o el cansancio.

Aristófanes aceleró el paso, molesto por la idea de resultar alcanzado, y sentir el resto del camino, hasta la cumbre, los monótonos pasos

del otro a sus espaldas, como en una muda petición de paso.

Se preguntó qué buscaría allá arriba. Leiva insinuaba en su libro que la cumbre del Huayna-Picchu no constituía únicamente mirador sobre Machu-Picchu, sino también observatorio astronómico y Altar de Sacrificios a los antiguos dioses. Tal vez el hombre del poncho subía a rezar a los dioses de sus antepasados.

Miró hacia lo alto. Cincuenta o sesenta metros le separaban de la cumbre, y aunque se sentía en el límite de sus fuerzas y el corazón quería estallar de tanto golpearle en el pecho, avivó la marcha.

Tropezó y se fue de bruces. Por

unos segundos se vio volando libremente hacia las oscuras aguas del río Urubamba, que se deslizaban tumultuosas por el fondo del valle. El vértigo estuvo a punto de hacerle perder el sentido, clavó las uñas en la pared de roca, se aferró a la vida, y permaneció allí tendido sin reaccionar, hasta que, a sus espaldas, escuchó una voz que preguntaba en español:

—¿Necesita ayuda...?

Se volvió a mirarle. Era el más impasible de los indios andinos que hubiera visto nunca, envuelto en su poncho y cubriéndose la cabeza con un típico pasamontañas de lana que dejaba sobresalir una mata de cabello negro y lacio que le caía sobre la frente.

Sus ojos eran muy oscuros y rasgados, y le tendía una mano corta y fuerte, mientras que con la otra se aferraba a un saliente de roca.

Aceptó que le ayudara a ponerse en pie; agradeció que le sostuviera por la cintura impidiendo que un vahído le lanzara definitivamente a las aguas del Urubamba, y reanudaron la marcha.

—No mire hacia abajo —aconsejó el indígena.

—¿Qué altura hay aquí...? —inquirió Aristófanes en su burdo español.

—Más de mil metros... Lo malo es la bajada...

Comprendió que tenía razón. Lo malo sería la bajada, de cara al abismo,

temiendo siempre que cada escalón se abriera sobre el vacío y un paso en falso le condujera a la muerte.

Aristófanes Panatas había visto en los mapas y los folletos del Machu-Picchu que el Urubamba era uno de los más lejanos afluentes del gran Amazonas. Naciendo a orillas del lago Titicaca, sus aguas recorrían casi siete mil kilómetros desde el punto en que se encontraban hasta morir en el Atlántico.

—Si caigo, mi cadáver tal vez aparezca en el mar... —pensó—. Atravesaría América, de parte a parte, por su lado más ancho...

Siguió subiendo. Le ponía nervioso el indio pisándole los talones, pero no se atrevió a cederle el paso, consciente

de que intentarlo podía provocar una catástrofe. Tenían que continuar uno tras otro hasta la cumbre.

Cuando la alcanzó, sudoroso y jadeante, se dejó caer sobre la hierba de la diminuta explanada de la cima, abriendo la boca, y buscando que el enrarecido aire llenase de oxígeno sus pulmones. La cabeza le estallaba, y el corazón le latía con tanta fuerza, que incluso acallaba sus jadeos. Tardó en recuperarse, y pudo advertir que su compañero también se había derrumbado sobre una roca. La ascensión, incluso para alguien que, como aquel indígena, debía estar acostumbrado a las alturas y a trepar montañas, constituía, en verdad, una

prueba de fuerza, resistencia y, sobre todo, valor.

Se arrastró hasta el borde de la explanada, incapaz de ponerse en pie, y contempló maravillado la visión del río trazando un ancho círculo, las ruinas de Machu-Picchu allá abajo, a mitad de camino, y luego, cerrándolo todo, el anfiteatro de montañas de la cordillera andina, cuyos blancos picachos se perdían de vista en la distancia.

El sol estaba alto, brillando en un cielo azul sin una nube a aquellas tempranas horas del día, y calentaba con fuerza, cayendo a plomo sobre los tres mil metros en que se encontraban.

Un tren avanzaba por la orilla del río, tan lejano y minúsculo pese a

encontrarse directamente bajo él, que no hubiera advertido su presencia de no ser por su silbido que le llegó muy claro rebotando contra las escarpadas laderas de las montañas vecinas.

Lo buscó, verde entre el verde de la espesura, pues todo el valle del Urubamba aparecía cubierto de una vegetación selvática y lujuriante, tan espesa, que durante siglos ocultó a la vista de los hombres la gran ciudad perdida.

El tren avanzó cansino, tomó la curva, y se detuvo a recoger pasajeros ante el pequeño Puente de las Ruinas que atravesaba el río en el inicio de la serpenteante carreterilla por la que habían ascendido el día antes en el

diminuto microbús.

—Un gran espectáculo, ¿no es cierto, señor Panatas...?

Se volvió sorprendido. El indio le había hablado en un francés perfecto, sabía su nombre, y se encontraba sentado en una roca a menos de dos metros de distancia, apuntándole con un revólver.

Por unos instantes se sintió incapaz de reaccionar ante la insólita actitud del indígena. El otro no le dio tiempo, sin embargo, a reponerse.

—No se extrañe... —comentó—. También sé su sobrenombre —hizo una pausa buscando el efecto que iban a causar sus palabras, y añadió—: "Espada".

—¿"Espada"...? —tartamudeó incrédulo.

—"Espada"... —afirmó el otro—.

"Espada", amigo de "Lanza", cerebro oculto tras el "Alfanje", y organizador del atentado al Canal de Panamá... —se despojó de su pasamontañas de indígena, e inició un gesto de respetuoso saludo—. "¡Chapeau!", señor Panatas... Me descubro ante uno de los tipos más inteligentes que he conocido en mi vida.

De espaldas al abismo, semisentado en la hierba y teniendo bajo él la ciudad de Machu-Picchu, Aristófanes Panatas creyó estar viviendo una pesadilla provocada por la altura y el aire enrarecido. Agitó la cabeza y

cerró un instante los ojos. Cuando los abrió, el indio seguía frente a él.

—¿Quién es usted? —quiso saber al fin—. ¿De qué me está hablando...?

—Mi nombre es Antonio Arriaga... —fue la respuesta—. Aunque se me conoce mejor por "Huascar"... —sonrió con ironía—. "Terrorista profesional" y admirador de su eficacia...

—¿Cómo llegó hasta mí?

—A base de organización y mucha suerte... —agitó la cabeza—. Y a base de verme más de treinta películas en tres días... ¡Le juro que nunca más volveré al cine...! —Con la pistola señaló hacia la lejana silueta del "Hotel Machu-Picchu"—. Localicé a su amigo Gino Montalde. Supe que era "Lanza", pero

comprendí que no podía ser el cerebro de este asunto...

Luego, la cosa resultó fácil. Gino Montalde era amigo inseparable de Aristófanes Panatas, genio de las finanzas, y graduado en electrónica.

Aristófanes Panatas tenía que ser "Espada"...

—¿Y qué es lo que quiere?

—Poca cosa... ¡Panamá!

—¿Panamá?

—Para ser más exacto: el Canal de Panamá... El sistema que hace que ese barco vuele o no vuele.

—¿Y si no se lo digo...?

—Le pegaré un tiro, que nadie oirá, y tiraré su cuerpo a ese río, donde nadie lo encontrará...

Aristófanés Panatas no respondió.

Durante unos minutos, meditó la respuesta, miró hacia el abismo como calculando lo que quedaría de su cuerpo cuando hubiera llegado abajo, y al fin se volvió al indio.

—De todos modos hará lo mismo —dijo—. Pegarme un tiro y tirarme abajo. No soy estúpido... —añadió—.

En estos momentos me importa poco lo que pueda ocurrirle al Canal de Panamá... Puede usted quedárselo si quiere... Lo que me importa es salvar la vida...

—¿Está proponiéndome un trato...?

—¡Exactamente! —hizo una pausa y señaló hacia Machu-Picchu y los lejanos edificios del hotel—. Bajemos

—indicó—. Cuando me sienta a salvo, en el hotel, le diré lo que quiere...

Usted no me mataría a la vista de todos, porque la única salida de Machu-Picchu es a través de ese tren, y le detendrían al llegar a El Cuzco... —sonrió—. Y yo no tendré interés en denunciarle, porque significaría tener que explicar quién es, y por qué anda conmigo... —Abrió las manos en un ademán que quería señalar que era cuanto podía ofrecer—. Es un arreglo aceptable para ambos: Usted se queda dueño de la situación en el Canal, y yo hago un discreto mutis por el foro, sin que nadie sospeche que intervine en esto... —sonrió con amargura—. ¡El gran "Huascar" figuraría como el único

cerebro organizador de la mayor operación terrorista de la historia de la Humanidad...! —Hizo un gesto de quitarse un imaginario sombrero—. "¡Chapeau!" señor "Huascar".

Antonio Arriaga, alias "Huascar", agitó la cabeza y estuvo a punto de echarse a reír. Se rascó las cejas con el cañón del revólver y jugueteó con el pasamontañas que se había quitado.

—Usted es demasiado listo para mí, "Espada" —comentó—. Y conste que es la primera vez que reconozco tal cosa... ¡Demasiado listo...! Su proposición es tan lógica, que tiene que esconder una trampa.

—¿Por qué...? —Aristófanes Panatas se había puesto en pie al borde

del abismo, y señalaba hacia abajo—.

Mire ese precipicio. No me imagino saltando mil metros de roca en roca, para llegar abajo convertido en pulpa... ¡Todo es mejor que eso...! ¿No lo comprende?

—Sí —admitió el otro—. Pero también comprendo que si una vez abajo se niega a darme la información, no puedo hacer nada... Si le denuncio, irá a parar a la cárcel, pero, al mismo tiempo, me denuncio a mí mismo, con lo que iría a parar a un paredón de fusilamiento... Salgo perdiendo.

—Le queda una solución. Marcharse, y denunciarme luego.

"Huascar" negó con firmeza:

—¡Eso nunca...! —protestó—. Yo

puedo matarle, o reventar el Canal de Panamá, pero nunca le denunciaría sin dar la cara.

—¿Por qué?

—Porque ese mismo día, Antonio Arriaga dejaría de ser "Huascar", merecer el respeto del mundo, y respetarse a sí mismo... La "Junta" me condenaría a muerte, y nadie más me obedecería nunca —le señaló con el arma—. Tenga esto bien presente: lo que tenga que ocurrir, ocurrirá entre usted y yo.

—¿"Código de honor"?

—¡Código de porras...! —Hizo un gesto para que echara a andar hacia la escalera—. ¡Voy a arriesgarme con usted, Panatas! Pero recuerde que no

pienso perderle de vista. En cuanto crea que me engaña, lo reviento...

Iniciaron la marcha, uno en pos de otro, y cuando, al desembocar en la primera curva Aristófanes se encontró frente a los escalones que parecían abrirse al vacío del despeñadero por el que aullaba el viento, dio instintivamente un paso atrás.

—¡Mierda! —exclamó.

—¿Qué ocurre...?

—¿Qué ocurre...? —se echó a un lado y permitió que "Huascar" entreviese sobre un hombro el panorama que se abría ante ellos, con las marrones aguas del Urubamba a más de un kilómetro de distancia en vertical—. ¡Eso es lo que ocurre! ¿Quién es capaz

de bajar por ahí con una pistola en la nuca? —Se agarró a una raíz que sobresalía del muro—. Me tiemblan las piernas —confesó.

—Debió pensarlo antes de subir... —fue la seca respuesta—. ¡Vamos!

Comenzaron el descenso, escalón tras escalón, y eran, lo sabían, más de tres mil. Con la mano derecha apoyada en el muro, avanzando con cuidado, casi arrastrando los pies, Aristófanes no se sentía tranquilo más que cuando, de tanto en tanto, alcanzaban un tramo de camino llano, más ancho, donde se detenía unos instantes a tomar aliento y tratar de calmarse.

El viento arreciaba a medida que avanzaba el día, y cuando doblaban

hacia la cara oeste les golpeaba de frente, dificultando aún más la marcha, intentando lanzarlos al abismo en el momento en que tenían que girar hacia el Norte. Ante la fuerza de ese viento y el peligro de una curva, Aristófanes optó por echarse al suelo y avanzar a gatas.

Cuando dejó atrás el recodo, se volvió. "Huascar" consciente del riesgo, le imitaba, y guardando el arma en la cintura, se inclinaba en esos momentos dispuesto también a gatear.

Aristófanes Panatas dudó; su vista fue al hombre, luego al abismo, y, al fin, a la escalera que recomenzaba a sus pies, y contra la que le empujaba ahora el viento. Comprendió que no encontraría una ocasión igual, y

súbitamente, echó a correr.

Antonio Arriaga lo advirtió una décima de segundo después, se apoyó sobre la mano izquierda, buscó el arma, y disparó. La primera bala rebotó en la roca, junto a la cabeza del griego, pero la segunda se perdió en el abismo, porque ya el fugitivo había doblado la esquina, saltado como enloquecido por la increíble escalera.

"Huascar" lanzó una maldición, se puso en pie, se tambaleó empujado por el viento, a punto de ir a parar al fondo del río, y con un esfuerzo se tiró contra el muro, y echó a correr a su vez.

Llegó a la esquina a tiempo de distinguir la espalda del hombre que escapaba, pero no tuvo tiempo de

apretar el gatillo, porque Aristófanes había vuelto a desaparecer tras el siguiente recodo.

Fue aquélla una extraña cacería humana, con dos hombres que saltaban alocadamente unos escalones de piedra húmedos, estrechos y resbaladizos por los que ni la más osada cabra montés se hubiera aventurado.

Tan sólo la desesperación de Aristófanes, que tenía la absoluta certeza de que en aquella carrera se centraba su única posibilidad de salvar la vida, hacía comprensible semejante huida.

El griego sabía que, una vez abajo, en cuanto le dijera lo que quería saber, el otro acabaría con él para no dejar con

vida a alguien que sabía neutralizar las cargas explosivas del Canal. Tanto él, Aristófanes, como probablemente Gino, estaban condenados, y era, quizás, en Gino en quien el griego pensaba al correr de aquel modo.

Brincaba de un peldaño a otro, ajeno al peligro, olvidando el abismo, decidido a distanciarse del terrorista a toda costa. Aún no comprendía cuál había sido el fallo en su plan, pero ya que lo había, era él quien debía asumir todas las responsabilidades aunque le costara despeñarse.

Por mucho interés que tuviera su perseguidor en conocer el secreto del Canal, dudaba que fuera lo suficiente como para arriesgarse a morir, y ésa

era, a su juicio, la gran ventaja que tenía sobre él.

Al cabo de unos minutos, "Huascar" pareció comprenderlo, porque se detuvo, se tumbó en el suelo, y aguardó a que el griego hiciese su aparición en el plano inferior, a unos treinta metros de distancia. Aprestó el arma, apuntó, y cuando asomó en la curva, disparó.

Acertado de pleno, Aristófanes Panatas rebotó contra el muro, perdió pie y comenzó a caer, resbalando y dando tumbos, por la escalera de piedra hasta desaparecer de la vista de Antonio Arriaga, que se puso en pie, lanzó una maldición y reanudó el descenso.

Cuando alcanzó en el plano inferior

el punto en que el griego había desaparecido, buscó a su alrededor sin distinguirlo por parte alguna. Se asomó al abismo, sobre las ruinas de la ciudad, y distinguió la figura del fugitivo que cruzaba el estrecho caminito que separaba Huayna-Picchu de Machu-Picchu.

Disparó por tres veces, pero la distancia era excesiva. Doblado sobre sí mismo, sujetándose con una mano el costado herido, Aristófanes Panatas se alejaba renqueando, haciendo caso omiso a los disparos, comprendiendo, quizá, que estaba a salvo. Se volvió unos instantes, comprobó que "Huascar" había quedado muy atrás, y se dispuso a cruzar la Plaza del Sol, en dirección al

hotel.

En la gran Plaza, no se distinguía más que el monolito gris del "Inti-Pampa", y los azules tejanos y el suéter rojo de una jovenzuela de pelo corto y aire ausente.

Aristófanes Panatas se esforzó por dedicarle una tranquilizadora sonrisa, procurando no asustarla con su desolado aspecto y su ropa ensangrentada, y la muchacha le devolvió la sonrisa, metió la mano en el bolso, y a través de él, disparó por tres veces.

Aristófanes Panatas saltó hacia atrás, y quedó muerto cara al cielo, en el centro de la Plaza del Sol de Machu-Picchu, a menos de tres metros del monolito de piedra gris del "Inti-

Pampa".

Casi a la misma hora en que Aristófanes Panatas caía asesinado en la Plaza del Sol de Machu-Picchu, comenzaba el éxodo de la ciudad de Colón, a más de dos mil kilómetros de distancia.

Camiones del Ejército americano desalojaron en primer lugar a las familias de la Zona, en Puerto Cristóbal, cargando con los enseres y archivos que consideran más importantes, mientras las emisoras de Radio y Televisión pedían a los coloneses que se dispusieran a abandonar la ciudad, rumbo a los alojamientos provisionales acondicionados en lugar seguro, lejos de una posible invasión de las aguas.

Los panameños aprovecharon la ocasión para protestar contra la presencia de los norteamericanos en la Zona, considerando que era hora de hacerse oír. Se encontraban en esos momentos en su país infinidad de representantes de la Prensa, la Radio y la Televisión mundiales y manifestantes portando pancartas recorrieron las calles de Colón y Panamá capital.

Se había corrido ya la voz de que los terroristas exigían la libertad de presos políticos chilenos y ésa era la razón por la que no se llegaba a un acuerdo, dado que muchos de esos presos estaban muertos y enterrados.

Pancartas y gritos contra el régimen chileno y contra Pinochet, Kissinger, la

CIA, el "Southern Comand" y el Presidente Omar Torrijos, invadieron las calles de Panamá, e incluso de muchas ciudades extranjeras que se solidarizaron con los coloneses.

Mientras, los barcos iban amontonándose mar afuera, a la espera de la solución a un problema que se prolongaba ya diez días, y al que no se veía arreglo. Pocos eran los que se decidían a emprender la larga ruta a través del cabo de Hornos, en lo que serían días y días de navegación, gastando un combustible y un tiempo preciosos, sin la seguridad de cruzar fácilmente el siempre temible "Cabo de las Tormentas".

Montañas de mercancías se pudrían

en las bodegas, y las primeras frutas fueron arrojadas al mar. La Bolsa seguía bajando, e infinidad de fábricas asistían, angustiadas, al hecho de que su abastecimiento de materias primas comenzaba a retrasarse.

En Fort Davis, el gobernador convocó una rueda de Prensa, en la que rogó a los medios de difusión que comunicasen a los terroristas que el dinero estaba a su disposición. Las discusiones con los gobernantes chilenos continuaban a la intensidad que Santiago permitía, y los Gobiernos de Francia, Alemania, Suecia, España, Venezuela y una docena más de países presionaban sobre Pinochet y ofrecían asilo político a los posibles liberados.

Pero los terroristas no daban señales de vida.

Ronald Clark, Morrison, Collingwood y el resto del equipo de Seguridad permanecieron a la espera de una comunicación por parte del llamado "Espada" hasta que los técnicos detectaron la primera y casi imperceptible señal de fatiga por parte de las baterías de la computadora.

Esa misma tarde llegó un extraño comunicado de la Policía peruana. En un enfrentamiento armado mantenido en la estación de El Cuzco entre la Policía y los asesinos de un turista en las ruinas de Machu-Picchu, habían muerto un hombre y una mujer. El primero resultó ser Antonio Arriaga, alias "Huascar",

conocido terrorista internacional, cabecilla de la famosa banda "Inca-Ananka". Entre sus documentos se hallaron anotaciones directamente relacionadas con el Canal de Panamá, y dos personajes llamados, en clave, "Espada" y "Lanza". Enviaban, por correo urgente, fotocopia de todo lo encontrado.

—¡Correo urgente! —explotó Ronald Clark—. Puede tardar tres días... —se volvió al jefe de Seguridad—.

Prepara el avión más rápido de la base Albbrook... Que Morrison salga inmediatamente para El Cuzco e investigue... Quiero tenerlo aquí, de vuelta, mañana.

La noche del treceavo día de

bloqueo del Canal de Panamá transcurrió sin novedades dignas de mención, exceptuando el hecho de que el Ejército fusiló a dos saqueadores sorprendidos desvalijando los comercios abandonados de la ciudad de Colón.

Brigadas de obreros voluntarios se esforzaban entretanto en reparar las compuertas desencajadas, pero los ingenieros abrigaban el convencimiento de que, en caso de voladura de las compuertas tres y cuatro, resultarían inútiles. La corriente se llevaría esas compuertas mal reparadas hasta el mismísimo Atlántico.

En la reunión de urgencia del Consejo de Seguridad de la ONU, se

llegó a la conclusión de que ningún Gobierno reconocido se hallaba involucrado en el atentado al Canal de Panamá, y éste era obra de elementos incontrolados. Poco a poco, la noticia de la muerte de "Huascar" convenció a muchos de que había desaparecido el verdadero cerebro de la Operación.

Probablemente se había llevado a la tumba la forma de desconectar la "Honec 358-75".

A las once de la mañana del catorceavo día, Kent Morrison aterrizó en la base Albroom con el aspecto de quien no ha dormido en toda la noche y se encuentra en el límite de sus fuerzas. Lanzó sobre la mesa un puñado de papeles y ensayó un gesto de

impotencia.

—Los he estudiado a fondo —dijo

—.

También andaba a la búsqueda...

¡Mira esta anotación...! "Espada" y "Lanza" pasaron el Fin de Año en San Juan... El diez, ya se habían ido...

—No cabe duda de que sabía más del asunto que la CIA, el FBI, y la Policía, pero está muerto... ¿Por qué asesinó al turista?

—Parece un intento de atraco...

—¿Atraco? —Ronald Clark soltó una corta carcajada seca y sin humor—.

¿Un tipo tan listo como "Huascar" que anda tras la pista del tal "Espada", se va a molestar en cometer un atraco en una ratonera como Machu-Picchu...? No

me hagas reír...

¿Quién es el muerto?

—Un tal Aristófanes Panatas, francés de origen griego... He pedido su ficha a la Interpol...

Ronald Clark fue a decir algo, pero sonaron unos golpes en la puerta y un oficial del Ejército asomó la cabeza:

—En la entrada hay un hombre que asegura estar relacionado con el asunto del Canal —dijo—. Creo que habla en serio...

—¡Que pase!

A los pocos minutos, Gino Montalde hizo su entrada en la sala de oficiales de Fuerte Davis, en la Zona americana del Canal de Panamá, y dejó una cartera de documentos sobre la

mesa.

—¡Buenos días! —dijo—. Yo soy "Lanza", cómplice de "Espada".

—¿Usted? —balbuceó el gobernador, incrédulo—. ¿Pero usted no es actor de cine...?

—En efecto —admitió, y comenzó a abrir la cartera con gestos precisos—.

Pero no es momento de explicaciones... "Silvia" no tenía carga más que para cuatrocientas horas... Quedan, por tanto, poco más de sesenta para que el barco vuele...

—¿Conoce usted el modo de desconectarlo...?

—No. Lo siento... —hizo una pausa y miró a todos, uno por uno—. El único que lo sabía ha muerto...

Ronald Clark tomó las notas que Morrison había dejado sobre la mesa y leyó un nombre:

—¿Aristófanes Panatas...?

—El mismo... —aceptó Gino.

—¿Quiere usted insinuar —se asombró el gobernador— que la única que conoce el secreto de ese maldito barco es una computadora...? ¿Una máquina?

—Así es, señor...

Gino había tomado asiento, y extendía papeles sobre la mesa. Ronald Clark fue el primero en tomarlos y comenzar a estudiarlos. Inmediatamente, Leslie Collingwood se abalanzó sobre ellos con la avidez de un niño goloso.

—Cuando murió Aristófanes, volé

a París —comenzó Gino—. Abrigaba la esperanza de que en el chalet o en la caja fuerte de su despacho, encontraría la fórmula, pero no fue así. La llevaba en la cabeza... —Hizo una pausa como demostrando su impotencia—.

Intenté descifrar sus anotaciones pero al comprender que no encontraba respuesta, decidí traerlas... Tal vez ustedes tengan más suerte...

El gobernador se había aproximado y atisbaba sobre el hombro de Leslie Collingwood, intentando averiguar qué escondían aquellos garabatos.

—¿Lo entiende? —inquirió ansioso.

—Necesito tiempo... —fue la respuesta—. Se trata de apuntes de

cómo pensaba programar a "Silvia", ¡perdón!, a la "Honec 358-75", pero hay que estudiarlos a fondo para averiguar si se trata de las programaciones que usó, o las que desechó.

—¿Cuánto tiempo...? ¡Ya ha oído a ese hombre! ¡Sesenta horas...! Es todo lo que tenemos...

Leslie Collingwood ni siquiera le prestaba atención. Se dirigía ahora a Ronald Clark:

—Necesito permiso de Washington —dijo—. Usaremos el cerebro electrónico de la NASA, en Houston...

Es el único que nos puede ayudar en este caso... ¡Quiero línea telefónica directa...! ¡No puede haber fallos...!

—¡Cuenta con ello! —aseguró

Clark—. Lo tendrás en media hora. —
Hizo un gesto al jefe de Seguridad del
Canal—. ¡Ocúpate del asunto, Billy!
Usa mi línea con la Casa Blanca... —
Luego se volvió a Gino y lo observó de
arriba abajo—: Dígame: ¿Qué diablos
pintaba usted en ese asunto...?

La "Honec 358-75" comenzó a
fallar de modo alarmante a las
trescientas ochenta horas de puesta en
marcha, y Leslie Collingwood se
apresuró a comunicar a Ronald Clark su
temor de que el "Pompeya" estallara de
un momento a otro.

—Voy a sacar a mi gente de allí...
—anunció—. No quiero exponerlos por
más tiempo... Y le aconsejo que retire a
todo el mundo... ¡Eso va a ser un

infierno!

—¿Aún no tiene respuesta de Houston...?

—Hacemos lo que podemos... Necesito más tiempo.

—No lo hay, Leslie... —puntualizó Clark—. Vamos a mover ese maldito barco, pase lo que pase... ¡Busque la respuesta para el barco...! Olvide las cargas que están bajo la compuerta tres. Si logro sacar el barco, pasaré por encima, sin tocarlas... No me importa que estallen luego... —Señaló con el dedo el "Pompeya" quieto en la esclusa, con la proa casi pegada a la cuarta compuerta—. Lo que en verdad me horroriza es ese maldito trasto...

Está decidido... ¡Me llevaré el

barco...!

—¿Cómo?

—Como vino... Arrastrándolo con "mulas mecánicas".

—¿Quiere saber una cosa, Ronald...? Los pedacitos de los que manejen esas mulas, van a tener que buscarlos en Guatemala...

—Yo seré uno de ellos...

—¡Pues lo lamento! Para eso no debió molestarse en salir de los pantanos del Darién...

—No es usted de los que dan ánimos...

—Soy de los sinceros... Sé con quién me enfrento... Esa máquina es muy lista... —Se rascó una vez más la cabeza con su eterno lápiz—. Aunque

lográramos averiguar la onda que mantiene inactiva la espoleta del barco..., ¿quién nos garantiza que a mitad de camino el cerebro no cambiará de onda súbitamente...? ¡Explotará quizá frente a Colón prendiéndole fuego a la ciudad!

—¡Me importa poco la mierda de Colón! —fue la brutal respuesta—.

Nada se perdería con prenderle fuego y reconstruirla por completo... ¡Es el Canal de Panamá lo que hay que salvar...!

—¿Y su vida?

—Arriesgarla es mi oficio —aseguró—, y encontraré quien maneje la otra "mula".

—No cuente conmigo...

Ronald Clark intentó bromear:

—¡No cuento! La NASA me cortaría los cojones si les estropeo a su mejor hombre...

—¿Cuándo va a intentarlo...?

—En cuanto usted lo crea oportuno...

Una hora después, no quedaba una sola persona en dos kilómetros a la redonda del "Pompeya" y las esclusas del Gatún en el Canal de Panamá.

Aguas abajo, un remolcador vacío aguardaba junto al final del espigón de la primera compuerta, allí donde las "mulas mecánicas" le darían el relevo de su peligrosísima carga.

Cuantos se relacionaban directamente con el caso, incluido Gino

Montalde, que había sido traído desde su celda en el pabellón de suboficiales del Fuerte David, se encontraban reunidos en la sala, y fue a este último al que se dirigió Leslie Collingwood:

—Afirmó usted anoche que Aristófanes Panatas le había dicho en cierta ocasión que utilizaría once longitudes de onda con cinco tonos o "bips" diferentes para cada carga, ¿no es cierto?

—Algo así... Me lo explicó por encima, porque me pareció muy complicado...

—¿Y nunca tuvo interés por saber cuál era la solución del problema?

¿Aunque fuera por curiosidad...?

Gino Montalde tomó un cigarrillo

del paquete que tenía a su lado, y que pertenecía al general de Aviación, lo encendió, y lanzó una columna de humo antes de responder con toda naturalidad:

—Yo conocía bien a Aristófanes.

Era mi mejor amigo —señaló—. Se sentía Dios teniendo el Canal de Panamá en sus manos, y Dios no suele compartir sus secretos... —Hizo una pausa y aplastó el cigarrillo como si le supiera mal—. Creo, también, que, en el fondo, no confiaba en mí...

Debía temer que si sabía la verdad, no permitiría que se llegara a un límite de peligro...

—¡Entiendo!... —admitió

Collingwood interpretando el sentir general. Luego, tomó un papel y se

dispuso a leer—: Ahora preste mucha atención y piense bien si le dice algo esto: "Veinticinco-veinticinco a las trescientas noventa en punto..." Gino Montalde, que había cerrado los ojos en un intento de concentrarse mentalmente, repitió la frase para sí:

—"Veinticinco-veinticinco a las trescientas noventa en punto..." —Abrió los ojos y miró a Leslie con gesto de ignorancia—. No, la verdad, no lo he oído nunca... ¿Qué es?

—Una conclusión. La conclusión a que ha llegado el computador de Houston, de acuerdo con los datos que le hemos proporcionado... "Veinticinco-veinticinco" es una onda, según la muy especial denominación que les daba su

amigo Panatas... Analizando los papeles que nos trajo y los datos que ya teníamos, Houston ha dado tres soluciones.

—¿Tres? —repitió Clark alarmado.

—¡Tres! —aceptó Leslie Collingwood—. Con la información que tiene, ha hecho lo que ha podido...

Nosotros —señaló a su equipo, que se mantenía tras él— hemos llegado al convencimiento de que esta onda, que Panatas denomina "25-25", es, de las tres, la que desconecta el "Pompeya".

—Eso dijo de la carga de la compuerta número dos, y voló.

—¡En efecto! —admitió Leslie—.

Quizá lo hicimos mal; quizá no era

la onda apropiada; quizá cambió demasiado pronto... —añadió—. Ahora, si Houston no se equivoca, esta onda saldrá del computador a las trescientas noventa en punto, según la hora de "Silvia" —golpeó la mesa con el lápiz—. ¡Si sale es el momento de sacar el barco!

—¿Y si no sale...?

—En ese caso, señores, tenemos diez horas para correr... —tiró el lápiz sobre la mesa—. ¡Nosotros, sinceramente, no podemos hacer más...!

¡Lo siento!

—¿Cuál es la hora real de esas "trescientas noventa en punto"? —quiso saber Ronald Clark.

—Sobre las cinco de la tarde.

—¿Y cuánto tiempo estará en el aire esa onda?

—Nadie puede saberlo...

—¡Hijo de la gran puta!

—Exactamente, señor... —admitió

Collingwood—. Con todos los respetos a los muertos, Aristófanes Panatas era el hijo de la gran puta más listo que haya parido madre...

Ronald Clark lanzó un resoplido y con ambas manos sobre la mesa, el cuerpo echado hacia atrás, y la cabeza erguida, observó, uno tras otro, los rostros de los presentes.

—¡Bien, caballeros! —dijo—. Esta tarde a las cinco, cuando esa maldita máquina empiece a emitir esa maldita onda "25-25" o como quiera que se

llame, voy a tirar del barco... ¿Alguna sugerencia...?

—Aristófanes nació el 25 de junio, y siempre jugaba al 25 a la ruleta... —replicó Gino.

—Es un dato que consuela —admitió el otro—. Pero no me refería a eso... —se volvió a los otros—. Necesito dos voluntarios.

—¿Dos? —se sorprendió el gobernador.

—Dos —repitió—. Uno para manejar las esclusas desde la caseta central y el otro para la segunda "mula".

—Cuenta conmigo... —se ofreció de inmediato Kent Morrison.

Ronald Clark apenas hizo un gesto de asentimiento, como si hubiera dado

por sentado que se iba a ofrecer, y se volvió directamente a Gino Montalde:

—No quiero influir en su ánimo —dijo—, pero creo que si maneja esa "mula", el jurado lo tendría muy presente... —sonrió irónicamente—. Contando con que llegue a enfrentarse a un jurado.

Gino Montalde, "El Hombre Más Bello del Mundo", meditó largo rato, ante el silencio expectante de los presentes. Era mucho lo que se estaba jugando, y sin saber por qué, pensó en Aristófanes, y en lo que habría hecho en un caso semejante.

No le cupo duda. Para el griego, la vida había sido siempre todo, o nada.

Se volvió a los que le aguardaban:

—¡Está bien! —dijo—. Lo haré.

A las cinco menos diez de la tarde en que se cumplía el dieciseisavo día en que el "Pompeya" entrara en el Canal de Panamá, Gino Montalde y Ronald Clark se encontraban ante los mandos de las "mulas mecánicas" que arrastrarían el barco fuera de las esclusas.

La compuerta número tres había sido abierta para darles paso, lo que quería decir que si la cuatro reventaba, nada detendría las aguas del Gatún hasta la maltrecha compuerta número dos, incapaz de soportar semejante presión. A lo lejos, Puerto Cristóbal y la ciudad de Colón aparecían inermes frente a la avalancha de agua y barro que amenazaba con venírseles encima.

A dos kilómetros de distancia, Leslie Collingwood, con los auriculares puestos, se concentraba en los latidos del secreto corazón de "Silvia", que le llegaban a través del complejo sistema de telecomunicaciones que había montado a bordo. Por un micrófono podía dar órdenes a las "mulas" y a la caseta de control en la que se encontraba Kent Morrison.

En su pequeño chalet blanco, la negra Paloma rezaba bajo la mirada de su padre, el negro Jackson, que no perdía por ello de vista el flamante "Pontiac" rojo, aparcado en la calle.

En su "casa-bruja" de Monte-Oscuro, el viejo Cat, "el Siete Vidas", contemplaba cómo empezaba a caer la

tarde en las lejanas colinas de la Zona del Canal al que había dedicado su vida.

Muy lejos de allí, en su mansión, a orillas del Mediterráneo, Isabelle Barrington daba las buenas noches a sus "hijos", preguntándose inquieta, cómo se las arreglaría para sacarlos adelante hasta que fueran hombres...

En la planta baja, un televisor enviaba inmutable la imagen, tomada a distancia y por control remoto, de un viejo barco anclado en una esclusa del Canal de Panamá.

Isabelle bajó, se sentó a solas frente al aparato, y escuchó la suave voz del locutor que hablaba quedamente, como si estuviera en una iglesia, comentando que más de quinientos

millones de telespectadores contemplaban aquella transmisión en directo.

Aguardaban el momento en que una máquina inanimada diera su permiso para que una carga de muerte abandonase una vía de agua imprescindible para el normal desarrollo de la compleja economía de los seres humanos.

Pasaron quince o veinte minutos.

El locutor se repetía una y otra vez, y una y otra vez contaba la parte de historia que conocía de aquel absurdo atentado. En dos ocasiones mencionó a Isabelle Barrington, pero de improvviso, su voz se truncó. Muy claro se acababa de percibir una voz que gritaba en un

inglés conciso:

—¡Ahí viene...! ¡Ahora!

Gino Montalde embragó y comenzó a levantar el pie del pedal. Al otro lado de la esclusa, Ronald Clark le imitó. Las "mulas mecánicas" avanzaron al unísono, tensaron los cables y comenzaron a tirar del "Pompeya" que, liberado de sus anclas, se movió pesadamente con un crujido de armazón viejo y resentido.

Casi imperceptiblemente en un principio, pero metro a metro después, el antiguo "Agogos", maderero de las costas angoleñas, empezó a alejarse de la compuerta número cuatro.

Desde su cabina, Gino lanzó una ojeada a Ronald Clark que se la

devolvió con un gesto de asentimiento.

En la caseta, directamente sobre el barco, Kent Morrison les observaba.

Dos, tres, cinco metros, el "Pompeya" se alejó de la compuerta.

Quinientos millones de seres humanos lanzaron un suspiro de alivio.

Directamente, vía satélite y en colores, cien millones de hogares de todo el mundo observaron de pronto un resplandor más brillante que mil soles, y pudieron escuchar una explosión. Las compuertas de acero saltaron por los aires. Las aguas del Gatún cayeron furiosas sobre el Canal anegando la ciudad de Colón.

Tres hombres murieron. La economía mundial entró nuevamente en

crisis.

El hombre había resultado vencido por la máquina que él mismo creó.

Madrid, 18 de octubre de 1976

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

30/11/2011